

# TERESA VIEJO

## MIENTRAS LLUEVA

Nacemos con un libro. Si aprendemos  
a leerlo, puede salvarnos la vida...  
Aunque estemos muertos.

# Índice

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Mapa](#)

[El principio. Ley del desorden de los sentidos](#)

[No hay efecto sin causa](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[La potencia de la causa inteligente está en razón de la magnitud del efecto](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[El final. La sublime ley del Amor](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

**REGÍSTRATE Y ACCEDER A CONTENIDOS EXCLUSIVOS**

PRÓXIMOS LANZAMIENTOS  
CLUBS DE LECTURA CON AUTORES  
CONCURSOS Y PROMOCIONES  
ÁREAS TEMÁTICAS  
PRESENTACIONES DE LIBROS  
NOTICIAS DESTACADAS

**PlanetadeLibros.com**

COMPARTE TU OPINIÓN EN LA FICHA DEL LIBRO  
Y EN NUESTRAS REDES SOCIALES



**EXPLORA DESCUBRE COMPARTE**

*A mis madres. Por guiarme desde donde la órbita  
de sus mundos lo consienten.*

*«Ahora los ataba otro círculo: la mujer tristemente sacrificada  
y la obligación de olvidarla».*

JORGE LUIS BORGES

*«La lluvia que acribilla los silencios  
es un telón sin tiempo y sin colores».*

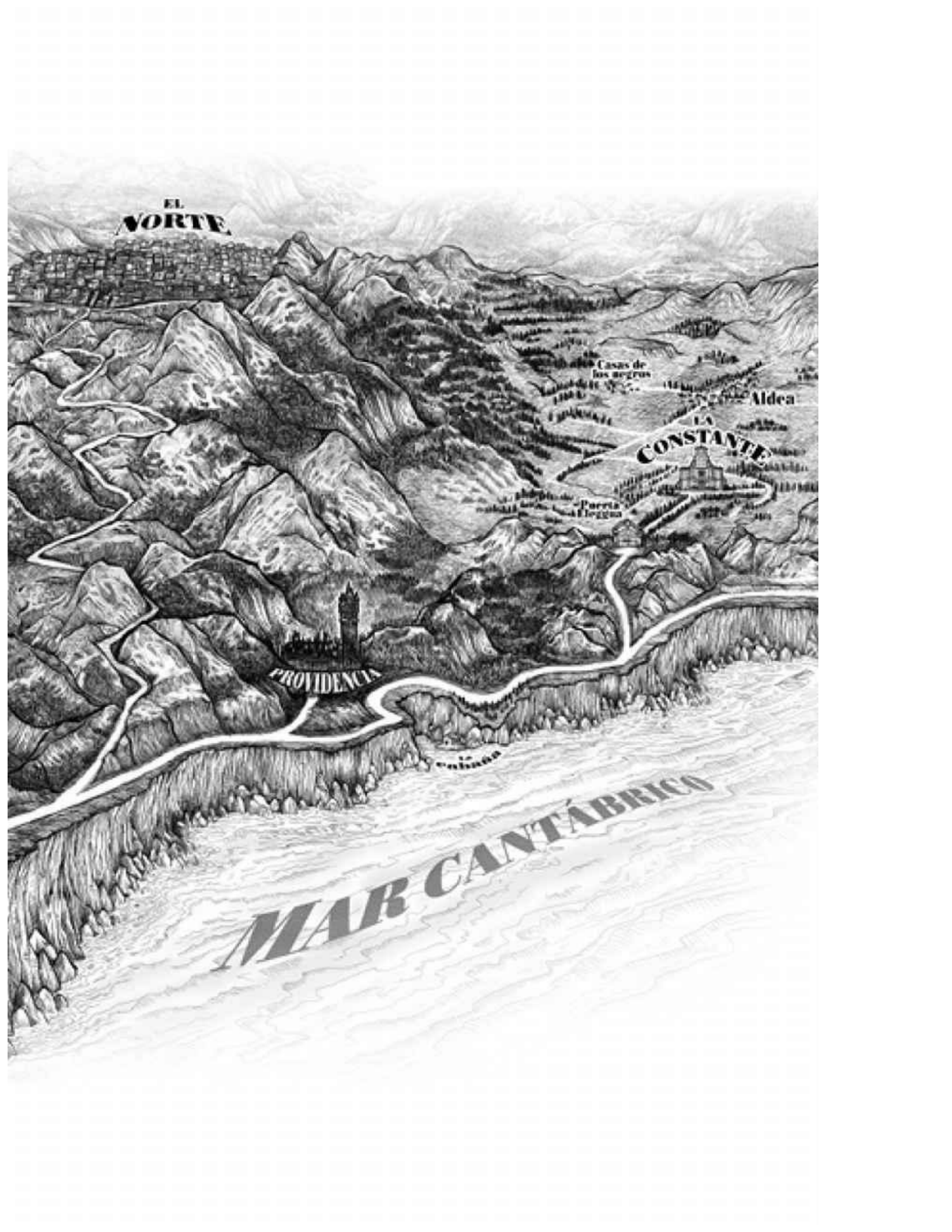
MARIO BENEDETTI

**EL  
NORTE**

**LA  
CONSTANTE**

**PROVIDENCIA**

**MAR CANTÁBRICO**



Barcelona, 9 de septiembre de 1888

Aquella tarde se amotinaron los planetas y ya no hubo orden cósmico posible. El prodigio sucedió mientras lanzaban sus caracoles al aire los *babalawos*, agitando *elekes*, pulseras, cascabeles... y las ofrendas brotaban fecundas en los altares de sus santos. Más lejos, en Oriente, el I Ching empezó a repetir en cada tirada el hexagrama 57, una y otra vez, *Sun*, el viento que penetra, al tiempo que en Europa los tarots disipaban sus cartas y el Mediterráneo calmaba sus aguas hasta desintegrarse las olas y sus mareas. Todas hubieran sido razones suficientes para entender que en Barcelona un frío aliento quebrara la calima de un verano agonizante. Pero se dio una más.

Antes de auspicarlo, eso sí, los habitantes del otro mundo se afanaron por supervisar este. Primero cruzaron el *hall* del Salón Eslava y, tras enredarse entre los pies de quienes bailaban allí ese domingo, se asomaron al forillo del escenario donde solía interpretar la orquesta sus músicas, cotejando que todo permaneciera en orden: las alfombras cepilladas, el impecable estrado de terciopelo carmesí, las banderas y gallardetes de los países participantes, el busto laureado del maestro; flores, guirnaldas, escudos cubiertos de lemas llamados a cambiar el mundo, sillas para dos mil invitados... En definitiva, las piezas de una función que arrancarían en el mismo lugar a las nueve de esa noche.

Cumplida esta comprobación desaparecieron, dejando en el Eslava un buen puñado de parejas enfermas de amor y danza.

A continuación accedieron al Gran Hotel Intercontinental. La recepción era un trasiego de huéspedes hacia la Exposición Universal, pero su objetivo se hallaba en uno de los salones. Ante una mesa de té se apiñaban media docena de hombres y una mujer. Al volar a su alrededor, su vehemencia subió unos grados.

—El Primer Congreso Espiritista Internacional será registrado como una gran etapa en la historia del desenvolvimiento humano —aseguraba un caballero bien trajeado, a quien el resto se refería con el título de vizconde.

Entendiendo los espíritus que sus defensores en el universo de los vivos se habían aprendido la lección, decidieron volver por su senda. Pero antes de evanescerse los descubrieron. He aquí el más decisivo de los motivos.

\* \* \*

Ella acababa de esquivar la vigilancia de su ama y corría por el hotel como alma libre. Él, aburrido de las gestiones de su padre con otros empresarios, se había emboscado al resguardo que ofrecían unas palmas al fondo del vestíbulo. La niña se abrió paso entre las ramas y tras saludarle se sentó a su lado. Qué chica tan hermosa y tan diferente a las que veía en su tierra, en Malpaís, se dijo el adolescente.

—Hablas muy raro. ¿De dónde eres?

—De la isla más bella del mundo —respondió coqueta—. Donde el mar es más azul que el cielo y todo huele rico. Y tú, ¿qué haces aquí?

—Nosotros venimos a la Exposición Universal —explicó él—. Mi familia posee una factoría, La Constante, y minas también. Mi padre quiere que trabaje porque no me gusta estudiar.

—Yo no estudio, pero sé cosas que no enseñan los libros.

—¿Como cuáles?

—Hablar con mi madre, por ejemplo.

—¡No te digo! Yo lo hago a diario y me aburre lo que me manda.

—La mía está muerta.

El chico se revolvió agitado. Si no hubiera sido por aquellos largos rizos, por sus ojos de lago, por una boca sonrosada que daban ganas de morderla, se habría levantado dejándola plantada.

—Si te burlas no podremos ser amigos —advirtió ella—. Solo lo soy de quien cree en los misterios. También la veo.

—¿Cómo que la ves?! ¿No estará aquí ahora? —soltó él, en un temblor que no había humano que lo calmara.

—Ella es como tú y como yo, pero sin pies. Y no pesa. Déjame sentirla. —La niña cerró los ojos.

En la entrada del hotel la puerta giratoria empezó a dar vueltas sobre su eje de un modo delirante. Una lengua de viento deslizó los sombreros de los hombres, sacudió los encajes femeninos y agitó las palmeras. Tras su febril recorrido, la corriente encontró a la niña apretando los párpados y al joven observándola, boquiabierto. De repente unos mechones de cabello se retiraron del rostro sin haberlos rozado ni un dedo.

¿Por qué extrañarse si la liturgia amorosa se vale de una corazonada? De un pensamiento demandando la presencia del otro. Física y metafísica en un duelo mortal.

En cuanto la madre sintió la invocación de su hija, según abandonaba el hotel, volvió sobre sus pasos de aire dirigiéndose hacia ella. Besó sus mejillas y pegada a su oído, le reveló: «Ámale desde ahora mismo, pues él será tu esposo».

—¿Estás bien? Respóndeme, por favor. —El joven empezó a sacudirla por los hombros hasta que ella abrió los ojos, extasiada.

—Se ha ido —reconoció, sonriendo.

—¿Qué años tienes para mirar así?

—Los que tú imagines.

—¿Catorce? —Puesto que él había cumplido dieciséis, calculó que echarle un par menos sería lo ajustado.

Ella solo contaba doce años, pero no iba a confesárselo, y disuadió su duda desabotonándose la pechera del vestido.

—¿Te apetece besarme aquí? —sugirió, señalando la piel de su escote.

Al joven le ascendió un calor insostenible de los pies a la frente. A su vez, de la garganta al vientre notó una culebrilla que trotaba por sus venas.

—Eso no está bien —adujo, deseando probar lo que estaba mal.

—¿Quién lo dice? Nadie puede ordenarte no hacer lo que quieres si yo deseo lo mismo.

La niña acababa de escribir el primer artículo de la carta magna de su vida: la Ley del Desorden de los Sentidos.

Cómo temblaban los labios del joven cuando se pegó a su boca igual que una ventosa. De este modo arrancó un amor menor de edad que no cejaría hasta convertirse en el feliz desbarajuste de años después.

**NO HAY EFECTO SIN CAUSA**



La noche de su veintiséis cumpleaños es una noche de boleros rotos y citas devastadas antes de empezar.

La mesa permanece vestida. La melena y las uñas pulidas en la peluquería. En la nevera, el salmón y un champán francés conseguidos de estraperlo y en los cuales ha dilapidado el beneficio mensual de la botica. Ella, impecable. Inquieta al transcurrir los primeros minutos de retraso. Desesperada en los últimos.

Hoy, mientras recorría Madrid para ultimar sus recados, ha detectado en sus calles indicios de la inminente Navidad de 1945 a pesar de que apenas es 16 de diciembre, y de nuevo se ha sentido sola. La aflige este capítulo del calendario. Con la bandeja de petisús de Embassy entre las manos, se ha retraído a las tediosas tardes de domingo, años atrás, en que sus amigas tiraban de ella y su madre a fin de entretenerlas con chocolate caliente y churros. Entonces precisaban olvidar, o cuanto menos amortiguar el punzón afilado en que se había convertido el duelo de ambas. Su madre no pudo con él y ahora ella no puede con el dolor de haberla perdido.

Menos mal que existe Damián. Que solo posee ojos y oídos, piernas y brazos, para él. Y unas manos con las que urdir la madeja de amor que se les ha embrollado, y ahora cuesta desanudarla.

Corre el tiempo, y pasa de la mesa del salón de la que ha sido la casa de sus abuelos —donde nació su padre y ha recibido el cariño más desinteresado del mundo, en el primer piso del número 17 de la calle Alburquerque— al sofá. Del sofá a la entrada, esperanzada de hallar sobre la tarima alguna de esas notas a las que Damián la tiene acostumbrada. Y de la entrada al teléfono, ansiosa por escuchar el sobresalto de su timbre. Ni una cosa ni otra.

A las diez de la noche baja a la farmacia. Teme no haber sido muy explícita precisando el lugar del encuentro y a lo peor la está esperando en la puerta.

No siente frío mientras levanta el cierre de hierro. Una vez dentro pulsa los interruptores, alza el tablero del mostrador y rastrea entre los estantes, agitando los fantasmas de las batas colgadas en el perchero, algún porqué de su ausencia. En la rebotica cambia de sitio los frascos que antes descansaban alineados sobre la mesa. Más de uno revienta contra el suelo. Las fórmulas magistrales que prepara con la conciencia de tener los ojos del padre clavados en su cogote se derraman por el piso y un reguero de lágrimas redibuja los diseños de los baldosines. Entonces se empiezan a despeñar las suyas sobre ellas.

Cuando logra recuperarse desanda sus pasos hacia el piso y, tras recoger el bolso y un abrigo, toma un taxi en dirección a la plaza de Cibeles. Minutos después se aproxima al mostrador del Hotel Palace. El recepcionista la inspecciona de arriba abajo tras comprobar que van a dar las once y no parecen horas para una mujer sola. Ella se da cuenta.

—Disculpe las horas, pero me urge localizar a un cliente —dice, esforzándose por hablar tranquila—. Es por un motivo familiar.

Le anota su nombre para no incurrir en un error. El empleado dilata la consulta. Se dirige a quien representa ser su jefe y regresa.

—Señorita, no hay nadie hospedado con estos datos.

—¿Quiere decir que se ha marchado?

—Quiero decir que no lo hay. He revisado el archivo de registros del último mes y no aparece. Puede que se confundiera usted de hotel.

—Sí, va a ser eso —se excusa, percibiendo el incendio de sus mejillas—. Las urgencias es lo que tienen, nervios y... Gracias, muy amable.

\* \* \*

El retorno a su domicilio cristianiza las calles en un erial y su ánimo en un cementerio.

—¿Mal día? —pregunta el taxista, mientras le pasa un pañuelo—. Quédeselo. Guardo una colección con los que la gente se olvida. Mi mujer los lava, los plancha y los deja como nuevos. Lo que hago es volver a ponerlos en circulación. La gente llora mucho en los taxis.

—Es mi cumpleaños —atina a reconocer.

—¡Oh, no! Nadie debería llorar en una fecha así, salvo de alegría.

Sin embargo, a ella le ha resultado el día más amargo del año. Más incluso que ese otro en que murió su madre y el pasado devino en un mero álbum de fotos. Y el concepto de familia quedó reducido desde entonces a un par de apellidos sin más representación que la suya.

\* \* \*

Las siguientes mañanas las ha dedicado a despachar medicamentos. Y las madrugadas a rumiar recuerdos.

El jueves 19 ha sonado el teléfono al poco de entrar en la casa. Su corazón lo ha descolgado dando brinco. Se figura a Damián al otro lado y se dice que debe perdonarle el olvido de su cumpleaños, su ausencia sin explicaciones. Mientras abraza el auricular se deshace de amor.

—¿Lucía? ¿Eres tú, querida? —preguntan entre interferencias.

La desilusión le ha enronquecido la voz, siendo incapaz de proyectarla más arriba de su faringe.

—No. Ella no está. Soy su hija.

Qué estupidez maquillar lo inevitable. Por qué diantres se le hace tan difícil contestar que Lucía, su madre, ha muerto. La mujer del otro lado es Eunice, una tía política, que tiene a bien llamar dos veces al año: por Todos los Santos y antes de Navidad. Siempre la atendía su madre, pero al no dar con nadie la última vez desistió. Así se lo aclara algo desconcertada.

Desde que ingresó en la universidad, se cortó el pelo, renovó su vestuario en Sederías Carretas y tomó su primer tranvía en solitario, era extraño que se pusiera cuando ella telefoneaba, pues no entendía un formalismo que la obligara a saludar a una señora a la que no había visto jamás; por tanto, está a punto de inventariar su dolor a una desconocida. A una fotografía desleída. Una vez informada, Eunice muestra tanta conmoción que parece sincera.

—Querida niña, solo quedamos tú y yo —asegura al despedirse—. La Constante es tu casa. Nunca lo olvides, aquí está lo que queda de tu familia dispuesta a darte un abrazo.

Le ha emocionado el afecto de alguien a quien no conoce en persona y, tras colgar, el nudo de la garganta le ha brotado por los ojos.

\* \* \*

Durante la ajetreada mañana del viernes 20 de diciembre truena el teléfono en la farmacia.

—Hola, ¿qué tal te encuentras? —inquire Damián al descolgar.

La afluencia de clientes no le permite responder como quisiera.

—Tengo el local lleno, ahora no puedo...

—Tranquila, no pretendía molestarte. Hablaremos en otro momento.

—¡Nooooo! —gruñe ella, comprobando la elasticidad del cable mientras se esconde en la rebotica—. ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa?

—Nada, solo pretendía felicitarte las Pascuas.

—¡¿Cómo?! —exclama incrédula—. Tenemos que vernos.

Tras un fatigoso tira y afloja, quedan citados a las cinco de la tarde del domingo. Ni siquiera se ha ofrecido a recogerla y ha preferido encontrarse en un lugar público: «Junto al merendero del puente de los Franceses». Ella ha aceptado sin rebatir.

Hasta entonces procede escribir las razones que habrá de sostener cuando le vea. De ese modo inicia una carta donde resume lo que ha venido sintiendo estos meses, pero al darse cuenta de que el día 22 se cumple el aniversario de su primer beso, la hará añicos. Al final condensará su mensaje en pocas líneas. Lo hará dos veces en el acostumbrado papel azul y guardará en el bolsillo del abrigo estas copias por temor a extraviar lo que tantísimo le ha costado redactar. El destino que le acecha es

incierto.

¿Qué ha sucedido para que ese ideal de amor se esfume?

Si fuese cierto que la costumbre termina por fulminarlo, a ellos ni siquiera les ha dado tiempo a la costumbre.

\* \* \*

No es ella desde que volvió de su encuentro con Damián. Puede que nunca vuelva a serlo.

Ahora su afán se centra en identificar algún anclaje que le ayude a fortalecerse y exterminar así sus demonios. Sostén, ayuda. Un estímulo. Un tronco donde agarrarse en mitad de ese mar que la acorrala y lo fagocita todo. Y solo distingue la invitación de Eunice a La Constante. Poco importa que se tratara de un gesto de cortesía, porque se aferra a su ofrecimiento como náufrago a salvavidas.

De esta forma proyecta un viaje que posee la improvisación de cualquier marcha apresurada: unas maletas que rebosan con lo que no sabe si necesitará, las cortinas echadas, las persianas bajadas sin dejar tregua al sol. Papeles caducos en la basura. Un cartel de «Cerrado por motivos personales» en la puerta de la farmacia el mismo día de su decisión. El cierre asegurado con candados, antes de dirigirse a la estación la última tarde.

Sin rastro de ella. Simplemente desaparece.

Empezar de nuevo. Inventarse. Tratar de borrar mediante una goma el trazo que lastima, antes de descubrir espantada que no está dibujado con un lápiz sino con tinta indeleble. Subirse a un tren y susurrar bajito al compás de su traqueteo: «Sácame de aquí».

Las gotas de lluvia ondulan por la ventanilla batiendo el cristal. Su frío le cala tan dentro como el miedo, que le ha atornillado un embudo en la boca del estómago por el que apenas cae alimento. El miedo es una capa invisible de la piel y el suyo sigue acechando, dando la cara en cuanto se relaja.

Son las siete treinta y cinco. Se endereza y salta de la litera. Un sombrío manto cubre el cielo y al fondo del paisaje apenas se distingue una mancha que debe de ser el mar. Tras años de fabular con el aspecto del Cantábrico, ahora se revela una imperfección del horizonte. Un borrón de pintura esparcida a lo ancho de la acuarela que contemplan sus ojos. Verde, marrón, gris. Más gris.

—Disculpe —advierde el revisor al otro lado de la puerta—. Estamos llegando a El Norte y la parada es breve; como usted pidió que...

—Gracias —zanja ella cortante—. Estaba despierta.

Al acomodarse en el vagón, temió quedarse dormida pues el viaje era largo y estaba exhausta, pero no ha sido mejor noche que las anteriores y habrá dormido tres o cuatro horas a lo sumo. Echa un último y lastimero vistazo al exterior, según se dice que debe ponerse en marcha.

Cuando se mira al espejo para peinarse, contempla dos barcas moradas bajo los ojos.

\* \* \*

El viento revolotea su cabello al abrirse la puerta del vagón y sacude un letrero de madera con la amenaza de hacerlo jirones. El Norte, anuncia en una letra antigua, de principios de siglo, fecha en la que calcula que debió de proyectarse la estación. Su bienvenida reducida a un decrepito anuncio.

—¿No piensa bajar? —pregunta el revisor del tren—. Es usted la única pasajera que se apea aquí.

—Sí, solo que no he traído paraguas —se excusa.

—Le aseguro que esto no es llover. Aquí si llueve, lo hace a conciencia.

Entre la cortina de agua contempla las mayúsculas dimensiones de aquello que le rodea: las entretrejidas copas de los árboles acaparando la perspectiva de la estación, la ladera verdeando detrás con una vegetación asfixiante y ese mar bravío que imagina al fondo.

Deja el tren a su espalda y anclada en el andén busca a derecha e izquierda la figura de una mujer sesentona, con gafas y aspecto de institutriz. Eso es para ella Eunice, la viuda de Ninu, o Benigno, el tío a quien nunca llegó a conocer. En realidad no ha puesto más cara a la familia materna que los trazos de unas pocas fotografías guardadas por sus padres; de hecho, ha debido de construir su pasado en función a ese abanico de cartulinas en blanco y negro, pues los tres tíos ya han fallecido. Su madre, Lucía, apenas aludía a la pérdida de los suyos, en cambio sí hablaba de una infancia consentida por sus padres y hermanos mayores, valorando Malpaís como la tierra más idílica y fecunda del planeta, que alumbraba tanto pastos como oro y plata. O narraba, medio en francés medio en castellano, el glamur parisino de los años en los que intimó con quien se convertiría en su esposo.

Eunice no aparece y empieza a impacientarse. Hace una temperatura glacial, por lo que instintivamente comprime el cuello de un abrigo azul cobalto, conjuntado con un traje de chaqueta que, pese a ser de lana, abriga poco. Es su prenda de los domingos. En la maleta guarda la otra: el abrigo marrón de su madre cuya espectral presencia no puede soslayar.

¿Y si no la esperasen? Imposible. Si no hubiese recibido la carta remitida por el administrador, podría temer que su anuncio nunca hubiese llegado al destino —«... le comunico el agrado de la señora Eunice de Monteserín a recibirla en su finca La Constante»—, pero ese folio daba el visto bueno a su telegrama: «ACEPTO GENTIL INVITACIÓN. LLEGARÉ ENTRE 5 Y 7 DE ENERO». Hoy, día 6, pisa la tierra materna por primera vez.

Llegar hasta aquí forma parte de su plan de huida. Una hoja de ruta que, no obstante, debe ir improvisando.

\* \* \*

Un mozo, que segundos antes comía altramuces en el andén, acarrea ahora sus pesadas maletas mientras ella se atusa el peinado porque la humedad ha empezado a encresparlo. Se ve mejor en este espejo. Sigue estando pálida, pero sus ojos brillan más. Se ensaliva las yemas y peina la línea de las cejas. Después se pellizca las mejillas.

—La señora Eunice me manda por usted —la sobresalta la voz de un hombre—. Soy Mauro, el chófer.

—Llevo rato esperando —responde a la defensiva tras sorprenderle en plena coquetería. Entrega un billete de dos pesetas al chico y al pobre se le ilumina la cara como si hubiese visto a la Virgen.

—Tardaremos —pronostica Mauro al arrancar—, porque la carretera está mal. Ha llovido mucho.

—En Madrid nevaba. ¿Pasamos cerca del mar?

La cuestión se ha quedado suspendida en el aire. Ella vuelve a repetirla y el conductor a ignorarla otra vez. No obstante, en pocos minutos, el Cantábrico termina golpeándola en la frente, igual que esas puertas que uno no distingue hasta que se da de bruces contra su impoluto cristal. Tras una revuelta, ascendiendo la ladera, se despereza al fondo del acantilado.

Su primera impresión es la de un mar turbador y desafiante. Podría pasarse horas mirándolo; sin embargo, se perdería el océano de las praderas, los huertos y sus animales, los setos cuajados de zarzas. Su madre se jactaba de que se le habían antojado unas moras en pleno parto y ese era el motivo por el cual ella posee un lunar del tamaño de una uña en el muslo. El antojo materializa el cordón umbilical que nunca rompen en las madres y sus hijas.

—¿Qué es aquello? —inquire curiosa.

Acaba de descubrir un sendero a la izquierda y al final de él aparece un cúmulo de ruinas. Pronto va a averiguar que este paisaje dirige el destino de las personas que lo habitan.

—¿Me ha oído, usted? —insiste al conductor—. ¿Qué es eso tan extraño de allí arriba? —pregunta, advirtiendo la ojeada que a vuelapluma le ha dedicado a través del retrovisor.

Los árboles dejan entrever unas edificaciones descabezadas cuyas hechuras apuntan ser más ambiciosas de lo que se atisba desde la carretera. O quizá sea una única vivienda desgajada en pabellones, aunque ahora reducidos a moles de pedruscos apilados en montones informes. Emanan el desamparo de haber padecido el asedio de huestes enemigas durante años.

—Ahí no hay nada —responde el chófer por fin. Su voz es afilada.

—No le he preguntado qué hay, sino qué es.

—Una mansión. Vieja y abandonada.

—¿Cuánto de vieja? ¿Un siglo, dos?

—Menos.

—¿Menos? —No comprende su deterioro entonces.

Justo en ese momento el vehículo alcanza el punto más elevado de la colina y desde aquí debe emprender un suave descenso que desembocará en La Constante. A la derecha, una alfombra tejida con espuma y agua batida que se extiende hasta el brumoso horizonte. En el lado opuesto el viento azota la vegetación en dirección a la cumbre donde se yerguen las ruinas. Desde esa cima la carretera prosigue su trayectoria en forma de una uve cerrada, trazando una curva de nula visibilidad. Los dos guardan silencio mientras el coche bordea el acantilado porque la maniobra impone. Al iniciar la bajada, el viento amaina y las nubes adelgazan, en cambio el bosqueaje se

torna más frondoso. Parece que estuvieran adentrándose en otro país.

Intrigada, rastrea otra vez las ruinas para descubrir su alzado posterior. De este modo, igual que un cambio en el ángulo de visión de un espacio revela una realidad distinta dentro de este, ve que la perspectiva ha alumbrado un lugar diferente. Es la cara oculta de la luna.

—No está abandonada —murmura—. ¿Oye lo que le digo? Hay hiedra en la fachada... tiene las contraventanas abiertas y...

—Ardió —sentencia el conductor—. La casa se quemó hace años.

—¿Un incendio? ¿Cuándo fue? —pregunta más para ella que para el chófer. Y él así lo entiende, pues no responde.

Aquellas renegridas piedras no están malogradas por la erosión del tiempo, sino por una tragedia, pero le cuesta concebir que un lugar con el océano a sus pies hubiera sucumbido al fuego como si nada. Qué azaroso todo, piensa, y es natural saltar de una nostalgia a otra: tratando de imaginar el desgarró con el que sus moradores se vieron forzados a desprenderse de semejante belleza, recuerda el de su madre al abandonar la casa de la colonia Prosperidad. Cuatro fachadas de cemento enfoscado, un minúsculo jardín delantero y otro a la espalda; ciento cincuenta metros cuadrados en dos plantas que de niña le parecían un palacete. La casa de la calle Cabeza Reina en la cual había aprendido a aporrear las teclas del piano y se había enamorado de los libros de química de su padre, donde calzó sus primeros zapatos de tacón o donde nunca prosperaron las camelias ni las hortensias porque las heladas del invierno madrileño las achicharraban, por más empeño que pusiera su madre en replantarlas. «Me recuerdan a Malpaís —aclara Lucía—, y prometo que no moriré hasta que alguna eche raíces y adorne la fachada». No lo cumplió.

\* \* \*

El chófer y ella han proseguido en silencio el resto de un trayecto que les ha llevado a orillar la carretera asfaltada y desviarse por un camino de tierra y grava. Las palabras no son la sutura idónea para una herida que aún no ha cicatrizado.

A unos cuatro kilómetros del desvío, tras chapotear sobre todos los charcos enfangados del mundo, el hombre ha frenado el coche ante unas herrumbrosas puertas encastradas en una valla de piedra, y se dispone a abrirlas. Mientras las arrastra, se da cuenta de que su dificultad al moverse no se debe solo a su edad: está cojo. De pronto le provoca lástima. En lugar de sentarse al calor de la lumbre en su hogar, arropado por el cariño de sus nietos, soporta la llovizna del exterior y los recelos de una desconocida. Se conmina a no azuzarle más durante el resto del trayecto.

Una vez dentro de la finca advierte la decoración de la verja: sus puntas de lanza están coronadas por una suerte de estrambótico sol en cuyo centro, a modo de ojos, nariz y boca, se insertan unos caracoles marinos; sobre él destaca el nombre de La Constante. Alrededor de su contorno, veintiún rayos alternan los colores negro y rojo. Le resulta anómalo que las letras tengan que leerse desde el interior de la propiedad.

\* \* \*

La casa de La Constante es una edificación mesurada si se tiene en cuenta lo pretenciosos que son sus dominios; hasta dar con ella ha sumado huertas, jardines, rosaledas, parterres con flores en pleno enero, cenadores y pérgolas. De estilo indiano, posee una fachada en roca caliza de tres alturas y una cuarta en forma de minarete central. Se asemeja a las que ha visto en la lejanía durante el viaje en tren. Su primera impresión le contagia una sensación de vejez y suciedad.

Una escalera exterior de doble tiro transporta a la entrada. Los setos lucen descuidados y la hierba crece con tal libertinaje que ha cubierto sus zapatos y pronto los tiñe de verde. Ventanas de madera con arcos de medio punto y cortinas echadas. A lo alto, inquietantes gárgolas rematan los tejadillos.

—La señora Eunice me ha dado esto para usted. —La voz de Mauro, el chófer, la devuelve a la realidad mientras le pasa un sobre—. Dice que lo que necesite se lo pida a la Refugio. La avisará cuando vuelva.

—¿Cómo? ¿No está mi tía?

—¡No! Está de viaje con el señorito Gabriel.

—¿Señorito Gabriel? ¿De quién habla?

—Del niño. Siempre está enfermo. Se han ido a ver si le encuentran remedio. —Y le alarga la carta.

A continuación el hombre sube a duras penas el equipaje y agita la campana del timbre. Ver su nombre en el sobre es una condena perpetua: Alma Gamboa Monteserín.

—¡Vaya, llegó la invitada! —oye gritar a una mujer—. Pero no se quede ahí, muchacha, que va a coger una pulmonía.

Se reconoce tan abrumada que tarda unos segundos en reaccionar. De algún modo presente que quien abandonó Madrid hace pocas horas no se trata de la misma persona a la que se dirige la nota. Debe irse acomodando a esta idea. Cuando se cruza con él, Alma extiende la mano al chófer.

—¡Mauro! Ese era su nombre, ¿verdad? Gracias por todo.

El empleado, poco acostumbrado a las muestras de cortesía, se la estrecha bajando la cabeza. De repente la levanta y, en actitud provocadora, suelta:

—Providencia. La mansión se llamaba Providencia.

Todo empezó ochenta años atrás con un testarudo nerviosismo. Con el baile esperpéntico que asaltaba sin aviso a la madre de Alma Ebersbach. En cualquier situación sus extremidades danzaban solas ante el asombro de quienes la rodeaban, sin poder apreciar en las brascas subidas o bajadas de piernas y brazos el menor sentido del ritmo. La mujer se encogía de hombros; qué iba a decir si también llevaba tiempo fallándole la memoria.

El especialista más afamado de Augsburgo, donde residían, apostó a que se trataba de un mal de carácter neuro-psiquiátrico conocido como Baile de San Vito. El médico se empeñó en profundas explicaciones, bien religiosas bien científicas, pero dado que los Ebersbach eran calvinistas, oír la historia del mártir católico saltando dentro del caldero de aceite hirviendo les resultó un nefasto chiste.

—¿Solución? —preguntó el cabeza de familia con la rotundidad que imponía en sus negocios.

—La dolencia de su mujer posee un pronóstico incierto —balbució el galeno—. Por ello les aconsejo tratamientos paliativos, como los baños calmantes.

De esta manera los Ebersbach se convirtieron en los mejores clientes de balnearios como Karlovy Vary, Gastein o Baden-Baden y, tras haber probado la madre sus aguas con desiguales efectos terapéuticos, ampliaron la búsqueda de su particular Shangri-La al resto del continente. Así desembarcaron en España, y por descarte de otras aguas saludables, a orillas del Cantábrico.

Una nevosa tarde, el señor Ebersbach guardó los folletos que recopilaba en su despacho de la fábrica de papel de su propiedad y, una vez en su casa, los diseminó a lo largo de la mesa del salón.

—Elige, esposa. ¿Adónde quieres ir este año?

Las manos femeninas planeaban sobre ellos con un pulso tan pésimo que cuando parecían estar a punto de escoger uno, sus dedos saltaban de pronto al siguiente. Hasta que fue la hija quien optó por un folleto y se lo entregó al padre decidida.

—¿Por qué ese?

—Porque está cerca del mar. Me gustan los acantilados del dibujo, pero yo los mejoraré.

La temeridad de Alma Ebersbach no tenía límites. En 1870 había cumplido diecinueve años y era una atractiva joven obcecada en interpretar piezas al piano, leer narrativa europea en cualquiera de las tres lenguas que dominaba y colorear acuarelas con bastante minuciosidad en el detalle. Su padre respiraba ufano sabiendo que una mujer tan preparada podría aspirar al mejor de los pretendientes de Baviera, por ello le perturbaba pasar lejos las vacaciones de verano. Representaban los mejores meses para entablar relaciones y conocer a jóvenes casaderos. El alemán echó un vistazo al díptico. Lo juzgó modesto en comparación con los demás, de hecho agarró uno al vuelo cuyo nombre le sonó más sugerente: «Real Sitio de La Isabela».

—¿No prefieres este otro? Dice que es lugar habitual de la realeza española.

Como respuesta, Alma leyó el reclamo del suyo engolando la voz:

—«Aguas de Malpaís. Un balneario familiar para quienes buscan la paz de la naturaleza». —Y sonrió a su padre—. Me encanta este lugar. —Ya no hubo más que tratar.

En julio los Ebersbach descubrieron los baños de Malpaís, un confortable establecimiento aunque más austero de lo que estaban acostumbrados. Allí cambió la vida de Alma en seis semanas, en las cuales fue afianzándose en la lengua castellana, hasta sumar otro idioma en su haber, y diluyó nuevas ilusiones en el agua de sus acuarelas. Encaramada a los riscos veía batirse un mar más indómito que el de Alemania, y pleiteando con las gotas que le salpicaban las manos mientras coloreaba sus trazas, no dejaba de pensar en aquel descarado que le había sacado a bailar en la verbera de un pueblo cercano. Después del audaz baile, el carpintero afanado en convertirse en el mejor ebanista del mundo la había visitado a escondidas varias veces e incluso le había robado un beso. Su arrojo le hizo determinar que era el hombre junto al que deseaba envejecer.

Ventura Monteserín procedía de un estrato social humilde, pero la dignidad y su talante despierto le habían alejado del trabajo de la tierra. Aprendió lo que contaban los libros por su cuenta y los secretos de la madera por cuenta del ebanista más reputado de El Norte, de forma que ambicionar sucederle algún día y heredar su clientela parecía lo natural. Sin embargo, una piedra había sembrado en él otras aspiraciones.

Durante meses la guardó bajo su jergón. La consideraba un tesoro. Tan cabalística que si hablaba de ella creía romper algún hechizo, pero un día se la echó al bolsillo y, cuando tuvo encima la mirada azul de esa alemana que se le había metido dentro como el tuétano al hueso, tomó sus manos y la depositó entre ellas.

—Es lo único que puedo ofrecerte —confesó emocionado, temiendo que no le salieran las palabras como él anhelaba—. ¿Ves esas colinas del fondo? Están llenas de piedras como esta.

El sol proyectado sobre ella les cegó. Alma Ebersbach acarició la piedra y susurró maravillada «*Gold?*». Ventura asintió igual que si la hubiese entendido.

—La encontré ascendiendo hacia su cumbre. Los de la aldea no van allí por los lobos. Dicen también que habitan demonios. Ni caso. Algún día barnizaré tantas mesas, tallaré tantas cómodas, ajustaré miles de patas como para ahorrar el dinero que cuestan esas tierras y entonces...

Ella le calló con un beso y le emplazó al día siguiente a la misma hora, en la puerta del balneario. Antes había confiscado el pedrusco en su estuche de pinturas.

Nada más aparecer en Aguas de Malpaís, Ventura fue arrastrado hacia donde los padres de Alma tomaban un refrigerio.

—Su nombre es Ventura Monteserín y esta es su dote —dijo, mostrando el pedernal—. Yo ya le he dicho que sí, solo falta su consentimiento, padre.

El matrimonio, escandalizado, trató de objetar lo imposible para espantar el arrebato a su hija, mas ante la negativa acordaron poner a prueba al joven.

—Habrá tenido la osadía de cortejarte, pero debe demostrar que es capaz de ganarse el pan con el sudor de su frente. Trabajaré en la fábrica un año, después hablaremos. Es nuestra única oferta —le retó el cabeza de familia.

Él aceptó el órdago. Vendió su piedra, compró un abrigo y antes de que concluyera 1870 pisaba las calles de Augsburgo con las alas del amor en sus zapatos. Tanta fuerza le insuflaron que se convirtió no solo en uno de los obreros más diligentes, sino que terminó confeccionando un nuevo mobiliario para el despacho del que sería su suegro. De su estancia Ventura trajo a España una esposa, cierta fluidez con los idiomas extranjeros y la ambición de adquirir las tierras que había codiciado. Tras reunirlos, principió su explotación y, como él había intuido, bajo ellas se encontraron los mejores yacimientos de oro y plata de la zona norte de España. Si él resultó persistente y obstinado, su mujer no se quedaría atrás. Ella teñía de entusiasmo cada proyecto; fue reclutando trabajadores de casa en casa, de aldea en aldea, hablando con sus mujeres para espantar supersticiones y recelos hacia el lugar donde fue asentándose un imperio que no dejaba de crecer. «¡Que viene la constante!», murmuraban al verla aparecer, y tanta gracia le hizo el apodo que cuando terminaron de edificar la mansión que sería su casa y su marido listaba los posibles nombres de la empresa, cogió el papel, hizo un gurrúño con él y arrojándolo al suelo, soltó:

—No busques más. Se llamará La Constante.

En esa casa nacieron sus cuatro hijos: Ventura, Benigno, Fabián y Lucía. En ella habrían de enterrar también muchas lágrimas.

\* \* \*

Alma lleva días admirando los retratos y por más que lo haga, no dejan de estremecerla. Para ella todos son inéditos; la colección de fotografías que guardaban sus padres en casa le parece ahora tan limitada, tan parca en detalles, que le cuesta una barbaridad reconocer quién es quién en su árbol familiar.

La mayoría se exhiben en un distribuidor donde converge el tiro de escalera, que se ha empleado con buen juicio en una biblioteca. El óleo de una jovencísima Alma Ebersbach representa una excusa para rastrear similitudes entre ambas además del nombre. Su pelo, de un rubio rojizo, es rizado y su óvalo facial, menos anguloso, pero el rictus muestra la misma sobriedad que Alma suele clarear en las fotos. En otro retrato aparece junto a su madre, siendo esta una niña. Le fascina este otro cuadro. Cada vez identifica un nuevo hallazgo en él. Su abuela viste un traje negro de montar con los complementos ad hoc, fusta y sombrero de copa, mientras que Lucía lleva un vestido verde. El contraste entre los ropajes resulta tan obvio como sus posturas: la abuela Alma, sentada, observa a su hija con la cabeza baja cruzando las manos, quizá distante, mientras la niña se desploma cariñosa sobre ella. La composición rebosa tanto amor que no puede evitar celos por un afecto del que se lamenta ya no

disfrutará nunca.

Cuánto echa de menos a sus padres. Desde su infancia soñaba con visitar Malpais y asomarse a los acantilados en su compañía; ahora se ve obligada a conocer la tierra materna sola.

Alma dirige la cabeza hacia el lucernario en un vano intento de reprimir sus lágrimas; a lo largo de esa vidriera se derrama la lluvia desde hace quince días. Un tiempo idéntico al que permanece confinada en una mansión con demasiadas puertas por abrir, donde impresionan sobremanera los silencios de sus ventanales trancados, ojos ciegos en una fachada tapizada en musgo. Un extraño ulular trasciende de todos ellos.

Buena parte de La Constante es un espacio huero de estancias escarchadas, en contraste con la cálida zona dedicada al uso diario; aunque su estructura resulta práctica, por lo que interpreta que su abuela debió de imponer el racionalismo alemán al servicio de la arquitectura. En la primera planta se diseminan los salones a ambos lados del recibidor, la mayoría clausurados. Al fondo, una suntuosa escalera asciende al piso superior y otra más modesta conduce al semisótano, en el cual se ubican la cocina y los cuartos de servicio. La segunda condensa los dormitorios y de ella arranca un último tramo de peldaños a lo que intuye será un desván, cuyo acceso lo blindó un cortinón que no se atreve a descorrer.

En resumen, le inquietan muchas cosas allí dentro. También la opacidad de quienes la habitan, pero se decanta por no meditar demasiado sobre esto.

\* \* \*

—¿Para qué tanto salón? —preguntó el primer día a Refugio, el ama de llaves que articula la vida de La Constante.

—A su abuela le hubiera gustado que sus hijos vivieran con ella, pero...

—Pero ¿qué?

Parece como si las costuras del traje fuesen a reventar. Da la sensación de que nadie le ha renovado el uniforme en años y sus crecientes kilos han tenido que irse acomodando en una tela que no da más de sí. La vivienda está igual, encajada en unas hechuras viejas y gastadas.

La regordeta criada rondará los sesenta años y se trenza el cabello canoso para después fijárselo en la nuca mediante un moño. Posee unas pantorrillas hinchadas y unas mejillas redondas inyectadas en sangre. Se le da bien cocinar. Y habla bastante, menos de lo que le interesa a Alma.

—Le pregunto que por qué mis tíos no quisieron vivir aquí —presionó ella—. La casa es inmensa, cabría la familia completa.

—Lo hicieron. Un tiempo. ¿Quiere conocer el salón de baile? —inquirió, cambiando de tercio—. Su abuela daba allí unas fiestas preciosas y venía la gente rica de El Norte, y hasta de más lejos. Yo era una niña y, desde fuera, me encaramaba por la enredadera para ver los vestidos.

Nada más abrir las puertas de ese espacio gélido y deslucido, con las sillas alineadas contra las paredes de espejos, Alma agradeció la silueta de un piano. Desde su descubrimiento, la voz de Refugio se convirtió en un desacorde. Se colocó frente a él y, atusándose el traje como si estuviera a punto de interpretar ante un auditorio, tal y como le aleccionaba su profesora de música en Villa Alma, la casa de la colonia Prosperidad, se dispuso a recordar una melodía.

—¡Señorita Alma! —gritó Refugio—. Eso lo tocaba su abuela.

—Normal —replicó, molesta por la interrupción—. Todos aprendemos con las mismas composiciones.

De repente la mujer calló y solo se escuchaba el repiqueo del agua contra los cristales. Refugio había vuelto su cabeza hacia el ventanal tras descorrer las cortinas y permaneció unos segundos inmóvil antes de volver a hablar.

—Se parece tanto a ella —pronunció.

A Alma le enterneció escucharla: si había venido a por respuestas, ahí tenía una.

—¿A mi abuela? Me parezco a mi abuela, ¿verdad?

Sus curvas se agitaron antes de presionar las costuras del uniforme.

—Sí, a su abuela —asintió con una enigmática sonrisa—. Y a su madre.

\* \* \*

Después de un rato profundizando en los cuadros, termina desmoronándose sobre un sofá. Alma confiaba en que su esfuerzo por acoplarse a La Constante evitaría que le diera vueltas a otras cosas, pero no es así. Además, la sombra de Damián atenaza más aún que la de sus padres.

Él consume tantísima energía. Sus labios la despiertan noche a noche. Sus dedos desbaratan las sábanas y la dejan a la intemperie.

—Permiso. —Refugio ha subido las escaleras sigilosa y le ha dado un susto de muerte—. Le traigo un chocolate bien calentito. ¿Le agradan los retratos? Los Monteserín han sido lo mejor que le ha pasado a esta tierra.

—Bueno... Mi apellido es Gamboa y yo soy...

—Usted es una Monteserín, si no ¿a qué ha vuelto?

—No he vuelto —subraya Alma—. Jamás estuve aquí antes.

Refugio hace como que no oye y camina hacia la pared.

—¿A que era guapo su tío Ninú?

La criada ha clavado el dardo de su dedo sobre una imagen de boda. Sí, su tío Ninu era un hombre apuesto, Eunice, por el contrario, le resulta una mujer insulsa, tanto como para conformar una de esas parejas que no terminan de encajar bien. Tan anodina como las palabras que le dedicó en su carta de bienvenida. Alma había desplegado el sobre deseando hallar dentro un abrazo en papel; en cambio sus cuatro líneas eran el recibimiento del director de un hotel a su nuevo huésped. «... Confío tengas una grata estancia. Ojalá el clima sea benévolo y te consienta disfrutar del singular paisaje que rodea a La Constante». Aséptica también la forma en que explicó las funciones de Refugio: «Ella, mejor que yo misma, conoce la casa y sus hábitos». Más que una misiva, la nota se desveló un documento que validaba a Refugio como persona de confianza.

Junto a la foto de boda comparten pared varias de su abuelo Ventura, de su hijo mayor de igual nombre y del resto de la familia.

—¿Quién es aquel joven? ¿El del brazo sobre la *chaise longue*?

—¡Oh, mírele! El señorito Fabián. Tan guapo y distinguido; hubiera llegado lejos de no... —Refugio aborta la frase y Alma no insiste. El accidente de su tío es un desasosiego latente.

Cree que solo le había visto antes en alguna imagen infantil. En esta pose le recuerda a esos poetas parnasianos malditos, dueños de vidas tortuosas y tremebundas muertes. Al lado hay un puñado de fotografías de la boda de su madre, algunas de las cuales amparadas bajo un marco repujado. Estas últimas son de inferior calidad, adivinándose la mano de un aficionado detrás.

Un murmullo de melancolía la rodea al allegarse a ellas para contemplarlas mejor: hombres y mujeres vestidos a la moda de la época se agolpan en torno a sus padres. En una sobresale una mujer ataviada con una boa de plumas que se mezclan entre los cabellos de su larguísima coleta. Destaca en ella cierta excentricidad porque ninguna «dama» llevaría el pelo suelto entonces, pues no resultaba elegante. Está algo apartada de los demás, aunque no detecta ninguna improvisación; al contrario, es como si supiera que está siendo fotografiada y participara del juego.

—¿Quién es ella? —pregunta, señalándola. Su imagen es portentosa.

Al no recibir respuesta, Alma se gira y descubre la sombra de Refugio descendiendo por la escalera.

—Mal día el de hoy. Es probable que nieve.

—¿Disculpe?

—Hace un frío polar para seguir esperando, ¿no le parece?

Es cierto y además el tranvía se retrasa. Alma no imagina que la tardanza está a punto de quebrar su destino. En cuanto echa un vistazo alrededor, comprende que es la única persona en la parada y aquel, el único coche que circula por la calle.

—¿La acerco a algún sitio? —pregunta el conductor de un BMW dos plazas.

—¿Acaso me conoce? ¿Trabaja usted en Santa Rosa? —inquire ella.

Acaba de finalizar la visita a su madre en el Hospital Santa Rosa, de ahí que lo sugiera. Ha empleado casi una hora en regatear con los médicos su compromiso de que Lucía pasará la inminente Navidad en casa y se le ha hecho tan tarde que no tiene ni tiempo de acercarse a clase antes de ir a la farmacia ni humor para conversar. Cuando trata de curiosar de quién se trata, el hombre, activado por un resorte, se retrae hacia atrás, apaga el motor y abre la portezuela. Inquieta, ella arranca a andar.

El cielo ha ido tejiendo un manto tan encapotado que ha anochecido de repente.

—¿Quiere dinero?! —grita al sentir el roce de una mano sobre su hombro—. ¡Tenga, lléveselo! —dice, rebuscando el monedero en el interior del bolso.

Los libros que sujetaba bajo el brazo caen al suelo, el impacto descuajeringa sus tapas.

—¡Por Dios! ¿Cómo se le ocurre? Perdóneme...

Visiblemente azorado, el hombre se disculpa mientras trata de ensamblar las cubiertas leyendo sus títulos —*Química biológica* y *Serología*—, sin embargo, no alude a ellos ni añade una de esas prejuiciosas coletillas del tipo «No son disciplinas para una mujer, mejor debería de aprender usted corte y confección», a las que está acostumbrada.

—¡Oh, valiente destrozó! No pretendía molestarla. Cómo lo siento, permítame que le compre otros nuevos —propone—. Mi nombre es Damián Díez-Martul, regresaba a Madrid cuando... no sé, la he visto... sola y... pensé...

Qué estupidez, lo está siempre. En una avenida desierta o en su propia casa. Sola estudia en la desangelada Villa Alma; sola hace frente a las asperezas del negocio o sostiene el pulso con los galenos o su madre. Si siempre le entristeció ser hija única, ahora esta condición le lastima lo indecible.

—Pensó mal y obró peor. No tiene importancia. Entrégume mis libros, por favor —responde fríamente.

«Analízale con interés y amabilidad —sugeriría su padre en su situación—. El cliente se retrata en pocos segundos. Debes ser muy observadora para reconocer cuándo duda o se avergüenza. Si busca información, háblale claro, pero con dulzura. Si trasluce ansiedad, cálmale. Si desea consuelo, confórtale». Son solo algunos de los consejos que le trasladaba él en sus muchas horas juntos en la farmacia: pura «psicología de mostrador». Ahora se recomienda aplicar su ojo clínico al extraño y, por lo pronto, le calcula en la treintena. El abrigo de cachemira deja entrever que es delgado, aunque no esquelético, y alto. En silencio alaba la morfología de su cabeza, porque a los cráneos proporcionados les adjudica la virtud del equilibrio. El resto también es digno de encomio: el cabello oscuro, los labios dibujados, la nariz recta; los ojos color avellana y una rotunda mandíbula. Las piezas se ensamblan con tal esmero que parece forjado en un laboratorio.

—Permítame que le compre otros —insiste él.

—No ha lugar. Estaban muy usados, tarde o temprano sucedería.

—Pues que la saque de aquí. O la invite a un café.

—¡No! ¿Qué se ha creído? Nunca aceptaría nada de un desconocido.

Damián la taladra con sus pupilas.

—En cambio yo llevo una vida entera buscando a una desconocida —confiesa y el romanticismo de la frase desata un escalofrío.

A partir de aquí el tiempo vuela, porque quién podría resistirse a la caricia de su conversación. Cuando observa las luces del tranvía a lo lejos, echa un vistazo al reloj y comprueba que han pasado quince minutos en los cuales él ha contado mucho de sí mismo y ella le ha escatimado casi todo. Alma ya sabe que tiene treinta y un años, que ha nacido en San Sebastián, en el seno de una adinerada familia, y se encuentra en Madrid acordando negocios. Que de niño fue piadoso, buen estudiante, deportista y educado en extremo, y ahora asegura ser un hombre cabal que adora el mar.

—¿Alguna vez ha ido a pescar? —pregunta Damián.

—Nunca.

—Pero ¿habrá visto el mar?

—No me tome por estúpida.

—En las jornadas de pesca después de emplear horas manipulando aparejos, subiendo y bajando la caña y tirando el anzuelo de nuevo, siempre hay alguien que pregunta: «¿Cuándo sabremos que se trata de un pez y no de un alga o de un trozo de red, como en las anteriores ocasiones?».

—Gracias por hacerme compañía, pero debo irme —interrumpe Alma.

Damián parece no escucharla, reteniéndola del brazo.

—Déjeme ir —ruega sin ninguna confianza—. El tranvía se acerca y...

—«Cuando sea un pez de verdad lo sabrás», aseguraba mi padre. Yo lo sé ahora. Eso y que no quiero seguir pescando.

Le escucha y no encuentra palabras para urdir un reproche, cualquier frase que desaprobe la conversación. Nada. Solo atina a balbucear que se aproxima el tranvía, que se le hace tarde, que...

A su espalda chirrían los frenos que arrancan sus piernas de la parálisis en que se encuentran. Uno, dos, tres pasos. El pie derecho sobre el estribo y el izquierdo a punto de subir, entonces improvisa un giro y lanza una pregunta a Damián:

—¿Conoce usted Malpaís?

Su sonrisa ilumina esa oscurísima mañana de comienzos de diciembre.

—Bonito lugar, señorita. Tiene los acantilados más asombrosos de España y el mar más bravo. ¿Quiere venir conmigo?

Alma abre la boca para responder. Para decirle que sí, que mañana mismo, que agarre su mano y no la suelte hasta que el agua rodee sus tobillos, cuando el conductor agita la campana. Ella se debate entre descender del tranvía y echarse en sus brazos o comportarse con sensatez, dirigiéndose hacia su anodina inercia.

En ese instante el vehículo empieza a rodar con su característico chirrido y es consciente de que, si no se retira a tiempo, se la llevará por delante. Una pasajera pega un trapiés y le clava su tacón en el empeine, pero no siente nada. Mira hacia su pie derecho: está inmóvil y parece de hielo. Echa una ojeada al izquierdo para descubrir que le han crecido unas garras espantosas que se hunden en los adoquines en dirección al infierno. Fuego.

Trata de pedir auxilio, de aullar, de hacerse oír en el magna que es el transporte repleto de pasajeros. Imposible.

Un dolor insoportable recorre de abajo arriba su espina dorsal. Si Damián no avisa al conductor, se partirá por la mitad. «¡Muévete, por el amor de Dios, muévete!».

\* \* \*

Alma se ha despertado de un brinco en una cama tan deshecha como si hubiera albergado una batalla campal en ella. Está empapada en sudor.

Ha vuelto a sufrir la misma pesadilla, compuesta por una mezcla de realidad junto a unos miedos nuevos que la entumescen. No hay quien le quite de la cabeza que la suya está recriminándole sus errores; pero qué iba a remediar ella por entonces si ya se había enamorado con la misma enajenación que en sus novelas.

Teme que, de llenar la bañera, los estertores de las viejas cañerías despierten al servicio, aunque duerman dos plantas más abajo, así que decide asearse en el lavabo y mudarse de camisón. Mientras lo hace se pregunta cómo serán Eunice y Gabriel.

—Hábleme del niño, Refugio.

Debió de suceder durante el segundo o el tercer día en La Constante; no sabría precisarlo, ya que recluida en ella las horas se suceden en un bucle.

—¿Qué quiere que le diga? Que es raro.

—Raro, ¿por qué?

—Lo verá usted. ¿Desea que le lleve una infusión al salón o a la biblioteca?

—Prefiero quedarme aquí. Me gusta esta cocina.

—No es lugar para una señorita —respondió, seca. Acto seguido se dirigió a los fogones de carbón dándole la espalda.

Alma no se sintió agraviada y prosiguió:

—Veamos si lo he entendido: Gabriel es hijo de un sobrino de mi tía Eunice cuyos padres desaparecieron al volar los alemanes el buque en que viajaban hace dos años y, al ser su única pariente viva, ella se encarga de su cuidado. «A quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos».

La única respuesta fue el *chup chup* del guiso compitiendo con el teclear del agua sobre el cristal de la ventana.

—¿Qué es lo que tienen que curarle, Refugio?

—Yo no entiendo de esas cosas. Cuando quiera saber, pregúntele a su tía. —Los kilos de la criada se convulsionaron al hablar sin apartarse de la cacerola que atendía.

Pero Alma tampoco se lo tomó en cuenta y a partir de ahí, con minuciosa pericia de boticaria, fue cosechando información —frases sueltas aquí y allá— del resto del servicio, lo que le ha permitido componer el puzzle de un niño de diez años con quien también emparenta, aunque sea lejanamente: Gabriel parece reservado, inexpresivo, de mal comer y escasa obediencia; solitario y silencioso. Según ha oído, sufre un retraso intelectual. Al parecer, es bastante alto para su edad y exhibe el desgarbo de los chavales que pegan estirones cada dos por tres —«Un tirillas destartado», ha reconocido Santa, una de las criadas—. La misma responsable de criticar que su habitual introspección arruina la posibilidad de encontrar amistades de su edad —también lo pronostica una costurera que suele acudir a La Constante a remendar sábanas y reparar la ropa— y por esto no tiene compañeros de juegos, aunque recibe de buen grado al maestro venido desde El Norte. Estas confidencias le llevan a sospechar que el niño sufrió un trauma tras el fallecimiento de sus padres y no lo ha superado. Si bien se trata de unas cuantas impresiones deslavazadas, el afán por desentrañarlas contribuye a fijarse en un atolladero ajeno al suyo. Cada noche las refleja en el cuaderno de papel pautado, en cuya primera hoja ha esbozado un burdo «1946». No pensaba entregarse tan pronto a su costumbre de inventariar todo, pero la ausencia de Eunice la obliga a ordenar los datos pendientes de aclaración hasta que ella regrese.

\* \* \*

El detalle de su diario no es anecdótico. Todavía recuerda el primero; fue poco después de que su familia adquiriese Villa Alma por veintidós mil pesetas, gracias a la intermediación de un funcionario amigo de su padre. Amaneció un día de Reyes entre una pila de obsequios: estaba encuadernado en piel rosa, tenía los cantos dorados y un candado en forma de corazón.

—Es para que escribas lo que quieras en él —sugirió su madre al constatar su perplejidad tras verlo—. Prometo no leerlo. Ni aunque digas cosas horribles de tu padre o de mí —añadió, juntando el índice y el pulgar y guiñándole un ojo.

—¿Tengo que hacerlo todos los días? —preguntó Alma, dudando de querer aceptar esta obligación.

—Cuando te nazca, cielo mío. Cuando tengas tantas palabras dentro que si no las sueltas creas que vas a reventar.

La intriga con que hablaba su madre de ese misterioso libro animó a Alma a averiguar qué hacía ella en la llamada «sala de costura», desde la cual se veía metamorfosear las estaciones, y donde no se cosía ni un botón y si se apuntaban muchas cosas en un cuaderno parecido. No resultaron ser las cuentas ni la lista de los recados: Lucía también poseía su propio diario.

Desde entonces ha apurado sus anuarios metódicamente, menos el de 1945. La intensidad de este periodo hubiera dado para varios, pero estaba tan concentrada en amar que apenas rellenó la mitad de sus páginas. Alma solía archivarlos, al principio en la cómoda de su dormitorio y después, tras mudarse al piso de sus abuelos, dentro de los cajones de un tocador. Hasta que todos acabaron en el fondo de un río.

\* \* \*

La atmósfera del cuarto quema. Abrasan las sábanas, la colgadura del dosel y el andamiaje que la sustenta. Quemán sus senos. Es lava incandescente la cara interna de sus muslos cuando extrañan aquellos dedos. Su lengua.

El nombre de Damián se incendia entre el nudo de sus piernas. Alma daría cualquier cosa por poder sofocarlo, amándole de nuevo. Por llegar a sentir sus labios dibujando la cartografía de su piel. Por balancear las caderas a la par, por golpearlas de ese modo animal en que se tanteaban el uno al otro. Por abrazarle y lamentarse de dolor al tiempo. Su deseo se va inflamando como un hornillo hasta que brotan las llamas, de forma que las deja escapar.

Entre suspiros extiende el brazo buscando la perilla de la luz en la cabecera y se endereza. Su tímida luminosidad envuelve la alcoba en tinieblas, pero por lo menos logra espantar al fantasma de Damián antes de ponerse en pie, colmar un vaso con agua y dirigirse a la ventana. Necesita respirar. Tras sufrir los alfileres del aire helado en su rostro vuelve a cerrarla y se queda pegada al cristal. En el exterior apenas detecta más luces que el reflejo de la de su cuarto. Es agradable la visión del jardín por la noche.

A medida que se adapta a la oscuridad empieza a reconocer las formas de los setos y la cantidad de flores y frutos que, arrancados de sus ramas tras el aguacero, tapizan ahora la encharcada hierba. Haces de luna se entretejen por los arbustos cuando el astro esquivo las nubes. Ojalá el cosmos se confabule a su favor y mañana no llueva para pasear, o incluso para animarse a inspeccionar los alrededores.

De pronto la sobresalta la presencia de una silueta blanca, luminosa, destacando entre las plantas y a unos metros de la casa. Su forma sería compatible con la de una estatua, pero no recuerda haber visto allí ninguna durante el día. Alma diría que se cimbreaba como si no estuviese inerte, incluso podría responder a algo vivo aunque no lo cree factible con el desagradable clima de esta madrugada. Y deduce que el hartazgo de su encierro le estaría jugando alguna mala pasada.

A tientas deposita el vaso sobre un radiador, aunque con tan mala mano que se escurre estampándose contra el suelo. Asustada pega un brinco, da un par de pasos y acaba pisando los cristales. Al final ha terminado clavándose una esquirra.

—¡Maldita sea! —se lamenta—. Y ahora, ¿dónde encuentro un desinfectante?

Después de una búsqueda inútil por el cuarto decide descender a la cocina; antes de salir echa un vistazo al exterior: la luna ha vuelto a agazaparse tras las nubes y se ha tragado a la aparición. «¿Lo ves, tonta? Nunca existió», se tranquiliza.

Dos gruesos calcetines amortiguan sus pisadas a lo largo del pasillo, antes de desembocar en la biblioteca. Avanza acariciando las paredes para no tropezarse.

A punto de enfilarse la escalera se detiene frente a sus antepasados, como si el gesto fuese un necesario tributo a ellos, a quienes debería agradecer el milagro de respirar. Allí se encuentran el óleo de Alma Ebersbach. El del abuelo. Sus tíos Fabián y Ninu. Lucía, su madre. El ingenuo reportaje de su boda. Ella. ¿Ella? Entre las imágenes a las que ya empieza a acostumbrarse acaba de descubrir una inédita: la de una mujer con un cabello larguísimo, descendiendo en una cascada a ambos lados de la cara. Está segura de que ese rostro de rasgos perfectos no estaba antes ahí.

¿Quién es la mujer de esa fotografía?



«Todavía estoy a tiempo de creer en ti. De creer que aparecerás el día menos pensado, y lo harás sin mentirme. De creer que me quieres. De creer que me buscas».

Se ha puesto a escribir estas frases en su diario. Lo ha hecho varias veces, en un impulso, sin recapacitar. Sentada en el asiento de atrás del coche que conduce el malhumorado Mauro, a la vuelta de El Norte, y amparados bajo el cielo oscuro que pronostica un nuevo temporal.

—¿Aquí no deja de llover nunca? —inquire, guardando el lápiz en su bolso. Se trata de un lamento más que de una pregunta.

—A veces.

—¿Cuándo es a veces?

Como parece su costumbre, la observa a través del retrovisor y ni despegala los labios. Alma le entiende, e incluso se compadece de él, pues hoy se ha visto obligado a convertirse en una especie de tutor y saciar sus caprichos de forastera. Por suerte, la climatología les había dado una tregua, aunque Mauro ha encendido el coche a regañadientes y así ha seguido el resto de la jornada.

El sol invernal le ha alegrado al despertarse. Su tibieza caldeaba las lamas del suelo y espantaba las sombras de la noche anterior. Parece mentira que siendo una experta en fórmulas químicas se reconozca incapaz de tomar un barbitúrico para dormir, pero le aterra el modo en que carcomen la voluntad de quienes los consumen.

—¿Se encuentra usted bien? —se ha interesado Refugio, golpeando la puerta del dormitorio—. Son las diez y aún no ha bajado a desayunar.

—Estoy dándome un baño —ha gritado ella—. ¿Podría avisar a Mauro? Quiero ir a la aldea.

—Como usted desee. A mandar —masculló el ama de llaves por el pasillo.

Después Alma se ha embutido en una falda a cuadros y un jersey de lana. Ha almorzado huevos revueltos, queso y bizcocho recién horneado y, al subir las escaleras, ha comprobado que el retrato ya no estaba.

\* \* \*

La Constante es una sucesión de casas de piedra con contraventanas de madera y patios cuajados de hortensias, escenificando un paisaje de cuento. No obstante, a pocos kilómetros de la aldea se arraciman un manojo de viviendas más humildes, en las cuales se ha fijado al salir del municipio por más que el conductor trataba de entretenerla a fin de que no se percatase de su existencia. Sus moradores no resultan bien recibidos en el pueblo, son apestados.

—Gente de mal vivir, a los que nadie quiere ver por aquí —aclara Mauro.

—¿Trabajan en la mina?

—No, solo vagabundean. Nadie va por allí, es muy peligroso.

—¿Se trata de delincuentes? Deberían informar a la guardia civil.

—La autoridad no tiene nada que ver en esto.

A partir de aquí el chófer se ha enrocado en el silencio.

En sus orígenes La Constante era una pedanía, como las vecinas, pero la cercanía de las minas de los Monteserín, así como la fábrica que creaba los objetos de oro y plata, la abocaron a crecer a mayor ritmo que las demás. Algo en ella congela los calendarios: las largas faldas de sus mujeres como hace décadas, la desconfianza con la que se escruta al forastero, las servidumbres de los ancianos, las reverencias de sus cabezas al cruzarse con ellos.

Alma ha pateado sus calles lánguidamente, degustando la libertad de respirar aire limpio y fresco. En el panteón familiar, sito en un apartado del cementerio, ha visitado las tumbas de la familia:

VENTURA MONTESERÍN SÁNCHEZ 1850-1916

ALMA EBERSBACH DISER 1851-1912

FABIÁN MONTESERÍN EBERSBACH 1879-1912

VENTURA MONTESERÍN EBERSBACH 1872-1918

BENIGNO MONTESERÍN EBERSBACH

Le sorprende la ausencia de fechas en la lápida de Ninu, pero lo achaca a una negligencia del marmolista, o incluso un olvido premeditado para no fustigarse en los días luctuosos. De lo que no se tiene presente, uno se resiente menos. En esa infausta lista faltaría su madre, pero sus restos reposan junto a los de su padre y abuelos en el cementerio de la Almudena en Madrid. Nunca hablaron de dónde querría ser enterrada. Parecía demasiado pronto. Siempre lo es.

Pertrechada con su abrigo, con el cual arropaba sus piernas al notarla tiritar en el hospital, sale del camposanto. Envuelta como una crisálida en su paño guardó aquella noche más de un papel en su bolsillo. Hoy se ha encontrado uno, por casualidad. Los daba por perdidos, y al reconocerlo, ha sufrido tal sacudida que si no hubiese estado en el coche se habría desmayado.

Alma lo ha arrugado en una bola, lanzándolo a través de la ventanilla. Lo ha visto caer en un charco hediondo y la casualidad la ha estremecido. En el pueblo ha logrado olvidarse de ello tanto como para sucumbir ante las frutas y verduras expuestas en capazos de mimbre en la puerta del colmado.

—Voy a comprar manzanas —ha advertido a Mauro.

—Hay en casa, ¿para qué quiere más?

Haciendo caso omiso de sus advertencias, ha elegido cuatro manzanas de sidra y unas nueces. La tendera no ha cesado de mirarla dilatando una sonrisa bobalicona y, al entregarle el cambio, no se ha reprimido.

—Su madre era... tan bella.

—¿La conoció? —preguntó Alma ansiosa—. Pero ¿entonces usted sabe quién soy yo?

—Aquí todo el mundo sabe quién es usted.

—¡Ya está bien, Reme! La señorita ha terminado y se tiene que ir. —Mauro ha zanjado la charla tomando las bolsas de papel e indicando la salida.

Una vez en el coche, en dirección hacia El Norte, Alma ha sacado el tema. No se había atrevido antes porque el debate hasta lograr que condujera a la capital de Malpaís resultó tedioso. Todavía planeaba su advertencia sobre los misteriosos arrabales de La Constante.

—¿Es cierto que en el pueblo saben quién soy? ¿Mi tía les ha avisado de que venía? —le movía la curiosidad.

—Su tía nunca habla con nadie que no deba.

—No es una respuesta, Mauro —insistió—. ¿Mi tía comentó con alguien mi telegrama o no?

—Le repito que su tía es una señora y no da tres cuartos al pregonero.

No merecía la pena sostener un diálogo de sordos y se ha afanado en trazar en su diario un rudimentario mapa que le ayudara a entender los límites geográficos de ese espacio donde todo comparte una misma denominación: factoría La Constante, minas La Constante, pueblo La Constante... la mansión. Sus campos. Las huertas.

Lo raro es que en algún momento ha dejado de forjar líneas y curvas y, sin saber bien cómo, ha arrancado a escribir las frases que trataba de olvidar.

Las mismas que se habían ahogado en el fango.

\* \* \*

El resto del camino antes de llegar a la ciudad ha cerrado los ojos y a partir de aquí la cabeza ha sido una marmita en ebullición. De sus abuelos a su padre, de la

farmacia a la universidad: su vida pasando por delante como en una moviola.

Menudo nombre más premonitorio. Los ultramarinos La Bomba que los abuelos promovieron hasta convertirlos en el comercio más frecuentado de Chamberí habrían de estallarles un día entre los dedos, pero qué iban a saber cuando abrazaron a su nieta Alma. Tan pequeña, tan rubia, tan sonriente. Un regalo que también les trajo de vuelta a su hijo y a su nuera Lucía.

—¿Dónde estaríais mejor que aquí? Instalaos en Madrid, en casa hay sitio de sobra —insistían e insistían hasta que lo consiguieron—. Nadie puede ser feliz en una tierra de nombre tan feo.

—Malpaís es el lugar más bello de España —replicaba Lucía molesta.

La pareja callaba para no contrariar a su nuera y tener cerca a su nieta, a quien malcriaron desde el principio. Tras la reforma, la tienda abandonó sus géneros y pasó a ser una farmacia, aunque heredó el nombre y su clientela, eso sí, extrañada de que una botica se denominara de aquel explosivo modo. Dentro de ella Carlos Gamboa, el brillante licenciado en ciencias químicas y farmacia, habría de ahogar sus ambiciones de alquimista.

En el trecho de calles que mediaban entre La Bomba y el número 17 de Albuquerque, donde vivían los abuelos, transcurrieron los primeros años de Alma. Extrovertida y sociable, imaginativa y curiosa, buscaba siempre la compañía de otros niños como si presintiera que algún día ser hija única de un padre hijo único y una madre sola le provocaría un vacío tan hondo que no hallaría modo de llenarlo.

El mes de julio de 1936, Alma había tramitado la matrícula para su primer curso en la universidad. Su madre la acompañó a cumplir con la burocracia, pero tras cotejar las pocas mujeres que rellenaban el papeleo de admisión en la facultad de farmacia, dio un paso atrás y presionó a su hija.

—¿De verdad no prefieres la Escuela Normal? Siempre te han gustado los niños.

—¡Mamá! Hemos hablado hasta la saciedad de esto. No quiero ser maestra, sino farmacéutica como papá.

—De sobra sabes lo esclavo que es.

—¿Acaso no lo es obligar a los alumnos a estudiar cuando sus padres analfabetos se ríen de ellos por perder el tiempo entre libros?

—Las ciencias no son para las mujeres.

—¡Valiente estupidez! —replicó malhumorada—. Te pareces a los abuelos, no digas esas cosas en alto. Me da vergüenza.

Hacia poco que se había cortado el pelo —las trenzas que acariciaba su padre— a la altura de la nuca y parecía otra. Lucía asumió su resolución y reconoció que ya no era su niña. La vio desenvolverse aireando las mangas de un traje blanco con motas rojas y no pudo menos que sentirse orgullosa del trabajo realizado en ella. Aunque no fuese una bachiller especialmente brillante, pues hipotecaba su esfuerzo en aprobar y el resto del tiempo leía y leía, su madurez la convertía en la universitaria idónea.

La Central era la gran universidad española. Alma registraba en su diario las personalidades con quienes podría toparse de ahora en adelante: los investigadores Ramón y Cajal o Gregorio Marañón, el patólogo Carlos Jiménez Díaz, el químico Antonio Madinaveitia... Por no aludir a mentes de letras como las de Pedro Salinas o Claudio Sánchez Albornoz.

Se había acostumbrado a leer sus nombres en los periódicos y le resultaba increíble participar de tantísima sabiduría. Por descontado que la prensa también relataba lo que había sucedido el 18 de julio, pero sus padres se esforzaron en quitar hierro al asunto. Al fin y al cabo, el país vivía desde hacía años en plena convulsión.

Durante el curso, la universidad se esforzó por aparentar normalidad, no sin dificultades. Su balance fue ambivalente: por un lado, Alma pronosticaba que la guerra agriaría sus anhelos y, en el opuesto, el ambiente universitario, sus primeros flirteos, sus tardes de cine club o en los cafés de moda sacaban lo mejor de ella misma. A pesar de los toques de queda, se confesaba optimista. Aunque los libros abandonaran las estanterías de las bibliotecas para tapiar sus ventanas o la artillería mutilara edificios enteros.

No obstante, el derrumbe era notable. Los obuses habían destrozado la Ciudad Universitaria y nadie aseguraba que sus aulas afrontaran un nuevo curso. Por entonces salía con un estudiante de medicina que, movido por la incertidumbre, decidió concluir la carrera en Valencia, de forma que su primera decepción sentimental llegó pareja al silbido de las balas en el paraninfo. También regresaron a sus ciudades sus amigas, hospedadas antes en la Residencia de Señoritas. Su espejismo empezaba a desleírse.

De nuevo le ceñía la sombra de la soledad.

Espiritus sensibles como el de su abuela no soportaban el asedio a Madrid. Ella sangraba por cada herida de la ciudad. Suyo era el desgarrar de las familias rotas, cuyas las obsesiones que la fueron minando como un cáncer galopante: el temor a ser asaltada o a que los suyos desaparecieran sin dejar rastro; y volvieron las inquietudes que se hubieron desatado cuando su único hijo se marchó a París a fraguarse un porvenir. Un mal día la abuela decidió no pisar la calle. Al siguiente no levantarse de la cama. Y al tercero, no abrir los ojos.

De nada sirvieron los ruegos de su esposo o las súplicas de Carlos, su hijo, ni de su nieta Alma. La abuela murió en agosto de 1937.

—Tu padre nos necesita más que nunca —masculló Lucía, y no hubo que explicar más.

Alma no se matriculó en segundo de carrera. Y cada mañana tomaba el tranvía junto a su progenitor para levantar entre los dos el cierre de la farmacia.

Tocaba madurar desde el otro lado del mostrador. Fusionarse con su padre. Absorber tanto sus competencias como esa maña para evangelizar a su «parroquia» con la palabra idónea, igual que un confesor proveyendo remedios para el alma o placebos que confortaran el cuerpo, porque las restricciones habían vaciado la rebotica de medicamentos.

\* \* \*

Cada vez que se da de bruces con un letrero así se estremece. Siempre pasa igual: ve el rótulo e inicia su inventario emocional. Ha vuelto a sucederle cuando Mauro, tras conducir desganado a través de las arterias de El Norte, ha confluído en una travesía empedrada por la cual no ha podido avanzar.

—¿Quiere bajarse un rato? —le ha invitado—. Al final de la calle tiene la plaza Mayor. Es bonita y hay tiendas.

—Claro.

Alma ha abandonado el coche aturdida. Llevaba todo el recorrido tratando de entender la idiosincrasia de la ciudad curioseando por el cristal y se ha mareado. Nada más pisar el asfalto, un frío húmedo traspasa el paño del abrigo y presente que está a punto de llover. O de llevarse un sobresalto.

Lo ha sufrido nada más adentrarse en el trayecto peatonal donde se levanta la decadente fachada de una farmacia. Antiflogistina-Cataplasma, crema de uso tópico recomendada en casos de inflamación articular, pleuresía y quemaduras. Brom-Nervacit, píldoras de bromuro contra el estreñimiento. Benerva-fortissime, aconsejada en el déficit de vitamina B; neuralgia, ciática y desórdenes circulatorios. «Debe tener cuidado, señor, pues puede causar *shock* si se administra muy rápidamente». Parece oírse recitando ese escaparate repleto de fármacos ante una audiencia de clientes quejumbrosos a los que solo tonifica su competencia. Tamizar, centrifugar, filtrar, destilar, emulsionar, amasar, disolver, solidificar. Rutinas que empieza a echar de menos. De repente capta su atención una caja azul con letras rojas: Eucodal. ¡Malditas ampollas!

«A nadie suministraré ninguna droga mortífera, por más que esta me fuera pedida, ni daré consejo que pueda acarrear la muerte». A veces el juramento hipocrático le parece un calvario.

Una ráfaga de viento arranca el lazo con el que recoge su cabello. Qué raro, segundos antes no se movía ni un visillo. Alma sale en pos de la cinta y abandona la farmacia.

Pero no se trata de una ventisca, sino del aliento de su padre, que ha regresado un instante para amortiguar su rabia y escoltarla en el paseo. Ha agitado su pelo como cuando era niña.

\* \* \*

Su padre nunca la ha abandonado. No ha dejado de tutelarla: primero en sus estudios, después en su trabajo. Él, desde donde se encontrara, enviaba a sus colegas,

cada vez que su hija necesitaba auxilio a la hora de desentrañar un dilema, o a quienes abastecían la botica cuando nadie conseguía medicamentos en la capital. Su espíritu logró ablandar la cerrazón de Lucía, consintiendo que en 1941 Alma volviera a matricularse en la universidad tras años de negativas. De algún modo ella sabe que su presencia la apuntala en las dificultades.

Resulta bastante irracional que la perciba más fuerte que la de su madre, y eso la perturba, teniendo en cuenta que entre sus muertes median siete años y del fallecimiento de Lucía aún no se ha cumplido el primer aniversario. Pero el saldo de esos meses mano a mano fue tan hondo que no hay erosión que lo merme.

—Tienes que interiorizar las medidas, hasta que llegue el día en que dejarás de traducirlas al sistema métrico decimal —aconsejaba en sus lecciones—. La onza, la libra, el microgramo... No es lo mismo un escrúpulo que un dracma. Una ligerísima variación en la dosis desencadenaría un daño de dimensiones incalculables. Incluso la muerte. Serás responsable de la vida, Alma, como el sacerdote lo es del espíritu.

Ambos empeñaban horas en la rebotica cada vez que colgaban el letrero de «cerrado» en la puerta. En aquel santuario su padre le revelaba los secretos de la nigromancia farmacéutica, velando por sus instrumentos y aparejos —pipetas Pasteur, matraces, agitadores, gradillas, vasos de precipitados...— como piezas de un antiquísimo oráculo que estuviera a punto de legarle. Fórmulas magistrales. Aceites esenciales. La liturgia de la salud condensada en un supositorio. La vanidad del padre-maestro adocrinando a su avezada hija-alumna.

—¿Qué es granular, Alma? ¿Cuáles son los procesos elementales en los cuales no tienen lugar transformaciones en la naturaleza química de las sustancias?

—Separar, unir, dar forma y transmitir calor. Granular es «juntar sustancias finamente divididas mediante presión o impregnándolas con un líquido o aglutinante» —respondía de carrerilla.

—¿Y cuántos gramos de unguento al cinco por ciento se pueden preparar con cinco gramos de componente activo?

—¡Padre!

Ungidos por la asepsia de sus batas blancas, que entregaban a su madre al volver a casa, no necesitaban a más salvadores del mundo. Ellos dos se bastaban. Incluso cuando lejos de los parapetos de la rebotica, Madrid rezumara olor a muerte.

—¿Qué habéis hecho hoy? —preguntaba Lucía.

—Despachar recetas —aclaraba sucintamente su marido.

Y su madre se lamentaba en silencio de ser excluida de ese contubernio que sostenían las dos personas que más quería. Cómo no encelarse de la pasión con que se adoraban, temiendo que solo la necesitasen para lavar la suciedad de la botica. Espoleada por este miedo revivía, en ocasiones, un dolor antiguo, irracional y vengativo, que deseaba muy lejos porque remitía a lo peor de su carácter.

No debía aventarlo. Estaba confinado en una parte de ella que arrastraba como un sortilegio al que nunca entierras.

La plaza Mayor de El Norte no posee los oropeles de la de Madrid, pero sus edificios destilan nobleza y distinción.

Alma ha recorrido sus soportales, se ha tomado un café con leche en un acogedor establecimiento y ha celebrado una librería entre sus comercios. Aún no había circundado la plaza cuando ha visto la fachada de madera gris azulada: La Puerta del Cielo. Libro viejo y nuevo, y se ha colado dentro.

Tras La Puerta del Cielo se oculta una heterodoxa tienda atestada de libros no muy ordenados. Entre sus anaqueles debiera encontrarse cualquier ejemplar, siempre y cuando el meritorio lector despliegue paciencia en la búsqueda, ya que sus pocos dependientes no dan abasto.

Tras una primera ojeada ha elegido un texto de Ignacio Agustí, *Mariona Rebull* —el argumento de un amor prohibido le ha despertado simpatías— y una novela de la celeberrima Agatha Christie.

—De *La estirpe del dragón* han rodado una película en Hollywood —le ha comentado la librera—. Sale Katherine Hepburn.

Motivo suficiente para que decidiera llevarse también la novela de Pearl S. Buck. Admira a esa actriz, resolutive y segura de sí misma, dos virtudes que envidia.

—¿Los libros antiguos? —ha indagado tras depositar en el mostrador un ejemplar de *El problema social de la infección*, de Gregorio Marañón.

—Tiene que subir por esa escalera. ¿Qué busca?

Alma ha esquivado la respuesta evitando pronunciar el nombre de Álvaro Retana, porque ignora cómo se entendería su interés por un autor con cierto desprestigio en una ciudad como El Norte, de sesgos conservadores.

Si bien las obras de Retana no están prohibidas, ya no se reeditan, lo que supone otra forma de censura. Alma empezó a aficionarse a él siendo una adolescente a través de unos libritos que su madre tiraba a la basura. «¿Cómo puedes leer esa bazofia?», protestaba al descubrirlos. Ella jamás alcanzó a confesarle que sus historias le erizaban el vello, dejándole el sabor de la borrachera romántica en la lengua. Nunca le revelaría que su perturbadora idea del amor prendió entre los párrafos de aquellas obras.

\* \* \*

La planta superior es un altílo donde campa el mayor desorden. Ni en mil vidas podría encontrarse algo allí, desespera al acceder a él. Junto a los estantes que de techo a suelo almacenan incontables ejemplares, destacan un par de escalerillas y, al fondo, una rudimentaria mesa en la que se encuentra otra clienta. Al asomarse, ella no le ha saludado, aunque la ha sometido al repaso de un animal que recelase de alguna amenaza en su territorio. Alma ha preferido rastrear la pista de Retana en el ángulo opuesto.

Tras un rato tratando de averiguar cuál sería el criterio para semejante hacinamiento, la mujer se ha levantado y Alma interpreta que se marcha. No se atreve a echarle una ojeada porque su presencia emana algo inquietante, hasta que descubre sus pies al lado. Se han situado junto a ella, inmóviles. Entonces yergue la cabeza y se topa con la extraña que lleva un libro entre las manos y otea hacia un punto impreciso en la pared.

—¿Sucede algo? —inquire.

Es una mujer de mediana edad, algo rechoncha y más baja que ella. Tiene el pelo oscuro aparatadamente recogido en torno a su cráneo, simulando una diadema de cabello. La frente amplia, ojos de búho y unas dramáticas cejas depiladas en forma de pico que endurecen un rostro donde destaca su afilada nariz. No puede decirse que sea fea, ni desagradable, pero sí una de esas personas sombrías con las que mejor no tener pleitos. Viste un traje poco femenino y de su cuello cuelgan unas gafas de maestra de escuela.

Desde fuera la situación resulta ridícula: dos mujeres frente a frente, sin conocerse ni mirarse a los ojos. Alma gira sobre sus tacones en la dirección hacia donde la desconocida parece fijar su vista.

—¿Puedo ayudarle? —insiste, sin apreciar nada fuera de lo normal.

La mujer manifiesta una repentina laxitud que le impide sujetar el libro, que cae sobre el empeine de Alma. Acto seguido extiende las palmas de unas manos pequeñas de dedos cortos, como de niña, hacia arriba. En el anular izquierdo luce un anillo tan voluminoso que ocupa media falange. El sello, encajado dentro de un aro ancho con filigranas de motivos vegetales, incrusta una estrella que recuerda al símbolo judío, lo que no deja de ser comprometido en este tiempo; en los vértices y en su centro destacan unas letras grabadas. Alma se agacha para recuperar el libro pero, al ofrecérselo, ella, absorta, lo rechaza. En cambio arranca a hablar.

—No tiene paz —susurra en voz ronca.

—¿Cómo dice? —pregunta Alma turbada.

—Solo tú puedes ayudar...

—¿Quién es usted? Si se trata de una broma, es de muy mal gusto.

—No tiene paz —repite—. Todavía está contigo. No quiere que te alejes.

Su mirada ha quedado suspendida en algún punto del espacio que sitúa a un palmo por encima de su hombro derecho. La mujer parece ver más que ese tabique empapelado con deslucidos motivos; es como si sus ojos horadaran el muro, cruzaran la plaza, sus edificios centenarios y traspasaran al interior de las casas del otro lado de la ciudad. Como si advirtiera lo que otros no reconocen. En pocos segundos asola el altílo de la librería un frío polar.

—¿Me conoce de algo? Dígame, ¿quién...? —Tiemblan su voz y las piernas a la vez—. ¿De quién me habla?

Entonces escucha unos chillidos llegados desde abajo y pega un brinco.

—¡Señoritaaaaa! —grita la estridente empleada—. ¡Usted, la del jersey crema! A ver si le interesa este.

Tiritando, se aproxima al antepecho desde donde se distingue la planta inferior. Allí reconoce a la dependienta blandiendo un libro que ella rechaza con la cabeza. No, no desea más ejemplares. Lo único que persigue ahora es averiguar quién es la desconcertante mujer y más aún la intención de sus palabras. Pero cuando da la espalda a la barandilla, se ha esfumado.

—¿La señora que estaba aquí hace un momento? —inquire a la cajera, tras descender los peldaños sin aliento. En sus manos lleva el libro olvidado por ella.

—¿Qué señora? Por la librería pasan muchas. Al final va a quedarse esta novela también, ¿verdad?

La cajera le ha agarrado el ejemplar y sin opción de rechistar se lo ha envuelto junto a los demás. Solo ha podido echar un fugaz vistazo al título: *La rosa amarilla*, de Arutnev Nireset.

\* \* \*

Tras haber recorrido la plaza Mayor sin hallar su rastro ha vuelto al coche y, descorazonada, ha arrojado los volúmenes sobre el asiento. No les presta atención. Sus historias ya no le atraen comparadas con el misterio al que acababa de enfrentarse.

Siente el ánimo turbio y muchas incertidumbres por resolver según escucha la molesta cantinela de las rodaduras del coche. Mauro indica que volverán a La Constante por la carretera de la costa y no por la del interior, puesto que valora más corto ese trayecto.

—Como usted convenga —repone Alma, sin ánimo de departir.

—¿Ve ese edificio al otro lado del bulevar? Es de su familia también.

El conductor ha destacado la presencia de una construcción abandonada, tal y como pronostican sus cristales rotos y un tejado parcialmente demolido. Se detecta su desolación entre las copas de unos árboles desnudos sitios frente a su fachada.

—¿Qué era?

—Otra fábrica —ha aclarado el chófer—. Pero la guerra la reventó.

—No pensé que la guerra llegara aquí. Mi madre decía que... —Un peso en el pecho no le ha dejado proseguir.

—Aquí se estuvo bien, menos el día en que aparecieron unos aviones y nos dejaron el regalo. Igual que palomas cagándote encima.

Qué ganas de conversar parece tener de pronto Mauro y qué pocas ella. Al dejar atrás la vía principal para enfilar la salida de la ciudad, los socavones de la fachada le han golpeado el esternón. Boquetes de sangre. Proyectos e ilusiones resquebrajados entre los ladrillos.

Y del mismo modo que un hecho baladí desencadena una reacción de dimensiones imprevisibles, igual que al tirar de una hebra corre el riesgo de desmadejarse el ovillo más tupido, el menoscabo de una fábrica bombardeada años atrás da rienda suelta a su dolor. Tras días de sujetarlas, días de recuerdos amontonados, Alma es incapaz de frenar sus lágrimas.

Nadie puede recomponer los trozos de una vida quebrada. Se llora. Se grita. Se extraña.

\* \* \*

El tránsito de 1937 a 1938 sembró un largo invierno de restricciones.

Si bien Alma nunca se alejó de la cruda realidad, a veces, la suya era más poderosa que la que imponían los acontecimientos. Por ello fue creciendo en su interior un sentimiento contradictorio hacia sus padres. A un tiempo los amaba y cuidaba, pero su presencia la ahogaba.

Solía analizarlos mientras cenaban en el salón de Villa Alma, a la vuelta de la farmacia. Aunque llegaran tarde, su madre se negaba a improvisar un tentempié en la cocina. «Es cuestión de dignidad», y montaba la mesa con la liturgia que aprendió siendo niña. Lucía siempre estaba atenta a lo que contaba su marido; se anticipaba a sus gestos antes de que él reclamara algo. Alma imaginaba que esa devoción tejía el amor que retrataban sus novelas. Su padre, en cambio, no derrochaba tanto romanticismo, pero la quería. Mucho.

Ambos constituían su único patrimonio; sin embargo, les responsabilizaba, en parte, de su desazón: se sentía sola, sin hermanos, y atada a ellos en extremo. Aunque su frustración también venía de reconocer que no concebía modo de quebrar sus ataduras sin herirlos. Y en ese dilema se enrocaba.

Alma cumplió diecinueve años como si fuesen diecinueve siglos.

Odiaba su rutinaria vida. Visitas al abuelo, compras con cuentagotas, algún cine patriótico e intensas lecturas. Hasta que el drama se coló en su existencia para hacer de ella otra distinta. Más triste. Aún más desoladora.

A media mañana del lunes 21 de febrero de 1938 su padre se quitó la bata, se enfundó el abrigo y se despidió desde la puerta de la botica.

—Voy al almacén en busca de formol. Y veré si tienen cloroformiato de quinina —aclaró a su hija.

—¿Para qué la quinina? ¿Acaso han detectado malaria en Madrid? —preguntó Alma inquieta.

—Si no se depura el agua del río, puede pasar cualquier cosa.

Eran habituales estas reacciones, motivadas por su intuitiva sabiduría.

—Tan previsor como siempre. Ojalá se me pegue lo mejor de ti.

Había sonado la campanilla de la puerta, cuando su padre volvió a entornarla.

—¡Hija! —exclamó, llamando su atención—. ¡Qué gran mujer te estás haciendo!

No aguardó más respuesta que la sonrisa de Alma y cerró tras de sí. Ella nunca más volvió a ver a su padre.

Antes de tomar el suburbano con destino a Sol, él advirtió un revuelo en la esquina de la calle Trafalgar. «Es un obús que ha aparecido ahí como por arte de magia», rumiaba el gentío. Pero en las guerras no hay hechizos, sino realidades descarnadas.

Una mujer con un niño en cada brazo y otro cosido a sus faldas. Este último se suelta y, fascinado por el extraño objeto nacido de la nada en mitad de la acera, se acerca a él. La madre le llama asustada, pero cuando quiere desprenderse de sus otros cachorros e ir a por su hijo, ya está prácticamente encima del obús.

El padre de Alma, testigo del suceso, no lo piensa dos veces: en un abrir y cerrar de ojos empuja a la mujer, agarra el brazo del niño cual marioneta y lanza el trapo de su cuerpecito para que lo coja al vuelo algún viandante. Demasiado rápido y arriesgado. Muy difícil no perder el equilibrio. Imposible.

Carlos, el marido de Lucía, el padre orgulloso, el boticario tierno y siempre acertado, anuda una pierna junto a la otra, tropieza y se empotra contra el mismísimo demonio. El averno arde invitándole a entrar.

No hubo rincón en varias manzanas donde no se escuchara el estallido. En la farmacia los botes campanearon unos contra otros y Alma se estremeció de pies a cabeza.

—Ya estamos otra vez con la cantinela —protestó la clienta a quien atendía—. ¡Buf! No nos dejan vivir. ¿Y a ti qué te pasa, niña? ¿Vas a lloriquear por cada bomba? ¡Pues no te queda guerra ni *ná!*

—Es mi padre —atinó a balbucear.

Alma sintió un fognazo que la mortificó entera anunciándole que el nudo que formaban acababa de deshacerse. Supo que su padre acababa de morir. Nunca más le sucedió —ni siquiera tras fallecer su madre—, y tuvo que curarse con emplastos las heridas que invadieron su piel durante semanas.

La explosión hizo retumbar los cristales del primer piso del número 17 de la calle Alburquerque. El abuelo trataba de prepararse una pipa cuando se le cayó de las manos y se partió en dos. Él también sintió una sacudida que le dejó baldado durante horas.

Escasos meses después, mientras las dos huérfanas se esforzaban por enderezar sus vidas y el negocio, el abuelo de Alma se dio por vencido. Nada le retenía en aquella España que le había robado lo más amado.

Madre e hija, teniendo solo la una a la otra, trataron de sobrellevar juntas un peso inhumano.

\* \* \*

¿Qué hace escribiendo una y otra vez las frases? Alma se sorprende con el diario sobre sus rodillas y repitiendo en una caligrafía ilegible el contenido del papel que había arrojado horas antes al vacío.

En la recta final del viaje han ascendido ya a la cumbre de los acantilados. El mar está agitado, el cielo, ennegrecido. Seguro que vuelve a llover. Interroga a Mauro sobre ello. Guarda el lápiz y cierra el diario, diciéndose que tiene que arrancar ese escrito. A su izquierda surgen las embaucadoras ruinas de la mansión cuyo nombre representa todo un ofrecimiento: Providencia.

—Qué hermosa debió de ser —masculla—. ¿Quién poseería un sitio así?

El chófer la escruta por el retrovisor.

—Su tío Ventura vivió allí.

—¿Mi tío? —pregunta sorprendida—. ¿Quiere decir que le pertenecía?

—A él no. Solo que vivió un tiempo.

—¡Oh, Mauro! —Parece una niña—. Ande, acerquémonos un momento.

La posibilidad de colarse en la construcción abandonada la exalta como para presionar a Mauro, sacudiéndole el hombro. Él gira el volante y frena bruscamente: el vehículo derrapa y queda atravesado en la vía.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? —Alma ahoga un grito.

—¡Lo siento, señorita! Ha sido un gato... se ha cruzado. Perdóneme. Esta carretera es muy peligrosa. —Se vuelve hacia ella; le confunde su entereza—. El señorito lo decía siempre y mire lo que le sucedió.

—¿Acaso este fue el lugar del accidente de mi tío?

El conductor abre la portezuela y sale del coche, mientras ella sigue preguntando por la tragedia de Fabián.

Alma se cubre el rostro con las manos. Está agotada. Su ánimo parece un yoyó, encogiéndose y estirándose. Cada vez que trata de remontarlo, irrumpe una pirueta

que lo doblega de nuevo. Hoy ha rebasado sus límites porque ese encuentro con la mujer de la librería ha resultado salvaje.

El simple funambulismo de vivir la desgasta.

Siente ganas de fumar y busca un pitillo en el bolso, lo que no encuentra es fuego. ¿Qué hará Mauro? Imagina que comprobará que no se haya dañado el coche. Entonces descubre que la frenada ha lanzado los libros recién desenvueltos al suelo. Los recoge y al ir a dejarlos en el asiento distingue sobre él un papel doblado.

Qué extraño, juraría que antes no estaba ahí. Y la sacude un temblor.

\* \* \*

—¿Está usted bien? —pregunta Mauro. Acaba de cerrar las puertas de hierro y entran en La Constante—. Se ha quedado pálida.

—Mareada —miente—. Una cosa, ¿salió del coche en algún momento?

El trabajador se muerde el labio y aclara:

—Nunca lo dejo solo, pero compré un encargo de la Refugio en la ciudad. ¿Por?

Esta vez quien elude responder es ella.

Alma suda bajo el jersey. Un sudor frío que huele a miedo y a azufre. Por momentos pierde la capacidad de enfocar y se le nubla la vista. Mantiene las dos manos apretadas en un puño; dentro hay algo inaudito. La sinrazón. Un hecho que no puede dilucidarse bajo el prisma de ninguna lógica. Un trozo de papel azul celeste como los que solía recibir a diario. Doblado en cuatro partes y anotado dentro lo que ella creía ahogado en el barro:

*Todavía estoy a tiempo de creer en ti. De creer que aparecerás el día menos pensado y lo harás sin mentirme. De creer que me quieres. De creer que me buscas.*

Las jambas de la puerta de La Constante se estremecen al traspasarlas. Alma las siente ondular, casi tanto como la madera a la presión de sus pies. Se mueven los cuadros, la alfombra con el rosetón central y los florones a su alrededor. Incluso cree registrar un tintineo en los cristales de la lámpara y ver oscilar las flores de los jarrones.

—¿Le sucede algo? —pregunta Refugio cuando acude a su encuentro.

—El viaje. Necesito ir a mi alcoba —logra zafarse de ella, evitando desplomarse allí mismo.

Derribada sobre el inodoro vomita restos de café agriado y llora con mayor intensidad que al haber recordado a su padre horas antes. Lo hace pensando en Damián porque sigue siendo una fractura abierta, y de vez en cuando el amor requiere puntos de sutura.

\* \* \*

Al día siguiente de su encuentro al pie de la parada del tranvía, apareció su primera nota. Fue en la farmacia. La encontró el ayudante a quien su madre y Alma habían designado, el verano de 1942, el vértice en el ángulo de sus vidas. Por entonces era un chaval espigado y tímido que cursaba quinto de farmacia con unas notas brillantísimas, aunque apuntase bastante torpeza en las relaciones públicas. No obstante, si bien se expresaba lo justo, sí demostró gran clarividencia para identificar la dolencia y su cura con solo auscultar los ojos al cliente. A ella le recordaba remotamente a su padre. La bisagra que era el joven engrasaba las relaciones entre las dos.

El ayudante —en diciembre de 1944 licenciado con todos los honores— la había depositado sobre un estante de la rebotica, junto a una maceración de alcohol de romero. Alma leyó su nombre en el sobre y no preguntó cómo había llegado allí. Al instante dedujo que Damián la habría seguido durante su trayecto el día anterior.

Las notas se extendieron hasta las vísperas navideñas y su contenido resultó tan exhaustivo que cuando la mañana del 22 de diciembre, con los niños del sorteo de la lotería de Navidad canturreando en la radio de la trastienda, la campanilla anunció la entrada de un cliente que resultó ser él, Alma tuvo la impresión de conocerle mejor que a sí misma.

Damián se despojó del sombrero y lo aprisionó entre unas manos palpitantes. Ella terminaba de entregar un cambio y, al reconocer su metro noventa, no atinó a cerrar la máquina registradora.

—¿Me da un tubo de Okal, señorita? —pronunció muy deprisa.

—Ya le atiendo yo —se apresuró en reaccionar el ayudante, que desde que su madre estaba ingresada parecía haber espabilado.

El joven se agachó a buscar la medicina en los dispensadores y Alma aprovechó para tender la mano a Damián. Se la encontró helada.

—¿Tuvo suerte en la lotería de hoy? —preguntó de forma cortés.

—Soy el hombre más afortunado del mundo, sería injusto pedir más. Bueno sí, un café. ¿Un chocolate caliente?

—El chocolate me parece una buena idea, se lo acepto —accedió ella—. Vuelvo enseguida. ¿Te ocupas tú de todo? —ordenó al ayudante.

Alma salió del mostrador ajustándose el abrigo y el empleado quedó al otro lado, cogiendo el tubo de Okal entre las manos y con una expresión incrédula en su rostro. Desconocía ese arrebato en Alma.

La pareja degustó chocolate con picatostes en una cafetería cercana, explorándose con la mirada. Estremecidos en cada roce fortuito de sus cuerpos. Hablando atropelladamente él, abrumada ella.

—No sabes nada de mí. Ni siquiera mi apellido.

—Alma Gamboa Monteserin. No tienes hermanos. Tu padre falleció hace unos años y tu...

—¿Me has espiado? —interrumpió ella.

—¡Noooo! Los datos están al alcance para quien los busca: el número en la guía de Telefónica, tu nombre en la universidad. En cuanto vi tus libros supe que no podrías cursar otra cosa que ciencias, farmacia o medicina. Resultó una averiguación laboriosa.

—Me desconciertas. No sé si me agrada que alguien...

—¿Sepa tanto de ti? Tú lo sabes todo de mí.

Estaba en lo cierto. Los escritos que llegaban a diario, apareciendo por sorpresa bajo las puertas de la botica o de su casa, le habían desnudado, desmigajando su vida sin ambages. En tinta negra sobre cuartillas azules.

Junto a anécdotas infantiles —como esa vez en que se quedó sin aire mientras pescaba a pulmón libre y, rescatado por su abuelo, revivió de milagro; o sus numerosas caídas del caballo— y detalles familiares de poca enjundia, Damián solía reiterar, de modo insistente, que la búsqueda del amor perfecto se había convertido en su motor. «En este mundo solo existe un ser ideal, tu equivalente en valores. Lo que te aleje de él representa una pérdida de tiempo».

—Se encuentra a alguien excepcional cuando menos te lo esperas. En una parada de tranvía. En el metro. Aquí y ahora. ¿Qué opinas?

Qué iba a objetar Alma si lo que oía condensaba lo que tantas veces había presentado a través de sus lecturas. El hombre camuflado tras sus cartas, quien catalogaba el amor como el catalizador del mundo, poseía cualidades admirables: empatía, sensibilidad, emotividad... romanticismo. Su presencia no desmerecía en absoluto su elocuencia.

—No sabes cómo y cuánto te he buscado. No importa, no respondas. Ya está, ha sucedido y ni tú ni yo podemos detenerlo —continuó él y ella fue admitiendo que el divorcio entre los romances de ficción y la desértica realidad no era tan irreversible como temía—. Nace de dentro y hay que sentirlo. Simplemente sentirlo.

Damián abrazó sus manos entre las suyas. El bullicio de la cafetería los obligaba a estar muy cerca uno del otro para escucharse.

—¿Te sientes mal? —preguntó—. ¿Crees que he sido atrevido?

Su garganta era un erial. Tuvo que acopiar saliva para que fluyera alguna respuesta.

—No. Bueno, sí... ¿Por qué me dices todo esto a mí?

—Porque eres lo que persigo desde que tengo uso de razón. Es suficiente.

\* \* \*

Al cabo de un rato de desahogo, Alma se lava la cara con jabón hasta que sus mejillas empiezan a descamarse. Después, acomodada sobre el banquillo del alféizar donde la noche anterior presenciara la espectral aparición en el jardín, va enfrentándose a otros fantasmas.

Primero arranca lo que ha escrito en el diario. Acto seguido tritura el papel azul hallado en el coche y urde con los pedazos una rudimentaria pira a la que prende fuego.

Los recuerdos no se consumen. Al contrario, abrasan dentro de ella.

Mientras se fuma un cigarrillo, el papel se deshace sobre un plato de porcelana. En un rato sus cenizas desaparecerán por el inodoro.

\* \* \*

El 22 de diciembre de 1944, pegado a la barra de un café madrileño, Damián no cesó de hablar. Cada frase suya, iguales a las repasadas en sus cartas antes de quedarse dormida, la arropaba como lana mullida. Según él defendía su epistemología del amor, Alma descifró que ese sobrecogimiento en la boca de su estómago participaba de un sentimiento común: un rayo celer y contundente los había atravesado hasta fundirlos en una misma cosa. Sobre su cabeza pendían tantas estrellas que no supo si los astros volaban dentro o fuera de ella.

—Me gusta tu sentido de la responsabilidad... me admira cómo te desvelas por tu madre. —Acarició su barbilla y Alma se puso a flamear cual espumillón.

—Me siento muy violenta, aquí no...

Allí sí. Las tazas del grasiendo mostrador fueron testigos de su primer beso. Damián la rodeó con sus brazos y Alma parecía un monigote navideño, tan sonrojada como las guirnaldas y tan reluciente como una bola de cristal.

La pareja no llegó a percatarse de las miradas de alrededor, ni del sarcasmo del camarero al entregarles la cuenta: «Menuda forma de pelar la pava estos gachís», protestó porque solo realizaron una consumición en más de una hora.

—Mi familia es muy tradicional en estas fechas, así que mañana me marcho a San Sebastián para pasarlas juntos; pero estaré anhelando regresar —aclaró Damián, ayudándole a ponerse el abrigo—. ¿Me echarás de menos?

—No podré vivir sin tus besos. Ya nunca podría hacerlo —confesó ella.

Cuando salieron del establecimiento les cayó encima la primera nevada del año. Aquella señal era la bendición del cosmos por lo que empezaban a edificar juntos. Un interminable beso eléctrico selló su despedida.

Al entrar en la botica, el ayudante la apreció tan radiante que abrió la boca y ya no pudo cerrarla durante el resto de la jornada. Ella colgó el abrigo en el perchero y, según metía los guantes en uno de los bolsillos, tropezó con un papel doblado dentro. Era azul celeste.

*Llegué a ti con la casa tan llena de cosas que pensé que no hallaría hueco para acomodarte, pero lo he tirado todo. Los muebles, mis libros. La cama donde aún no has dormido. Mis trajes y los mapas.*

*En mi vida ya solo hay sitio para ti.*

*Amor. Alma. Qué hermoso es decir tu nombre.*

\* \* \*

No puede dejar de elucubrar cómo llegaría esa nota al coche. Ciertamente que no recuerda haberla visto al sentarse por la mañana, pero quizá estaba ahí. En el asiento. O quizá la guardara en el abrigo junto a la que había arrojado al charco —de hecho recuerda que el día en que la escribió ensayó su caligrafía antes de darla por buena—. Quizá alguien, hombre o mujer con pulsiones semejantes a las suyas, pero a quien no ha visto jamás, la habría redactado y se ocultaba en alguno de los libros que compró en La Puerta del Cielo. ¿Por qué no confiar en que los seres humanos sean tan semejantes como para que dos personas se expresen de igual forma sin conocerse? En todo caso, nada de lo que sucede escapa a la ley de la lógica, aunque esta no siempre resulte fácil de discernir.

Ciertamente que le saltan otras dudas. Por ejemplo, la rara aparición y desaparición del retrato femenino en la biblioteca, de lo que termina responsabilizando a Refugio en virtud a sus favoritismos hacia algunos miembros de la familia. En cuanto a la mujer de la librería, la considera una perturbada.

—¿Podrían prepararme un caldo, Refugio? —solicita al reunir fuerzas y acercarse a la cocina a última hora de la tarde—. No tengo hambre y sí bastante frío.

—Le advertí que no debía salir —le reprende la criada—. El invierno en Malpaís es criminal. Enferma a los niños y acaba con los viejos.

—No soy ni una cosa ni otra.

—Pues mírese la cara, no parece muy saludable ¿Ha visto la carta? Se la he dejado en la mesa de té del salón.

—¿Para mí?

—Se la manda su tía Eunice.

\* \* \*

El matasellos está fechado el 15 de enero y el franqueo corresponde a Ginebra: ha tardado justo una semana en llegar a La Constante. De escueta extensión, en ella su tía se excusa otra vez por no haber estado presente a su llegada y aquí sí explica que su viaje había sido planificado con mucha antelación y que cancelar determinadas citas hubiera acarreado «enormes molestias a personas de gran prestigio». No alude explícitamente a las visitas médicas, pero Alma da por hecho que se refiere a ellas. Menciona al niño de pasada —«... tal y como te habrán contado, tu primo Gabriel es de salud frágil y tratamos de ayudarle como podemos. Ojalá Dios quiera que este viaje nos muestre el camino...»—. Y pone un límite a su permanencia en la casa. —«Espero que la habitación elegida sea de tu agrado. He pensado que preferirías el ala sur por ser más discreta y silenciosa, antes que cualquier otro cuarto de la fachada principal. Sigue en La Constante cuanto precises, aunque no te engañe: has aparecido en la peor época. Pero ya habrá tiempo de que regreses más adelante».

Las únicas palabras que merecen una relectura son las que le pellizcan el corazón:

*Solo con que seas la mitad de buena que tu madre cuenta con mi cariño. Adoré a Lucía nada más conocerla. Fue una hija encomiable, abnegada, trabajadora y sacrificada por sus padres hasta su último día. Una hermana cómplice y cariñosa. Una esposa amatísima, que a ti te quiso lo indecible. La joven más risueña de Malpaís. Me faltan adjetivos para describirla y más aún para compartirti el dolor que me ha causado su pérdida.*

*A pesar de nuestra diferencia de edad, fue la mejor cuñada que pude soñar. No he dejado de pensarla ni un día de mi vida.*

Termina su misiva anunciando su regreso a finales de febrero. Por qué su tía Eunice ha decidido escribirle en lugar de marcar el teléfono y conversar le desconcierta.

\* \* \*

—¿Dónde murió mi tío Fabián, Refugio?

Alma mantiene la carta sobre sus rodillas y entre sus manos la obra de Agatha Christie que ha empezado a leer.

La criada acaba de aparecer con un tazón de humeante caldo y según le acerca una mesita de apoyo, se vuelca parte del líquido.

—Me distrae —protesta—. Ya lo sabe: se despeñó por un barranco. ¿Su madre no le hablaba de su familia?

—Sí, pero poco. Supongo que se me han olvidado los detalles.

—Un accidente de tráfico tan malo como todos. Los Monteserín y los coches no se llevan bien.

—¿Pero dónde?

—No me acuerdo.

—Fue en la curva de Providencia, ¿verdad? Al final de la subida, ahí donde la carretera hace una uve cerrada y si no estás pendiente caes al vacío.

Refugio cambia la carta por una servilleta. No querrá confirmárselo, pero Alma sabe que está en lo cierto.

—El señorito Fabián no era el vividor que todos creían —dice Refugio—. Era tierno y sensible. Buscaba ser libre y lo logró a su manera.

—¿Se quitó la vida?

—¿Cómo puede pensar esa locura? Nadie en su sano juicio hace eso. A él le sorbieron la suya, que es distinto. ¿Sabe, señorita? —Refugio tiene los ojos húmedos y la boca seca—. Entre los vivos hay muertos que se alimentan de nosotros.

—¿Está hablando de vampiros?! No sea ridícula —exclama, echándose a reír.

—¡No! Hablo de gente de carne y hueso, como usted y como yo, que respira nuestro aire. Pero que sorbe el alma de los otros. Como usted el caldo. Y mientras unos se arruinan, ellos crecen y crecen.

Al notarla tan locuaz tiene que morderse la lengua para no preguntarle por el retrato de la noche anterior, porque cree que solo obtendría evasivas. En el fondo, le hacen gracia sus supercherías.

—¿Se le antoja algo más?

—Sí. Que no se enfade conmigo, mujer. Es natural que trate de saber cosas de mi familia. Las buenas y las malas. Soy fuerte, a mis años he sufrido. Puedo encajarlas



todas.

La criada deposita el tazón en la bandeja y con una inflexión de cabeza se marcha. Pero a mitad de la escalera vuelve hacia atrás.

—El pasado de su familia tiene algunas cosas muy feas. Yo que usted no husmearía en ellas.

A la entrada de La Constante las ramas de dos soberbios tilos traman una rejilla, encubriendo parte del minarete en la fachada principal. El torreón consta de dos partes, una más baja por donde asoman un par de balcones simétricos y otra superior, que desvela la existencia de un altillo. Unos postigos sellan sus ventanas. A Alma le intriga lo que oculta, aunque quizá albergue un desván con vestigios del apellido Monteserin: libros, apolillados trajes, muebles, despiezados juguetes infantiles... Cargas inútiles de las que, no obstante, desprenderse duele tanto como arrancarse un apéndice corporal.

De momento aún no ha puesto un pie allí.

El jueves 24 de enero ha amanecido con la temperatura más tibia; por tanto, nada más comprobar que no llovía, ha tomado prestado un impermeable y unas botas y se ha lanzado al jardín. Huele a hierba húmeda, a musgo. Y a veces, si se despierta el viento, incluso a mar.

Primero ha circundado el perímetro de la casa, tratando de detectar detalles que le hubieran pasado inadvertidos hasta el momento. A continuación, ha ampliado el paseo.

La cara delantera de La Constante se abre al mundo a través de un sendero de grava que sitúa a una isleta sembrada de parterres —donde hoy trabajaban unos empleados que la espulgan de hojas y flores muertas— y cuyo linde es preciso bordear para aproximarse al edificio. En todas direcciones hay arbustos de azaleas, rododendros, camelias, gardenias, agapantos, ciclámenes, begonias... Le parece insólito que en enero florezcan esa clase de flores, como le sorprende la concurrencia de algunas rosas cubriendo las estructuras de forja de cobertizos y templetes. El deterioro que sufre la piedra de los alzados exteriores se disimula bajo macizos de hortensias; cerca emergen setos de agracejos, durillos y espliegos.

Nadie dudaría de la belleza de estos jardines, como nadie lo haría de su desbarajuste. Da la sensación de que una ortodoxa mano los trazó con criterio y a partir de ahí un crecimiento descontrolado, junto a la indolencia de quienes los cuidaron después, los ha conducido a la anarquía en que se encuentran.

\* \* \*

En la trasera de la casa, Alma coincide con un jardinero atareado en podar el boj y el aligustre. Su rúbrica deja unos setos disformes a los cuales solo una mente onírica adjudicaría algún significado. Tras deambular a su alrededor, termina acercándose a ella.

—¿Usted debe de ser la señorita de Madrid? —Una pregunta retórica, según se sacude la tierra en las perneras del pantalón de faena—. La hija de la señorita Lucía, ¿verdad? La recuerdo; la conocí siendo niños.

El hombre le ha brindado una mano ennegrecida y Alma no se la ha rechazado en un intento de ser amable.

—¿Coincidía usted con ella?

Reconoce que posee cierto morbo especular sobre su madre; reconstruir su pasado gracias a las opiniones de quienes la frecuentaron en su día.

—Muchas veces. —El jardinero guarda sus herramientas en el bolsillo—. Me daba pena su señora madre. Tan joven y buena moza, y teniendo que cuidar de su padre, en paz descansa. Desde que se murió la señora nadie levantó cabeza aquí.

—Se refiere a mi abuela.

—La alemana. ¡Qué mujer! Don Ventura se fue apagando como un pajarito. Y sus hijos... igual. Yo le traía flores a su madre y ella se ponía colorada. A veces me regañaba: «Albín, no me regales hortensias que me van a dar mala suerte y no me voy a casar nunca». Pero se casó. Yo lo vi.

—¿Su nombre es Albín?

—Para servirle a Dios y a usted.

—¿Presenció su boda, Albín?

—La señorita estaba preciosa, la más bonita de todas, más que la... Si hablo mucho, mándeme callar como la Refugio, que me reprende. Dice que esto de conversar con las plantas me ha sorbido el seso y lo tengo hecho puré. ¿Sabe que usted es muy guapa? ¡Guapa, guapa! Parece una artista.

—Gracias, pero ya será menos —responde abrumada.

—¡Lo que le diga! —El hombre la observa de reojo, embelesado, y arranca en un impulso—. ¡Véngase conmigo, señorita!

Sin pensárselo la ha tomado del brazo y han echado a andar agarrando al diablo por la cola, hasta desembocar en un apartado del jardín disimulado entre la maleza. Armado de la tijera de podar, Albín ha ido abriéndose paso entre la enmarañada floresta que converge en una pradera llena de frutales. Pegada a ella se distingue la valla de una huerta y, a continuación, una zona cercada que denota la presencia de animales dentro.

—Le voy a mostrar el árbol más bonito de aquí —anuncia.

El hombre señala hacia un ejemplar de poca altura embozado bajo las copas de los manzanos. Tiene una forma redonda, perfecta, y hojas como la palma de su mano de un verde brillante.

—¿Qué es? —pregunta fascinada.

Albín entrecierra los labios en una sonrisa y surgen unas malformaciones de color oscuro en lugar de dientes que le mellan las encías.

—Es un limonero —responde con un hilillo de baba en la boca.

—¿Sobrevive bien en este clima?

—Yo lo cuido, señorita, porque es un limonero muy original.

Según habla, la saliva se le ha desprendido por las comisuras en dirección a la barbilla.

—Es un limonero que da naranjas —prosigue malicioso—. Todos esperaban de él limones agrios y en cambio... ¡Echa unas naranjas dulzonas! Al señorito Fabián le pasaba lo mismo: parecía una cosa, pero era otra. Pregúnteselo al Mauro. Usted qué prefiere, señorita, ¿los limones o las naranjas?

—No sé a qué se refiere. Mejor marchémonos —replica incómoda.

Enseguida detecta que existe algo más que mala educación en la actitud del jardinero, pues lleva rato desnudándola con la mirada, lamiéndole el rostro cada vez que su aliento acre supura encima de ella. Alma desconfía de que no reaccione de mala manera y decide retirarse con disimulo pero, apenas da un primer paso hacia atrás, él se da cuenta y la apresa entre sus brazos.

—¡¿Se puede saber qué está haciendo?! —grita sobresaltada.

—¿Tú qué tienes ahí debajo, eh? —babea mientras palpa su pechera tratando de desarropar las solapas del tabardo—. ¿Son naranjas o limones? ¿Me las enseñas? ¿Me enseñas tus tetitas?

—¡Suélteme, cerdo!

Tras un forcejeo logra escupirle a los ojos, obligándole a soltarla. De inmediato Alma se escapa en dirección a la barrera de maleza aunque, antes de desaparecer dentro, echa una ojeada hacia atrás para comprobar si la está siguiendo; sin embargo, el trabajador no se ha movido del sitio. No podrá olvidar jamás la sordidez de la escena: Albín se ha bajado los pantalones a la altura de las rodillas y sus manos suben y bajan mientras brama con estertores secos.

\* \* \*

Transcurridos unos minutos interminables accede a un claro del jardín. Una vez en él continúa avanzando sobre un tapiz de hojas, convertidas en una pista de patinaje donde resbala varias veces. Sus atropellados pies van sorteándolas hasta que pierde el equilibrio y sucumbe a ellas.

Alma se endereza sujetándose en los arbustos cercanos, aunque comprueba apesadumbrada que se ha desplomado en medio de un barrizal. Según se limpia el limo descubre algo prendido entre las ramas de una zarza, prisionero entre sus púas: es un lienzo blanco. A simple vista obedecería a un trozo de tela de algodón, como la

empleada en la confección de camisas o en las prendas lenceras de uso doméstico.

—¿Se puede saber qué diantres hace tirada ahí? —grita Refugio, y ella pega un respingo.

—Me he caído —replica sin levantarse. Hábilmente extiende la mano y coge el tejido antes de que lo distinga el ama de llaves. Después se lo esconde en el bolsillo del impermeable—. Salí a pasear, pero...

—¡Inconsciente! —ataja—. ¿Sabe lo que tardaría un doctor en venir desde El Norte si se hubiese roto un hueso? Podrían pasar horas. O un día entero.

—No soy ninguna niña.

—¡Peor! Anda enredando, preguntando a diestro y siniestro Dios sabrá qué cosas. No sé qué ha venido a buscar, pero han rodado suficientes lágrimas en La Constante. —La mujer habla con las mangas remangadas y los brazos en jarras—. No remueva la mierda. Siempre termina oliendo.

—No tiene derecho a hablarme así. Estoy aquí porque mi tía Eunice me invitó y es razonable que quiera conocer a mi única pariente.

—Antes no lo hizo y bien mayorcita era para tomar decisiones. ¿Qué busca ahora? ¿La casa? ¿Dinero?

—Pero ¿se puede saber qué mosca le ha picado? No le consiento...

—¡Ay, hija, soy muy vieja y sé demasiado como para no consentirme! Yo venía a decirle que le han telefonado.

—¿A mí? —Alma estira el cuello alzando el rostro.

Unos rebeldes mechones han desbaratado su melena y ahora se deslizan por sus hombros. El miedo, las carreras y el orgullo le han sonrojado. Y está hermosa, aunque no lo sospeche.

—No cogí el encargo, no puedo decirle de quién se trataba; pero era un hombre —sentencia Refugio—. ¡Y levántese de ahí! Parece un fantoche.

Al terminar se da la vuelta, contoneando sus kilos en un gesto de autoridad. Alma se pone en pie sintiendo que le tiemblan las rodillas. Nadie sabe que se encuentra en La Constante, por tanto todo lo que se le ocurre es tan intrincado que prefiere dejar de conjeturar. Enfila la vista y en línea recta observa las ventanas de su cuarto, desde cuyo interior unas noches atrás contemplaba la visión inversa a la que tiene en este momento. No necesita deducir más. Comprueba que no se trataba de ninguna alucinación; en su bolsillo acaricia la prueba de ello: el jirón de tela pertenece a quien merodeaba por el jardín. Y dando vueltas al significado de un tejido blanco, termina saltando a una camisa masculina con las iniciales bordadas DDM.

\* \* \*

Concluida la Navidad, en enero de 1945, Alma no había terminado de calzarse con la intención de abrir la botica cuando el conserje aporreó el timbre, molesto por tener que abandonar la portería para entregarle un encargo: eran una exuberante caja rectangular, otra de menor tamaño, una sombrerera y un ramo de rosas. Blancas. Blanquísimas.

De ese modo supo que Damián había finalizado sus vacaciones.

Ella depositó los regalos sobre el cobertor de su abuela que cubría ahora su cama y echó un vistazo a la procedencia del envío, esforzada en adivinar su contenido: Eisa Costura. No le sonaba a ningún establecimiento madrileño; desde luego no uno de esos almacenes donde solía renovar su armario y cuya ropa le confería la formalidad en donde se sentía segura. En realidad, a su madre y a ella tampoco les sobran recursos para bagatelas.

Tras alzar la tapa de la caja grande halló dentro un *tailleur* color cereza y una capa de manga japonesa, rematada al cuello por una cola de zorro. A las prendas las envolvía un papel de seda tan fino que se cuarteaba al tocarlo. La pequeña guardaba un par de zapatos de piel de cocodrilo y una cartera de igual material. Alma no se atrevía ni a probarse los; el contraste entre su maltrecho calzado y estos era tan evidente que sufrió un ataque de vulgaridad. En la sombrerera había un casquete de inspiración rusa, a juego con el traje, y al fondo de ella un sobre.

*Ignoraba que el 16 de diciembre había sido tu cumpleaños. No importa, me quedan tantos por celebrar contigo. Tantas Navidades juntos.*

*Estoy seguro de acertar con tu talla. No es presunción, pero creo que conozco tu cuerpo de memoria, aun sin haberlo visto nunca. Estrénalo hoy y haz que me sienta el hombre más orgulloso que habita sobre la tierra.*

*A las dos en el Hotel Ritz.*

*No dejo de temblar desde que descubrí a qué saben tus labios.*

Un papel azul dentro de un sobre blanco que incluía la tarjeta del modisto Cristóbal Balenciaga. Qué barbaridad. Jamás había acariciado tejidos como aquellos, un traje de los que lucían los modelos en la portada de *Hogar y Moda*. No sabía cómo debía reaccionar en una circunstancia así, pues quizá fuese conveniente no aceptarlo; una cosa era recibir una caja de bombones y otra, obsequios tan costosos que solo correspondería hacerlos a un prometido o a un esposo. Si su madre estuviera cerca, lo reprobaría, seguro, y le haría devolverlos, pero no podía aconsejarla: el 3 de enero había sido internada de nuevo en el hospital. La tregua aceptada por los médicos finalizó con la resolución inexorable en que se desploman las hojas de un almanaque. Durante sus días juntas le recordaba a una marioneta viendo pasar las horas junto a la ventana, inerte, a la espera de unas manos que movieran sus hilos y presa de una melancolía que le laceraba.

No obstante, no resultaba descabellado imaginársela en sus buenos momentos apoyada en el quicio de la puerta, con un gesto que reflejaría jactancia, barbilla arriba y piernas juntas, argumentándose a sí misma, más que a su hija, que para subsistir en esa arrumbada España no necesitaban ser unas mantenidas. Madre e hija solas, sí, pero estoicas y trabajadoras. Los hombres o habían muerto en la guerra o sucumbían a las precariedades de la propia vida, en cambio las mujeres se sostenían entre ellas de generación en generación. Así habían educado a Alma desde niña.

Sin embargo, quién a los veinticinco años se negaría a vestirse como una actriz por una vez. Quién no ambicionaba colorear de rojo la fotografía en blanco y negro de la que creía imposible escapar.

Alma Gamboa exhibió el dos piezas de Balenciaga e incendió a su paso el *hall* del Ritz. Ese día no fue una mujer, sino un resplandor.

\* \* \*

Por fortuna, la llamada carecía de misterio: el abogado de Eunice volvió a insistir por la tarde, buscando saber cómo le iba en La Constante y el plazo de su estancia.

La conversación con él no ha hecho sino sustentar sus sospechas de que su tía no desea encontrársela cuando regrese. No deja de ser anómalo continuar allí donde quizá no resulte bienvenida, pero antes de regresar a Madrid debe superar su duelo. Se trata de supervivencia: comer, dormir, llorar, echar de menos. Rabiarse contra lo injusto del destino.

Cuando dé ese trance vital por zanjado, entonces tomará el tren de vuelta y levantará el cierre de la botica que había dejado de llamarse La Bomba para transformarse en Farmacia C. Gamboa, en homenaje a su padre, y tras cuyo mostrador contemplará el paso del tiempo hasta convertirse en una solterona, puesto que Alma estima que ya no existirá más amor para ella. No puede tolerar sucedáneos. Y no es un castigo, sino una ley del universo que adjudica a cada uno una porción de justicia.

Cuántas mujeres de las que escucha mientras despacha medicamentos subsisten de puntillas. Se han casado con un «buen» marido, pulen muebles y cuidan de su hogar, paren hijos y acunan nietos. Cada domingo van al cine o leen libros que les estremecen preguntándose dónde quedan las pasiones y quién las siente; si existirán hombres capaces de declarar esas románticas frases, de besar con tanta fogosidad, de sacrificarlo todo por amor, mientras se resignan a tomar de la mano al suyo antes de dormirse. Los hay. Alma ha cifrado el lenguaje de la piel en uno de ellos. Pero todo cielo conlleva aparejado su infierno.

«Hoy solo he pensado tres veces en ti», anota en su diario después de haber narrado el funesto episodio del jardinero, junto a las insinuaciones que ha vertido Albín sobre su tío. También ha tratado de explicarse el porqué de la antipatía de Refugio hacia ella. «Esa mujer parece ejercer de cancerbera de los secretos de la familia, más que de ama de llaves», se dice.

*Tres veces. Esta es la cuarta. Hoy me he obsesionado con tus dedos, largos, ágiles; tus manos nervudas. Me gustaba el modo en que te llevabas los míos a la boca y saboreabas de una en una mis yemas. ¿Vas a marcharte, Damián? ¿Cuándo dejará de asfixiarme tu recuerdo?*

*No eres una ensoñación, sino algo muy tangible. Te has transformado en una presencia licuada que fluye en paralelo a la sangre...*

De repente suelta el lapicero y se dirige a la ventana. Pliega la cortina, los visillos, y la abre de par en par. No puede respirar. Le da la sensación de que va a vomitar la tortilla francesa que ha tomado a regañadientes como cena. El frío de enero le reconforta.

Según clava la retina en la oscuridad, vuelve a suceder.

De algún modo lo presentía. Allí está. Una figura ataviada con ropa blanca y algo parecido a un sombrero de igual color sobre la cabeza. No lo duda un segundo y agujerea a voz en grito la noche de Malpaís.

—¿Quién es usted? ¡Oiga! ¡Oigaaa!

Su cama es un mar de olas de algodón cuyos frunces se marcan en la piel como si contabilizasen sobre ella las bajas de una batalla.

Tampoco hoy puede dormir repasando el saldo de un amor que parece despezarse durante sus vigiliadas. Igual que las primeras semanas en que Damián lo ocupaba todo y se reconocía incapaz de contener aquel ciclón. Entonces pasaba de la seguridad a la zozobra en un suspiro, en la eternidad de un beso, interrogándose si entre los libros que devoraba no habría algún tratado que previniera sobre ese desorden; aún hoy continúa sin responderse a las preguntas más elementales: ¿el enamoramiento debe discurrir ligero o trepidar entre brasas? ¿Es recíproco y proporcional a la intensidad comprometida? ¿Acaso deliciosamente desenfrenado?

\* \* \*

Además de su madre, la farmacia y la universidad, enero, febrero y marzo de 1945 volaron entre salidas y entradas. *Premières* de cine y cenas a media luz. Bailes en *boîtes* de moda. Excursiones por los alrededores de Madrid. Un bolso nuevo, zapatos de estreno. Sus notas en color azul cielo tras cada despertar.

*A partir de ahora mi piel confesará que solo unos labios dejaron huella al besarla. Ojalá la tuya pudiera compartir lo mismo. ¿Soy el único que ha hipotecado su ilusión buscando esa sensación cuyo hallazgo compensa los sinsabores de las decepciones anteriores? Nunca me engañes, pues me herirías en lo más hondo. Conságrame tu boca, Alma. No quiero otro lugar para vivir.*

Cada momento compartido no cesaban de devanar sus ideas sobre el amor; él reiterando su rastreo obsesivo hasta llegar a encontrarla y ella asintiendo, a veces con temor a defraudarle, y otras, alejando la posibilidad de una desilusión. Cuando alguna vacilación amenazaba con enturbiar esta magia, Alma apretaba sus manos y él traducía la contraseña, y sonreía sin más. El remanso de su mirada podía cortar la respiración.

—No me analices así. Me pongo nerviosa.

—¿Cómo lo hago?

—Ya lo sabes. Como miran los hombres que dominan el mundo. Los que mandan y someten la voluntad de los demás.

—¿Eso crees, Alma?

—Cuando te brillan los ojos, sí.

—¿Qué podría hacer contigo ahora? Di.

—Lo que quisieras —confesaba anhelante.

Perturbadoras conversaciones cargadas de sensualidad que brotaban en los lugares menos idóneos: según tomaban un café en Embassy, un cóctel en Negresco. Cenando en el Casino o en el Club Puerta de Hierro.

—Quítate las medias —ordenó Damián en voz baja, una vez—. Ve al aseo y tráemelas.

—¿Ahora?

—Ahora. ¿No es una prueba simple para mi amor perfecto?

De la silla se levantaba una automática dispuesta a complacerle, pues el reto urdía una mayor complicidad entre los enamorados. Aunque lo que ella deseaba era que Damián le hubiese quitado las medias con sus labios y después recorriera la sofocante senda que la desvelaba entre palpitaciones. No se habían acostado juntos todavía. Cuando llegara el momento lo sabrían, sostenía él, y a Alma le reconcomía la espera, tanto como imaginarse más ardiente que un hombre.

Al regresar llevando las prendas íntimas entre sus puños, podía encontrarse la mesa inundada de rosas y con la tuna preparada para dedicarle una canción. A su lado él, desplegando esa sonrisa capaz de caldear el invierno más frío.

—Gracias por hacerme sentir en el cielo —aseguraba Damián como broche a sus frases—, aunque lo mejor esté por llegar.

Resultaba tan letal su enamoramiento que se hubieran arrancado mutuamente las palabras de su boca para dejar solo dos: «Te amo».

De todos modos, Alma debía añadir otra realidad en su vida que la asaltaba teñida de un remordimiento: la sospecha de que para disfrutar de su amor estaba hipotecando el cariño materno. Por mucho que tratara de acudir al hospital con regularidad, su mente planeaba lejos de las esterilizadas salas pintadas de verde. Muy lejos de esa butaca de cretona, ajada en los reposabrazos y el cabezal, donde una vencida Lucía se hundía sin remisión.

—¿Por qué no nos sentamos en unas sillas y nos prestan algún juego? —amortiguaba su culpa ocupándose en actividades—. Un dominó, por ejemplo. Mi madre solía echar una partida con mi padre.

—En la silla se queja de dolor de espalda —replicó la enfermera.

—Pero parece una anciana encorvada sobre sí misma.

—Ustedes no son médicos. Los familiares vienen un rato y se creen en el derecho de ordenar su tratamiento. Déjennos hacer.

—Por lo menos díganme cuánto tiempo tendrá que permanecer aquí. Esta provisionalidad me corroe los nervios.

—¿A usted también? —apostilló irónica—. El caso de su madre es incierto. Depende mucho de lo que ella ponga de su parte.

Se empeñaba poco, a juicio de su hija. Lucía Monteserín permanecía ingresada en la Clínica de Reposo Santa Rosa desde últimos de julio del año anterior. Lo que Alma valoró como un episodio crítico había derivado en una dolencia crónica. Ella sabía que esa aparente docilidad no hacía sino enmascarar su indisciplina. Su madre no quería mejorar. Lucía se negaba a vivir.

Además del abandono, dolía el abismo del silencio. Por ello los días en que deshilaba el pasado en gruesos cabos de recuerdos, Alma se pegaba a su madre tratando de capturar algún aliento de lo que había sido. Le complacía especialmente el modo en que relataba los primeros encuentros con su padre.

Según explicaba, Carlos Gamboa puso sus pies en la encenagada tierra de Malpais por primera vez los últimos meses de 1910, tras ser declarado el «elegido» por su abuelo Ventura Monteserín entre un montón de jóvenes ambiciosos con deseos de prosperar. Así se lo había comunicado en el Hotel Ritz. Después de una charla donde hablaron de todo lo que se puede conversar en la vida sin sonrojarse, Ventura se puso en pie parsimonioso. Sus manos plancharon el traje. Se sacudió las solapas, enfrentó las puntas del chaleco, miró el reloj de bolsillo y, posando una mano sobre el hombro del padre de Alma, se sinceró.

—Algo me dicta que posee algo que yo tuve. Llámelo arresto u osadía. Joven, he cumplido sesenta años y debo soltar lastre —adujo—. No puedo malgastar mis fuerzas y aunque sostenga empeños e ilusiones, no las materializaría nunca solo. Mis hijos, lo comprobará usted mismo, se me parecen en los matices, pero, salvo que los juntara en una única persona, no son como yo. Mañana le haré llegar unos billetes de tren. Permanecerá en La Constante un tiempo de prueba, hospedado en una pensión del pueblo. Por supuesto, le pagaré bien, como para despedirse de su empleo actual. Pasado el convenido plazo, ambos decidiremos si somos la horma del zapato del otro. ¡Buenas noches!

Carlos Gamboa tenía veintitrés años y estaba a punto de enamorarse de una joven de diecisiete llamada Lucía.

Sus dubitativas gracias quedaron suspendidas entre las lágrimas de las lámparas del Ritz porque el abuelo, espoleado por sus ganas de irse a la cama, nunca las escuchó. Quizá sí su nieta, años después. Quizá Alma, la tarde en que estrenó el traje de Balenciaga y almorzó por primera vez con Damián, recibiera un beso del aire en el hotel más lujoso de Madrid, sin apercibirse de que eran las gracias de su padre por permitirle Ventura Monteserín labrarse un futuro, por haber concebido a la mujer con quien se casaría. Y por obsequiarle la vida un regalo llamado Alma.

A juicio de su madre, el aprendizaje en la factoría, sus descensos a la mina, el encaje en una sociedad tan cerrada como la de La Constante resultó duro para su padre, quien se había visto obligado a dejar a sus progenitores marchitándose en Madrid; por suerte, la abuela Alma desplegó su hospitalidad, compensando estas amarguras. De hecho, su padre siempre aludía a su suegra con elogios: dotada de una fuerza sobrehumana, inquebrantable al desaliento y merecedora, por tanto, de la adoración que le profesaba su marido. Su madre también ponderaba sus habilidades como anfitriona, puesto que las fiestas que organizaba —sus ágapes, los bailes de debutantes en primavera o las verbenas de verano— se erigieron en el fermento social de la comarca. A su padre le agradaba la compañía de esa mujer de voz rasgada y acento germano,

cuya dulzura brotaba cuando interpretaba al piano. Entre lo que escurre de los retratos y los juicios de sus padres, Alma ha compuesto una imagen de su abuela en la que mezcla feminidad y determinación varonil: una hechicera a sus cincuenta años bien cumplidos.

En una de esas mañanas de olor de desinfectante y confidencias familiares, su madre se recreó en otra donde ella acababa de llegar de El Norte, vestida con un armado traje de terciopelo, capa a juego y guantes beis. Carlos, su padre, acababa de salir de la mina tiznado de pies a cabeza. Fue la primera vez en que sus padres se toparon cara a cara.

—Hermana, te presento a Carlos Gamboa —adelantó Ventura hijo—. Es la nueva incorporación de padre a La Constante.

Él le tomó la mano sin aguardar a que se desprendiera de los mitones.

—¿Es usted picador? —bromeó.

—¡No! —aclaró, herido en su orgullo—. Soy farmacéutico y químico.

—Ya decía yo que esos brazos acarrearían poco peso entre ellos.

—Erramos cuando nos quedamos en las apariencias. Disculpe, acabo de ver que le he estropeado los guantes.

—En apariencia solo los ha ensuciado, debería lavarlos para saber si se iría la mancha. ¿No cree?

—Las que nos dejan las personas no son tan fáciles de erradicar.

—Deseo que mi «mancha» no se borre con ligereza. ¡Buenas tardes! —sentenció en un oráculo Lucía Montesión.

Mientras repasaba escenas como esta, Lucía sonreía y parecía ser la de siempre, hasta que de un modo súbito algo se salía de sus raíles. Y vuelta a descarrilar.

Alma tardó algún tiempo en compartir con Damián el escenario de la enfermedad. Vacilaba en dar el paso, por si pudiese alentar algún prejuicio hacia ella, porque solo imaginar que su afecto se viera comprometido la derrumbaba. Pero cuando por fin se desahogó, le sorprendió su flemática reacción.

—Saldrás adelante, eres fuerte —afirmó, sin darle importancia; cuánta tranquilidad daba escuchárselo decir—. Estoy aquí para restañar tus heridas. Nunca iré por delante. Mira a derecha o izquierda, allí estaré. A tu lado.

Aquel amor parecía tan completo.

\* \* \*

—¿De verdad no quiere acompañarnos?

—No me encuentro bien. Gracias, Refugio.

Según le ha contado Refugio, los domingos el servicio se toma el día libre, pero por deferencia a ella no lo había hecho desde su llegada. Hoy será el primero e irán a misa en comandita. El ama de llaves la ha invitado a sumarse, a lo que Alma se ha negado excusando mala salud.

—La previne. Malpaís no es bueno en esta época. —Refugio viste un abrigo estrecho y se ha encajado un sombrero como si fuese el tapón de su cabeza—. ¿Usted nunca acude a la iglesia?

La mujer trata de sonsacarla después de depositar un vaso de leche y una fuente de galletas sobre la mesilla. Su pregunta conlleva la aviesa intención de reprobar la conducta de una joven de veintiséis años, soltera y huidiza.

—Estoy peleada con Dios, Refugio —alega, madurando la respuesta.

—Dios es mal contrincante. Usted sabrá lo que hace. Hay gallina en pepitoria por si le entra hambre. Regresamos después del almuerzo.

Según la escucha zapatear camino del jardín, Alma salta de la cama. Bajo la manta ha tapado el pantalón; solo tiene que cambiar la mañanita de ganchillo por el abrigo. Las voces de las chicas a lo lejos prueban que la entrada está expedita y, una vez en el *hall*, acecha a través de los visillos el arranque de la camioneta.

La idea brotó mientras paseaba, en una de las pocas treguas en que la lluvia escampa. Sus pasos la acercaron a la cochera, donde Mauro y un par de peones pulían la carrocería de los coches que custodia La Constante y entre ellos Alma reconoció un Citroën similar a aquel con el cual aprendió a conducir durante unas vacaciones en la Costa Brava. Si fue capaz de llevar un automóvil por las escarpadas carreteras en zigzag de Cataluña, ascender la de la costa no entrañaría mayor dificultad. Pronto averiguó que las llaves se custodiaban en un cajón. Solo cabía esperar.

Para facilitar el acceso desde el exterior de la casa a su vuelta, encaja una alfombra dejando la puerta entornada, y una vez fuera confirma que las nubes no amenazan lluvia inminente. Resuelve arrogarse el plazo de una hora, decidida a no conducir lloviendo, porque los rastros de agua y barro podrían desenmascararla.

Accede a la cochera, despliega sus puertas y, tras rescatar la llave, cruza los dedos para encontrar combustible dentro del depósito.

\* \* \*

A medida que se acerca a la playa, las nubes aclaran y el viento silba a través de los cristales. Todo discurre con precisión.

Alma avizora el paisaje porque en la subida la campiña sucumbe a favor de un panorama boscoso, salpicado por contundentes moles de piedra. Fijado en la cima emerge su destino: las ruinas de Providencia.

Cuando apareció en Malpaís distinguió vestigios de vida en su parte más oriental y todavía siguen gimiendo unas cortinas entre las ventanas. Apenas identifica un desvío a su derecha, aminora la marcha; a partir de aquí deberá guiarse por su intuición, pues no dispone de un plan preconcebido. ¿Qué busca? Ni ella lo sabe.

La calzada remonta cercada por matorrales y con visión escasa, hasta que a unos quinientos metros una verja carcomida corta el paso hacia la finca. Estaciona el Citroën y se aproxima. Varias vueltas de cadena fijadas gracias a un candado impiden su apertura. Encima de las oxidadas puertas, unas letras dan la bienvenida.

## PROVIDENCIA

Circundando la verja hay un alambre de espinos que se injerta entre la maleza en dirección empinada. Lo más probable es que limite el perímetro, algo que complicaría colarse dentro. Empieza a caminar manteniendo a su izquierda la alambrada, pero después de un rato comprueba que resulta impracticable, y regresa.

—¿Hay alguien ahí? ¿Me oyen? —vocea.

Con la cabeza entre los barrotes se asoma a una avenida de gravilla, escoltada a ambos lados por unas imponentes ceibas cuyas raíces parecen aéreas. Las cercanas a la entrada tienen algo en torno a su tronco, lo que sugiere que alguien atiende aquel lugar. Desde su situación no se distingue edificio alguno, pero sí escombros. Alma agita las cadenas con tanto brío que el candado se abre y se desploma hundiéndose en la tierra. Solo precisa desanudar los eslabones para comprobar si las puertas se cierran de algún otro modo.

Minutos después se convierte en una furtiva penetrando en Providencia.

Las raíces de las ceibas imitan tentáculos despertando de una hibernación. Sus troncos están rodeados por cintas de tela trenzada en color rojo, y al pie de ellos se acumulan artesas con frutas. Algunas desprenden un olor putrefacto y, al aproximarse a ellas, distingue los cadáveres de unos pájaros entre los frutos. La composición es macabra y prefiere no darle vueltas a su significado, por lo que retrocede hacia una senda tan parcheada que parece la cabeza a ronchas de un tiñoso. Calvas de descarnada arena alternan con otras de pedernal triturado.

—¡Hola! ¿Vive alguien aquí? —grita a medida que avanza. Escuchar su voz le acompaña.

La vía está delineada por árboles a ambos lados. A su derecha divisa el mar entre los tejos y a su izquierda reconoce robles aún con hojas, junto a una sucesión de abedules negros y amarillos de considerable altura a pesar del azote continuo del viento sobre sus copas, detrás de los cuales crece una naturaleza imbricada difícil de detallar. En su día serían esmerados jardines, pero ahora la maleza muerde cada hueco libre que encuentra. Entre la espesura ve un templete devorado por las ramas. La hiedra y un armazón de glicinias retuercen su andamiaje y lo doblagan en enrevesadas nervaduras. Tras el pabellón, unos pájaros planean a ras del suelo y Alma se pregunta qué habrá allí. Encaramada a unos pedruscos reconoce la barandilla de una escalera de piscina para contar, en pocos metros, otra más. Como no aprecia ninguna osquedad, aventura que ese manto de hojas secas está cubriendo el nivel del agua en un estanque lleno.

—¿Me escucha alguien? ¡Hola!

Ariscas ráfagas de viento recogen sus palabras para dejarlas caer metros más lejos. El eco de su propia voz le sobrecoge.

A medida que asciende, nota que se quiebra el ángulo de la inclinación, lo que vaticina una altiplanicie donde sospecha que se levantará la casa. La inquietud imprime velocidad a sus pasos que confluyen en una balastrada. No sabe qué sentido dar a ese balcón lindante con una masa de fronda, hasta que tras recorrerlo unos metros gira a su izquierda. Entonces sus pies arraigan en unas losetas que quiebran las raíces, conmovida ante un espectáculo colosal.

Ahora comprende que lo que se divisa desde la carretera solo es la punta de un iceberg.

La barbacana salvaguarda una escalera cuyos peldaños mueren en una explanada, unos diez metros más baja de donde ella se encuentra, donde se levanta, no un edificio, sino un conjunto cuya apariencia, dado su deterioro, cuesta esclarecer. No obstante, distingue una torre bastante intacta de lo que debieron ser cuatro, delimitando cada esquina. En ese espacio convive una insoluble mezcla de arquitectura indiana y gótica con tejados a varias aguas —en su mayoría derruidos—, ventanales de caprichosas dimensiones y un porche porticado que recibiría al forastero en sus días de esplendor. Desde la distancia no valora si las fachadas están forradas de piedra renegrida o es pintura calcinada. Imposible calcular sus dimensiones originales e intuye que Providencia sumó construcciones en un alarde de ostentación.

Parada en la escalinata, Alma se enerva por la falta de voluntad de preservar ese lugar. Puede que sea una quimera, pero una belleza así no debería dilapidarse en el olvido. Mientras la descende, roza el pasado adherido a la baranda y descubre unos cobertizos que unen el cuerpo principal con las ruinas y a los que considera casas de servicio o pabellones para invitados. Lo único aparentemente indemne es la atalaya que se otea desde la carretera y tras cuyas ventanas se detecta la existencia de algún tipo de vida.

En pocos minutos la ventisca se ha acentuado; una virulenta ráfaga moldea espirales de hojas y teje un enjambre con su pelo. Mientras pelea con su cabello, distingue a lo lejos a un animal clavado en las ruinas del porche. El hallazgo la paraliza.

Tiene el pelaje oscuro y un tamaño que crece a medida que se acerca a ella con movimientos tardos. Aunque trata de tranquilizarse diciéndose que no puede ser más que un perro, teme que sea uno salvaje de los que pueblan el monte, junto a lobos y alimañas. En un arrebato de lucidez, Alma se ordena salir de allí y echar a correr, lo que hacen a un tiempo tanto ella como la bestia. Horrorizada, grita, vocifera sin tregua pidiendo auxilio.

Nada más finalizar la subida de la escalera aprecia el sonido; puede que sea el silbido del viento, pero juraría haber escuchado un «alto», una orden para frenar al animal, o quizá fuese su propio deseo rebotando dentro de su cabeza. Alma echa una mirada atrás y descubre a la fiera acechándola, sus patas ancladas sobre la hierba, y al fondo, asomando entre las columnas del pórtico, una figura humana. Sucede tan solo por unas décimas de segundo porque de inmediato desaparece.

Una corazonada la lleva a interpretar que a lo mejor se trataba del fantasma que noches atrás descubrió en el jardín de La Constante.

\* \* \*

—Ninguna mujer conduce aquí —articula alguien a su espalda—. Una dama no lo haría. Claro que a lo mejor la señorita no lo es.

La presencia de Albín la sorprende encajando las puertas del garaje después de haber encerrado el coche dentro. Le admira que todavía pueda dominar el pulso después del mal trago que acaba de sufrir.

—¿Qué hace usted aquí? —responde con impostado desdén.

—¿Y usted? —Albín arrastra una lengua embriagada.

—Estaría bueno que tuviera que darle explicaciones. —Se ciñe el abrigo, tratando de sortearle—. ¡Quítese de en medio!

—No le sirve gritar, no hay nadie en la casa.

—Si me pone la mano encima, le denunciaré.

Albín lanza una carcajada al aire. Sobre el rostro de Alma caen diminutas gotas; levanta la mano, comprobando que no llueve sino que es la saliva del jardinero, y siente un aliño de repulsión y temor.

—En La Constante no mandan los guardias, sino su familia. Y ya no quedan.

—Quedo yo —sostiene, pegándole tal empellón que el hombre se tambalea.

Alma aprovecha y emprende una espantada hacia la puerta.

Una vez en la vivienda ha trancado la puerta. Al espigar a Albín a través de la ventana le descubre plantado enfrente con la mano metida dentro del pantalón.

\* \* \*

Mientras hierve agua para prepararse una tila reflexiona en la imposible ecuación que forman la curiosidad y el miedo, tanto es así que le parece difícil conciliar su atracción hacia Providencia con visitarla de nuevo. Sola se ve incapaz y no concibe con quién podría hacerlo, aunque, paradójicamente, desee obtener información sobre el lugar. El dilema es dónde encontrarla.

Con la taza humeando asciende al vestíbulo y aprovecha que está sola en la casa para desfilar por unos salones a los cuales Refugio alude por el color de sus muros. La mayoría tienen sus muebles guarecidos bajo sábanas y el aliento se corta en pedacitos a causa del frío. En su recorrido rechaza abrir las ventanas; por tanto, ayudada por la lánguida luz eléctrica, confirma que poseen un lujo sin sentido en el ocaso de una mansión que no recibe ni visitas ni boatos. En el salón de baile el piano le tienta a interpretar unos acordes, lo que le relaja bastante.

Pasado un rato se dirige a la planta superior. Sentada en una butaca consume los últimos sorbos de la infusión y a través del lucernario comprueba que el cielo se ha trabado con nubes negras. En la biblioteca no deja de sentir los ojos de sus antepasados observándola desde sus retratos que, lejos de intimidarla, la reconfortan.

En el pasillo de la izquierda se ubica su alcoba y se da cuenta de que no ha mostrado interés por el resto, salvo cuando se ha asomado de pasada mientras las criadas hacían la limpieza. Son cuatro cuartos de dimensiones parecidas al suyo. Se levanta y va hacia ellos sin mayor afán. No busca nada, solo desea curiosar ahora que Refugio no le pisa los talones. Están amueblados con gusto —de sus paredes cuelgan bucólicos paisajes—, aunque carecen de personalidad alguna. «No veo qué podría indicar quién los ocupó antes», medita, a la par que husmea entre los cajones de los tocadores, escritorios o sinfonieros, pero están vacíos. Tampoco halla nada reseñable en el interior de los armarios, salvo unas fundas que guardan rancios trajes de principios de siglo: faldas tobilleras y chaquetas de hombre con chalecos y largos de levita.

Un contundente olor a naftalina la hace recelar de que su inspección pudiera dejar alguna pista y cierra los roperos de golpe.

Al ala derecha no suele acercarse, pues es donde están ubicadas las habitaciones de Eunice y de Gabriel, según le comunicaron al llegar. En apariencia, su distribución es simétrica y alberga otros cinco dormitorios en igual disposición. Se encamina hacia ellos solo para confirmar que permanecen cerrados. Comparte que su tía proteja su intimidad, aunque le parece extraño en el caso de Gabriel. El aislamiento que rodea al pequeño le resulta inquietante.

\* \* \*

El doble tiro de la escalera adelgaza al trepar a la torre que divide en dos la edificación por su eje central y concluye en un rellano más exiguo que el de la planta inferior alumbrado por la vidriera de la cubierta.

Alma nunca ha subido allí. Claro que le atrae el torreón, pero el cortinaje de su entrada ha sido un subliminal aviso de «prohibido el paso». Sin embargo, mitigados sus nervios por la tila, emprende el ascenso. Desde abajo cuesta deducir cómo es y qué se guarece detrás de la tapicería, pero contemplada de cerca se revela como una cortina de terciopelo, en su origen azul, ahora blancuzco a causa del tamo. La caída se inserta en el techo y culebrea a ras de suelo. A sus lados resaltan dos cómodas victorianas y sendas sillas. Sobre los muebles destacan unas fotos enmarcadas, cuya emulsión se ha desleído, imposibilitando averiguar a quién representan. Las lámparas carecen de bombilla.

Al retirar la tela Alma advierte que vuelven a temblar sus manos, no obstante no concibe pararse. Tras la colgadura hay una puerta de doble hoja. Sin pensárselo empuña el picaporte y, tomando aliento, lo empuja hacia abajo. El metal gira ante su presión, pero la puerta no se desplaza ni un centímetro. Está atrancada y no le sorprende.

Vuelve a colocar la cortina, aunque, a punto de darse por vencida, sonrío capciosa. ¿Por qué no buscar la llave allí mismo? ¿Quién niega que, a veces, el camino acertado no sea el más obvio?

Alma elige la cómoda de su derecha e inspecciona un cajón tras otro, topándose tan solo con papeles amarillentos y relegadas cajas de fósforos. En la izquierda, obtiene el mismo resultado desalentador. Se retira unos pasos y contempla los dos muebles: por idénticos que parezcan, concurren algunas singularidades en su decoración. En concreto los cajones de uno de ellos son más cortos que la anchura de la cómoda, porque a ambos lados presentan un remate de dos piezas de un par de dedos y unos veinte centímetros de alto. Se trata de dos lomos con los que el ebanista buscaba imitar los cantos de los libros, de modo que encastró esa madera labrada en su ornamento. Sobre una distingue unas ralladuras casi imperceptibles, que miradas al detalle resultan esclarecedoras: las forman dos líneas oblicuas unidas en un vértice inferior y otras dos longitudinales: una V y una M. Ventura Montesión. ¡El mueble nació de sus manos!

De inmediato Alma evoca cómo su madre mencionaba que el abuelo siguió confeccionando toda su vida piezas exquisitas. Aún recuerda los ojos líquidos de Lucía al detallar cómo manipulaba tablones de caoba, palisandro, roble, ébano o cerezo; sus horas mezclando las ceras con las que los abrillantaba y bruñía después, o el olor de los tintes utilizados para teñirlos. Según ella siempre arañaba un tiempo entre sus viajes y los tratos de negocios, para homenajear nostálgico el oficio de su juventud.

También su padre hablaba de lo que admiró a su suegro; aludía a su rotunda presencia y a su contagiosa obstinación para exportar el nombre de La Constante fuera de España. Nada le arredraba. Ojalá ella, su nieta, se le asemejara en algo.

—La Exposición de Bruselas, dejando mucho que desear comparada con la de París, me ha reforzado en mi propósito. Abriré mi firma en la ciudad del Sena y se llamará L'Constante. Al fin y al cabo, mis creaciones se venden bien en Europa, algo encomiable, pues deben competir con la platería de las factorías inglesas de su graciosa majestad. Dicho esto, ¿se puede saber qué tienen en común su química con mi física? —Sonríe Alma rememorando aquella primera entrevista mantenida entre su padre y quien estaba llamado a ser su suegro—. Me dedico a fabricar objetos que la gente pone en sus mesas o en sus casas, joven, no a vender jarabes para la tos.

—Entiendo que también madura crear fragancias y perfumes —adujo el padre de Alma.

—Lo considero una posibilidad. El mercado de los ungüentos parece no tener límites y París es la cuna del esnobismo y el lujo. ¿Acaso sabe usted algo de eso?

—No, pero podría...

—¿Y de finanzas?

—Hablo francés y conozco las cuentas. No es mi ambición pasarme la vida tras un mostrador. Si usted me seleccionara, sepa que seré un trabajador responsable y leal, pero también un hijo que condena al dolor a sus padres. Soy su único familiar; su obsesión es traspasarme los ultramarinos que regentan, abrir una botica y que de ese modo no me aleje. Mi anhelo, en cambio, es volar lejos.

Su padre debió de despegar sus virtudes para que el empresario se quedase con la palabra cuajada en la boca y terminara contratándole.

\* \* \*

Le conmueve la revelación que suponen estas cómodas y, al acariciar su madera, Alma se valora más ligada aún a su familia.

—Querido abuelo —pronuncia en voz alta—. ¿Imaginaste alguna vez que tu nieta descubriría tu trabajo de este modo? No nos conocimos, pero es como si te tuviera frente a mí ahora mismo.

Mientras habla va acariciando las piezas que simulan cantos de libro hasta notar cierta holgura en ellas, sospechando que son practicables. Así es. Una vez extraídas, evidencia dos gavetas largas y estrechas. Vuelca la primera sobre su mano y no sucede nada. Lo intenta con la segunda y de su interior cae una llave atada a una cinta del mismo color que la cortina.



Son necesarias dos vueltas de llave para abrir la puerta por la que se accede al desván. Dentro, la oscuridad es absoluta.

La sombra de Alma se proyecta como estrías sobre el suelo mientras palpa la pared en busca de un interruptor. Al no encontrarlo, toma una vela y su palmatoria de entre los materiales olvidados en los cajones de la cómoda. Antes de entrar se ha ofuscado unos segundos, según controlaba el flamear de la llama. El trepidar de las velas le seduce. Rememora la intensidad de algunos momentos, la nostalgia de otros.

Con la luz cimbreado en una mano y el miedo en la otra, se adentra en ese enigmático lugar que corona La Constante.

\* \* \*

—¿Por qué las miras así? —preguntó Damián—. ¿Acaso las temes?

Damián y ella estrenaban intimidad en una alcoba de un romántico hotel de la sierra. Podrían haber elegido la casa de los abuelos, puesto que Lucía volvía a pasar por uno de sus ingresos hospitalarios y Alma residía sola, pero él había ideado un plan lejos de los lugares habituales. Llevaba tiempo amasando este encuentro en su cabeza. En mangas de camisa prendía las velas que depositaba igual que serpentinatas por la alfombra, junto a la cama, en las esquinas del cuarto. Alma, sentada a los pies del lecho, analizaba sus movimientos y reconocía un toque cómico en su modo de enfrentarse a los asuntos domésticos, como si no supiera desenvolverse bien en ellos y su esfuerzo por salir airoso se volviera torpe. Sin embargo, ella sabía que, para que un amor cimentara sólido, la pasión tendría que dejar espacio a otra dimensión del cariño más pragmática y cotidiana.

—Al contrario, me fascina el fuego. Yo solo tengo miedo a defraudarte —confesó.

Se había bebido dos copas de champán de golpe y se había quitado la blusa y la falda a velocidad de vértigo. Sentía su corazón lleno de frases rotundas escritas antes en un papel azul.

—¿Por qué te has desvestido? —inquirió él—. Podrías haber esperado a que te desnudara yo.

—No sé lo que hago —se justificó—. Estoy tan nerviosa, amor.

Damián deslizó el tirante de su combinación para besarle los hombros; un escalofrío erizó su piel de arriba abajo.

—Siento frío...

—¿Quieres dejarlo? No deseo forzarte, valora si estás segura de dar este paso. La primera vez de una mujer tiene que ser inolvidable.

—¿Y la de un hombre?

—También, aunque nosotros nos volvemos más animales. Me gustaría haber llegado... virgen para ti. Que nadie me hubiese tocado más que tú.

La sombra de un viaje a la Costa Brava el verano anterior llenó de tinieblas la habitación. No podía continuar sin sincerarse sobre lo que sucedió allí, era un forzoso ejercicio de honestidad tras la confesión de Damián.

—A mí me pasa lo mismo. Quiero decir que... hubo alguien el año pasado que... éramos amigos, bueno, algo más...

Él la escrutó de un modo inquietante: la duda en sus ojos, el temor entre sus manos, una súbita frialdad en unos labios que se separaron de su piel en un calambre.

—¿Estás insinuando que ha habido otra persona? —Su tono lastimaba.

El nombre de Julio se acomodó en un primer plano de la conversación y de sus recuerdos. Ojalá un beso en la sien hubiera podido absorberlos, aunque habría sido injusto desdeñar aquella experiencia y abusivo argumentar que resultó un engaño, porque solo pecó de decepción. Ella ambicionaba otra clase de sentimientos, que sí le inspiraba Damián. En cambio ese proyecto frustrado llamado Julio ahora maridaba con su idea de una leal amistad.

—Fue una historia convencional —explicó—. Me imagino que cualquier otra mujer hubiera seguido adelante con los planes de matrimonio, pues cuántas no se casan con un buen hombre sin amarle. Y Julio...

—¿No me hables de él! —replicó cortante.

—Es de justicia que lo sepas, Damián.

—Estás ensuciando lo que para mí debe ser perfecto.

—No soy virgen, creí que debía contártelo.

Damián, molécula violenta, arrojó las cerillas sobre la cama y se encerró en el cuarto de baño. El portazo provocó que se extinguieran la mayoría de las velas.

\* \* \*

El reflejo de la llama ha impregnado de claroscuros una buhardilla que se destapa como un espacio diáfano saturado de bultos, una parte disimulados por sábanas, colchas y tejidos encima de ellos, y el resto amontonados sin aparente criterio. Encima de este caos sedimenta tal cantidad de polvo y cadáveres momificados de insectos que es difícil respirar.

El suelo cruje mientras se encamina hacia los ventanales, lo que hace temer la malignidad de la carcoma en los tablonos de madera. Al moverse entre los bultos su cuerpo roza los cobertores de tela y las polillas echan a volar a su alrededor. Apenas despliega las portezuelas, comprueba que fuera el día se ha teñido de un gris oscuro con un cielo a punto de descargar, en cambio dentro se exhala una atmósfera inerte y fantasmagórica en cada rincón. Bajo los contornos de los volúmenes alumbrados por el resplandor exterior, imagina muebles viejos y objetos inservibles en la decoración de la casa, aunque algo destaca por encima de lo demás: un grupo de baúles de alcanfor dispuestos por tamaños. Le impresiona este amago de armonía en mitad del revoltijo.

Se aproxima a ellos y constata que cada uno lleva una chapa dorada con los nombres de la familia grabados en ellas. También nota que van alineados en el orden de nacimiento de los hijos de Ventura y Alma.

Ahora, reflexionando sobre lo que su madre relataba de sus hermanos, tiene la impresión de que la audacia del abuelo se desinfló progresivamente en cada uno de sus hijos, por tanto el más parecido a él era el mayor, Ventura. Desde luego los retratos de la biblioteca atestiguan su cercanía física. Lucía le definía impetuoso, a la par que responsable y cabal; hablaba de su paso por la guerra de Cuba, lo que dotaba a su trayectoria de un tinte épico, y también que su ausencia había sido sangrante para la abuela, quien dilapidó parte de su flema alemana en las lágrimas que derramó por él. Tiempos de ardor patriótico que Alma contempla lejanos desde 1946. Cree recordar que al volver tomó las riendas del negocio, pues su carácter marcial le ayudaba a someter a una masa obrera, por entonces, combativa. Tampoco explicaba más detalles su madre, porque quizá la diferencia de edad los había alejado. Suele suceder entre el hermano mayor y el pequeño.

Sí presumía, por el contrario, del afecto hacia su tío Benigno, Ninu en confianza. Él y su mujer Eunice amigaron con sus padres, aunque cuesta entender que no les correspondieran visitando La Constante siendo ella niña. Alma ha confeccionado su personal traje a un hombre tachado de conciliador, buen conversador, aunque introspectivo, y cariñoso. E intuye que la sombra de su hermano resultó muy alargada, pues ambos trabajaban juntos, y Ninu no dejó de ser un segundón. De hecho, quizá tuviera reservas hacia su padre cuando alcanzó tanta responsabilidad en la filial parisina. En alguna ocasión, Carlos, en un arranque insólito, argumentó que su cuñado sufrió la manipulación de su mujer, lo que Lucía rebatía para enseguida cambiar de conversación. ¿Será por eso que Eunice nunca despertó en ella simpatías? Los niños estampan en su retentiva episodios sin supuesta importancia, que luego los condicionan el resto de su vida. Ha encontrado pocas imágenes de Ninu que le ayuden a adivinar algo más sobre él: la de la boda inspira la presencia de un hombre tranquilo, pero melancólico.

De quien posee información menos precisa es de Fabián, porque su madre dejó entrever cierta tensión entre los dos: el pequeño que abandona este papel se convierte en un elemento de fricción. Sí está al tanto de que nunca estuvo empleado en el negocio, y antes de su trágica muerte fue un viajero impenitente y un vividor al que la familia se esforzaba por meter en vereda. Las fotos que conservaba su madre en Madrid mostraban a un adolescente de pelo largo, ojos claros y miembros elásticos. Las descubiertas en La Constante invitan a fantasear. Entrañan el desafío de alguien que alardeaba de un verbo mordaz y una siniestra atracción hacia lo rebelde. Alma

presiente que, de haberle tratado, le hubiera gustado su tío Fabián.

Al final, las existencias humanas se diferencian por los matices y los de los suyos se comprimen entre las formas de unos baúles que le cuesta destapar, casi tanto como mantenerse en pie; por ello se dirige hacia los balcones. Necesita inhalar aire fresco. Pero al desplegar sus hojas de cristal una ráfaga de viento la acorrala, circundándola con aroma a mar, sacude las telas de los enseres y cierra la puerta del desván en un estruendo de silencios quebrados.

\* \* \*

Cuando Damián abrió la puerta del cuarto de baño, Alma se había vuelto a vestir, ya que se sentía ridícula en ropa interior.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? —pronunció, cogiendo la chaqueta sin mirarla—. Me has frustrado. Te comportas como si esto fuera lo más normal del mundo. Te rebajas... igual que una furcia.

—¿Eso piensas de mí, Damián? —Le herían tanto sus palabras que ni le nacían las lágrimas—. Supuse que debía contártelo.

—Las mujeres tenéis que velar por vuestra virtud.

—No seas antiguo. ¿Los hombres lo hacéis acaso?

Costaba entender lo que les sucedía, pues hasta el momento la pareja había sido un caladero de complicidad. Ese sábado de finales de marzo, Damián había preparado todo con severa pulcritud y alarde romántico: el almuerzo, el paseo inflamados de amor por las empedradas calles del pueblo; el champán en la alcoba del hotel por donde ahora daba vueltas titubeante.

Alma se dispuso a recoger las velas. En un descuido derramó la cera sobre su mano, por lo que ahogó un grito y rompió a llorar camino del aseo. Allí volcó una pizca de pasta de dientes sobre la zona enrojecida; la visión de los productos de higiene, que minutos antes había ordenado emocionada sobre la repisa por ser su primera noche juntos, descalabró su orgullo aún más. Hubiera querido transfigurarse en un ser invisible o diminuto, qué más daba. Lágrima salada o dulce que huyese a través del desagüe.

—Perdóname —le oyó disculpase desde la alcoba—. Perdóname, Alma. Amor. Mi vida. El único aire que quiero respirar.

—Ahora déjame sola, por favor.

—No pienso hacerlo nunca. Hiero porque me hieres. Lastimo porque me dueles. Perdóname —insistió al entrar y tomarla por la espalda.

Cuando levantó la vista, él la acechaba a través del azogue y también lloraba. Damián tomó su mano y se la condujo a la boca, lamiéndole la quemadura. Nunca dudó de la intensidad de su fiebre amorosa, pero esos arrebatos la perturbaban demasiado. Hasta que la besaba y el encaje volvía a ajustarse. Esta vez la mordió ferozmente. Con miedo a penetrar en sus labios y terror a salir de ellos.

A cuatro manos se desnudaron, para contar después uno por uno los lunares y las cicatrices del otro. Guiados por el instinto se saborearon sus pliegues. Se pellizcaron las partes convexas de su anatomía y rellenaron con las yemas de los dedos las cóncavas, hasta trazar el mapa de ambos cuerpos. Aquí una cueva. Allá tu caudaloso río. Este es mi monte. Te presento mi cordillera. ¿Y si nos vamos a la cama? Enamorémonos un poco más en ella. Entonces no roces otro suelo que mis pies, así serás solo mía.

Qué diferente el verano pasado, donde Julio se afanaba en descubrirle el amor con nulo éxito. O qué distinta era ella. Antes frígida, ahora arrebatada.

La cama del hotel, entre velas, recordaba a una capilla. O a un lecho donde los fuertes pierden el aliento y los locos su poca cordura.

—¿Sabes qué es lo contrario de vivir? —preguntó él.

Cómo se le ocurría ponerse a hablar en ese momento. Damián la guarecía bajo sus brazos después de cabalgarla desde hacía tantos minutos que había despistado la cuenta de las veces en que Alma gozaba el placer.

—No sé —suspiró—. ¡Para, amor! Yo sí que voy a morir si no lo haces.

—Lo contrario es no atreverse —explicó—. Tú y yo estábamos muertos antes de conocernos. Ahora vivo en tus encantamientos.

A continuación pegó un aullido y empezó a espirar dentro de ella.

—Si ves que cierro los ojos, sacúdeme —susurró a su oído—. Quiero soñarte sin dormirme.

A esas alturas, todas las velas se habían consumido.

\* \* \*

El golpe de viento le ha arrancado la palmatoria, tirándola al suelo. La cera se ha vertido a lo largo de su muñeca y ella se ha llevado la mano a la boca. Ha caído sobre una herida antigua que todavía escuece.

Al ver la puerta cerrada, Alma se echa la mano al bolsillo del pantalón para comprobar que no tiene la llave en su poder: la ha dejado puesta. Entonces advierte el giro del picaporte. Durante unos segundos deja de respirar, hasta que parece que el llavín no avanza y vuelve a su posición.

—¿Refugio, es usted? —pregunta por fin—. ¿Está ahí?

Después, juraría haber escuchado la llave atornillándose dentro del cerrojo.

—¡Es una estúpida redomada! Peor que cien niños tarados a los que hubiera que perseguir. Bendito Gabriel, prefiero cuidarle a él a ojos cerrados antes que a usted.

Refugio se ha sulfurado al entrar en el desván dirigiéndose al balcón, cuyas hojas ha sellado de un manotazo. Entre sus aspavientos y la ventisca se le ha caído el sombrero arrastrando el moño detrás de él, lo que resulta cómico. A Alma le entran ganas de reír cuando momentos atrás estaba aterida de miedo.

—¿Quién le ha dado derecho a husmear donde no la llaman? ¿Eh? ¿A abrir cuartos cerrados? ¡Esta casa no le pertenece! ¿Qué pensaba hallar aquí? ¿Dinero? ¿Oro y joyas? ¿Fantasmas? ¿Cadáveres emparedados? ¿Un nido de espías nazis o un refugio de maquis? ¡Hable de una vez, maldita sea!

—Buscaba... cosas de mi madre. No sé, de mis abuelos...

—¿Cosas de su madre? ¿De sus abuelos? —repite con retintín, despojándose del abrigo—. ¡Pues aquí las tiene!

Refugio se encamina hacia los baúles. A pesar de sus kilos parece una pluma al deslizarse entre los montones de cachivaches según extirpa sus fundas de tela como el médico amputaría pieles muertas de una herida. De un tirón, sin contemplaciones. Un par de horas antes Alma había inspeccionado algún arca que contenía ropa con olor a naftalina y hechuras de infancia: juguetes, cuadernos coloreados... La impresión de encontrarse con tantísimos objetos le ha terminado abrumando; lo peor ha sido levantar la tapa que correspondía a «Lucía Monteserín» porque se le ha escurrido de las manos y se ha visto obligada a salir al balcón intimidada ante la presencia de los suyos.

En el exterior ha empezado a caer una fina lluvia pero ella no la ha notado. Tras un tiempo sin minutos que contar, a la intemperie, la llovizna le ha ido calando con la tenacidad de la costumbre, hasta que ha girado la cabeza hacia dentro y en ese instante ya ha sido incapaz de entrar.

Se ha encontrado la puerta del desván abierta, y eso que ella había supuesto que la llave se había quedado encajada desde fuera. En el umbral se situaba una anciana que parecía un espectro de piel oscurísima. Una negra de las que no se ven por las calles españolas. Todo en ella era reducido: la altura, la anchura, la longitud de sus brazos. Vestía una larga vestimenta de color blanco y en su cabeza un turbante grotesco. De su cuello colgaban decenas de abalorios, también blancos. De inmediato ha recuperado la idea del fantasma en el jardín, el jirón de tela que encontró enganchado entre las zarzas, y ha deducido que se trataría de la misma persona. Es curioso que la mujer no se haya asustado al ser sorprendida en una propiedad ajena; al contrario, sus piernas arraigaban en el suelo como raíces. La ha explorado a través de los carbones encendidos de sus ojos y solo cuando ella ha emitido un chillido, la anciana ha retrocedido cerrando la puerta tras de sí.

Alma no se ha atrevido a comprobar si se quedaba o no encerrada; ha continuado al relente, apenas cubierta por el tejadillo de la fachada, adivinando sobre su cabeza las malignas sonrisas de las gárgolas. Escuchando la lluvia al deslizarse balastrada abajo, en dirección a esa hierba que absorbería un diluvio. Durante un momento no le hubiera importado que Albín, el jardinero, como un príncipe descolorido, la salvara de su clausura en la torre, pero enseguida ha comprendido que el final del cuento hubiera sido más siniestro que el peor de los relatos. Al final ha llegado la furgoneta conducida por Mauro, alegrando con el claxon. Al bajar Santa, una de las criadas, ha reparado en su presencia y se ha llevado las manos a la boca. Las demás la han secundado señalando hacia arriba y la mirada de odio de Refugio se reconocía a kilómetros de distancia.

—¿Qué hace ahí fuera, señorita Alma? —le ha escupido al entrar.

—La... la puerta se ha cerrado y no... podía salir —ha tartamudeado ella.

—¿Ah, sí? Solo tenía que girar el picaporte; está abierta. Pero claro, usted es tan simple que ha dejado la llave puesta.

\* \* \*

—¡Aquí las tiene! Las «cosas» de sus abuelos —anuncia, aventando los retales de tela.

Además de las polillas, una nube de insectos se despereza de su letargo junto a las arañas que dormitaban en sus redes. El primero de los baúles es el que ella no se ha atrevido a examinar.

—¿De quién es este? ¡Ah, Lucía Monteserín! ¿Y qué hallamos dentro? Sus juguetes... —desvela Refugio, extrayendo de él muñecas decapitadas y lanzándoselas a los pies—. Sus vestiditos, los cuadernos donde aprendió a escribir...

Entre los trajes, Alma cree distinguir el verde manzana con el que su madre está immortalizada junto a la abuela en el cuadro. Las lágrimas se anudan en su garganta. Las siente en la base del cuello; solidifican en un dolor físico que agarrota su tráquea.

—¡Oh, mire lo que me he encontrado! Un billete de tren a París —apunta el ama al recogerlo del suelo porque se ha caído del interior de una libreta—. Diciembre de 1911. ¿Ha estado en París alguna vez?

No, no ha estado, pero quién en su caso no recordaría esa fecha. Su padre hablaba de ella como uno de esos instantes decisivos que mudan la vida. Iba camino de cumplir un año trabajando en L'Constante, suscribiendo los encargos de su jefe Ventura Monteserín en el laboratorio parisino donde se encargaba de idear una gama de productos de tocador destinada a reforzar el negocio. Él hubiera preferido inventar sustancias que devolvieran la salud a las personas, pero traducía aquel como un primer paso en su ambición. A él le gustaba sentarla en sus rodillas cuando era niña, acariciar sus trenzas y aleccionarla para el futuro, confesándole que ya entonces interpretó que cada aprendizaje obtiene su compensación. Y Alma jamás olvidará aquellas confidencias. El talante tranquilo y concienzudo de su padre le ayudó a integrarse en un equipo del que formaba parte el tío Ninu, pues él y su mujer se asentaron en París a fin de encomendarse a un nuevo médico con la fijación de que esta vez sí saciarían el anhelo de ser padres.

Su dedicación a L'Constante era tan absorbente que Carlos Gamboa apenas visitaba España, por lo que añoraba a sus padres y ellos entristecían en su ausencia. En diciembre de 1911 el matrimonio Monteserín se presentó en París para organizar sus compras navideñas; les acompañaba su hija Lucía. Una de las noches invitaron a cenar a un reducido grupo de empleados, entre ellos su padre, en quien Ventura delegaba más y más competencias. Nadie fue ajeno a la complicidad entre Lucía y Carlos. Esa noche los padres de Alma anudaron sus manos, quizá se besaran, pero ninguno, puede que por pudor, se atrevió a reconocérselo; no obstante, tal y como admitía su padre mientras mesaba su cabello, en esa fecha germinó su amor.

—¡Ajá! La silla de ruedas de don Ventura —informa sarcástica Refugio, cuando el sillón ortopédico revive bajo una sábana—. ¿O tampoco sabía que su pobre abuelo se quedó paralítico en un accidente?

—¿Por quién me toma usted? Mi madre lo tenía siempre presente.

De hecho, el accidente condicionó los plazos de sus padres; de no ser por él quizá ella hubiera nacido antes porque no hubieran aguardado hasta abril de 1918 para casarse, una vez que los lutos se superaron; aunque los duelos gravitaran todavía sobre la familia.

Durante 1912 Lucía solía acompañar a su padre cuando se trasladaba a la ciudad del Sena. Seguro que sus abuelos estarían al tanto de lo que se iba fraguando entre su hija y aquel prometedor químico llamado Carlos Gamboa. Puede que la nota firmada por su abuelo y que recibió él el mes de junio tratase de convertirse en un refrendo de ese incipiente amor; el caso es que al tomarla entre sus dedos la tintó del sudor nervioso que le desataba imaginarse a Lucía. La invitación a pasar un fin de semana en Cap Martin, en la Riviera francesa, donde descansaría la familia, se convirtió en la mejor de las noticias pues implicaba, además de un reconocimiento tácito, la aprobación de un cariño que a él y a Lucía les consumía. Sin embargo, nunca realizó ese viaje.

Un par de días después, los abuelos de Alma recogieron un telegrama en la recepción del Hotel Crillon de París, donde se hospedaban. Fue su madre, según aseveró la propia Lucía, quien leyó en voz alta el texto redactado por su hermano mayor después de que se le cayera de las manos al abuelo.

DESGRACIA TERRIBLE. FABIÁN HA SUFRIDO FATAL ACCIDENTE. SU COCHE HA CAÍDO POR ACANTILADO. RUEGO REGRESEN PARA PROCEDER A LAS EXEQUIAS.

VENTURA MONTESERÍN, HIJO.

A partir de estas palabras el dolor amortajó al matrimonio. El telegrama no aportaba detalles, aunque tampoco se necesitaban. Una noche de luna y alcohol, Fabián

rodó por la carretera de la playa y sus pedazos tuvieron que ser buscados entre las piedras del despeñadero.

Entre sollozos de una amargura infinita, su madre afirmaba que sus padres no hablaron durante el trayecto que les conducía de París a El Norte. Los tres viajaban en un compartimento de tren y en otro contiguo su hermano Ninu, junto a Eunice. De repente el convoy empezó a aminorar su marcha y a avanzar a trompicones. Por entonces Lucía recitaba en silencio que no les sucedería nada malo, menos aún un descarrilamiento, porque por justicia quien lamentaba una desgracia se libraba de la siguiente. Y puesto que el mal les había debilitado, tocaba que se cebara en otras personas. Cuando la máquina se paró Ninu descorrió las puertas de cristal y se dirigió a ellos.

—Padre, debemos abandonar el tren. No se puede continuar. Las lluvias han dejado la vía impracticable.

Los abuelos de Alma eran un amasijo de huesos y músculos sin aliento. Ventura levantó la vista de las manos de su mujer y reventó.

—¡Hijos de perra! Arréglatelas como sea. Contrata peones que limpien los raíles, compra el maldito tren si fuera preciso. No quiero que tu madre derrame una lágrima más. Tenemos que dar cristiana sepultura a Fabián.

—Usted no lo comprende. Las tormentas han desprendido rocas. La vía no...

—¡¡Al diablo con la vía!! Saca sangre de donde la tengas y lleva a tu madre con su hijo. ¡O de lo contrario te maldeciré para que no puedas abrazar al tuyo!

Lucía agachó la vista, avergonzada. Nunca entendió ese favoritismo por un hijo en lugar de otro. «¿Acaso no se les quiere igual?». En todo caso, el abuelo Ventura no tuvo a su hijo Ninu en la mejor consideración.

En mitad de una nada montañosa y hostil, los Monteserín bajaron del tren. En el apeadero les aguardaban dos coches y un solo conductor. Era lo único que había sido capaz de gestionar Ninu, a lo que añadía la dramática cuenta del reloj en su contra. Desfilaron como si de un ensayo del cortejo fúnebre se tratara: Ventura y Alma, Ninu y Eunice y por último Lucía, junto a la llorosa doncella que les acompañaba.

—Conduce tú —ordenó Ventura a su hijo.

—De eso quería hablarle, padre. —Ninu escrutó a su mujer, que se aprisionó el vientre entre sus manos—. Eunice no está en condiciones de viajar en coche. Daría tumbos y eso es contraproducente para su...

—No hace falta que venga —atajó su abuelo—. Búscales un hotel y ya viajará a El Norte cuando pueda. Que se quede la criada con ella.

—No me he explicado bien. Permaneceré junto a mi esposa.

Eunice volvía a estar embarazada: las mismas ilusiones, los anhelos repetidos, quizá otra vez la frustración. Los abuelos anduvieron unos metros antes de pararse en seco; tenían tal compenetración que se acompañaban en lo bueno y lo malo.

—¿Pretendes no ir al entierro de tu hermano?

—Padre, entiéndalo. Sería irresponsable que...

—No hables de responsabilidad —cortó como un cuchillo—. Espero que nunca te arrepientas de esto.

De aquella estación en mitad de los Pirineos partieron Ventura y su mujer en un primer coche conducido por él mismo, y Lucía y la criada en el segundo. Este orden fue casual, aunque toda elección entraña un riesgo y casi nunca responde a justicia.

La rabia, el dolor, el cansancio empañaron la visión del abuelo que, al toparse con un jabalí en mitad de su camino, careció de reflejos suficientes para esquivarlo. El coche rodó y rodó en interminables vueltas de campana.

No se dio un solo día en que a su madre, Lucía, se le desdibujara la imagen del automóvil girando como un juguete loco con sus padres dentro. Hubiera querido ser ciega para ahorrársela. Para no martirizarse con la estampa de un escenario dantesco del que nunca escapó.

En contra de lo que ella barruntaba, la Ley de la Compensación, que distribuye penurias y alegrías por igual, no se cumplió.

\* \* \*

—¿Ve aquellos cuadros? —indica de repente Refugio y su voz echa a un lado los recuerdos. Alma tiembla mientras enfoca su mirada hacia un montón de marcos apoyados contra la pared—. Los pintó su abuela. Él no quería verlos, se consumía de pena. Así que mandó quitarlos y esconderlos.

Ahora tiritita sin contemplaciones. Debería mudarse, pero no quiere perderse lo que está sucediendo. Sabe que ella volverá a ocultar la llave en otro sitio y ya no podrá acceder a este repertorio de memorias que es el desván.

Según se explica, el ama de llaves parece poseída por un hacendoso espíritu en mitad de una limpieza general, porque no deja un solo tejido sin levantar ni un mueble por abrir. Ahora se ha obcecado con un armario de cuatro lunas. Nada más entornar sus puertas se alza una nueva niebla de insectos que desintegra las telas de araña de sus oquedades.

—¡Oh, qué hemos encontrado! —continúa irónica—. Esto le va a encantar a la curiosa señorita Alma. ¡Mire qué belleza!

Refugio rescata una percha de la cual pende una prenda larga de un color impreciso. Está confeccionada en un exquisito encaje y ribeteada por perlas; algunas saltan y giran como canicas a lo largo del suelo. Alma se aproxima al vestido y lo palpa con temblor al intuir de lo que se trata. Dos regueros de lágrimas templan su rostro.

—El traje de novia de la señorita Lucía —aclara pomposamente Refugio.

—Ella me... me confesó que... se había estropeado... fue... fue al limpiarlo —balbucea tragando saliva—. Cuando era pequeña yo... yo preguntaba por él. En las casas de mis amigas... se guardaba el traje de novia de su madre...

—A veces los padres mienten porque los hijos no deben saber más que lo preciso —cuenta, pegada a su oído—. Si doña Lucía dijo que su vestido no existía, tendría un motivo, ¿no? Además, ¿quién querría recordar su boda después de un drama como aquel? ¿Eh? Su hermano Ventura ejerció de padrino. Llevó al altar a la señorita del brazo y quince días después estaba muerto.

—Murió de gripe. Sufrieron una epidemia...

—¿Fue una calamidad o una condena? ¿Sabe que fallecieron más invitados? ¿Por qué unos sí y otros no?

—El contagio de un virus es... es caprichoso. Usted no entiende de eso.

—Usted sí, claro. Es una mujer ilustrada. ¿Qué le contó la señorita Lucía?

—Nada. Nunca conversaba sobre ello.

El ama parece saborear el hecho de destapar el velo que cubre esa parte de la historia de Alma. La gripe española se convirtió en una pandemia que se inició el año de la boda de sus padres; nadie prevé tan nefasta coincidencia. Según había oído ella, entre los asistentes se hallaba una familia recién desembarcada de Kansas, donde comenzaron a cifrarse casos similares a la dolencia que llevó a la tumba a su tío, a pesar de que sus padres no abundaran en algo que debía de torturarles lo indecible.

—Regresaron de su luna de miel a la mitad. La pareja surcaba en un barco las islas Canarias y les dijeron que su hermano había muerto. Cuando llegó, la señorita Lucía no paraba de llorar. Se metió en la cama y estuvo semanas así. Decía que había algo que no la dejaba vivir en paz con su marido, que les castigaba a la desdicha. El señorito Carlos fue muy generoso y tuvo mucho aguante, debía de quererla un montón. Ahora bien, quien se siente responsable de la muerte de un hermano no aguanta el reconome. Grábese esto en su cabecita: ella no lo superó; la señorita sabía que era culpable de la muerte de su hermano...

—¡Cállese, Refugio! Ya está bien de soltar porquería.

—En efecto —admite, haciendo ademán de guardar el vestido—. Fuera suciedad, hay que dar una vuelta a esta cochambre. Voy a por un cubo y unos trapos.

—Aguarde un momento, no lo cierre. Déjeme ver sus trajes.

—La que debería verse es usted —dice, confrontando a Alma con su reflejo en la luna del armario—. Si no se cambia, va a coger una pulmonía y ahí sí que nos va a complicar la vida. Hágame el favor, váyase a su cuarto.

Refugio se dirige a la salida y desde allí suelta una frase lapidaria.

—Los huecos del presente no se llenan con el pasado, sino pensando en lo que nos tocará hacer en el futuro. Aplíquese el cuento.

Alma la escucha sin apartarse del espejo, con la percha del vestido de novia entre las manos, y diciéndose que lo que ella querría sería recomponer sus pedazos empleando los de su familia. Lo que desearía es conocer a sus abuelos; comprobar cómo eran y lo que comparte con ellos. Ansiaría encontrarse con una Lucía joven y

vitalista, puesto que la maternidad ahoga una parte de la mujer que nunca se muestra ante sus hijos.

A su espalda se desdibujan los tesoros de la cueva de Aladino. Y solicita al genio del desván, no tres sino un deseo. Uno solo: que le reponga aquello de lo que ha carecido hasta ahora y le desvele los secretos de su sangre.

\* \* \*

—¿Todavía está usted ahí? ¿Ha perdido el juicio o qué? —grita Refugio.

La luna oxidada del armario muestra sus contornos al fondo; le acompañan las criadas equipadas con paños, cubos, cepillos y fumigadores de bronce. Lo que no entiende es qué les divierte a ellas para reírse así.

—No hago carrera con usted. ¿Qué lleva encima?

Alma mira según menea la falda y observa que ha agarrado un encaje que va a terminar estropeando, por tanto le da una cachetada para que lo suelte.

—¡Espabile! Parece dormida. Se ha puesto el traje de boda de su madre.

Ahora comprende de dónde viene la hilaridad en las muchachas. Pero Alma no recuerda cuándo se ha vestido con él por más que su ropa descansa sobre el suelo. Se echa la mano a la frente: le parece que tiene febrícula.

—Lo que nos faltaba. Además de lela, enferma —protesta Refugio; su mala educación le inspira abofetearla—. Váyase y tome un baño. Luego coma algo.

Sin rechistar, Alma toma sus prendas y se marcha a la alcoba. Le preocupa empezar a hacer cosas en las que no intercepta su voluntad; o de las cuales no rememore el menor detalle. Medio sonámbula, desciende los peldaños y según pasa por los retratos de sus antepasados juraría que se regodean de lo que acaba de suceder.

Una vez dentro de su cuarto lanza la ropa sobre la cama, sin mirar. Accede al baño, se desnuda, llena la tina con agua caliente y, al ir a por ropa seca, se encuentra con la imagen de la mujer misteriosa. La fotografía está apoyada sobre su almohada rodeada por una ristra de cuentas blancas y amarillas.

Alma percibe que se funden los colores y solo distingue manchas. Después, el vacío.

Los gritos de Santa, la criada, al otro lado de su puerta la espabilan, aunque ha tenido que arrastrarse por el piso antes de ponerse en pie sujetándose en el soporte del dosel de la cama.

—Me ordenan que le suba algo de merienda, señorita —se disculpa la muchacha—. ¿Puedo pasar?

—¡No! —A Alma le cuesta encadenar las palabras—. Prefiero abajo. En la sala grande. Ahora voy.

Aturdida, entra en el cuarto de baño y se topa con el agua a punto de rebosar la bañera. La vacía y se da una ducha. «Seguro que ha sido una bajada de tensión. Apenas he comido y hoy he encajado más de un susto; no hay por qué dramatizar», opina para sí con poca convicción, en un esfuerzo por apaciguarse. Después se seca el pelo como un meteorito y antes de salir de la alcoba, guarda el marco dentro de su maleta.

\* \* \*

—Cuando ustedes no estaban, ha venido una mujer. Ha entrado en la casa y ha subido al desván —aduce, aparentando tranquilidad.

Lo expone con una taza de té entre las manos y la vista perdida a lo largo de los arriates del jardín, que inspecciona a través de la cristalera. Detrás de ella, Refugio recoge la mesa.

—¿No va a contestar nada? —insiste.

—Sería la esposa de un trabajador dejando algún encargo —responde desganada.

—Era negra —silabea—. De piel azabache, como las noches cuando a la mañana siguiente llueve. Como la grasa quemada de las sartenes o el arroz chamuscado. ¿Lo entiende mejor así?

Alma atornilla sus tacones y al girarse se encara al ama; ya no sostiene el aire quebradizo de una hora antes. Ha estado reflexionando en todo lo que ha sugerido el ama y si bien coincide en parte —el pasado es el pasado y sobre uno diezclado las semillas no prosperan—, también posee la certeza de que Refugio le está ocultando información.

—Ha conocido a María Nieves. Vieja, loca y negra. Acumula unos cuantos pecados del catecismo.

—Ser negra no es un pecado.

—¿Le ha comentado qué quería?

—No, no ha hablado. Se ha quedado quieta, mirándome, y después se ha ido. Tampoco he preguntado yo.

—De nada hubiera servido, es muda. A lo peor tampoco oye.

Alma percibe una sacudida interna, pero se repone de inmediato.

—¿Quién es? Le advierto que estoy cansada y no quiero más guerras, así que cuanto más me cuente antes terminamos.

Refugio deposita la bandeja sobre la mesa y se frota las manos en un paño colgado de su cintura.

—Se quedó así en el incendio. Tampoco es que antes hablara bien, pero por lo menos se hacía entender. Vino de Cuba, junto a la mujer de su tío Ventura y un cargamento de negros metidos en cajas igual que animales. Lo que les toca, por otra parte. Solo Dios sabe cómo enmudeció, pero debió de ser por el horror de ver cómo se chamuscaba su adorada señora. Ahora cuida los restos de la mansión y morirá entre sus piedras en la fecha que el Señor disponga. ¿Se ha quedado a gusto? Pues yo también —concluye, volviendo a asir la bandeja—. Permiso, me voy a la cocina.

—¡Espere un momento! —Su timbre ha sonado tan autoritario que el ama de llaves se ha quedado inmovilizada—. ¿Qué busca esa mujer?

—Nada. Va y viene por La Constante. Aquí o en la aldea. Coge comida, una manta vieja... Tres perras gordas. ¿De qué va a vivir sino esa muerta de hambre?

—¿Es que nadie se ocupa de ella?

—Ella se ocupa de ella misma. Mire, señorita, si un niño se cruzara con ese vejstorio vestido de blanco, se llevaría un susto de mil demonios y no habría quien le hiciera dormir. Bastante desdicha sufrimos con saber que no ha estirado todavía la pata. ¿O es que le da pena?

Por supuesto que siente conmiseración hacia ella, pues, por la somera aclaración de Refugio, deduce que se trata de alguien desquiciado, sin familia ni recursos a mano. Según su criterio, María Nieves ha rebasado los ochenta años, de modo que no se entiende cómo se mueve de un lado a otro sin desfallecer bajo este clima infame. Tras lo sucedido en el desván, su incursión en Providencia aparenta quedar lejos; sin embargo, no es así ni debe soslayar que alguien retuvo a la bestia que habita allí, y podría tratarse de la anciana; de hecho, Refugio acaba de confesar que cuida de las ruinas. Cuántas dudas.

No obstante, y con independencia de lo que rodea a María Nieves, le cerca una incógnita más: ¿quién es la mujer del retrato?

—Lleva razón, Refugio —miente, esforzándose por ser conciliadora—. Mejor mantenerse alejada. Por cierto, ¿cómo se llamaba la mujer de mi tío?

—¿No se lo dijo su madre? —El soniquete de sus frases empieza a crisparle.

—Seguramente, pero se me ha olvidado.

—Cécile.

—Cécile —repite intrigada; está segura de que sus padres nunca mencionaron su nombre. Lo habría recordado—. ¿Hablabas español?

—Como usted y como yo. Manías de los extranjeros. Ella era cubana, ya sabe, pero su padre era americano.

—Y... ¿cuál era su aspecto?

—¿Por qué le interesa ahora?

—Pregunto yo, Refugio. No veo qué hay de malo en ello.

—No se parecía a ninguno de su familia, no tenía tanta clase.

—Esa no es una descripción.

—No sabría decirle, no trabajaba aquí —manifiesta, tomando la bandeja con la intención de marcharse.

—Usted me aseguró que veía las fiestas que organizaba mi abuela a través de las ventanas cuando era niña. Seguro que se acuerda.

—Ella no vivía aquí. Iba y venía de Cuba, y cuando regresaba se instalaba en la mansión que su tío Ventura le hizo para retenerla y donde se quedó para siempre cuando se incendió. Mejor que estuviera muerto, porque hubiera fallecido de pena. —Esta vez sí se dirige a la puerta.

Alma ha rehusado incidir más; presiente que no lograría nada de ella, pues huye hasta de pronunciar el apelativo de un lugar cuyas sílabas maquillan una maldición. Cuando va a desaparecer camino de la cocina, frena y la mira.

—Si tanto le interesa... sepa que era bella. La más hermosa de todas las mujeres que se han visto por aquí. Pero también la más mala. Con permiso.

\* \* \*

Antes de dormirse ha esquematizado sus deducciones en el diario. Después cierra el cuaderno y lo oculta en la maleta grande, cuya apertura pasa por conocer su combinación numérica. Le da seguridad que sea de este modo.

Mantenerse ocupada aleja un poco a Damián; sin embargo, en cuanto siente el escozor de la quemadura en su muñeca regresa la nostalgia. Empieza bosquejando una imagen que se expande por su mente hasta ocuparla al completo. Como el humo de un incendio.

Le gustaría averiguar cuándo tuvo lugar el de Providencia y en qué circunstancias, dónde estará enterrada Cécile —no junto a su marido, porque no identificó ninguna tumba con su nombre en el panteón familiar— y los motivos por los que Refugio se muestra tan dura con ella, aunque intuye que subyace la lealtad a Ninu y Eunice en mitad de esa tensión entre dos hermanos que mantuvieron una soterrada competencia. Ventura ponderaba su triunfo a través de una mujer hermosa, una mansión de

dimensiones formidables, un hijo y la dirección del imperio familiar. ¿En cambio Ninu? Un segundón casado con alguien vulgar que ni siquiera le concedía un hijo y a la sombra profesional, primero de su hermano y luego, por desgracia, de un advenedizo como era su padre.

Entiende que no debe dejarse influir ni secuestrar el afecto que le inspira el tío Ninu, pues se ha encariñado con él sin haberle conocido. Por otra parte, los entresijos domésticos se diagnostican mejor contemplados desde fuera con desafecto. Pero no ahora porque es tiempo de descansar.

Alma toma de la mesilla la novela que está leyendo. Una vez en sus manos la encoge un calambrazo en mitad del pecho. ¿Qué es ese papel que puntea la lectura? Siempre utiliza la lima de uñas como guarda páginas, seguro que ella no lo ha colocado ahí. Desconcertada, extrae una nota azul cielo.

*¿Visitarás mi sueño o me obligarás a mantener los ojos abiertos para que no te me escapes? Oh, Alma, no sabía tu nombre y ya imaginaba tus labios pronunciando el mío.  
Treinta y dos. Tienes treinta y dos lunares pidiendo a gritos que los vuelva a besar. ¿Y tú recuerdas el número de mis cicatrices? ¿Cuántas? Solo te exhorto a que no dejes de curarlas, sobre todo la última. La de la herida que me haces cada vez que te marchas.  
Tengo el cuerpo lleno de citas fracasadas. De besos sin dar.  
¿Cómo sacarte de mi cabeza si te has enquistado en mi corazón?*

El volumen de Agatha Christie cae al suelo y se queda abierto panza abajo, según Alma se levanta porque no puede respirar. Sus piernas son miembros de gelatina que le apremian a bambolearse mientras se dirige al armario y abre de par en par sus puertas; a continuación regresa a la mesilla.

Su vista empieza a nublarse por segunda vez en el día. Sin embargo, atiende al título del libro con el que tropiezan sus pies: *El caso de los anónimos*.

—¡Felicidades! Hoy solo tiene unas décimas. Creo que la hemos recuperado para la humanidad. ¿Sabe quién soy?

Alma agita la cabeza en negativo. No detecta un solo músculo del que no se resienta.

—Doctor Costales. Sigfredo Costales, para servirle y curarla. Neumólogo. Un placer ver sus ojos. Son verdes, ¿verdad? —pregunta echándose encima—. Mmmm...

¡Color miel! Los iris dicen muchas cosas. ¿lo sabía? No trate de hablar, no le conviene.

A pesar de sus recomendaciones se esfuerza en pronunciar sus primeras frases en días.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué me ha sucedido?

—Mujer, está en su cama. Si estuviera en la mía, podría preocuparse. —El médico le desabotona el camisón y termina de auscultarla—. No recuerda nada, ¿no es cierto? Tenía tanta fiebre que se desmayó, llevándose consigo la mitad de los muebles de este cuarto. Una suerte, porque tal cosa alertó al servicio. Se pasó la noche delirando envuelta en compresas de agua fría hasta que el lunes llegué yo. ¡Su salvador! No me lo agradezca, soy caro. Aunque ya hablaremos de ese burdo asunto.

¿Puede girarse? ¡Eso es, buena chica! ¿Sabe cuánto tiempo lleva enferma? Nu-e-ve dí-as. Ha tenido muchísima suerte al toparse conmigo, de lo contrario estaríamos charlando a través de una guija.

—¿Cómo, de qué me habla?

—De un método rudimentario para comunicarse con los muertos.

—Quiero decir que... ¿Nueve días?

—¡Yaaaa lo sé! —replica cantarín—. Bronconeumonía. De las que llenan los cementerios, señorita.

—¿Tengo neumonía?

El médico parece un caballito de feria subiendo y bajando el cuello.

—Según me han informado organizó un picnic hace un par de domingos al aire libre, bajo la lluvia. ¡Ajá! Muy bucólico, pero nada aconsejable para sus pulmones.

—¿Y podría padecer tuberculosis?

—Confío en que no, si sigue mis consejos. Le he suministrado penicilina. Como si le hubiera pasado un expreso por encima, se siente así, ¿verdad? Abra la boca. Saque la lengua. No obstante, debo informarle de que sus analíticas dejaban mucho que desear. Voy a hacerle una pregunta a la que le rogaría respondiera con total sinceridad, ¿ha frustrado recientemente un embarazo? Cierre la boca, ya puede contestar.

—¡No! ¿Cómo puede suponer eso?

—Libreme el Santísimo de inmiscuirme en su honorabilidad, pero una falta de hierro como la suya puede ser compatible con un embarazo... Oooo con hemorragias persistentes, si las tuviere.

—Un poco, quizá. A veces.

—¿Algún disgusto reciente? No un problema doméstico, sino una de esas cosas que desbaratan los planes de la vida.

El doctor Costales se ha puesto las gafas y la observa como si mirara a través de un microscopio; para qué mentirle entonces.

—Sí. He pasado por...

—¡Comprendido! —zanja él—. Es suficiente, no me interesa el detalle. Puesto que no nos conocemos, y aunque no parece esta la mejor circunstancia para hacerlo, debo confesarle alguna cosa de mí: soy un médico atípico que provoca atopía. Excepcionalmente eficaz, aunque controvertido. ¿Puede erguirse un poco? Déjeme, le ayudo —le pide, ubicando unos cojines a su espalda—. Si permanece demasiado tiempo en posición horizontal, se lo pone fácil a las flemas. Sea mala con ellas, si no lo serán ellas con usted. Mis doctos colegas son esclavos del refrendo y se resisten a abandonar la ciencia empírica para confiar en su intuición. En cambio —afirma, elevando el dedo índice—, yo sí lo hago.

—¿Qué tiene que ver eso con mi neumonía?

La verborrea del médico empieza a extenuarla, aunque debe reconocer que su personalidad, además de arrolladora, puede ser reconfortante después de su travesía por el silencioso desierto de la enfermedad. Sigfredo Costales ha cumplido sesenta curiosos años dedicándose a la ciencia de los vivos y a la de los muertos, como especifica él, pues en el otro lado también disponen de cosas que contarle. No obstante esos detalles no los revela en sus primeras consultas. Es alto y un poco grueso, con barriga, de un pelo largo y canoso que peina con brillantina. Gasta bigote y perilla. Se expresa bailando las letras en un rítmico foxtrot con el cual marea, a veces, a sus pacientes.

—Algún día, y no lo verán mis ojos, mis disparatadas «teorías» serán el común diagnóstico de los colegas del futuro: los disgustos golpean el sistema inmunológico. Sus defensas estaban por los suelos y tan deprimidas son caldo de cultivo de infecciones y dolencias. Oséase, si no hubiera llorado por las esquinas, seguro que la *Streptococcus pneumoniae* habría pasado de largo por sus alveolos pulmonares.

—¿Estoy así porque sufro alguna alteración emocional? ¿Quiere decir que puedo tener una enfermedad mental? —A Alma no le parece jocosa la charla, por mucho que él se haya echado a reír.

—¿Por qué ustedes tienen que traducir todo a una fórmula química? Qué aburridos son los boticarios. Déjese de pensar, señorita. Coma, descanse y lea. Escriba cartas de amor a su novio o recetas de cocina, pero bajo ningún concepto se levante. Solo a hacer pipí y popó. Mañana regresaré a esta hora.

\* \* \*

Si no hubiese atrapado su maletín con tal decisión desapareciendo de su alcoba en un suspiro, habría confiado al doctor las vivencias que le abruman desde que ha recuperado la consciencia. Le hubiera hablado de los otros papeles azules, los que fue sumando el domingo donde el fantasma de María Nieves se hizo carne y a ella le cayó un aguacero encima. Los que desencadenaron de algún modo su dolencia, si concede algún crédito a las hipótesis del médico.

Después del primer escrito que brotó dentro de la novela, Alma se dispuso a investigar en su alcoba pistas que indicaran la presencia en ella de alguien que hubiese dejado esos papeles allí. Lo cierto es que halló cuatro más. La siguiente nota prendida en la solapa de su abrigo marrón a modo de broche le crispó sobremanera, pues minutos antes había guardado el diario y no la había descubierto. Tras remirar por los rincones del anaquel, se topó con otra plegada entre sus medias y sostenes.

*No puedo acostumbrarme a ti. Deseo que seas única y descubrirte en lo que otros llaman cariño y yo pasión. ¿Qué hace un amanecer distinto a otro? Contemplarlo junto al ser que amo. Quiero besarle la boca arrugada. Que seas vieja y enamorarme como el primer día. Quiero tus labios diciendo lo que yo no hablo. Tus pies subiendo aquellas cuestas imposibles para mí. Quiero tu lengua. Tus piernas abiertas en un compromiso. Pero ¿por qué dudas tanto, Alma?*

Casi tiene la certeza de que era la primera vez que leía estas frases; cierto que la tesis sonaba recurrente, pero sus palabras parecían nuevas. Volvían las obsesiones de Damián: su búsqueda del amor ideal. Reflexiones que le abocaban a desconfiar si su relación no resultó mejor por carta.

A continuación se encaminó hacia la mesilla y buscó encima, debajo y dentro de ella. En el cajón, pegado a un antifaz de Damián que se había olvidado en el piso de los abuelos, identificó un tercer escrito. De inmediato se preguntó por qué había traído consigo la mascarilla. ¿Quizá porque su subconsciente se resistía a inhumar el vínculo?

*Muerde el miedo del amor y no lo sofocan tus labios. ¿Por qué te quedas callada interpretando lo que digo como si fuese un loco? ¿Por qué me cuestionas tratando de llevarme, inconsciente tú, al terreno rutinario de esas parejas que odias? Tú y yo no somos ellos.*

El último papel azul cayó al sacudir la almohada. Puede que hubiese más, pero después de arrugarlos y hacerlos desaparecer a través del inodoro, se le nubló la vista y no pudo concluir su búsqueda. Este último resucitó, además del dolor y el ardor de los anteriores, la amargura de un episodio que creía olvidado. Sucedió una noche de



junio del año pasado.

*¿Cómo te imaginas dentro de diez, quince años? Vamos, di lo que se te venga a la cabeza. No vale si tienes que pensarlo demasiado.  
¡Has tardado! Deberías haberme mencionado entre tus propósitos. Veo que tienes demasiadas ambiciones y me dejas muy atrás.  
A lo mejor no eras tan perfecta.*

Alma recuerda que había cerrado la botica con la intención de disfrutar de un Madrid lleno de verbenas y festejos en la calle. Se confesaba cansada y quería distanciarse de su trabajo, por lo que decidieron deambular un rato. La pareja mantenía una conversación animada cuando Damián le formuló una pregunta sin la menor trascendencia. O eso presumió ella.

—¿Cómo te imaginas dentro de diez, quince años? Vamos, di lo que se te venga a la cabeza.

—Pues... siendo una farmacéutica reputada, como le hubiera gustado a mi padre. Quizá colaborando en la universidad. Viviendo en una coqueta casa del barrio de Buenavista, rodeada de...

—Es suficiente —cortó Damián.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo inconveniente?

—Tú sabrás.

—No te entiendo.

—¿Dónde quedo yo? Solo te importa tu trabajo, el recuerdo de tu padre. ¡La mierda de tu farmacia!

—¿Por qué me tratas de esa manera? ¿A qué viene tu reacción?

—¡Porque deberías haber dicho que envejeciendo a mi lado! Quizá te haya considerado demasiado perfecta, señorita.

—¿Así que has descubierto un defecto en mí? —preguntó, tratando de desdramatizar.

—Tienes muchos. Demasiados fallos.

—¿Hablamos en serio o estamos de broma?

—Siempre me expreso con seriedad, Alma.

—Entonces reconozco que me agota sentirme evaluada. La perfección no existe.

—¡Sí existe! Un hombre como yo podría enamorar a cualquier mujer, pero solo me entregaría a alguien que entienda mi afecto de igual modo.

—Todo molde contiene fisuras —respondió, usando un símil didáctico porque los argumentos emocionales le dolían—. Cuando vuelcas en el troquel la mezcla de glicerina caliente por más que las matrices sean iguales, el resultado conlleva sorpresas al enfriarse: cada supositorio es distinto a otro.

—Me aburre tu pragmatismo. ¿Un bocadillo de calamares?

Aquella conversación terminó fundida entre la espuma nocturna y la de la cerveza, pero su esencia ha determinado lo que pudo suceder el domingo que enfermó.

Si bien Alma responsabiliza sin duda a María Nieves de la aparición de la fotografía, es imposible que la anciana jugara con la notas —aun en el supuesto de que supiera escribir—, puesto que retratan una intimidad que no trascendía del endogámico círculo entre ella y Damián. También considera improbable que otras personas estuvieran al tanto de su relación hasta ese grado y menos que se colaran en la casa, localizaran su cuarto y diseminaran por él ese puñado de notas; por tanto la conclusión adquiere tanta solidez como inquietud concita en ella.

Necesita compartir con el médico sus temores, hablarle de su familia, de la muerte de su madre; desmenuzarle el episodio en que se vistió con su traje de novia sin recordar que lo estuviera haciendo. Explicarle que nadie, salvo Damián, conocía lo que supuran esas notas, de ahí que la única persona que ha podido redactarlas y esconderlas... es ella misma.

**TODO EFECTO INTELIGENTE TIENE UNA CAUSA INTELIGENTE**

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles 20 de febrero —responde Santa, la criada, detrás de un montón de sábanas usadas—. El doctor ya está aquí, ¿le digo que pase?

Alma escrudina los pantalones grises que no se había vuelto a poner desde el día en que enfermó. Apenas le llegan al tobillo. Ignora si han encogido por la lluvia o ella ha crecido, igual que un niño tras superar una fiebre en cama.

—¿Pensaba salir? —señala el médico, quitándose el gabán—. Hubiera sido una descortesía no esperarme. ¿Alguna novedad? ¿Una carta romántica? ¿Flores, bombones? ¿Damián haciendo *glup glup*?

—¡Oh, no se burla de mí!

—Señorita, es usted lo más divertido que me ha pasado en mucho tiempo. Déjeme reconocerla. ¿Ha visto qué mañana tan primaveral le está saludando? Si mi amigo el fonendoscopio no sugiere lo contrario, hoy le daré el alta. Y salga. Dese una vuelta, coja florecillas del campo, inhale aire puro para que se le ensanchen los pulmones. ¡Tiremos la última caja de Pulmo-Grey!

Ella se abotona la camisa mientras le sonrío lacónica. Le gustaría ir al mar. Pasear por alguno de los acantilados; comprobar el aspecto del Cantábrico cuando el sol se derrama sobre él, y no una tempestad.

—¡Hágalo! Protegida por toda la ropa de abrigo que guarda en ese armario. ¿Sigue creyendo que usted escribió las afectadas notas?

—¿Quién si no? El amor es cursi, doctor.

—El amor es cosa profunda, cursis son las personas que lo malinterpretan. Como ese galán suyo ofuscado en una relación mesiánica. Su pretendiente fue más falso que los relojes de empeño. Mi querida y admirada señorita, ¿no ha aprendido nada de nuestros ejercicios de hipnosis? Qué decepción.

—Me cuesta entender mis actos reflejos. ¿Por qué me pondría el traje de mi madre? ¿Por qué me hago trampas a mí misma?

—Mi negociado no es la psiquiatría, sino los pulmones, pero en mi modesto juicio su obsesión nos conduce a sus raíces familiares; no hallará respuestas en ese narcisista que tuvo la desgracia de conocer. Querida, a usted le carcome, le corroe como una marabunta, la idea de terminar como ella.

—Quizá debiera de consultar a un psiquiatra —aventura, tomando el abrigo del ropero.

—Con todo respeto a mis colegas, sería para ellos un conejillo de indias muy apetecible en quien implantar una terapia electro-convulsiva, pero qué daño causarían a su biología. ¡Déjese de pampulinas! A mi modo de ver, la hipnosis inducida por un profesional de contrastada solvencia, no un mero *amateur* como yo, le ayudaría más de lo que hemos avanzado durante las sesiones mantenidas en este cuarto, ciertamente poco idóneo para ella. Aún debe cumplimentar un duelo que se encuentra a medio hacer: usted ha perdido a sus padres sin tiempo de llorarles, normal que arrastre esa pena. No obstante, ordenemos su cuerpo y ya habrá tiempo y manera de cuidar su alma. Usted primero —dice, señalando el paso de la puerta.

\* \* \*

Durante su convalecencia, el doctor Costales ha tutelado una recuperación donde Alma se ha sincerado como ella nunca hubiera sospechado. Fueran las defensas bajas o su necesidad de consuelo alta, la realidad es que en sus visitas ha ido desgranando al médico la historia de amor con Damián y sus consecuencias, junto al deterioro de la relación materna. De él partió probar la hipnosis y de Alma consentirla, a pesar de lo reacia que se confiesa a cualquier práctica alejada de la ortodoxia científica. El caso es que se encuentra mucho mejor.

Juntos dejan atrás la casa y se dirigen hacia las cocheras. Está determinada a acercarse a la playa.

—¿Dónde está Mauro? —pregunta mientras repasa los coches que se alinean ante ellos.

—Salió temprano. No volverá hasta la hora de comer —responde un peón.

—¡Qué fastidio! —bufa el médico—. Tengo citas en mi consulta, de lo contrario la llevaría yo. Bueno, también puede deambular un rato por aquí.

Alma detecta la posición del Citroën y sus llaves en el mismo salpicadero, de forma que sonrío pícaro al galeno según se introduce dentro.

—Mmm... así que sabe conducir. Dígame, ¿qué hace una mujer moderna, joven y hermosa, en un lugar inhóspito de España a caballo entre la tierra y el mar? ¿Qué se le ha perdido aquí?

—Se lo he dicho: huyo.

—«¿Por qué tiene el hombre, instintivamente, horror a la nada? Porque la nada no existe»<sup>[1]</sup>. Se equivoca, usted no corre de espaldas al céfiro, sino de cara. No desertaba... llegaba. Ahora bien, debe averiguar para qué.

\* \* \*

Cuando el coche del médico rebasa el suyo, levanta un remolino alrededor mientras Alma le despide con la mano. Lleva el cristal bajado y un gorro de lana le cala hasta las cejas; le place sentir el viento en la cara.

El sol inyecta de color un paisaje que verdea como si el calendario hubiera pegado un apretón. Solo cuando el auto zigzaguea carretera arriba emerge a su izquierda el azul del Cantábrico, más sombrío e intenso que el del Mediterráneo. Sus dedos purgan el aire, se cuelan por la ventanilla y juegan entre los mechones de cabello que se escapan del gorro. A lo lejos aparecen las ruinas de la torre de Providencia. Si se sintiese con más fuerzas, trataría de adentrarse de nuevo en ella, de localizar a la anciana María Nieves; sin embargo, no se cree capaz de enfrentarse a una alimaña en su interior.

Poco antes de la curva en uve su mente rescata por instinto a su tío Fabián. ¿En qué pensaría él la madrugada de junio de 1912 en que falleció? ¿Su accidente fue azaroso? ¿Fruto de un descuido o huiría de algo? Sigfredo Costales acaba de asegurarle que su salida de Madrid no consistió en una fuga. Pero ¿qué es sino la necesidad de desaparecer de un escenario que nos perjudica?

Alma atisba una explanada al otro lado de la carretera, en paralelo a la cadena de acantilados, y estaciona en ella con la intención de husmear esa parte del terreno. Al fondo, el mar corroe las rocas mansamente.

Tras merodear sin rumbo se acerca al borde del precipicio, donde destacan unas ringleras de piedra que parecen cómodas para divisar desde ellas las vistas cuando el viento amaina. Acomodada sobre una presume que el lugar podría ser cualquiera de los que coloreaba su abuela, incluso aquel donde Ventura y ella sellaron su destino con un beso. ¿No hay algo enfermizo en cómo dos personas se llegan a profesar amor? Desde luego lo detecta en su abuelo cuando se achicó desde la muerte de su mujer hasta convertirse en un plumón a la deriva; y también en su madre tras perder a su padre, tanto que Alma apreció en ella algo patológico la primera Navidad sin él.

Recuerda con amargura la noche de fin de año de 1938 que transcurrió en la casa de la colonia. Solas. Puesto que no hubo nada que conmemorar apenas ingirieron un consomé y unas croquetas ligadas con los despojos del cocido. Ni siquiera vistieron la mesa del comedor para darle alguna relevancia a una celebración que no era tal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Alma entonces—. Siempre estaré aquí, a tu lado... Ahora tenemos que unirnos más que nunca.

Necesitaba estrechar un lazo que costaba tensar; pero su madre le sostuvo una mirada gélida que le desgarró incluso antes de responderle.

—¿Por qué él y no tú? Dime, ¿por qué murió él? ¿Por qué no fuiste tú esa mañana al almacén en lugar de hacerlo tu padre?

—No te entiendo —balbució Alma.

Si la entendía, claro que sí, pero lo que se deslizaba por sus palabras sonaba tan desolador que prefería volverse idiota y no comprender.

—Pues cuando quieres eres muy lista.

Esa noche su madre no pronunció una palabra más. Depositó el cubierto en la pila de la cocina y sin lavarlo se subió a su dormitorio.

A veces Alma sospecha que entre sus genes existe una tara que la condena a amar de una forma malsana. Quizá padezca alguna minusvalía emocional y nunca llegará a

sentir el afecto limpio del cual disfrutaban otras mujeres. De hecho, va siendo hora de asumirlo sin lamentarse y ello conlleva, a la larga, retornar a Madrid y apuntalar su vida. Estos minutos, inflando tanto sus pulmones como su ánimo, le están reconstituyendo mejor que un tónico. Resuelta, deja atrás las rocas y empieza a caminar en la línea de la cortada. Se ha levantado la brisa y el mar respuntea rizos de espuma. Unos metros más adelante se ensancha una pradera sembrada de arbustos dispersos, salvo una mancha más tupida donde crecen unos pinos rodeados de helechos. Bien vistos parece que desentonan, que alteran la perspectiva, como si hubiesen sido extirpados de otro lugar e insertados allí a la fuerza.

Alma emprende la pendiente orientando sus pasos hacia ellos. Según avanza, aprecia entibiarse la temperatura. En cuanto llega al pinar busca el modo de cruzarlo; pronto ve que acaba en el barranco, aunque este paisaje sea distinto al de antes: aquí unas titánicas rocas han delineado una «o» abierta, a través de cuya grieta una lengua de mar funda una piscina natural y en torno a ella, al fondo de la garganta, hay una playa de arena blanquísima y aguas color esmeralda. Justo a su izquierda descende hasta ella un camino forjado con piedras y traviesas que simula desaparecer bajo el agua, aunque quizá lo produzca el efecto de la marea. Se quita el gorro y despejando con él el suelo decide sentarse y contemplar el panorama.

Tras unos minutos obnubilada, empieza a jugar con la punta de su pie entre la hojarasca. Entonces percibe algo duro entre las hojas; estira la mano y al rebuscar se topa con un pedazo de madera. No es una simple estaca pues lleva algo pirograbado. Lee la palabra en silencio, pero resulta tan bella que la silabea en voz alta: «Deseos».

—¡Eso es: «Deseos»! Camino de los Deseos —puntualiza una voz masculina a su espalda—. Llevo días buscando el dichoso trozo del letrero.

Alma se estremece antes de ponerse en pie como un rayo.

—¿Quién es usted? ¿Qué busca? —inquire nerviosa.

Acaba de descubrir a un hombre bastante alto y de complexión atlética. No sabría calcular su edad, pues parece joven, pero la piel bronceada del rostro muestra unas pronunciadas arrugas en el entrecejo y en la frente, junto a algunas canas que entreveran su cabello a la altura de las patillas. Podría andar en torno a los cuarenta, o tener menos pero mal llevados. El resto de las facciones resultan recias. No sonríe, en cambio cuelga de sus comisuras un cigarrillo a medio consumir. Viste ropas de campo, botas de montaña y lleva una cuerda adherida al hombro.

—Tranquílcese. No quería asustarla —responde frío—. Soy inofensivo.

Él le tiende su mano y ella, antes de estrechársela, constata que es bonita, de dedos largos y uñas limpias. Presuponía que se trataba de un labriego, pero no.

—Me llamo Ismael Velarde y usted debe de ser la forastera de la que habla la gente —arranca él, guiñando los ojos por efecto del sol.

—¿La gente habla de mí? —inquire sorprendida.

—Ya sabe, los pueblos. Lo he oído en la tienda de la aldea. Dicen que ha llegado de Madrid la última de los Monteserín y cuchichean. Es normal que me interese por usted, al fin y al cabo algo une a nuestras familias, ¿no?

El hombre trata de cogerle el letrero, pero ella da un paso atrás y lo agarra más fuerte. Él levanta las palmas de las manos en señal de rendición.

—¡Eh, no se asuste!

—¿Qué ha querido decir? —insiste ella.

—Los laboratorios —afirma él, con la llaneza de quien supone que su interlocutor sabe de lo que habla—. Recuerde que mis padres se los compraron a los suyos.

\* \* \*

Alma se siente tan aturdida que le cuesta reaccionar, aparte de preguntar y preguntar lo que Ismael Velarde apenas logra aclararle. ¿Será cierto que sus padres poseyeron unos laboratorios teniendo en cuenta que ese fue siempre un sueño inalcanzable? De ser veraz, ¿su padre malgastó talento e ilusión vendiendo píldoras cuando pudo sacar su proyecto adelante? No entiende nada e Ismael empieza a abrumarse con sus interrogantes.

—Créame, era un niño, no... no puedo recordar. Pensé que usted lo sabía. Supongo que esos datos andarán por el archivo, aún no he tenido tiempo de organizarlo. Le gustará saber que mantienen el mismo nombre: Aromas de Malpaís. Es inaudito... quizá se lo explicaron siendo niña y lo olvidó.

No, está segura. Si su padre detallaba la época parisina en L'Constante con profusión, nada explica que borrara la huella de lo que habría cambiado su rumbo. Sostiene la certeza de no haber escuchado ninguna mención en veintiséis años.

—Si le ayudara visitarlos, puedo mostrárselos.

—Me haría un gran favor, de verdad.

—Delo por hecho.

De repente comprende que hay un motivo por el que aún no puede regresar a Madrid; hace un rato había resuelto volver en cuanto llegara Eunice, pero ahora precisa despejar esta incógnita.

—Aceleraré su visita. Tendrá noticias mías pronto.

Van camino del lugar donde ha dejado el coche y solo charla él, con frases alejadas de florituras como si capitaneara una transacción comercial.

—Soy ingeniero. Practico el alpinismo aquí porque el lugar es sorprendente. En un recodo de la playa se levanta una cabaña, pero hay que bajar cuando descende la marea. Hace días vi un letrero partido al comienzo de la ruta: «Camino de...». Usted ha desentrañado su nombre.

—Ha sido el azar. —Alma le entrega la madera—. Tenga, esto le pertenece.

—Se lo agradezco. Ese rincón... posee algo especial para mí.

Nada más meterse en el coche, Ismael Velarde se despide acercándose a la ventanilla.

—No se frustre, es natural querer recomponer el pasado. Sé de lo que hablo. ¡Aproveche lo que resta de jornada porque se avecina un nuevo temporal!

«Es natural», masculla Alma mientras descende la carretera de vuelta a La Constante; sin embargo, nada lo parece allí donde el hermetismo se erige en una máxima.

\* \* \*

Apenas desemboca en la casa se encuentra el coche que suele conducir Mauro obstaculizando el giro en la isleta y esto la irrita; preferiría que nadie se diera cuenta de que ha tomado prestado un automóvil. La entrada también presenta bastante revuelo; entre el grupo de personas descuella una figura gordezuela enfundada en un abrigo rosa pasado de moda. Alma reconoce sus formas enseguida.

—¡Tía Eunice! —grita, abandonando el auto allí mismo.

La mujer se gira y agita la mano, risueña.

—¡Querida Alma! Dios quiere por fin que nos conozcamos. Ven aquí, niña hermosa.

Eunice se le echa encima con una calidez inesperada. Siente el aprecio de sus brazos como si aliviara el desamparo que sufren los únicos miembros de una familia en extinción.

—Ven, tienes que saludar a tu primo Gabriel.

Alma y Eunice abandonan al servicio sacando bultos y maletas del coche, y orientan sus pasos hacia la casa justo en el momento en que por el umbral asoma no un niño, sino un engendro.

—¡Pobrecito! Ni siente, ni padece —espeta Eunice según saborea su café.

Las dos mujeres han almorzado junto a un quebrantado Gabriel que no ha abierto la boca casi ni para comer. Ahora seestean en la sala grande.

El despegue con que Eunice alude a ese ser humano cuyo físico estremece es hiriente. El niño ha cumplido diez años en un envoltorio de anciano; ronda el metro ochenta y la distancia entre la muñeca y el dedo corazón de sus manos apunta ya veinte centímetros. Tiene unas piernas esqueléticas, lianas en vez de brazos, el esternón hundido y unas desmandadas costillas que se clarean a través del jersey que lleva puesto. Su inquietante perfil les desafía junto a la chimenea, de la que no se mueve desde hace rato.

—O abre los ojos o la boca, no tiene término medio. Así que a veces le toca comer con los ojos cerrados. Solo es un fallo inofensivo, aunque su aspecto impresiona bastante. ¿Bizcocho, querida?

Al poco de saludarse, Eunice le ha subrayado su origen confirmando lo que le habían anticipado ya. Gabriel es el hijo huérfano de su sobrino Roberto, fallecido junto a su mujer de origen inglés tras la voladura del barco en que viajaban, a manos de un submarino alemán en aguas del Atlántico. Fue una temeridad embarcarse y una inutilidad buscar sus restos en mitad de la nada. Según le ha confesado la mujer, ella no alcanzó a disfrutar de una relación estrecha con su sobrino, pues pasó su infancia en internados pero le ha tocado ejercer de madre con su hijo.

—Tía abuela, eso es lo que me corresponde por edad. Las guerras no dejan muertos sino desamparados. Estaba solo en el mundo, igual que tú.

Nada más escucharlo le ha parecido que ese comentario nacía cargado de intención. A pesar de todo, Alma ha preferido no dejarse influir por él. También ha notado que en su exposición sortea toda referencia a su cuñada, lo que no deja de chirriar, pues era la abuela de Gabriel. En cambio es prolija en el escabroso anecdotario del niño.

—Mejor que no abra la boca ya que tiene los dientes descolocados. Es por la mandíbula, que está deformada. Los ojos se le quedan pitañosos y hay que limpiárselos con agua de manzanilla. Y desnudito resulta un poema, todo él lleno de huesos a cual más largo. Te voy a contar algo: al principio, cuando llegó hace dos años, Refugio le metió en la bañera y salió escandalizada diciendo que ella no le aseaba, que el niño tenía cola. Normal, le apunté yo. ¿Qué pretendes de un varón? Creo que la muy pava no había visto uno en cueros en su vida, más que para amortajarlo —Eunice hace un alto e ingiere otro pedazo de bizcocho—, y cuando están tiesos se les queda escurrida. Pero insistía histérica que Gabriel era el mismo demonio hecho carne. El caso es que después de unas cuantas tilas logramos que le quitara la ropa de nuevo. Y allí estaba la «cola», tal y como sostenía Refugio.

Alma la escucha recostada en el sofá, aprensiva de lo que Gabriel pudiera discurrir al escuchar estas intimidaciones sobre él. Interrumpe a Eunice para advertirle, pero ella le quita importancia y prosigue.

—¡El muy bendito ni se entera! Resumiendo: al parecer es otra de sus taras, porque le ha crecido mal el último hueso de la espina dorsal. No ganamos para disgustos, pero... es lo que Dios me ha mandado. Por lo menos hemos dado con un especialista atinado en París. Gabriel, cógete la cintura para que vea Alma lo que puedes hacer —ordena de pronto, mientras palmea.

El crío, igual que un juguete a pilas en acción, estira los brazos y rodea su espalda con la extremidad derecha hasta asomar medio antebrazo por el costado izquierdo revoloteando sus dedos de araña. Eunice se echa a reír y Alma siente ganas de llorar.

—¡Hala! Ve a tu cuarto que te han preparado el baño. Y tómate las medicinas. —Se le han empañado las gafas al carcajearse y las limpia con la servilleta de hilo—. Por lo menos nos hace pasar buenos ratos. No pongas esa cara de congoja, si le queremos mucho.

Su imagen cabizbaja, cargado de hombros, arrastrando sus pies, inspira a Alma tanta lástima que realiza un esfuerzo por no desmoronarse. Su siguiente pregunta, aunque trate de ser casual, no lo es.

—¿Usted nunca tuvo hijos, Eunice?

Ella mastica un bizcocho borracho de tristeza, y ya no habrá quien sortee la densa sombra que acaba de oscurecer la estancia.

—Una niña, pero murió. Dios no me quiso enviar más. En esta familia los hijos son un bien escaso. —Hace un alto para tomar un trago de café. Cuando continúa, su tono ha cambiado—. Ya me ha contado Refugio que te interesa el pasado.

Alma deduce que está al tanto de lo sucedido en el desván y se apresura en disculparse.

—No te avergüences por ser curiosa. Para eso estás aquí: para saber, ¿no es cierto?

Sí, es cierto, por ello soltará la duda que lleva horas corroyéndola y lo hará sin arbitrar en su garganta. Como un borbotón.

—¿Mis padres fueron dueños de unos laboratorios?

Acto seguido Eunice se lo ha confirmado sin resistencia.

—Tu padre estaba obsesionado con inventar medicinas que regeneraran los tejidos blandos, decepcionado porque la ciencia no había logrado mover las piernas de su suegro.

—¿Por qué los malvendieron?

—¿Quién te ha dicho eso?

Alma le explica sucintamente su encuentro con Ismael Velarde; quizá sea muy suspicaz, pero juraría que a ella le contraría lo que escucha.

—Tus abuelos, los padres de Carlos, alegaban sentirse desamparados sin él en Madrid. Un hijo único siempre tiene remordimientos si se le aleja de sus padres. Tú mejor que nadie deberías compartirlo.

Le acompaña la razón. Por más que desees volar, la responsabilidad hacia los progenitores pesa más. Pobre padre suyo, obligado a sacrificarse por el bienestar emocional de sus abuelos. Alma sujeta las lágrimas según fija la mirada en el fuego que se ha consumido hasta convertirse en un cúmulo de brasas incandescentes, mientras su tía empieza a desgranar el amor por su marido. Parece su tema favorito. Ilustra la bondad de Ninu, cuenta sus viajes peregrinando en pos del hijo que no llegaba... desmenuza su vida, hasta que percibe el relente porque ya ha anochecido. Entonces alega «Estoy cansada del viaje», y se levanta. Alma analiza su torpeza y Eunice, a pesar del tinte capilar y del maquillaje, es la viva imagen de una dulce ancianita sin más dobleces que los de sus faldas.

—Quédate cuanto desees, me daría pena perderte ahora que te he encontrado —le asegura.

Sin embargo, antes de desaparecer por el umbral de las puertas que acaba de descender, se pone rígida y suelta una advertencia con encono.

—De ahora en adelante, si desees adentrarte en algún cuarto, te agradecería que me lo comuniques. En esta casa no hay fantasmas. Solo recuerdos.

\* \* \*

Tal y como pronosticó ayer mismo Ismael Velarde, con quien coincidió en ese inesperado paraíso que se sitúa frente a los despojos de Providencia, la borrasca ha vuelto a arreciar. Lo prueba el repiqueteo de la lluvia sobre la vidriera, las ramas doblándose hasta donde se lo permite su elasticidad, el ulular de la ventisca colándose por las chimeneas... y el hombre que acaba de entrar en La Constante. Alma se da de bruces con él al bajar la escalera.

—¡Maldito viento! Mire cómo me ha dejado el paraguas. ¡Mecachis, hecho cisco! —se queja a una criada mientras le entrega el abrigo que le guarnecía—. Vea si puede recomponerlo. ¡Ah! Usted debe de ser la madrileña —apunta simpático—. Me presento; soy José Víctor Ramos, pero le aconsejo que me llame Víctor porque por José no respondo. Hay demasiados «José» en mi familia. ¡Y en España! Soy el preceptor de Gabriel.

Alma intercambia un protocolario saludo con el maestro, que la trata como si se conocieran de antiguo. No es mucho más alto que ella, delgado, de pelo castaño claro y unos ojos rasgados que sonríen mientras la examinan con curiosidad. Le resulta atractivo y cercano, aunque no es de extrañar dado el tiempo que lleva sin codearse con nadie más que Refugio y las criadas. Le ha robado un instante antes de empezar las clases; busca recabar información sobre el niño y juzga valioso su criterio. Por tanto la pareja se dirige a la sala grande donde imparten las lecciones en un aparte, tal y como le aclara él. Caldear la vivienda debe de resultar costosísimo, imagina Alma, y la

mayor parte de la vida en La Constante se realiza en ese lugar.

Durante toda la noche, sus neuronas no han dejado de revolotear en torno a Gabriel, a la problemática dolencia, a su modo de digerir la realidad. Alma conjetura que él razona. Durante la cena estuvo escrutando sus gestos, por encima de su poca expresividad, y cree que la minusvalía apenas afecta a su capacidad intelectual.

—No estoy seguro —discrepa el profesor—. En ocasiones es como si hablara con una pared. Me cuesta evaluarle estrictamente, pues, si bien las operaciones matemáticas las aborda con soltura, el resto de las disciplinas son insondables para él. Tiene mente lógica, cierto, pero eso no implica que su desarrollo sea el normal.

—¿Sabe si ha tenido otros maestros?

—Soy el único y llevo un año. Mire, trato de adoctrinar a un alumno cuyos fonemas consisten en sonidos guturales, incapaz de memorizar y que apenas escribe. Siento ser pesimista respecto a su evolución porque nada me agradaría más que alcanzar progresos.

Le gusta su franqueza. Alma había temido toparse con alguien que cumpliera el expediente sin muchas ambiciones y comprueba que no es así. Mientras prepara sus útiles de trabajo, ella se ha encargado de ir en busca del niño, a quien le sorprende hallar en el salón de baile. Está sentado al piano, ensimismado en sus teclas, con los escuálidos dedos sobre ellas sin presionar ninguna. Al entrar se ha puesto de pie deprisa y ha descalabrado la banqueta sin querer. El ruido ha rebotado en el espacio magnificando el hecho, por lo que él ha reaccionado ocultando la cabeza bajo sus brazos como si se preparara para una reprimenda; sin embargo, Alma le ha quitado importancia, invitándole a sentarse a su lado mientras ella arrancaba unos acordes. Gabriel ha rehusado, prefiriendo la cristalera; pero no se ha ido, lo que demuestra que le agrada la música. Cómo le satisface este hallazgo, porque en las partituras anida un lenguaje que podría manejar con él.

Al terminar él le da la espalda, oteando a través de los cuarterones abiertos.

—Ha llegado tu profesor y lleva esperándote hace rato. El tiempo es valioso y no debemos perderlo —indica.

Alma se esfuerza en dulcificar su tono que a veces puede resultar áspero de tanto bregar con la clientela de la botica. Reconoce que, superado el primer rechazo que provoca su aspecto, empieza a empatizar con Gabriel. Con ese ser que exhala un rastro de animal herido que ella distingue a la primera.

Le extraña su actitud, pues parece ignorarla mientras sigue petrificado ante el mirador. Hace frío en el salón y el vaho del aliento del niño empaña un cristal donde perfila dibujos con sus dedos.

—Gabriel, no te distraigas. ¿Quieres que te acompañe o vas tú solo? Ya eres un hombrecito, no necesitas que nadie te arrastre de la mano.

El niño recula y agacha la cabeza sobre su pecho, camino de la puerta.

—¿Cuando acabes me contarás qué tal te ha ido?

Ni siquiera la ha mirado al salir. Alma no puede evitar sentirse desairada; seguro que no actúa con mala intención, pero le lastima su desdén. Por ello, y aunque la temperatura no invite, pasará los siguientes minutos tocando el piano ya que le reanima. Hasta que nota los pies entumecidos a causa del frío. Entonces se aproxima a la ventana para fruncir los postigos. Fuera advierte que la tormenta ha tronchado bastantes ramas y ve a Albín embozado en un impermeable de los que gastan los pescadores, derrochando fuerza en la sujeción de un árbol. No lo soporta, no obstante saberse a cubierto le transmite una artificiosa sensación de victoria sobre el jardinero.

Sostiene la nariz tan cerca del cristal que lo ha empañado y por ello aparecen sobre él los trazos que había realizado Gabriel. Alma comprueba conmovida que no se trata de unos simples garabatos: sus grafismos son letras unidas con todo el sentido. Seis, repartidas en dos palabras.

Ella posee los necesarios conocimientos de ese idioma para entenderlas:

HELP ME [2]

\* \* \*

—El inglés es su idioma. —Alma acaba de asaltar al profesor en la escalera de piedra antes de que suba a su coche.

Ha esperado ansiosa a que terminara su clase para contarle su descubrimiento. Sigue lloviendo y no hay nada que la cubra.

—Disculpe, ¿podemos hablar de esto mañana, señorita Monteserín? Se me ha hecho tarde —ruega él con ganas de esfumarse.

—Gamboa, mi nombre es Alma Gamboa.

—Se está mojando.

—¿Me ha oído lo que le he dicho? Gabriel se expresa en inglés y todo el mundo le habla en castellano. Resulta un galimatías para él.

Fastidiado, Víctor Ramos asciende otra vez los peldaños a fin de ampararla bajo su recompuesto paraguas.

—Se está empapando. Ya había pensado en ello, ¿cree que soy tan inepto como para obviar la posibilidad de que no entendiera nuestro idioma?

—Es ridículo asegurar que ese sea su único problema, pero un chaval al que le arrancan a sus padres con ocho años, llevándolo a un país y una casa que no conoce, con independencia de su enfermedad, sufre un *shock* traumático. Cualquier psiquiatra se lo diría.

—¿Entiende de psiquiatría?

—¡No! Bueno sí, un poco. Soy farmacéutica. Entiendo de todo y de nada.

—Como los maestrillos de escuela, ¿no? —Víctor Ramos le clava sus pupilas mientras las suyas brillan cada vez más—. ¿Tiene usted los ojos verdes?

Están muy juntos bajo el paraguas, tanto como para que el aliento de uno acaricie al otro.

—¿Qué?

—La estoy mirando a los ojos y... No defino el color. Son bonitos.

—Perdón, creo que... debo... quiero marcharme.

—¿Le importa que retomemos mañana esta charla? O cualquier otra. A mí me gustaría —sugiere mientras, sonriente, regresa hacia el coche.

Alma entra en la casa contrariada. No entiende que se salte de un análisis serio a un coqueteo trivial, mas la vida se fragua en matices como este. Es un cuadro de pinceladas contrapuestas. Nadie podría vegetar eternamente en un drama ni en una comedia continuos. Por tanto, es de justicia que a cada crudo instante le suceda una bagatela igual a la que ella acaba de protagonizar. En esto consiste la Ley de la Compensación y pronto se dará cuenta de que no conviene frenarla.

—¡Querida! —Eunice le da el alto en el vestíbulo—. Veo que has conocido al profesor de Gabriel. Agradable, ¿verdad?

—Sí, muy agradable.

A unos pasos detrás de ella se sitúa Gabriel. Diría que parpadea y Alma lo asimila a un guiño de complicidad entre los dos. Por la escalera de servicio ve asomarse a Refugio llevando un papel en la mano.

—Mientras estaba con el piano la han llamado por teléfono. Aquí tiene el recado.

—¿Por qué no me ha avisado? —Su corazón da un vuelco, aunque aparente normalidad.

—Su abuela ordenaba que nadie la molestara cuando ella tocaba. Pensé que usted opinaría lo mismo.

Alma frunce el ceño mientras abre una nota por la cual no hay motivo para asustarse. Le sorprende que no contenga faltas de ortografía.

—Qué bien escribe, Refugio. A lo mejor podría ayudarme a preparar unos textos sobre música a Gabriel —sugiere con malicia porque sabe que la ha escrito Eunice.

En efecto, el sonrojo de las mejillas de la criada no obedece solo a su mala circulación. Tampoco el de Eunice.

La niebla se va densificando a medida que atraviesan La Constante hasta el punto de que sus colosales puertas se les vienen encima sin aviso. Si el conductor que le ha enviado Ismael Velarde —así lo anunciaba su nota— no hubiera maniobrado con pericia, se las habrían tragado.

Alma siente el desayuno girando dentro de su estómago durante el viaje a El Norte, fruto de la inquietud por descubrir el secreto familiar que guardan los laboratorios. «Iremos por el interior —ha advertido él—. La costa es muy peligrosa hoy». Aun así en ráfagas intermitentes el vehículo se adentra en dimensiones amenazadoras. Árboles y campos vestidos de bruma. Un cielo parduzco como paladar de lobo envolviéndolo todo.

—Tenga cuidado al salir, el suelo está resbaladizo —aconseja el chófer; es mucho más solícito que Mauro, concluye Alma.

No llueve, pero la neblina se convierte en un tul de agua flotante que cala poco a poco. Clavada sobre los adoquines eleva la vista hacia lo alto del edificio: son cuatro plantas de una construcción racionalista con ventanales rebanando su fachada. Enmarcan la entrada unas columnas de hierro en la línea de las fábricas de fines de siglo, señalando a su vez el acceso a la tienda de la planta baja. El nombre corona el conjunto: Aromas de Malpais.

—Disculpe, pero el clima no es competencia nuestra —aduce Ismael Velarde al salir a su encuentro.

Le agrada descubrirle trajeado; la prenda no parece encajar del todo con su personalidad, pero Alma la interpreta como una deferencia hacia ella, a pesar de su aspereza.

—Acompáñeme, por favor. Le mostraré esto.

El resto de la mañana el ingeniero se convertirá en un cicerone poco prolijo en aclaraciones, cierto, aunque serán suficientes. Según él, ambas familias pugnaron en su día por el edificio, erigido en una ubicación privilegiada, pero en primera instancia ganó la oferta de Ventura Monteserín, quien había decidido regalárselo a su hija menor. Más adelante, igual que un búmeran, la opción de hacerse con él volvió al matrimonio Velarde, sustancialmente rebajado esta vez.

—Entiendo que el motivo era el traslado de sus padres a Madrid —ha añadido reforzando el argumento de Eunice—. En este momento los laboratorios cuentan con un centenar de empleados.

Alma los observa trabajar entre condensadores, buretas, probetas, crisoles de porcelana con persistentes aromas, arropados por un ceremonioso silencio. Extraña tanto esta alquimia. Su estancia en La Constante, sin mayor afán, empieza a pesarle.

—Producimos géneros cuya distribución alcanza a media Europa. Cremas, perfumes, productos cosméticos. Si bien ahora me veo obligado a torear en los laboratorios —confiesa Ismael—, antes mi trabajo me llevaba a recorrer el continente con mis proyectos de ingeniería. La vida dispone por nosotros. Mis padres no residen aquí debido a su mala salud y yo me he hecho cargo. ¿Ha visto la tienda al entrar? Hay también un salón de belleza cuyos artilugios me resultan marcianos; fue una terquedad de mi madre, empeñada en que las mujeres de El Norte podían ser tan ambiciosas en su aspecto como las francesas. Quizá le interese visitarla.

—Nunca acudo a esa clase de establecimientos.

—Según recuerdo ahí estaba la farmacia de sus padres.

«La farmacia», repite Alma para sí. Es consciente de que acercarse al amago de proyecto paterno implica saltar en liana sobre su pasado y ello no deja de turbarle. El yugo familiar condiciona demasiado. Si bien Ismael Velarde parece nostálgico recordando su anterior trabajo, ella lo está por lo que nunca pudo ser porque la añoranza de lo no alcanzado es aún más árida que la desatada por lo perdido.

\* \* \*

La encargada del salón de belleza parece un maniquí de revista en carne y hueso. Su anfitrión le ha pedido que le muestre los avances en el mundo de la estética y Alma ha escuchado mil explicaciones peregrinas sobre unos aparatos que, en efecto, parecen de otro mundo: máquinas de dióxido de carbono para eliminar pecas y manchas en el cutis, máscaras que reducen la presión atmosférica en la cabeza, succionadores faciales, sillas cargadas de extraños rodillos con los que masajear las piernas a las clientas. La escucha pero solo trata de imaginarse dónde se situaría el mostrador o en qué lugar habría dispuesto su padre los aceites esenciales.

—¿Desea probar algo? —invita la señorita, lo que ella rechaza deseando huir de esa sala de tortura moderna.

Para concluir su visita el ingeniero la conduce a un despacho en el chaflán del inmueble, con paredes tapizadas en nogal y el suelo enmoquetado.

—Quiero que vea algo —le dice, indicándole un muro, en el cual se exhibe una colección de fotografías. Algunas de ellas son diplomas, distinciones profesionales, y el resto momentos immortalizados a lo largo de los años. Él señala una—. Siempre ha estado ahí, pero hasta que no la conocí no caí en la cuenta.

En la imagen se aprecia a dos parejas posando delante del acceso principal de los laboratorios, en los cuales se ve un cartel que difiere del situado en el presente, pero el resto del entorno se conserva más o menos igual. Alma no estaba prevenida para ese reencuentro con los suyos y se estremece.

—He confirmado que son sus padres porque mi madre tiene la costumbre de datar todo. Mire.

Ismael Velarde descuelga el marco a fin de mostrarle su reverso, donde está anotado lo siguiente: «Señores Gamboa (Lucía Monteserín). 26 de enero de 1920». Alma relee el texto, balanceando ligeramente la cabeza, a la vez que reflexiona en un pormenor: según eso, la foto se realizó un mes después de su nacimiento. Podría ser trivial, aunque estimaba que la venta habría tenido lugar antes de venir ella al mundo. No parece saludable un trayecto de Madrid a El Norte junto a un bebé. Qué sintiendo el de sus padres.

—Yo ya había nacido —declara—. Lo hice el 16 de diciembre. ¿Tiene el contrato a mano? Simple curiosidad.

—Lo cierto es que no; debería buscarlo y me tomaría tiempo.

—No tiene importancia. No se preocupe.

Ni siquiera sabe por qué lo ha pedido. Hay aspectos cotidianos de los padres que, en circunstancias normales, carecen de trascendencia, pero al no existir ellos adquieren otra relevancia. En este momento daría cualquier cosa por preguntarle a su madre cosas nimias, por saber de su boca si fue bien su embarazo, si resultaba cargante amamantarla a cada rato, cómo se adaptaba a un cuerpo amorfo cuyas secuelas tras el parto quedan patentes en la imagen. En su día no se le ocurrió interrogarle sobre estos detalles y ahora la añora hasta en lo más insustancial.

—Quédese con ella —sugiere Ismael Velarde—. Mis padres viven. Esa foto entraña un mayor significado para usted.

Su educación le conduciría a rechazarla, pero no quiere; desea tenerla en su poder y se lo agradece tendiéndole la mano. Aparenta una reacción austera, mas cuando una conmoción agita tanto, el silencio es la mejor respuesta.

\* \* \*

En el retorno a La Constante, Alma ha abrazado el marco contra su abrigo azul todo el rato. Las imágenes de sus padres han saltado de las anécdotas dulces a la pena de los últimos tiempos, y cómo olvidar aquella amargura que arrasó con el carácter de su madre tras la Navidad de 1938. Alma recuerda que solía utilizar los rumores de una inminente conclusión de la guerra para animarla, como si esto les fuera a devolver a los muertos, pero Lucía parecía una mujer por la mañana y otra por la tarde; de hecho, a un episodio de mal genio le sucedía otro lleno de euforia en el que era capaz de ponerse a reorganizar las estanterías de la botica.

Entre 1939 y 1940 empezaron a sucederse semanas y meses idénticos unos a otros, salvo por los cambios en Lucía, cuyas perversas consecuencias se intensificaron cada vez más. En ocasiones, Alma alcanzaba a apresar en ella alguna confianza si la hallaba tranquila, pero declaraba sentencias terribles.

—Hubiera soportado cualquier dolor antes que este —decía—, al fin y al cabo, he enterrado a mi familia entera. Sin embargo, a Dios le hubiera pedido que te arrancara a ti de mis brazos, que se llevara a mi hija antes que a él. Es cierto, no me mires con esa cara, no existe amor como el que puedes llegar a encontrar en un hombre. Aunque tú serás estúpida y no te enterarás, dado que te pudrirás entre pastillas, jarabes y tarros de cristal.

—¿Por qué me hablas así, madre? Yo también sufro.

—Tú estás aquí y él, no.

Confesiones de este cariz prendían en ella la semilla de la culpa, haciéndola responsable de la muerte de su padre. Si le hubiese retenido de algún modo, no habría atravesado la plaza y el obús habría fracturado otras vidas y no la suya. Eso creyó entonces y en ello medita ahora. Las decisiones que cambian el rumbo de las personas se comprimen en segundos. Momentos de duda en los que nos preguntamos si avanzar o pararnos, si tomar un tren o aguardar en el andén al siguiente.

Alma insiste en mirar la fotografía y siente que quienes rodean a su madre, incluyendo su propio padre, quedan difuminados en una nebulosa. Las dos conformaban una asfixiante unión en la cual penetraban muy pocos. Circunstancialmente los clientes o los vecinos que se compadecían de sus desdichas; algunos amigos, compañeros de farmacia de su padre, aunque cada vez menos, dado que las viudas se convierten en un peligro para las mujeres casadas, que terminan traduciendo el paternalismo de sus maridos en una amenaza.

Qué no hubiera dado Alma por un novio, pues aún no había conocido a Julio y menos a Damián. Habría aceptado cualquiera —patán o presuntuoso, qué más daba— con tal de que fingiera interés y dirimiera entre las dos. Alguien que elogiara la tortilla de patatas de su madre aunque quedara seca, ya que, bien por su nulo empeño o por su falta de espíritu en la cocina, sus platos eran pésimos. Cómo hubiera deseado dirigir su mirada hacia otro, en lugar de hacerlo a los dos témpanos de Lucía.

Durante aquellos años no se puede asegurar que se odiaran, pero tampoco afirmar que se amaran.

\* \* \*

Nada más entrar en la casa, Alma ha buscado al niño. «¿Cómo estás? ¿Qué has hecho? ¿Quieres oír algo de música?». Pero su respuesta ha sido de una opacidad que le ha descorazonado. Gabriel se ha convertido en un muro de hormigón donde rebotar preguntas.

La maldita Ley de las Ambiciones Infladas advierte que por cada esperanza disparada llega una desilusión, y Alma se ha dado de bruces con ella.

No obstante, durante la tarde ha rastreado en *El problema social de la infección* de Marañón cualquier dato que hubiera pasado por alto en su anterior lectura donde aludiera a la dolencia de Gabriel, en la idea de que el trabajo intelectual previene contra los devaneos sensibles. Por desgracia, ha vuelto a embarrancar en lo indescifrable de la enfermedad.

Tras una cena frugal ha resumido la jornada en su diario, donde también ha detallado sus impresiones sobre Ismael. «Mi capacidad de diagnóstico falla porque no sabría concretar si lo tuyo es una cortesía fingida o le nace congraciarse con los demás. Tampoco soy capaz de deducir su edad. A veces ronda la treintena y otras parece más viejo. Dolorido. Si no hubiera aclarado que sus padres viven, pensaría que acaban de fallecer. Habla poco y le cuesta aguantar la mirada. Pero se ha comprometido a buscar documentación y eso me interesa, de manera que debo ser práctica y dejar de someterle a un continuo análisis. Conclusión: todavía no puedo volver a Madrid».

Arropada entre sábanas busca algo que leer en su mesilla y comprueba que ya ha devorado todos los libros que había adquirido en La Puerta del Cielo y el único pendiente es el ejemplar de la extraña, ese que se cayó al suelo y adquirió entre los suyos por omisión. Se titula *La rosa amarilla*, de Arutnev Nireset, y apunta ser una novela romántica. Su portada no invita a abrirla, demasiado críptica y oscura: una rosa sobrepuesta a lo largo de una espalda femenina. Se dirige a la contraportada y su texto esclarece poco: «Una hechicera mujer. Un hombre fascinante. Una envolvente magia que condena a los amantes a quererse más allá de la muerte».

Reconoce que no tiene cuerpo para amores apasionados aunque menos aún sueño. Así que se dispone a empezar su lectura.

Debiste elegirme a mí. Cuando la orquesta arrancó sus compases y todos empezamos a rodar en aquel salón, debiste elegirme a mí.

Debiste elegirme amor, ya que mis ojos no dejaban de acariciar tus bucles y flotaban los rizos de tu cabello en cada uno de mis suspiros.

Debiste elegirme a mí, porque no hay nadie que anhele tu bruñida piel como yo.

El mar de tus ojos debió elegirme a mí. Las cascadas de tu risa debieron hacerlo.

Debiste elegirme en el momento en que tu padre te soltó de su brazo como diciendo «dejas de ser mía para ser de otro». Entonces las peonzas de tus pies dieron vueltas al vestido amarillo y las flores prendidas en tu pelo se escaparon y sobrevolaron a los invitados en un baile paralelo, dibujando haces dorados sobre sus cabezas.

Debiste elegir mi guante blanco. Lo había guardado en el bolsillo trasero del chaqué, pues imaginaba que tarde o temprano tú lo cogerías y me horrorizaba que cualquier otra mujer pudiera tocarlo antes que tú.

Debiste elegir mi copa de ponche; era más dulce que las demás, más fresca que las otras, más embriagadora que cualquier licor.

Mi pájaro nocturno, espuma de mar, debiste elegirme a mí. ¿Dónde estabas cuando negaba mis compases a esas estúpidas jovencitas que creen saber del amor lo que tú te guardas como un tesoro?

Buscaba tu cuerpo florido de gozos. Rastreaba el olor de tus senos. La ofensa que guardas entre las piernas. Debiste elegirme a mí, en cambio sonreíste a aquel oficial vestido con galones y le tendiste la mano para rodar después entre sus brazos.

«Tenía más prestancia —me confesarías una noche arrebatada de mi amor—, era más alto y más maduro que tú. Me prometió una casa, la luna y un hijo, y le dije que sí». Y yo lloré, hasta que se secaron mis ojos.

Debiste elegirme a mí, pero le elegiste a él.

Ha tenido que parar. Alma siente que se ahoga y no aprehende lo que lee. Quizá sea el almíbar del lenguaje o el enrarecido amor que describe, cuya obsesión le recuerda al suyo. Por curiosidad echa un vistazo a la edición: *Éditorial Saint Villiers*, París, 1912. Hubiera jurado que el autor era un ruso coetáneo a Vasili Rózanov o Máximo Gorki, sin embargo entiende que sea francés por lo artificioso de sus expresiones.

Tras este prólogo continúa una larga carta biográfica a la enamorada. Fuera empieza a bramar un viento intempestivo. Dentro de la alcoba, ella suda y perpetúa su insomnio, por tanto prosigue.

Dos llantos se solapaban aquel febrero de 1864 en La Bonita, la hacienda de tus abuelos, a cual más desgarrador. El tuyo, hambrienta, extrañando el calor materno, y el de tu padre. Era un hombre roto tras arrancarle el destino el más importante de sus miembros. Viudo. Agonizante.

A él, cuyas raíces había dejado atrás, cuyos padres lloraban en su Carolina del Sur el mal agüero de su vástago, a él que había apreciado la tierra de su mujer como la suya, donde había empeñado su fortuna para contribuir a su prosperidad, un mal parto le había arrebatado a su esposa. Podría haberte odiado por ello —yo lo hubiera hecho; yo te habría arrancado las entrañas para cambiarlas por las tuyas, te habría quitado el corazón a dentelladas y se lo hubiera implantado a mi amor—, pero él, lejos de hacerte responsable, solo pudo adorarte. Te arropó entre lienzos y te condujo a La Bonita, donde tus abuelos lloraban a su hija. Tu padre y tu madre apenas llevaban un año y medio casados.

«¿Volverás a tu país? No te lleves el último aliento de nuestra hija contigo», imploraban ellos, y él no pudo herirles más. «Ella es tan vuestra como mía —les confortó—. Ayudadme a sacarla adelante, ya que no hay voz que la consuele. Ni caricia que la temple».

Antes de esta conversación, habíais hecho el camino envueltos en quejas infantiles; tu padre oteaba el horizonte a través de la ventanilla de la calesa preguntándose cuál iba a ser su vida a partir de ahora. Trataba de recrear su potrero Guachinango, ubicado en el valle de los Ingenios, de escuchar el tren que traqueteaba metódico por su latifundio cañero en un anuncio de prosperidad nunca visto. Se obligaba a pensar en las nuevas leyes de comercio que abrirían las puertas de la industria azucarera a las inversiones y el capital, en esos asuntos ramplones que tu madre y él devanaban edificando en el aire el imperio llamado a ser el más importante del Caribe. Pero ni los presagios de riqueza ni los éxitos de su compañía soslayaban una pizca de su dolor. No lo hacían ni tus carantoñas.

¿Por qué se habría obeccado en comprar aquella casa en Trinidad? ¿Qué se les había perdido en esa provinciana ciudad cuyo médico resultó el más patán de toda la isla? ¿Por qué arrancó a sus suegros la bendición de contar con su tesoro cerca? De él había partido la idea de adquirir la casa junto al mar y él debía de penar por ello.

—¿Qué será nuestro bebé? —inquiría tu madre una y mil veces en vida.

—Quizá un niño. —Tu padre hubiera preferido un primogénito varón como todos los hombres.

—Pues alumbraré una niña con tus ojos. Ahora lo sé y no preguntes cómo.

—Tendrá esa piel dorada, que en los Estados Unidos no se encuentra, y tus sedosos cabellos castaños. Y la sabiduría de tus estirpes de la vieja España.

—No, se mezclará con tu pelo rubio y su melena será de mil colores.

Te alumbraron feliz y bella, mas pronto serías huérfana. Quizá por eso no dejabas de llorar día y noche desde que tu padre regresó con tus abuelos a La Bonita.

—¿No será que la niña no soporta la leche de ama de cría? —reflexionó un día tu abuela, viendo que de agua no podrías seguir viviendo.

Cambiaron a otra, y a otra. Y a otra. No hubo mujer en los alrededores de la hacienda, en el valle o en Trinidad, cuyos inflamados pechos no trataran de amamantarte, pero tú escupías su jugo añorando el de aquella que nunca pudo alimentarte.

Hasta que un día entró esa negra en la cocina. Tras una noche entera de vómitos y berreos, desesperada toda La Bonita porque era imposible que ganaras un solo gramo, la chica se sacó un seno rebosante de leche y encajó en su pezón tu boquita de miel. Milagrosamente no paraste hasta dejarla seca. El resto de las criadas que holgazaneaban a su alrededor se llevaron las manos a la cabeza, escandalizadas, pues una negra no podía amamantar a una blanca. Nunca había sucedido en La Bonita. Tu improvisada ama les pidió silencio. «Por Obatalá-Orun os lo ruego. Que descendan los siete rayos de Shangó sobre vosotras y no halléis consuelo en ningún rincón de vuestras chozas si decis algo. *Babá erú ayé*».

Desde ese día dejaste de vomitar. Se despidieron las diarreas y el color empezó a teñir de salud tu pielecita transparente a medida que la negra te iba amamantando en la clandestinidad. Compartía su leche con el hijo que le había engendrado a la fuerza un peón de la hacienda a sus trece años; pero ella nunca lo lloró. Podría haber sido peor. Sus amos, tus abuelos, podrían haberla repudiado echándola sin tener a dónde ir; sin embargo, no lo hicieron y consintieron que siguiera viviendo en La Bonita. Limpiando suelos y letrinas por un techo y un plato de comida. Cómo no se lo iba a agradecer ella evitando que aquella bendición, que eras tú, se fuera al limbo con su madre.

Una tarde de junio, tu abuela cruzó las dependencias de la cocina de improviso y pilló a la negra contigo en sus brazos. Succionabas su pecho con fruición y ella cerraba los ojos de placer. Al abrirlos, tu abuela estaba frente a ella. Digna. Sabía. Entendió, al ver vuestra unión, quién era la responsable de tu recuperada salud. Entonces la negra se quiso morir esperando el peor castigo.

—El agua de melón se ha acabado —pronunció tu abuela—. Cuando acabes lo que estás haciendo, trae un poco más de la fresquera.



Y se marchó por donde había venido. El nudo entre la nodriza y tú nadie podría quebrarlo a partir de ahí. Ni siquiera lo he logrado yo.

Cierra las tapas de golpe. ¿Qué entraña este libro para perturbarle del modo en que lo hace? La asfixia, la atrapa.

Tras respirar hondamente vuelve a abrirlo deslizando el pulgar por el corte de sus páginas, hasta descubrir que el pliego central incluye un compendio de ilustraciones. Se para un instante en ellas: palmeras, playas, vegetación desconocida, imágenes de edificios coloniales. Entre ese viaje a un rincón del Caribe, de repente surge una mujer.

Alma sofoca un chillido. No concibe lo que está viendo: la fotografía del cabello en cascada y la espalda desnuda es igual a la del marco que guarda dentro de su maleta. La rosa amarilla. ¿Cécile, la esposa de su tío Ventura?

—No tienes buen aspecto, querida —evidencia Eunice en el desayuno—. ¿Has descansado mal? El vendaval, ¿verdad?

—Sí, debe de ser eso.

Lo cierto es que ha leído toda la madrugada hasta que terminó forzándose a dominar su voracidad hacia un libro, por cuyas páginas proliferan tantos matices que lo empezaría de nuevo. Hoy se concentrará para concluirlo.

—Nunca te acostumbras a este clima. No me extraña que la gente que viene de fuera no aguante mucho tiempo por aquí.

—Más si proceden de zonas cálidas —insinúa Alma.

—¡Claro! —Eunice va por la quinta tostada rebosante de mantequilla—. ¿Me pasas la fuente de los bollos? Refugio borda los de crema.

—Imagino lo que sufriría la esposa de mi tío Ventura, la abuela de mi primo Gabriel —dice, lanzándole un vistazo. El niño trata de meterse en la boca un pedazo de panecillo con dificultad; Alma embrida sus ganas de levantarse y ayudarle. Es mejor dejarle hacer—. Era cubana.

Eunice la fusila por encima de sus gafas, pero después se recompone.

—Qué calor debe de hacer por allí —apunta con la boca llena.

—Se llamaba Cécile, ¿verdad?

—Sí, al parecer su padre era de los Estados Unidos de América, por eso al padre de este renacuajo lo tuvieron en internados ingleses toda su vida.

—Curiosa historia. Hoy creo que descansaré, tía Eunice. Aprovecharé para escribir alguna carta en mi cuarto si a usted no le incomoda.

—Querida, qué gusto escuchar la palabra «tía» de tus labios.

No resulta fácil mantenerse imperturbable. Si fuese por ella la abrumaría a preguntas, aunque teme que no lograría su objetivo; de modo que prefiere dejar morir la conversación y recuperarla en otro momento.

Eunice ha aludido a un padre americano, como el de la protagonista; cada vez conjuga menos dudas: *La rosa amarilla* describe a Cécile. Otra cosa será dilucidar la fábula y la realidad que conviven en la novela.

\* \* \*

Dulce y sabrosa, como la pulpa del tamarindo. Arrolladora. Así creciste.

Los tuyos te protegieron a fin de que la poliédrica sociedad de una colonia en estado de ebullición no te afectara. ¿O por qué crees que no acudiste al colegio? Para que vivieras el libre albedrío como merecía la rosa que eres.

Aprendiste a ver y a escuchar. A sonreír como si no entendieras nada. A negociar pegada a las perneras de tu padre. A manipular para conseguir tus deseos. A someter a la indómita naturaleza y así conjugarte con ella, porque de ahí emana parte de tu fuerza: de la vegetación del valle de los Ingenios, del mar de Trinidad, de los riachuelos y la selva del centro de tu isla. Cimentaste tu poder sobre lo masculino ventilando tu poderosa intuición y te convertiste en el centro de todo.

Cómo exaltabas la vida en tu paradisíaca Providencia. Qué bella isla te obsequió tu padre; de no haber existido él, yo la hubiera buscado para ti arrancándosela de las manos a cualquiera. Y a fe que por tu amor habría surcado el mar de los Sargazos, combatiendo a muerte por merecer la gloria que encubren tus faldas. Sí, claro que hubiese sido uno de esos piratas aguerridos, pañuelo al viento y parche en el corazón, que la poblaron siglos atrás. E igual que hizo el capitán Morgan, habría escondido entre sus grutas mi tesoro. Entonces tú vendrías en su busca, desnuda como te sueño tantas veces, de puntillas sobre el agua cristalina, palpando mi erario con tus dedos y enloqueciendo el resto de mi cuerpo al sentirlos.

Quince años cumpliste cuando tu padre puso a tus pies el rincón más bello del Caribe como regalo de cumpleaños. Un mar que dolía al mirarlo.

Corría por Trinidad el chisme de que el vuestro era un amor malsano, de que tu mezcla de dulzura y descaro hechizaba a los hombres de cualquier edad. Comentaban que tu altiva actitud contaba con protección divina, puesto que los *babalawos* habían invocado al profeta Orunmila en tu favor. Que la Regla de Osha-Ifá cubría tu nombre con un manto protector, bajo cuyo influjo nada te sería contrario. Que los oráculos de *ifá*, *dilogún* y *biagué* abrían tus caminos amparados por los Orishas.

Envidia. Habladurías sucias como agua de alcantarilla.

(...)

... debes saber que he sentido celos de todo roce que tu piel ha disfrutado. Celos de las institutrices que te aleccionaron; de los amigos de tu padre, en cuyas inescrutables reuniones te colabas y ellos te izaban de las coletas según te sacaban en volandas de debajo de la mesa y te abrazaban. De los hijos de los peones que se bañaban contigo en la acequia; de los médicos que te sanaban, ahuyentando de ti el sarampión o los resfriados.

¿Quiénes han tutelado tus gustos refinados, di? Porque también los odio, ya que hubiera querido descubrirte el lujo en cada uno de mis viajes. ¿Y quiénes te enseñaron el turbio camino de las pasiones simples y arrebatadas? ¿Fueron los criados? ¿Acaso les has visto amar sin ese velo en los ojos de otros niños? ¿Quién te instruyó a reconocer el gusto del brandy o a inhalar el aroma del habano? ¿Por qué no fui yo?

(...)

Mi amor, mi reina. Mi diosa envenenada de sol y mar.

No existe otra mujer con tus brazos. Ni con tu arrogante talle. Las caribeñas poseen las extremidades acortadas, crecen a lo ancho y no a lo alto. Tú en cambio eres una garza cuando te balanceas y al menor chasquido de tus dedos atraes, magnética, la voluntad que se te antoja. Qué no haría yo por ti, como antes lo hicieron otros hombres. Sumas tantos que, a veces, me haces sentir diminuto porque no te descubro nada y otras, un ser excepcional, por haberme elegido entre los demás.

¿Dónde está la niña que rastreo anhelante bajo tus faldas? Te quiero virgen y no experta. Te quiero nueva. Sangrante entre mi pubis y el tuyo, pues no sabes el martirio cuando pienso en quienes te tuvieron antes.

Años de mi vida, trozos de mi cuerpo, la mitad de lo que pienso y hablo daría por ser el primero y el último. Pero mi cabeza, metida en un bucle, da vueltas en una infernal pista de baile donde debiste elegirme a mí.

No lo hiciste. Sonreíste al militar con su uniforme de gala y le dijiste lo que yo hubiera matado por oír:

—¿Ha venido usted a casarse conmigo? Ha tardado, ¿eh? Sepa que ya estoy preparada.

\* \* \*

Alma ha consumido los últimos días de febrero en un suspiro. En ellos ha releído el libro y ha colmado de anotaciones su diario, cotejando a cada tanto las dos imágenes y sus diferencias —la de la novela y el retrato que un día halló sobre su cama y ahora guarda en la maleta—; por supuesto reproducen a la misma mujer y a su entender fueron realizadas en idéntica sesión: en la fotografía enmarcada ella luce un suntuoso traje y desnuda sus hombros con cierto aire de improvisación, el pelo retirado hacia la derecha y un gesto timorato; en cuanto a la publicada, la prenda resbala hasta la cintura y el cabello camufla su espalda desnuda. Aquí se ofrece sensual.

Tras darle muchas vueltas, decidió descomponer el marco y así leyó dónde estaba fechada: La Habana, 1899.

Durante un lance de inspiración Alma ha recordado el *collage* de la boda de su padres colgado en la biblioteca. Equipada de una lupa ha analizado a la mujer de larguísima coleta y abrigo brillante cuya imagen le cautivó la primera vez que la descubrió, para concluir que son la misma persona.

Su deducción ha alcanzado varias certezas difíciles de rebatir, que ha transcrito en su cuaderno:

- La protagonista es la mujer de su tío Ventura: Cécile.
- Quien lo ha escrito intima con ella desde niña; por tanto se trata de un conocido o familiar suyo, preferentemente cubano.
- El padre de Cécile adquirió unos territorios —si no la totalidad— de una isla caribeña cuyo nombre sería Providencia, con el ánimo de regalárselos a su hija. Motivo por el cual ella nombró así la mansión en España.
- Parece congruente deducir que, como chismorreó Refugio, su relación con la servidumbre mantenía un grado de lealtad por el que la siguieron en su traslado. Conjeturar que María Nieves fuese su ama de cría entraña un riesgo, pero ¿por qué no pensar que la novela pudiera referirse a ella?

El porqué le fascina tanto esa mujer es algo que aún no ha despejado. La curiosidad discurre a veces por atajos y otras se distrae en meandros interminables.

\* \* \*

Asimismo, durante estas fechas Alma ha focalizado parte de su atención en Gabriel, sin lograr pista alguna sobre lo que le amedrenta. Por más que ha tratado de sondearle acerca de su petición de auxilio en el cristal cubierto de vaho no obtiene nada. También ha detectado estados de ánimo irregulares en el niño y eso la inquieta, por lo que se ha obsesionado con conocer la composición de las medicinas que ingiere.

Sí, es cierto que la música ha precipitado un vínculo entre los dos. A diario, apenas termina sus clases, Alma charla un rato con el profesor —en ocasiones frustrado por no compartir más tiempo con ella— y se lleva a Gabriel a la sala de baile. La alegría nace de la punta de sus dedos mientras interpreta la obertura de *Guillermo Tell*, de Rossini, o el vals de *La bella durmiente*, de Tchaikovsky; Gabriel escucha las composiciones —al principio de pie, ceremoniosamente, y las últimas veces sentado a su vera—, entornando los ojos y cabeceando al compás.

—La música nos permite hablar cuando se nos atragantan las palabras. Es un idioma universal. Si quisieras contarme algo, las teclas te servirían de cuerdas vocales.

Acto seguido desmenuza las notas musicales, adjudicando a cada una los matices de cada emoción. Gabriel aparenta discernir a medias, pero hoy ha hecho algo que la ha sobrecogido. Concluida su exposición, el niño se ha marchado hacia la ventana. Se ha quedado un rato mirando a través del cristal, hasta que Alma ha percibido un ligero estremecimiento cuando fruncía los hombros. Después ha regresado junto al piano, bajando de golpe la tapa del teclado. Le ha lanzado una mirada impávida y se ha esfumado.

En el ánimo de descifrar el porqué de su reacción ella ha calcado sus actos, repitiéndolos. Primero se ha dirigido al ventanal. No ha advertido nada fuera de lo normal: al otro lado ha vislumbrado los efectos de las lluvias tras arriar el jardín, pero también la pugna de la primavera por dar la cara. Indicios que se traducen en una mayor faena para los peones, entre los que sobresale la silueta de Albín. Ellos trabajan a la intemperie y Alma vuelve al piano, por el mismo trecho que ha realizado el niño.

Al final solo aprecia dos sentimientos capaces de desenlazar esa ira: que no le hubiera agradado la música o que lo que le atemoriza viniera del exterior y algo acabara de recordárselo.

\* \* \*

El primer día de marzo La Constante ha amanecido bajo el prisma del sol y parece otra residencia. Animadas por el buen clima, las criadas airean las fundas de los muebles con las ventanas de par en par, una excusa que Alma ha utilizado para husmear en la cocina. Sabe que ahí, en algún lugar, se guardan los medicamentos de Gabriel.

Tras abrir varias puertas y cajones, encuentra tres botes de cristal ambarino con el nombre del niño en cada una y en lápices de colores las indicaciones de «desayuno», «comida» y «cena». Ni rastro de sus componentes, por lo que en un arranque saca su pañuelo, lo rasga y hace tres hatillos donde contener unas píldoras. En el momento en que anotaba la última de las letras ha escuchado a Refugio a su espalda.

—La llaman por teléfono.

—¿A mí? —responde ella, escondiendo los paquetes en el puño.

—Sí, a usted. A ver, lleva tanto tiempo aquí. ¿No piensa regresar a su casa nunca? ¿Y se puede saber qué hacía en la cocina?

—Prepararme una manzanilla amarga. Padezco mal cuerpo.

—¿No estará preñada?

—Es una grosera, y si lo estuviera no sería cosa suya.

—A mí no me incumbe, tiene razón. Pero menuda vergüenza la suya. ¿Va a coger el teléfono o qué?

Alma esconde las manos en el bolsillo del pantalón y guarda las pastillas. Después se dirige, a toda prisa a atender la llamada.

—Mi apreciada señorita —articula una voz masculina—. Debe de estar muy bien para haberse olvidado de mí.

—Usted es un hombre inolvidable, doctor Costales.

—Me gustaría practicarle una analítica y realizarle una placa de tórax para confirmar que no queda ningún rastro de infección. ¿Qué le parece el lunes en mi consulta?

La propuesta del neumólogo resulta providencial. Acuerda la cita y cuelga. Apenas empieza a subir la escalera, vuelve a sonar. «Vaya, se habrá olvidado de algo», se dice, y retorna a coger el teléfono.

—Sí, doctor. ¿Doctor... está ahí? ¡Hola! —Alma presiona el interruptor e insiste—. ¿Dígame? Hola, dígame.

—Dime tú, ¿cómo puedes vivir sin mí? —susurran desde el otro lado.

El auricular se le escurre de las manos y ella se desliza hasta dar sus huesos contra el suelo.

—¿Qué ha sucedido? —inquieta Víctor Ramos, que llega corriendo—. He oído el golpe. ¿Se encuentra bien?

—Bajaba porque llamaban y he pegado un trapiés con las prisas —miente sin quitar los ojos del aparato que se balancea en el aire.

Víctor lo cuelga y le ayuda a levantarse, conduciéndola hacia un sofá de la sala grande.

—Tanto preocuparse por el niño y usted anda desatendida. ¿Quién vela por usted, Alma?

—¿Acaso insinúa que yo misma no lo hago bien?

La sonrisa del profesor dibuja unas seductoras arrugas bajo sus ojos. Le mira como si quisiera rescatarla de algún riesgo. Es agradable sentirle cerca, pero no puede dejar de temblar.

—Debería dejarse cuidar. Está helada.

—Permiso —anuncia Refugio con la bandeja entre las manos y una malévola sonrisa de labios prensados—. Le traigo la manzanilla amarga —recalca.

—Preferiría tomármela en mi cuarto. —Ahora sí que siente náuseas.

Mientras ambos la escrutan como a un bicho raro, ella no cesa de repetirse que debe de haber una explicación porque es imposible que él telefonee. Él no. Nunca.

Damián está muerto.

La cabeza del doctor Costales se balancea mientras contempla su interior al trasluz de la ventana. Parece valorar su radiografía muy complacido.

—¡Oh, qué pulmones tan bonitos tiene! Están definitivamente curados. Veamos qué hacemos con el órgano que ocupa su cráneo, aunque deba recalcarle que mi doctorado compete a otra materia blanda que no es el cerebro.

A pesar de sus extravagancias, Alma confía en este médico, convertido en su único anclaje fuera de La Constante, tanto como para desahogarse con él y narrarle el episodio del teléfono nada más colarse en su consulta.

—Opino que su psique ha fabricado un andamiaje de ideas inventadas tomándolas como ciertas, aunque lo justo es que hubieran sido inducidas por el terapeuta. Lo primero pasa por aceptar que se trata de un embaucador de su mente, ¿lo asume, mi admirada señorita?

Alma afirma mediante un sonido gutural. El día empieza a nublarse y ella a sentirse destemplada.

—Si bien la sugestión brota en el proceso de la hipnosis, a veces se despierta fuera de este sin ser una secuela de él. En cuyo caso llega a provocar profundos cambios en sus experiencias perceptivas.

—¿Su perorata quiere decir que estoy enferma?

—No lo creo, con honestidad. Querida niña, la calle rebosa locos peores que los que se sientan en las consultas, pero usted no es uno de ellos. Para su tranquilidad le apuntaré que el doctor Clark Hull, nuestro padre científico, capaz de estimular la hipnosis sosteniendo una sola mirada, asegura que la sugestión puede ser más poderosa que el pensamiento. ¿No le llama la atención que nadie en la casa mencionara el segundo timbre del teléfono? ¿Ni reaccionaran ante él? No sonó, solo lo hizo aquí —afirma, rebotándole los nudillos sobre su sombrero—. Pero bien que escucharon el batacazo.

—Como que armé un ruido de mil demonios.

—¡Ah! ¿Acaso el teléfono no lo hace? De hecho usted les sugestionó para que, al encontrarse el auricular descolgado, creyeran que había vibrado. Y si les preguntara ahora, responderían que sí lo oyeron.

—Entonces dando por hecho que he escrito las notas, incluso con una letra distinta a la mía, y que he imaginado la llamada... ¿Significa que caigo en una especie de trance?

—¡Alma de Dios, no es santa Teresa de Jesús, salvo que se tenga por iluminada! Que posea una mente capaz de gobernarla no implica que le salgan estigmas y empiece a levitar. —El doctor inhala el humo de un puro y lo expulsa en pausadas volutas—. Si bien podría ser un episodio de profecía autocumplida.

—Cada vez le entiendo menos y me angustio más —suspira Alma.

—¿Cómo me explico? Todos tememos la irrupción en nuestras vidas de determinadas situaciones, por lo que hacemos lo posible para que no se cumplan y evitar el agorero vaticinio. No obstante, en algunos casos solo se rehúye en apariencia ya que el poder cerebral de la persona resulta hercúleo y actúa propiciándolas de modo inconsciente. Suponga que su miedo se lo infunden las escaleras: aunque su consciente las pise con seguridad, su subconsciente le abocará a rodar por ellas.

A pesar de la ironía del doctor, la sombra de la enfermedad materna se cuelga por la puerta y abraza sus huesos en un frío de siglos.

—Y bien, ¿qué solución tengo?

—Estudiaré nuestra biblia, *Hipnosis y sugestión*, cuyo texto traduje del inglés hace unos años, y si me da un voto de confianza consultaré su caso. Mi impresión es que debe avanzar en la hipnosis, pero mi formación ya no le sirve, bella y turbada señorita. Estoy pensando en una eminencia con quien usted progresaría mucho. Déjeme contactar con mi colega.

Sigfredo Costales acompaña a Alma a la entrada de la clínica, sita en un edificio pintoresco del centro de El Norte.

—¿Ha averiguado ya qué le ha traído a este lugar? —espeta él—. Quizá cuando lo aclare se amainen los síntomas de su sugestión.

—Intuyo que... debo rescatar a una mujer de su pasado y a un niño de las garras de su presente. —Ella misma se sorprende de su respuesta.

—Me subyuga la intriga, cuente conmigo en ambos supuestos.

\* \* \*

—Mauro, ¿podría acercarme a la plaza Mayor por favor?

Alma se ha introducido en el coche tras abandonar la consulta y abraza el envoltorio donde ha guardado *La rosa amarilla*.

—¿Ya está curada? —pregunta el conductor.

—Supongo que sí. —Se muerde el labio inferior antes de sondearle—. ¿Acaso le importa? Usted quiere que me vaya, como todos.

—No nos gustan los extraños.

Por esa regla de tres, sentirse una forastera en su propia existencia debería implicar un continuo disgusto hacia sí misma, piensa según surca el umbral de La Puerta del Cielo.

—Quería información sobre este libro. Lo adquirí aquí hace algo más de un mes.

La dependienta lo rescata del mostrador, estudiándolo antes de responder.

—Es un ejemplar rarísimo. No conozco la editorial ni al autor. Voy a avisar al encargado, a lo mejor puede ayudarle.

Acto seguido, la chica desaparece y vuelve al poco rato acompañada de un hombre con barba y pelo blancos.

—Me temo que era el último —admite él— y carece de ficha de identificación. ¿Ve esto? —Muestra restos de un papel adherido a la guarda delantera—. A esta clase de libros les añadimos una nota con los datos de compra, puesto que se hallan fuera del circuito comercial tradicional.

—No le comprendo.

—Son libros de tiradas mínimas realizadas en pequeñas editoriales, a veces creadas solo para el título en cuestión. Por la fecha, 1912, y más en París, obedece a un fenómeno corriente entonces: libros de encargo, en especial biografías. Sitúese: la Belle Époque, las vanguardias, los viajes a África... una época que alumbró gentes singulares y con deseos de perpetuidad, sin llegar a ser celebridades, de manera que se puso de moda pagar a escritores de pocos recursos a fin de que redactaran el libro de sus vidas. Los protagonistas se lo regalaban a sus hijos... o a sus amantes.

—¿Por qué lo tienen ustedes?

—Nos suelen llegar en lotes procedentes de desahucios o herencias. Los compramos al peso, pero, eso sí, asentamos de dónde proceden por si alguien como usted, pasado el tiempo, nos lo pregunta. Creo que no le he servido de mucho. No pierda nada por acercarse a la biblioteca de *El Nuevo Norte*, poseen un archivo muy interesante. Quizá tenga más suerte.

\* \* \*

Según cruzaba la plaza Mayor ha visto la centralita de Telefónica. Ha sido una llamarada, la intuición de cuál es el camino a seguir en este instante. A la chica del mostrador le anota dos números y avisa de que necesita primero la llamada local. «Entre en la cabina 5», indica la operadora. Tras solventar el asunto urgente, aguarda a que le comuniquen con Madrid.

—¿Está Julio? —pregunta cuando descuelgan—. Soy Alma.

—¡Ohhh, Alma! Sí, ahora —asegura una mujer entre chasquidos de la línea—. Ponte, es Alma —la escucha susurrar.

La amistad con Julio alimentó su voluntad igual que una bocanada de oxígeno, aquel curso de 1942-1943. Él colaboraba en la universidad como profesor suplente, y de debatir sobre el plan de estudios y otras charlas lectivas, pasaron a los merenderos de Madrid sin palpitations ni aspavientos; meses después se convirtieron en

novios por puro formalismo. Además, a su madre le agradaba. Mucho. Al topárselo en la farmacia acicalado con la bata, Lucía resucitaba a su marido acomodando al novio de su hija en el espacio que él había dejado. Puede que no fuese tan guapo como Carlos, pensaba Lucía, pero Julio no tenía culpa de sobrevivir en los deslucidos años de la posguerra que tanto afeaban a las personas.

Sin embargo, Alma nunca notó un temblor en las entrañas cuando él andaba cerca. Ni sus labios la hacían levitar. Quizá por ello se resistiese a mantener relaciones sexuales con él hasta no conjurar esas calenturas que le desataban las historias de ficción.

En otro orden de cosas, a comienzos de 1944 empezaron las reformas en el piso de los abuelos, donde se instalarían tras convencer a su madre de la conveniencia de deshacerse de Villa Alma. Demasiados recuerdos en ella, demasiado desamparo para las dos solas. La vivienda de Albuquerque era un primero lleno de balcones a la calle. Casi doscientos metros necesitados de profundos cambios que finalizaron en verano.

Su madre, animosa entonces, decidió encargarse de la mudanza. «Necesito airearme», Alma parece escucharla mientras aguarda a Julio. Ella le incitó a que pasara sus vacaciones junto a él, de modo que eligieron un viaje por la Costa Brava hasta la frontera francesa.

—¿De verdad no deseas que me quede? —sugirió el mismo día de su partida—. Tú no puedes con todo, además no creas que me hace ilusión irme.

—Pues deberías. Julio lleva preparándolo hace semanas.

El profesor estrenaba coche como un niño jugueteando con su novedad. En cambio ella se asfixiaba, acorralada dentro de una campana de cristal.

—Es un buen hombre y te quiere, siéntete afortunada —despachó rotunda.

—¿Es eso todo, madre? ¿No hay que esperar nada más?

Junto a la verja Alma contempló fugazmente las últimas hortensias ya secas mientras Julio acababa de atar con una cuerda el equipaje. La imagen le pareció una fatídica metáfora. Le costaba marcharse y necesitaba un abrazo de su madre, pero ella escenificó su frialdad tomándola por los hombros.

—¿Qué pretendes, darle esperanzas que no van a ningún sitio? Te vas con él y con él debes casarte. Te lo va a pedir. No arruines tu vida.

—Y el amor, ¿dónde queda? Porque tú no estás así porque se muriera un «buen hombre». Me lo dices muchas veces: hubieras preferido mi muerte a la suya, y una mujer no piensa eso del hombre que más le conviene, sino de aquel que le hace sentir única aunque se vuelva su perdición.

—Lees demasiadas novelas. ¡Anda, vete! A ellos no les gusta esperar.

Los labios de su madre volaron sobre su frente. Alma pisó la acera, pero al ir a cerrar la cancela de la valla se volvió hacia ella.

—Si no volviera nunca, si me sucediera algo... ¿Qué pensarías de mí? ¿Cuál sería tu mejor recuerdo? —Era la primera vez que se separaban y sentía una melancolía terrible.

—Dices tonterías, hija. No seas melodramática.

—Habría... no sé una frase, una confesión, qué sé yo... ¿Algo de lo que te arrepintieras por no habérmelo dicho antes?

—Nada —silabeó su madre.

Alma se sentó junto a Julio, rociada de amargura.

—¿Pasa algo? —preguntó Julio.

—Nada —contestó ella, parafraseando a su propia madre.

Aquellas fueron unas letárgicas vacaciones, en las que se dejaba mecer al viento. Pueblos marineros, el Mediterráneo velando una costa inflamada de pinos, enclados hostales en donde comieron pescado a la brasa y bebieron sangría. Planes que trazaba Julio y ella aceptaba sin objetar.

Siguiendo una convencional hoja de ruta Alma perdió su virginidad una velada y a la mañana siguiente escuchó la consabida petición de matrimonio. Fue tan previsible, tan carente de emoción, que se vio obligada a añadirle ella: «Necesito tiempo», alegó.

Julio profundizó en su mirada, contrariado. Algo había dejado de discurrir de un modo natural: si una mujer se entregaba a un hombre, lo siguiente era casarse y lo sucesivo, fundar una familia. ¿Qué pieza del mecano habían extraviado por alguna de esas empinadas sendas? Pronto se dio cuenta de que lo que pisaban sus pies no era cualquier atajo sino, para su modo de caminar, un obstáculo inabordable.

Veinte días después de su marcha Alma franqueó la verja de hierro. Julio le ayudó a introducir su equipaje y la besó en la mejilla.

—No voy a llamarte error ni por orgullo —admitió—, porque me ha merecido la pena apostar y perder, créeme. No, no digas nada. Somos adultos y estas cosas suceden. Cuenta con mi amistad incondicional, siempre.

Julio se introdujo en el coche y a su espalda quedó Alma, varada en la calle Cabeza Reina. La aséptica despedida escocía mucho más que verter alcohol sobre una dentellada. Era la úlcera de la soledad.

Después llegó aquella bofetada al abrir la puerta, las cajas sin colmar en mitad de la entrada, el fogón de la cocina humeando. Su madre en ninguna parte.

\* \* \*

—¿Se puede saber dónde estás? Nos tienes preocupadísimos.

—Estoy bien, Julio.

—Pero ¿cómo se te ocurre marcharte sin decir nada?

—A veces hay que tomar decisiones y cuanto antes mejor. Tú lo sabes mejor que nadie. Me encuentro en Malpaís, la tierra de mi madre.

—Pero... ¿qué se te ha perdido allí?

—Aún no lo sé. Estoy recomponiéndome. Como tendría que haber hecho hace tiempo.

—¿Qué necesitas? ¿Quieres dinero, Alma? La farmacia, ¿qué hacemos con ella?

—De eso se trata, encárgate tú, por favor. Confío en ti. Tienes llaves y sabes cómo funciona todo. No sé cuánto permaneceré aquí. Espero que no mucho. —La siguiente pregunta pellizca la boca del estómago—. ¿Y... ella cómo está?

—¡Buf, cada día más gordita! Luisi te manda un abrazo. A ver si va a venir el bebé antes que tú.

—Tengo que dejarte. Un beso, Julio... A los dos.

Mientras abandona el locutorio, sus lágrimas se deslizan hacia el mentón. No hace nada por frenarlas al entrar en el café y elegir un velador al fondo. No lo hace mientras encarga un té; ni al sentirse observada por los clientes de alrededor. Unos cuantos minutos más tarde le ve cruzar la puerta y Alma estira el brazo, haciéndose notar.

—He venido lo antes posible —saluda Ismael Velarde—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, y se lo agradezco.

El propio doctor Costales le ha inspirado la idea al aclararle que, de no ser analizadas en Madrid o en Barcelona, lo idóneo sería que las pastillas que ha hurtado fueran estudiadas por un químico conocido suyo, empleado en los laboratorios Aromas de Malpaís. «Tan importante es salvar vidas gracias a la penicilina como que la mujer se contemple bella en el espejo —ha sentenciado Costales—. ¿Quiere que contacte con él?». Pese a todo, ella ha decidido acudir al ingeniero, quien la observa imperturbable.

—Si sus sospechas fueran ciertas, ¿qué logra? Ese niño depende de su familiar más directo. Y por lo que me cuenta es su tía.

—No he pensado en el siguiente paso. Avanzo por etapas. ¿Es raro?

—En absoluto. Se escalan cimas de ese modo.

Alma extrae del bolso los tres envoltorios e Ismael los acaricia antes de que sus ágiles dedos los guarden en el bolsillo del abrigo.

—Estos son días de mucho trabajo, pero no olvido que debo buscar información para usted en los archivos.

—No quisiera abusar de...

—¿Me permite una apreciación? —ataja—. Creo que está muy sola. A lo peor me equivoco y le pido disculpas de antemano. Perdóneme, soy consciente de que es una descortesía marcharme sin esperarla, pero me aguardan en el despacho. He dejado a medias una reunión.

Él se va con la rapidez con la que se ha presentado y ella vuelve a sollozar. Ismael Velarde no se ha equivocado.

\* \* \*

*El Nuevo Norte*, decano de la comarca, refleja en un espejo lo que sucede en la ciudad matizado por una veladura pía y conservadora. La ha asaltado este pensamiento mientras ojea su última edición, antes de ser atendida por la bibliotecaria. Sus esperanzas se han marchitado un poco porque teme que la ardiente literatura de *La rosa amarilla* no encaje en el ideario del periódico como para que conste entre los ejemplares dispuestos para préstamo.

—Debe buscarlo en aquel archivo, si es que estuviera —contesta la empleada. No ha dado ni dos pasos cuando ella le sisea, llamando su atención—: ¿Me muestra otra vez la portada? —solicita, revisando un montoncito de papeles azules—. ¡Aquí está! Hay un ejemplar en la sala ahora mismo. Lo sabía, no se me despinta ni uno.

—¿Quién lo tiene?

—¡Buf! No sé decirle. Puede pasearse entre las mesas con sigilo. Mis lectores son muy exigentes.

—¿Me podría dar algún dato del autor? Es lo que más me interesa.

—No me suena. Ahí sí tiene que mirar en el archivo.

Alma duda entre acercarse a los cajetines que guardan las fichas de los textos o merodear por la sala. Opta por lo primero. La Ley de las Decisiones Inmediatas obliga siempre a retratarnos en segundos. Y puede ser muy puñetera.

Busca Arutnev Nireset entre las manoseadas cartulinas y de su autoría solo encuentra *La rosa amarilla*. Ahora bien, al pie de la tarjeta se especifica volumen I y volumen II, de modo que es una obra en dos tomos y ella ha leído solo uno. Como fecha de nacimiento aparece el 27 de marzo de 1879 sin señalar la de defunción, lo que indica que, a priori, su autor viviría. Mientras anota estos datos, descubre a quien está leyendo el libro abriéndose paso entre un grupo de jovencitas. La señora recuerda a una de esas lectoras de aspecto insulso que pueblan las bibliotecas, pero la inefable ensaimada de su pelo la delata. Por si fuera poco pasea el ejemplar de la novela: es la arúspice de La Puerta del Cielo.

Alma agarra el abrigo con tanta virulencia que se lleva por delante el bolso y cae al suelo, desparramando su contenido. No deja de espiar a la mujer por el rabillo del ojo mientras se agacha a recogerlo, aunque ella es ágil y en unos segundos alcanza el mostrador, entregando el libro y orientándose hacia la salida. Si Alma no estuviera asediada por decenas de carteles que ruegan silencio, llamaría su atención, aunque se lo reprobasen.

Cuando por fin logra encaminarse a la puerta, un bedel le da el alto.

—Tiene que firmar su salida —ordena con firmeza.

—Perdón, pero se me escapa una persona. Es importante.

—Importantes son las normas —remacha él.

Bufando, Alma desanda sus pasos y rellena el pertinente documento antes de echar a correr. No obstante, como se temía, en el exterior no hay rastro de la mujer. Se ha esfumado.

Diez días después de encajar la decepción de *El Nuevo Norte* tras perder la pista a la extraña mujer, Alma ha recibido una caja redonda y al verla se ha puesto a temblar.

Ha sucedido a media mañana, cuando el profesor Víctor Ramos depositaba en las manos de Gabriel una copia de *Alicia en el País de las Maravillas* en la lengua materna de Lewis Carroll, cuestionando su capacidad: «¿Esto lo comprenderás tú?». Mientras Refugio supervisaba la cocción en el horno del redondo de ternera previsto para el almuerzo, y según Eunice velaba ese álbum de fotos que transcurridos los años le sigue enterneciendo, hasta que ruedan lágrimas por sus mejillas dejándole un surco en mitad del rosa del maquillaje. El álbum es uno de los motivos del cierre a cal y canto de su cuarto, pero no el único. Los otros son inauditos.

En el instante en que Alma divagaba por el jardín. Entre brotes y arbustos cuajados de capullos, recapacitaba sobre el episodio de la biblioteca, y a que por mucho que hablara después con la empleada no pudo sacar ningún dato sobre la desconocida.

—En la ficha pone *El Nuevo Norte*. Eso sucede cuando se trata de personal del periódico. Mire a ver si ahí logra algo.

Pero cuando subió a la redacción no solo ella no se encontraba allí, sino que la despidieron con cajas destempladas bajo la excusa de que lo importante era la inauguración de la casa cuna por parte del gobernador civil y no podían entretenerse. En cuanto al tomo II de *La rosa amarilla*, igual frustración. El libro estaba prestado y no le supieron aclarar a quién.

Mientras cavilaba en esto, y las babosas de los ojos de Albin se soldaban a su cuerpo acechándola en la distancia, la caja aguardaba en el recibidor.

\* \* \*

Es imposible, Alma no ha podido enviarse a sí misma una caja blanca sin marcas ni símbolos, cuyo lazo azul alrededor ha empezado a separar; salvo que sume a sus males un sonambulismo por el cual entre y salga de tiendas y servicios de paquetería y correos, sin recordarlo.

Sus manos están heladas al levantar la tapa; lo primero que encuentra es un sobre encima de varios papeles de seda. Por suerte no es azul.

*Estimada señorita Gamboa:*

*Como le anticipé, precisaba de tiempo para revisar la antigua documentación de los laboratorios y hallar algo que le fuera de ayuda. La mayoría son apuntes contables; he adjuntado alguno, pero lo destacable es el contrato de compraventa donde aparece la firma de su padre, el señor Carlos Gamboa.*

*Me he permitido también realizar una selección de nuestros productos que suelen distribuir a su vez reconocidas casas cosméticas. Espero que sean de su agrado, a pesar de mi inexperiencia al elegirlos. Como sabe llevo unos meses ocupándome de la empresa y sufro carencias. Nunca pensé estar al frente de los laboratorios, sin embargo la quebrada salud de mis padres, a quienes no beneficia el mal clima de esta ciudad, me ha obligado. Eso y un quebranto personal, encargado de demostrarme que la vida es una ruleta de asombrosas vueltas.*

*Respecto a su otra «comienda» le informo de que obra ya en mi poder, aunque sería mi intención entregársela en mano. Confío en hacerlo antes de su regreso a Madrid. El martes 19 de marzo, festividad de San José y día del Seminario, me gustaría invitarla a comer en un restaurante del barrio viejo. Le agradecerá conocerlo. Enviaré un coche a por usted a media mañana salvo que me comuniqué lo contrario.*

*Atentamente.*

*Ismael Velarde*

\* \* \*

Mientras Alma lee su misiva, Gabriel se sumerge en otra carta: la que Lewis Carroll legó a sus lectores. Sostiene la obra sujeta por ambas palmas, tan rígido que parece que le han pegado una vara a la espalda, y bajo el examen de su profesor. «¿De qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos?», interpreta mentalmente, y dado que la edición no trae ninguna ilustración lo cierra.

—¿Has comprendido algo o solo tenías la cabeza agachada? —provoca Víctor Ramos—. No te has enterado de nada, ¿verdad?

El niño aprieta sus desordenados dientes, toma un lápiz y sobre un papel empieza a garabatear palotes. Cuando termina, se levanta y se va, dando por finalizadas las lecciones del día. Al profesor le decepciona su ademán derrotista y recoge sus bártulos pero, al ir a tirar el papel, posa en él su atención hasta distinguir lo que significan sus líneas:

IT'S NOT TRUE [3]

¡Síiii! Gabriel razona con lógica. No concibe mejor regalo que la respuesta de su pupilo, aunque sea para llevarle la contraria. Lee en inglés y entiende sus preguntas en castellano. Puede que resulte incluso más hábil de lo que cabría suponer. La convicción de Alma respecto del niño se ha convertido en la palmada en el hombro antes de saltar, el soplo que da un último impulso llegando a meta. Le gusta, le atrae todo de ella: su sofisticada melena, aunque se obceque en recogerla; su discreta nariz y esos labios gruesos sin carmín, convertidos en promesa de sensualidad.

\* \* \*

Mientras Alma avanza en la carta, Refugio golpea con sus nudillos en la puerta del dormitorio de Eunice.

—¿Señora, se encuentra bien? No ha bajado en toda la mañana a la cocina —susurra sin obtener respuesta.

Entonces se desabotona el uniforme y extrae el cordón que anuda a su cintura, de donde cuelgan unas llaves. Busca la adecuada y abre la puerta. La habitación mantiene las cortinas echadas y la cama sin hacer; no es de extrañar, pues ella es la única que la arregla. En la pared de la izquierda una puerta comunica con el cuarto contiguo, porque la entrada del distribuidor se mantiene cegada desde hace tanto que nadie la recuerda practicable.

A través de la madera llega tenue la voz de quien parece una niña.

—Permiso —ruega Refugio—. Déjelo ya, no le hace ningún bien.

El ama sujeta la mecedora y frena su balanceo, pero Eunice sigue acunando un álbum de fotos. Las notas musicales de una nana vuelan desafinadas por una habitación iluminada bajo la simpleza de unos candelabros.

*A mi niña linda... ¿dónde estará?*

*entre amapolas la he de hallar*

*y que las hadas no se la puedan llevar.*

*En mis sueños locos de luna y jazmín,*

*busco tu boquita color carmesí.*

*Niña de mis carnes, ¿por qué no respiras?*

*¿No ves que tu aliento el mío escatima?*

*A mi niña linda, a mi gran tesoro*

*a ti yo te canto este roro...*

—Vamos, señora. Menuda perra ha cogido. —Refugio le quita las gafas y vuelve del baño con una toalla para limpiarle el rostro y retocarle el *rouge*—. ¡Bien guapa está ahora!

La mujer es una muñeca de trapo mientras pasa blandamente el cuadernillo de fotografías a Refugio. La sujeción de algunas parece débil y sus puntas asoman entre las

hojas de celofán. «Criaturita», apostilla al archivarlas.

Si fuese posible mirar por el ojo de una cerradura la mente de Eunice, cualquiera vería el perverso magnetismo de un amor inconcluso. No hay paz en las historias rotas. En los besos truncados. No concilia el descanso ninguna de las dos partes de un hilo que se quiebra antes de su hora. Las dos puntas vagarán por siglos hasta dar con el aliento de una misma vida.

Qué intuición la de Alma al sospechar la pervivencia en su familia de una lacra que les impele a amar desordenadamente. Pero no arraiga en la sangre sino en el claustrofóbico ambiente.

En el tiempo en que Alma revisa los documentos reunidos por Ismael Velarde, Refugio trata de despabilar a Eunice según especula sobre las motivaciones que mantienen a su sobrina aún allí. Abomina de que una extraña perturbe a su señora. Después de haber penado en el infierno, tiene derecho a salvaguardar sus recuerdos como le plazca.

¿Qué hace Alma en una tierra de la que nunca codició un solo gramo?, se pregunta una y mil veces.

\* \* \*

Victor Ramos ha recorrido la casa en busca de Alma antes de marcharse y cuando la ha encontrado al descender la escalera, la ha tomado en volandas y la ha hecho girar desbaratándole la cola de caballo.

—¡Tenía razón! —grita entre risas, eufórico—. Gabriel no sufre un retraso mental. Será un niño muy listo, créame.

Ha levantado tanto la voz que Eunice ha aparecido pegada a la balastrada con cara de haberse despertado de un mal sueño.

—Entonces habrá que celebrarlo con un brindis —ha propuesto ella.

Así ha sido. Los tres han entrado en la sala grande y han brindado con una copa de jerez. Mientras veía cómo la mujer consumía la suya de un trago, Alma ha urdido un plan en segundos: en alguna sobremesa ha comprobado los estragos que el alcohol causa en Eunice y hoy se valdrá de ellos. Una vez ha despedido al maestro con un abrazo que le ha dejado un sabor de boca chispeante, mejor que el de algunas golosinas, ha sugerido a Eunice organizar una merienda y charlar juntas, lo que llevan días sin hacer.

Así, a media tarde, las dos se sientan a una mesita repleta de pasteles, bollos azucarados y buenas reservas de vino dulce. Agotada la vía de la biblioteca, el mejor camino para conseguir información sobre Cécile lo representa su tía, aunque ha de ser hábil, pues despliega una coraza defensiva en cuanto se menciona su nombre. Por ello se estrena aludiendo a su marido.

—Me hubiera gustado tanto conocer al tío Ninu. Debió de ser tan bueno.

—El mejor —replica Eunice con los ojos empañados—. No tenía el carácter de su hermano, pero era más noble. Y tan guapo. Solía peinarse con una raya en el centro que le despejaba la frente y esos ojos grandes... cuando miraba sentías que se te removía todo dentro. Su boca, los labios dibujados aunque le costase sonreír. Fíjate que aún parece que le siento andar por la casa, tan elegante como si estuviera bailando una pieza. Es verdad que no poseía la presencia imponente de Ventura, quien se asemejaba al abuelo, pero resultaba más atrayente y más caballeroso, aunque Ventura alardeara de unos modales exquisitos. Yo creo que por eso tuvo tanto éxito cuando vivió en Cuba. Tú sabes que se alistó en el ejército, ¿no?

Alma ha asentido mientras colma la tercera copa de oporto de Eunice.

—Fue en torno a 1895, y tu abuela se disgustó muchísimo, pero ¿qué iba a replicar ella? Eso sí, presionó a su marido, y el hombre a sus contactos, para que su hijo no combatiese en el frente. Tengo entendido que él nunca llegó a saberlo, de lo contrario les hubiera castigado con no volver. La vanidad de los Monteserín. ¿Ves? Ahí le salía esa cosa de tu abuelo, su prurito por ser más que nadie. Contaba veintitrés años y dejó empantanada la factoría, lo que reportó no pocos perjuicios a la economía familiar. Sus hermanos no estaban preparados para sustituirle. Cuando su madre insistía en que nada se le había perdido en esa contienda que ni le iba ni le venía, él alegaba que no frenaría su anhelo de salvaguardar la patria, como nada impidió a su padre ir a buscarla a Alemania. Y a ella le tocaba callarse. Claro que no sé qué resultó peor... —sostiene, apurando la copa— ... si morir en el frente o agonizar al lado de aquella...

—¿Se refiere a su esposa? —se adelanta Alma.

—Las guerras de los hombres tienen más dignidad que las pleiteadas por algunas mujeres —sentencia en una sarcástica mueca—. Debió de conocerla en alguna fiesta.

Alma ha insistido y Eunice ha descrito que La Habana acogía una intensa vida social donde la presencia del responsable de la intendencia de las tropas oficiales era demandada en los estrenos de ópera y teatro, o en almuerzos y bailes en casas de renombre. Seguramente el común aplaudiría a aquel español bien parecido, de aspecto germánico y ademanes franceses.

—Tiene que haber alguna fotografía de tu tío vestido de militar, porque yo la recuerdo. Tardó años en pisar la tierra que le vio nacer y lo hizo casado. El muy ladino advirtió a su madre que no se hiciera ilusiones, porque había prometido a la cubana regresar a las pocas semanas. Si vieras la fiesta de fin de año que preparó tu abuela para el nuevo siglo. Pero entre los dos le amargaron la noche.

—No me diga, ¿por qué? —contemporiza Alma.

Eunice se revuelve en el sofá. El vino empieza a estragar su voluntad.

—¡Lo vi con estos ojos! Tu tío y yo llevábamos dos años de novios. Llegó como una estrella de cine. Mirando por el hombro a los demás. Cinco años tardó en regresar su hijo y él solo tenía atenciones para su mujer, no para su madre. Mi futuro marido tenía veintitrés años, Fabián veintiuno y tu madre, siete. Lucía parecía una muñeca, y aquella pécora sabía manejarla. Pronto encandiló a la niña. —Eunice va desmenuzando un relato que fluye con la mansedumbre de un río tranquilo; Alma está emocionada, pero trata de que no se le note—. Si bien contaban con un plazo de estancia, el embarazo empantanó sus planes. Con el tiempo yo entendí sus angustias por ser madre, porque por lo visto ella llevaba varias gestaciones frustradas y como la travesía en barco entrañaba un riesgo, pasó en cama todo el embarazo hasta que nació el padre de Gabriel, Roberto. En el desván; ahí arriba organizó tu abuela el dormitorio del matrimonio para que nadie los molestara.

En este punto guarda silencio y Alma teme haberla contrariado. Resuelta, plantea una nueva cuestión.

—Hábleme de mi madre, tía Eunice.

En realidad es una contraseña. La salvaguarda que debe protegerla de su recelo.

—¡Oh! La muy bendita lloró tanto cuando se marchó su hermano. Andaba mal acostumbrada... a disfrazarse con esos trajes tan raros, a bañarse entre pétalos de rosas, a usar sus cosméticos. Yo no sé cómo tu abuela la dejaba, porque Lucía siempre me pareció muy responsable y tranquila; lo contrario que la «otra». ¡Qué desconsuelo! Se marcharon el verano de 1902. «Volvemos en unos meses, madre». «¿Me lo prometes, hijo?», insistió ella. Pobrecita. Siete años tardaron. A tu abuela le arrancaron al nieto de los brazos. Como si lo estuviera viendo. Lucía, tu madre, pegada a su falda, pellizcaba a su muñeco de carne y hueso, y ella venga que te llora... Siete años. Cuando su nieto Roberto volvió a La Constante era un hombrecito de la edad de su hija cuando se fueron. Querían educación europea para él, se conoce que la isla se les quedaba pequeña.

\* \* \*

El entramado de hechos, conjeturas oídas a diestro y siniestro y prejuicios empieza a escucharse con una pastosidad que dificulta su entendimiento. Si no se ha embriagado, le falta poco. Alma interpreta plausible que una buena parte de sus juicios Eunice los adoptase tras oírse los a su abuela porque ella y Ninu, en 1909, estaban casados y se dedicaban a viajar por Europa buscando médicos y tratamientos que les ayudaran a concebir. En cualquier caso, la cubana parecía una extravagante mujer que no se acoplaba al lugar.

—Entonces desde que volvieron hasta el incendio... ¿vivió en España?

—¿De qué incendio hablas?

—Del de la casa de la colina. De Providencia.

—¡Ah! Ese despropósito que se le metió entre ceja y ceja a mi cuñado.



—Ahí murió Cécile, ¿no?

—¿Quién te ha dicho esa estupidez?

—Refugio.

—Habladurías de pueblo; a nadie le importan los asuntos de los Monteserín. La viuda no estaba cuando se produjo, porque visitaba a su hijo en uno de los internados. Si se hubiera hallado allí, a lo mejor no habría sucedido, pero la casa andaba vacía y nadie se ocupaba de ella.

—Entonces, ¿por qué dicen...?

—Porque la gente habla mucho —responde cortante—. Se marchó a Cuba. Años después recibimos un telegrama anunciándonos que había muerto y convocándonos a las exequias. Nadie fue. ¿Para qué?

Agota la copa y, en una inflexión, enmudece. Alma no calcula cuántas ha consumido, pero presiente que se ha percatado ya de que la mezcla de alcohol y rabia le ha inflamado la lengua y está hablando más de la cuenta. En efecto, Eunice interpreta que su sobrina la ha hecho parlotear, aunque han sido meros detalles porque custodia secretos tan antiguos como para olvidar las palabras que los componen. Entonces esboza una fingida sonrisa y se incorpora, zanjando sus indiscreciones.

—Es hora de retirarse —anuncia—. Hoy ni cenaré.

—¿Tan pronto? ¿No quiere quedarse un poco más? —aduce decepcionada.

—Me voy. Sí, querida —enfátiza la frase para disimular su ebriedad.

Como se tambalea al andar, Alma se apresta a ayudarla, pero Eunice la rechaza con un manotazo y un empujón. Ninguna se ha dado cuenta de que Gabriel les acecha desde la entrada; el niño ha reconocido su gesto déspota. Los sufre muchas veces. En un arrebato, ella agarra el pie de una lámpara y la arranca del enchufe. Alma la observa atónita. De repente el niño entra como una exhalación tratando de sujetar a la mujer.

—¿Qué pasa aquí? —grita Refugio, arrastrando al pequeño—. ¿Qué pretendías? ¿Castigar a la mano que te da de comer, ingrato?

—¡Déjele, no ha sido él! —medía Alma.

—Usted calle, que nadie le ha dado vela en este entierro.

Gabriel esconde la cabeza entre los brazos. Se le ha escapado el faldón de la camisa por la cinturilla del pantalón y en su espalda brotan unas manchas oscuras, que Alma asimila a maltratos anteriores. Debería reaccionar, pero se reconoce acobardada.

—Solo entiende con mano dura —pretextó Refugio—. ¡Pobre señora, menudo disgusto! Venga, vámonos a dormir; ha tenido un día muy ajetreado.

Alma los ve abandonar la sala grande: Refugio arrastrando de las orejas al niño y abrazando como puede al guiñol de trapo que es su tía. Se siente mal por haber permanecido impasible pero al tiempo ansiosa porque Eunice ha desvelado cosas que necesita contrastar. Tiene que regresar a Providencia, donde ahora ni siquiera sabe si murió o no Cécile.

La rosa amarilla encubre un corazón negro como el humo de un incendio.

A la mañana siguiente, sin pedir permiso, dando por hecho que ya conocen su afición a conducir, ha tomado el Citroën y, retando a un cielo plomizo y a una humedad cuyos tentáculos traspasan el tejido y se perciben en la ropa interior, ha cruzado los confines de la finca resuelta a franquear Providencia. Incluso ha distraído unos alicates por si tuviera que cortar las cadenas. Está resuelta a encontrarse con María Nieves, busca conocer dónde murió la mujer de su tío y si ella, la anciana, está al tanto de un texto escrito del que le cuesta discernir el límite entre realidad y elucubración.

En el asiento del copiloto le acompaña un paraguas para protegerse si las nubes descargan sin reservas.

Llega hasta la entrada de Providencia pisando el acelerador, con el corazón a mil y las manos temblorosas. Aparca el coche en un lugar visible y tras mover las cadenas comprueba que no precisa forzarlas.

Dentro, las ceibas perseveran en sus cintas rojas y las frutas están envueltas en una especie de pasta naranja en las fuentes de ofrendas.

—¡María Nieves! Necesito hablar con usted —grita Alma—. ¿Hay alguien más aquí?

Le contraría no sentir un viento que arroje sus pasos, lo que infundiría una ilusoria sensación de compañía. Ahora aprecia solo una brisa mojada como la calma chicha que desazona antes de las tormentas. Sus pasos rechinando sobre las piedras, la voz —más aguda que de costumbre—, son su única escolta. Ha llegado a lo alto de la senda de grava y adherida a la balaustrada constata que todo sigue como lo recuerda de su visita semanas atrás. Sigue sin atreverse a adentrarse en las ruinas del edificio; ignoraría por dónde empezar, si por la torre en pie, remanente de vida, o por el amasijo de paredes a medio derruir. Puesto que le llaman la atención las casas menos pretenciosas de su izquierda, se anima a bordearlas. Algo le dicta que podría hallar a la anciana allí antes que en la atalaya. Así lo hace.

Desciende la escalera de piedra pegada a su pasamanos y cubriéndose con el paraguas, porque empiezan a caer unas gotas. A partir del último escalón se despliegan unos muros cubiertos de madreSelva, junto con rosales ahogados por la enredadera. Un tapiz que dificulta el nacimiento de otra naturaleza. Alma camina en paralelo a la tapia, pero sin perder la referencia de las ruinas, por miedo a que aparezca la bestia de la última vez. Contempladas de cerca, las que considera casas de servicio presentan peor aspecto del que ella vaticinaba. No se debe al efecto de la catástrofe, sino a la acción saqueadora del hombre que ha arrancado puertas, ventanas y hasta tejas. Alma se adelanta asomándose a una y el abandono y la mugre ratifica sus deducciones. Retrocede asqueada.

Si continúa pegada al murete va alejándose de la mansión, que queda a su espalda, por lo que lanza un último grito a María Nieves. Pero solo consigue un eco terrorífico que la anima a apretar sus pisadas.

Después de consumir un trocho de jardines descalabrados comprende cuál es el objeto de este camino: conduce a la entrada, desde la izquierda. Se da cuenta al distinguir la piscina junto a la que se eleva un pabellón de verano, con arruinados aseos y tumbonas que no sirven ni para chatarra; y se acerca a lo que en su día sería uno de los rincones más bucólicos del lugar, para quedarse clavada en el sitio. Las lianas de las glicinias han descendido a su altura, enmarañándolas, aunque las líneas se identifican con claridad: una perpendicular y otra cruzándola en horizontal. Una, dos, tres, cinco... más de una veintena de cruces junto al templete del cenador y a escasos metros de la piscina. Alma, espíritu ovillado, mil tinieblas en las intersecciones de su cuerpo, se aproxima al cementerio de Providencia.

Vistas de cerca, las cruces no admiten vacilaciones. Se disponen en calles, guardando una distancia paralela. De madera, pocas labradas, la mayoría humildes. Algunas, las menos, inscriben los nombres de quienes, llegados de lejos, se consumen en una tierra que no es la suya. El resto ni eso.

Una cortina de agua se desparrama sobre la moqueta verde. Malpaís es una lluvia perenne que aletarga a las personas e hiberna los problemas sine die. Puesto que apenas sopla viento, cae sobre el paraguas tan ordenada como el cementerio y ella ni la escucha, mientras se arrodilla ante unos muertos que no conoce y, sin embargo, le están robando el aliento.

\* \* \*

Ha regresado a La Constante con una pena que agranda sus ganas de llorar. Está convencida de que entre esas tumbas se halla la de Cécile. Puede que nunca dispusiera de su nombre o que la intemperie, la corrosiva erosión de este clima, lo haya borrado, pero no deja de ser tristísimo que una mujer tan exquisita termine enterrada de forma anónima.

Está segura de que la historia de su muerte en Cuba es una mentira de Eunice para amortiguar su curiosidad.

Por otra parte, acomodarse en la casa implica concebir que se han avivado algunos frentes. Tras su encontronazo con Eunice, Gabriel se ha sumido en otro trance, y su tía deja caer la posibilidad de recluirle en una institución si se enrocara en este comportamiento. Esta coyuntura le alarma lo suficiente como para, al día siguiente, conversar sobre ello con el profesor. A veces desearía compartir con Víctor Ramos algunas de sus inquietudes; detallarle lo que conoce de su familia, los retales de un pasado que parece interesar solo a ella. Otras se recomienda prudencia.

—Su juicio hacia doña Eunice es demasiado severo —le reprocha él—. Puede que parezca estrafalaria, pero de ahí a sospechar que vaya en contra de su sobrino...

—No me malinterprete.

—Jamás lo haría, Alma —ha cortado. Después sonríe—. ¿Sabe? Me gusta pronunciar su nombre, me resulta hermoso.

Ahora entiende su turbación. Esa frase le retrotrae a un espacio sombrío, porque algo en el maestro refresca la figura de Damián. No sabría detallarlo. Quizá una afectación en sus gestos. O sostenerle la mirada hasta dejarle la intemperie.

—¿Tiembra? —se interesa el profesor.

—Hace frío aquí. Ayúdeme a que no ingresen a Gabriel en un internado. Su potencial es grande, pero si le agreden, se encerrará en su concha.

—No tome en cuenta sus palabras —dice conciliador—. ¿Ve una gaseosa cuyas burbujas se disuelven pronto? Así es su tía. No parece fácil sobrevivir con el peso de despedirse de sus seres queridos, sea comprensiva con ella.

—Es un peso compartido. En esta familia hay demasiados entierros. ¿Cómo sabe tanto de Eunice?

—¡Ah, mujeres! Mi patrona era amiga suya de juventud. Una alcahueta que rumorea más de lo que debe.

—¿Como qué?

—Cuénteme antes qué le ha traído a este lugar. Prenda por prenda, señorita Gamboa.

Alma se levanta del sofá y se acerca a la chimenea, donde agita las brasas. La sala grande es un espacio de techos y ventanales altísimos a través de los cuales la humedad exterior muerde a dentelladas. Víctor la sigue, situándose a su espalda.

—¿Qué le han hecho los hombres para que desconfíe así de mí?

—¿Por qué presupone eso? —Alma se frena en seco, quedándose frente a él. Están a pocos centímetros el uno del otro.

—Me huye la mirada. Me gusta el juego, no le engaño, pero ese escondite suyo agota.

—Se equivoca conmigo.

—Shhh —susurra, depositando el dedo índice sobre sus labios—. Usted me gusta. Mucho. Puesto que la considero inteligente, descarto que no se haya dado cuenta. Mi ironía es un arma de defensa, también lo habrá notado. —Siente la tentación de contradecirle cuando él se anticipa tapándole la boca; debería de violentarle su reacción, pero consiente escucharle—. Si no me deja hablar, tendré que silenciarla de otro modo que a lo peor me cuesta una bofetada. En meses cumpliré treinta años —continúa—. Soy el menor de nueve hermanos cuyos humildes padres han fallecido; por suerte emplearon sus ahorros en mi formación. Me apasiona mi trabajo y le aseguro que me pagan bien porque mis colegas son indóciles, aunque conmigo progresan, lo que no logran otros maestros. Algún día levantaré mi propio colegio y será el mejor de Malpaís. Cultivaré la excelencia en el alumnado mediante un plan de estudios que estoy ultimando. En cuanto a mi vida personal, he salido con mujeres e incluso llegué a tener una novia, pero he valorado la pérdida de tiempo que supone estar con alguien que no estimule el cerebro lo mismo que el resto de mi anatomía. ¿Aprueba mi currículo?

Alma despereza una sonrisa mientras el profesor relaja la presión de los dedos sobre sus labios, acariciándolos. Sus ojos rasgados se le han fijado de un modo que le

hacen temblar.

—¡Dios, cuando se sonroja está bellísima! Voy a ganarme la bofetada, lo sé. Pero merece tanto la pena.

\* \* \*

El mismo día en que Víctor Ramos la ha besado —un beso tímido, recelando violentar una cueva sellada—, le ha sorprendido tener que atender una visita: la del administrador de los bienes de Eunice.

—La señora quiere hablar con usted —ha comunicado Refugio al abrir su alcoba—. Está en el despacho.

El ama de llaves se ha cruzado de brazos, encallando en la tarima. Por un instante su entumecida sonrisa le ha hecho temer a Alma que lo sabría, que los había espiado y ahora se burlaría de ella.

—¿En el despacho? —indaga aturdida.

—¿Qué cree que hago aquí plantada? Tendré que llevarla allí.

Alma ha seguido a Refugio mientras se adentraban en uno de esos salones de muebles amortajados. Dentro de él, se ha situado frente a una librería y ha tirado del bordón que cuelga de un tapiz anexo al anaquel. Al cabo de unos segundos la vitrina inicia un giro sobre su eje, destapando que se trata de una puerta disimulada.

—Cosas de su abuelo. Pase, la están esperando.

Ella avanza insegura. Dos meses en La Constante y todavía ignora aspectos de la mansión que la sobrecogen.

—Adelante —saluda Eunice—. No te quedes ahí como un pasmarote. Es hora de que conozcas en persona al administrador.

Eunice actúa con tal afabilidad que interrogarla por la naturaleza del cuarto está fuera de lugar. Se muerde la lengua y estrecha la mano al dueño de una prominente barriga.

—Cumplidas las presentaciones, los dejen solos. Veré cómo va la merienda.

Según Alma inspecciona la estancia, el abogado arranca a hablar como si le hubiera leído el pensamiento.

—Su abuelo mandó construir este reducto para que sus hijos, siendo niños, no le molestaran en su trabajo. Legalmente un tercio es suyo.

—¿Cómo dice?

—Estoy acostumbrado a pleitear con lo peor de la especie humana. ¿Qué busca? ¿Tiene en mente alguna cantidad? Antes sepa que las minas apenas poseen valor en el mercado; y la factoría produce hasta cubrir gastos. Los bienes inmuebles se encuentran en un estado ruinoso y costaría tanto rehabilitarlos para ponerlos en circulación que no merecería la pena. Las tierras de labranza las explotan los colonos o los trabajadores de la finca a cambio de vivir en ellas. Porque... —el letrado vence su peso hacia delante y Alma olfatea su aliento ácido—, ¿no estará maquinando litigar por la casa? ¡Jajaja, no podría mantenerla! Además, existe un menor que también es heredero y un proceso judicial sería lesivo para él. Si llegara a impugnar el testamento, la herencia quedaría en un limbo hasta que los tribunales dirimieran. A veces los procesos de esta índole se extienden años. Piénselo bien.

Alma se ha llevado ambas manos a las mejillas y después a la boca.

—Estoy atónita. ¿De qué está hablando?

—Déjese de pantomimas, señorita Gamboa —dice, desenfundando una pitillera de oro del bolsillo—. Conmigo no hay fingimientos. ¿Cuál es su precio? —Incapaz de rechistar, Alma se encamina hacia la salida—. La dignidad y el dinero suelen llevarse mal —le escucha levantar la voz—. No olvide mis palabras porque un día le caerán encima.

El 19 de marzo la lluvia escampa y por unas horas se respira primavera. Alma viste la única prenda ligera que posee en La Constante, un sastre en color lavanda, y a que si templase la temperatura no dispondría de ropa. Se ha maquillado ligeramente. La melena marcada. Su inquietud por desentrañar el enigma de las medicinas del niño a flor de piel.

A primera hora las criadas también se han acicalado para ir a misa y Eunice las secunda, luciendo un traje lleno de encajes desfasados. Las dos han coincidido en el recibidor.

—¿Qué pretende ese admirador tuyo?

—No sé de qué me habla. Ya le he dicho que el doctor ha organizado una comida en su casa —Alma disimula.

—Ese de ahí fuera no es su coche. Pertenece a los Velarde, querida.

Su insistencia le lleva los demonios.

—Está invitado y se ha ofrecido a recogerme para no causar molestias. No se preocupe por mí, puedo cuidarme sola.

—Eran unos muertos de hambre que se aprovecharon de tus padres. ¿Eso no te lo ha contado él?

—¿A qué se refiere?

—Estás guapa, ese tono te favorece —aduce, ajustándose los guantes. En cambio todavía no le ha formulado una pregunta sobre su reunión con el administrador, como si no se hubiera producido. Mientras se coloca el sombrero siente a su espalda su mirada fiscalizadora. Alma necesita escabullirse de allí—. ¿Nunca pisas la iglesia? —pregunta irónica—. De hacerlo te sentirías mejor y podrías rezar por tus padres. Ellos querrían ver a su hija en el templo del Señor. ¡Pásalo bien, querida!

\* \* \*

Sentada en el asiento trasero del coche, piensa en Eunice. No cabe duda de que sus frases son zarpazos brutales, porque domina la pericia de elegir la más hiriente en el momento preciso. ¿Qué insinuaría al sugerir que los Velarde abusaron de sus padres?

Su abatido ánimo tampoco mejora cuando surgen las ruinas de Providencia ante ella; la imagen de las tumbas envueltas en brumosa lluvia no resulta fácil de olvidar. Cuando las dejan atrás, ha creído apreciar a un espectro blanquecino apostado entre los matorrales que escoltan el camino de arena hacia su entrada, pero puede que se tratase de un espejismo. Como la voz de Damián hablándole desde ultratumba.

—¿Me permite que elija por usted? Conozco bien la carta —comenta Ismael Velarde nada más sentarse en el afrancesado restaurante.

Lo prefiere. En cierto modo le halaga que alguien tome decisiones por ella; está demasiado acostumbrada a bregar sola. Su anfitrión la esperaba dentro del local y ahora escoge para ambos sopa de cebolla, confit de pato y una tarta *tatin* para el postre. Nada más terminar de cantar su menú al camarero, desliza un sobre con la advertencia de que lo abra al concluir. «Tengamos la comida en paz», sentencia.

Al realizar el movimiento, su mano muestra un anillo en el dedo anular. Ella se percata enseguida. Puede que siempre haya estado allí, pero no se había fijado antes. De repente el hecho de almorzar junto a un hombre casado se le antoja inconveniente, aunque trata de disimularlo sacando un tema de conversación que le perturba desde hace días.

—Revisé la documentación. Como presupuesto, no tiene mayor interés, salvo un detalle. La fecha de compraventa está errada.

—No es posible. Le envié el asentamiento notarial.

—Los notarios también se equivocan. Pone 26 de enero de 1920.

—¿Y bien?

—Es la misma fecha de la fotografía que usted me obsequió. ¿No se habrían confundido en el año? Ya me pareció extraño que se la realizaran entonces, pero deduje que la imagen se acomodaría a un viaje familiar. Sus padres y los míos podrían coincidir en cualquier momento, pues cabe la posibilidad de que guardasen alguna amistad. En cambio, ¿vender los laboratorios mes y medio después de nacer yo?

—¿Qué hay de malo?

—No sé. Vivíamos en Madrid y... entiendo que los trámites ya tendrían que haberse concluido. Es como si algo les hubiera obligado a venderlos. ¿Me entiende estas sutilezas?

La frase de Eunice cobra sentido por momentos, ¿y si los padres de Ismael se hubieran aprovechado de una posición dominante en la venta para sacar mejor precio? Pero ¿qué había forzado a sus padres a desprenderse de los laboratorios? Cuanto más avanza menos respuestas obtiene.

—Interpreto que busca tres pies al gato, y la vida es más simple. Y también más cruel. Si quiere un consejo: deje de preocuparse por naderías —replica él, llevándose la copa de vino a la boca.

No le agrada que él la trate así; le recuerda a un padre amonestador y hace tiempo que dejó de ser una niña. Quizá la menosprecie, en la idea de que sus preocupaciones son más relevantes. Les sucede a algunos hombres que juzgan el mundo una peonza dando vueltas a su alrededor. ¿Por qué habrá consentido esta cita? Ha engañado no solo a Eunice, sino al propio Víctor, porque no encontraba el motivo para sostenerla sin levantar suspicacias.

—¿Esto también es una nadería? —protesta, posando su palma en el sobre—. Si nadie busca tres pies al gato, siempre habrá quien ejerza su voluntad sin que los demás rechisten. A lo mejor a usted le gusta esta España donde los hombres mandan y las mujeres callan. A mí no.

\* \* \*

La comida le ha dejado un sabor amargo. Al concluir, Ismael ha sugerido una caminata hasta donde aguardaba el coche de vuelta y Alma ha asentido con frialdad. Callejando han desembocado en la plaza Mayor, esquivando la librería La Puerta del Cielo, y han enfilado Santa Brígida, que pasados unos metros se bifurca en forma de Y. Al paso les salen construcciones de los siglos XVII y XVIII como la colegiata, la iglesia de Santo Tomás o el palacio de Martín Núñez. Breves apuntes de historia del arte por parte de él, taciturna ella.

—¿No piensa mirar qué hay dentro? —Ismael alude al sobre por fin.

Alma hubiera preferido descubrirlo sola, no obstante lo rasga y lee el contenido que solo entendería un iniciado. La impresión le hace buscar apoyo en la fachada.

—Sé lo que pone. Me lo han explicado en el laboratorio.

—A su juicio tendría que dejar todo como está. —Alma aprieta los dientes hasta que se resiente de las encías.

—El pulso entre el deber y el deseo es notable, lo confieso.

—¿Qué entiende en cada caso, señor Velarde?

—Deber es aceptar como válida la competencia del médico que ha decidido el tratamiento. Y el deseo sería...

—¡Déjelo! No creo que llegáramos a entendernos; pero le agradezco lo que ha hecho. De corazón.

Alma comprime los análisis contra la pechera; siente decaimiento y frío, y echa a andar hacia el automóvil. De improviso Ismael le da el alto, agarra su bolso e introduce dentro el envoltorio que acaba de liberar de su bolsillo.

—Deseo significa ayudar incluso cuando no debemos hacerlo —concluye.

\* \* \*

Al regresar a su alcoba, Alma ha vuelto a tener la misma sensación de que alguien había fisgoneando en ella mientras estaba ausente de La Constante. No es la primera vez y no se trata de ningún desorden, más bien lo contrario: el orden en el cuarto raya en una perfección irreal. Fruto de sus sospechas decidió hace unos días esconder *La rosa amarilla* en la maleta grande, junto al diario y el retrato. No alcanza a valorar si alguna persona está al tanto de la existencia de la novela, pero no quiere arriesgarse.

Bajo la lámpara del escritorio se ha puesto a transcribir las cifras del horror. Las fórmulas químicas:  $C_{17}H_{21}NO_4$ ,  $C_{12}H_{12}N_2O_3$ ,  $C_{15}H_{12}N_2O_2$ ...

Escopolamina. Fenobarbital mezclado con sales de litio. Difenilhidantoína. La analítica desmenuza un abanico de sustancias en porciones infinitesimales que combinadas se antojan tan letales como esas bombas con las que los norteamericanos han masacrado Japón. Algunas las conoce por referencias en publicaciones científicas, puesto que su uso no está permitido en nuestro país y lo suponía limitado a ensayos clínicos. Hace memoria y compendia sus efectos. «Escopolamina: alcaloide asimilable a la burundanga e identificada en algunas plantas; deprime la actividad cerebral, provocando delirios y psicosis. Es altamente tóxica. ¿Quién en su sano juicio la suministraría a un niño, por mínima que sea la dosis? Ahora entiendo el efecto de sus dilatadas pupilas, el modo en que te mira sin poder cerrar los ojos. O sin abrirlos. Sus repentinas convulsiones. Seguro que sufre arritmias y taquicardias, pero el pobrecito no sabe a qué obedecen. Por la noche ingiere trimetadona para controlar los espasmos».

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Cómo combato al monstruo de la sinrazón? —pronuncia en voz alta.

Vencida por la impotencia, estrella el lapicero contra la pared y se desmorona sobre las páginas del diario. A su lado quedan tres botes con sendas etiquetas: «desayuno», «comida» y «cena». Y la nota que incluía el paquete dejado en su bolso por Ismael Velarde.

*Son inofensivas; están elaboradas con azúcar y anís. Hemos reproducido las pildoras que ingiere el niño para que nadie se dé cuenta del cambio; pero no resuelven el problema. Solo lo retrasan. Cuente siempre con mi apoyo.*

\* \* \*

Tras girar entre las sábanas sin lograr una cabezada, Alma camufla su camisón bajo el abrigo y sale de la alcoba. Desde la puerta trasera accede al jardín y, sigilosa, bordea el perímetro del edificio. La noche es agradable, aunque húmeda, y el cielo, un cuajo de estrellas donde trazaría las constelaciones con precisión.

Para alguien de ciudad el silencio del campo sugiere algo hermético, que perturba y atrae al tiempo. Lo mismo que Damián. O que transparente, a veces, la cautivadora sonrisa de Víctor Ramos. Ojalá Julio le hubiese despertado esa clase de emoción que habría convertido su anodino vínculo en otra cosa. No obstante, ahora le quiere como nunca llegó a pronosticar: como a un hermano, a un trocito de ella materializado en otro cuerpo. ¿Por qué el amor se polariza y pasa de lo más sublime a la costumbre? Quizá la confusión anide en involucrar pasión, deseo, apego y cariño en un mismo sentimiento.

Alma camina sorteando los cúmulos de hojas, según hunde sus pies en la tierra reblandecida, concentrada en su pensamiento, hasta que se detiene un instante. Juraría que suena música. Sí, en efecto, una cadena de notas vuela igual que alas de murciélago guiadas por su instinto. Apenas presta interés, reconoce los acordes de una melodía antigua llegando desde algún punto de la mansión. Aprieta el paso y, tras franquear su costado izquierdo, se sitúa frente a una fachada con pocas luces: las que rielan en la entrada y, en el ala derecha, una iluminación vaporosa en la misma ubicación de los aposentos de Eunice. Alma está segura de que la música escapa de allí.

Logra ubicarse en línea recta y, agazapada entre los matorrales, vislumbra qué sucede dentro. Los cortinajes están descorridos y en su lugar flamean unos visillos. De pronto Eunice cruza por delante de ellos balanceándose en lo que parecen pasos de baile. Al trasluz y en la distancia, apostaría que ha rejuvenecido e incluso distingue el revoloteo en su cuerpo de un traje de fiesta.

Un, dos, tres. Un, dos. Un, dos, tres. La cabeza ladeada, los brazos extendidos según avanza a lo ancho de ese rectángulo de cristal que simula una pantalla de cine. Una de las veces en que vuelve a situarse en su campo de visión, contiene el aliento porque... ¡Eunice no está sola! La mujer cimbreo su torso en los brazos de un hombre ataviado con chaqué. Juntos evocan a una de esas parejas retratadas en las estampas de los años veinte.

Alma se esfuerza por mantener el equilibrio mientras esconde sus ateridas manos en los bolsillos, hechizada por su descubrimiento. Qué no daría por desenmascarar al misterioso acompañante cuya identidad, de conocerse, correría de boca en boca por la pudibunda sociedad de El Norte. ¿Será un trabajador de la mina? ¿El administrador?

Consumidos unos minutos, su postura empieza a pasarle factura; le duelen las rodillas y siente calambres en las piernas, por lo que se yergue cautelosa. La humedad permea el camisón que se adhiere a su piel como una lengua pegajosa. No ha sumado dos pasos cuando le envuelve la sensación de que, además de observar, está siendo observada.

«Alma. —Cree escuchar su nombre silbado entre la negrura del jardín—. Alma, ven». Aterrada, echa a correr hacia la casa.

\* \* \*

Alma está convencida de que la voz del jardín no ha existido fuera de su cabeza; pero da por seguro que su tía protagoniza una doble vida, de la que es probable que esté al tanto el ama de llaves, su presumible cómplice en las visitas nocturnas. Esto no hay sugestión que lo empañe.

No obstante, pasadas unas jornadas de tiempo voluble, se ha encontrado un ramo de rosas rojas sobre la cómoda de su dormitorio. Ese brutal estallido de color ha aireado las inquietudes que la mortifican. Algo repuesta de la impresión, ha pedido explicaciones sobre él a Eunice.

—Es un detalle de ese admirador tuyo, ¿no? Aunque los hombres solo dan cuando esperan conseguir, querida —ha satirizado ella.

—¿A qué se refiere?

—¿No estuvisteis juntos el otro día, en el almuerzo?

—Apenas hablamos —pretextó Alma.

—¡Ah! Una lástima no haberle preguntado sobre tus padres.

—Se retiró pronto. Su esposa no parecía encontrarse bien —vuelve a mentir.

Parece ignorar que la Ley de los Embustes advierte de la inversa relación que guardan a veces las mentiras y las excusas urdidas para ocultarlas.

—¿Su esposa?! —Eunice levanta las cejas por encima de las gafas—. ¡Oh! Cómo me alegro de que conocieras a su *esposa*. Y yo que pensaba que ella...

Ahora ignora cómo salir del lío en que parece haberse metido, por lo cual alega que es de justicia agradecer el envío y sale del cuarto, congelando las palabras de su tía. A continuación tramita la llamada a Ismael Velarde.

—Lamento importunarle. Solo deseaba darle las gracias...

—No hay de qué —corta él. Habla deprisa buscando resolver—. Ya le expliqué mi parecer al respecto.

—Bueno, eso además. No obstante, las flores son preciosas.

—¿Cómo dice?

—Sus flores, sus... rosas.

—Perdone, debe de haber un error. No le he enviado flores. Supongo que estará acostumbrada a ello, pero no soy de esa clase de hombres. Le pido que me disculpe, estaba trabajando y...

—Sí, claro... Ha... ha sido usted muy amable. —Alma descubre la figura de Eunice acercándose y le recorre un sudor frío.

—¿Y bien, querida? ¿Una nueva invitación?

—En absoluto, mera cortesía. Una curiosidad: la nota de las flores, ¿dónde está? —pregunta, haciendo de tripas corazón para que no se note su ansiedad.

—No sé, habla con Refugio.

A la cocina de La Constante le envuelve el aire siniestro de la escena de un crimen. Por más que se desinfeste mediante lejía y amoníaco la basura, por mucha agua oxigenada que elimine los rastros de sangre, la muerte siempre hiede. Nada más entrar rememora el momento en que cambió los botes, antes de deshacerse de las

pastillas originales por el inodoro. Quizá tan solo ella perciba el «delito», o lleve el engaño cincelado en su rostro.

—No ponía nada de interés —argumenta Refugio—. La he tirado a la basura.

Alma se dispone a buscarla entre despojos de pollo y peladuras de cebolla.

—¡Andaba ahí hace un rato, estará usted ciega! Es un sobre azul —arguye el ama de llaves cuando nota que no da con ella.

Nada más escuchar la alusión al color se le despereza el pánico viscoso de siempre y termina vomitando entre los desechos. La interrogación deviene en unos puntos suspensivos en los cuales no cabe otra palabra que locura.

—Usted dirá lo que quiera, pero está preñada —susurra Refugio a su oído—. Los paños de menstruación no ocultan una barriga.

La criada mete la mano en el cubo y tras remover el detritus extrae la misiva doblada por la mitad.

—¡No sirve ni para hurgar entre mierda! ¿Qué pretende? ¿Endosarle el fardo a ese caballero? Entérese de quién es antes de pegarse a su bragueta, no vaya a salirle el tiro por la culata.

La bilis le acorcha la lengua. Alma coge el sobre y lee entre arcadas: «Nada es más dulce que pronunciar tu nombre, Alma».

—Yo sé el modo de arrancarse la larva —sugiere Refugio, mientras ella se limpia la cara de lágrimas e hilos de saliva.

\* \* \*

—¿Has sido tú?

Alma ha abierto de par en par las puertas de la sala grande. Dentro, Víctor Ramos y Gabriel zanja su clase diaria. El niño la mira igual que un bloque de hielo —imperturbable—; al profesor, en cambio, se le desliza la pluma de entre las manos y se agacha malhumorado.

—Gabriel, hemos terminado. Puedes salir al jardín, te lo has ganado.

El pequeño ordena sus cuadernos con el celo de ajustar los lomos en línea y escruta a través de la ventana, remarcando su acción mediante un gruñido. Acto seguido se encamina a la salida. Alma le acaricia la espalda, aunque él no se dé por aludido.

—¿Qué te pasa?

—¿Las rosas son tuyas, Víctor?

Teme la respuesta aunque se agarre a ella como a una boya: «Qué hermoso es su nombre, me gusta pronunciarlo», le dijo él hace días.

—No lo son. Tu tía me ha hablado de ese hombre con quien te ves.

Abatida, se desploma sobre el sofá. Qué arresto tan agotador emplea en disimular; por una parte, anhela sincerarse con Víctor, confesarle su historia y los detalles de la muerte de Damián. La sensación de creerse vigilada, su imposible presencia, las voces, los escritos... Por otra, calla. «Pisa firme, no te precipites».

—No te había considerado de ese tipo de mujeres que se dejan embaucar por cuatro obsequios.

—¿De verdad lo piensas? Ismael Velarde se ofreció a ayudarme a esclarecer un asunto familiar, no hay más.

La angustia es tan tensa que rompe a llorar.

—Shhh, tranquila, princesa —calma el maestro, sentándose a su lado. Acto seguido saca un pañuelo y limpia su rostro.

—¿Cómo explicártelo? Le estaban envenenando... a Gabriel. Esa ponzoña de pastillas era pura dinamita. Le pedí que lo analizara y... ¡Oh! Si hubiera seguido tomándolas, Víctor, no sé qué hubiera sucedido. Él me dio otras para que Refugio...

—¿Qué has hecho? ¿Has interrumpido un tratamiento de golpe y porrazo? ¿Sin hablarlo con un médico? No tienes ni idea de lo que padece, ¿cómo se te ocurre?

—¡Nooo! Vigilo sus movimientos, sus reacciones. Estoy pendiente de él...

—¡Por Dios! Basta de ver fantasmas donde no los hay y no advertir el verdadero peligro. ¡Ese hombre es un monstruo!

—¿De qué me hablas?

El maestro se pone en pie. Responde con gravedad.

—Es un secreto a voces. Mucha fachada gracias a su negocio, pero la verdad importuna aunque se esconda. Hasta sus padres han abandonado la ciudad porque debe de resultar un escarnio para ellos.

—Sus padres no llevaban bien este clima, me ha reconocido él.

—¡No seas ilusa! —protesta Víctor—. Ismael Velarde es un asesino.

—¿Cómo?!

—Mató a su mujer, Alma.

Mauro ha sorteado una yunta de bueyes cruzando la carretera, aldeanos con carros abarrotados, la acechante mirada de Eunice sobre su nuca, antes de llegar a El Norte. Le ha extrañado que tomara el camino del interior siendo más largo, pero enseguida ha intuido que evitaba Providencia. ¿Se trataría de una orden de Eunice o previsión suya? Alma se siente incómoda junto a ella y, sin llegar a exhibir su malestar, se ha mostrado poco locuaz.

—Ya verás, mi modista te encantará —asegura al descender del coche en la ciudad—. Ha trabajado en París.

—Solo quiero alguna prenda ligera por el cambio de temperatura. No tendría que haberse molestado.

—No puedes seguir con esos insulsos pantalones, ni tus suéteres de lana. Considéralo un regalo por cuidar de Gabriel con tanto cariño. ¿No pensarás marcharte ahora que el profesor Ramos y tú os estáis conociendo?

Le ha incomodado la pregunta y la sortea como puede.

—Cuando el doctor Costales entienda que estoy totalmente curada. Todavía me fatigo. —Negará que lo dilata hasta encajar las piezas de un acertijo.

—¿Qué convalecencia tan larga, querida! Esta humedad se mete tan dentro que se queda a vivir en los pulmones.

No deja de ser anómalo sostener alguna intimidad con Eunice, pero no le ha quedado otro remedio que consentirla una vez le anunció su intención. «¿Comprarte solo una blusa? Iremos juntas a renovar ese armario tuyo, que parece el de una zarrapastrosa», decidió ella. Ahora su compañía entorpece sus planes.

El taller de costura está ubicado en un elegante piso, donde un grupo de mujeres se dispone a tomar café ojeando revistas de moda. Su tía las saluda afectuosa según la presenta.

—Es mi sobrina, la hija de Lucía Montesión.

Mientras las señoras alaban su porte e hilvanan disertaciones sobre el eterno femenino, ella se deja tomar medidas y elige las telas. Encima de la mesa, una botella de vino dulce asegura la distracción de Eunice. Alma se cuestiona si la mujer requerirá dispensarse una buena dosis de alcohol para recibir a su visitante secreto o la idea de imaginarse entre sus brazos es suficiente afrodisiaco. ¿Averiguará de quién se trata? Seguro que sí. Antes de dejar La Constante.

Tras encargar dos pantalones en lana fría, sendas blusas a juego, una falda plisada y un vestido floreado de cendal —después de mucho insistir Eunice—, se despide.

—No te preocupes —aduce su tía—. Vamos a echar una brisca y se nos pasará la tarde.

A continuación vuela escaleras abajo y, dentro del coche, recuerda a Mauro la dirección de la consulta.

—¿Quiere que la espere? —pregunta el conductor al llegar.

—No, he apuntado el teléfono y les avisaré cuando acabe. Mejor quédese cerca de mi tía por si le necesita.

El hombre la ha mirado fríamente a través del retrovisor y ni siquiera le ha dicho adiós. Dentro del portal, Alma le ha acechado hasta que daba la vuelta a la esquina y entonces ella ha vuelto a salir hacia una parada de taxis, a pocos metros. Dispone de treinta minutos antes de su cita con el médico. Hoy se someterá a una sesión de hipnosis con un terapeuta del que Costales habla maravillas.

Al acercarse a *El Nuevo Norte* ha rogado al taxista que la esperara, algo que él ha aceptado refunfuñando. Una vez allí se ha dirigido a la biblioteca. Ha entrado como un huracán y algunos usuarios le han rogado silencio con un sonoro «shhhh» que aún retumba en el espacio.

—No sé si se acuerda de mí —pregunta a la bibliotecaria de unas semanas atrás—. Vine buscando información sobre este autor —musita, pasándole una nota escrita—. Quería saber si han devuelto el libro.

—¿Ve este montoncito de papeles? —replica la trabajadora—. Son las devoluciones de hoy porque aquí la gente lee mucho.

—Me lo imagino, pero si hiciera un esfuerzo... tengo a un...

—En El Norte solo hay cuatro salas de cine y un par de teatros. Los pobres escuchan la radio y los pudientes van a restaurantes o viajan...

—*La rosa amarilla*, segundo volumen. ¿Puede hacer memoria?

—Los pobres indocumentados rezan —sigue su retahíla—; pero los cultivados, leen. Y un día, de tanto leer, dejarán de ser pobres. ¿Qué le parece mi teoría?

Alma echa un vistazo al reloj: le quedan veinte minutos.

—No sé qué me ha preguntado... —se excusa—. Perdón.

—¿Por qué ha tardado tanto en venir?

—¿Cómo dice?

—Tuve el ejemplar aquí unos días, pero usted busca el segundo tomo y es el que se han vuelto a llevar. Soy la que más lee en esta ciudad y la que mejor memoria tiene. Recordé su obsesión por esa novela en cuanto la vi encima del mostrador.

Está segura de que la mandarían callar de nuevo porque su latido suena tan fuerte que se escucha fuera de su pecho. Va a reventar.

—¿A quién se lo ha prestado?

—No debo decírselo. No está bien.

—Por favor —implora ella, juntando las palmas.

La empleada mira a derecha e izquierda antes de acercarse a Alma y susurrar su revelación.

—¿Se acuerda de esa señora por la que usted me preguntó? ¿La del moño grande que trabaja arriba? Ella —silabea como si se tratara del asesino—. Su nombre es Cari Pintado. A lo mejor la encuentra ahora en el periódico.

—¿¿Cari Pintado??

—¿No le pega, verdad? Sucede con los maridos, que a veces no casan nada bien con sus mujeres. Pero aun así duran una vida juntos.

—¡Que Dios se lo pague!

—¡Con que me mande un pretendiente me conformo!

\* \* \*

A esa hora de la tarde la redacción hierve. Alma tarda algunos segundos en identificar lo más parecido a una secretaria.

—¿Podría avisar a Cari Pintado? —le pregunta—. Es muy urgente.

—Ya, tan urgente como eso —dice, señalando hacia una caja de cartón repleta de sobres—. Si no quiere emplear el servicio postal, déjeme su carta y la pondré al final de las pendientes.

—No me ha entendido —insiste Alma—. Preciso hablar con ella.

—Todo el mundo quiere hablar con Cari Pintado, monada. ¿Su novio le ha dejado por la dependienta de una mercería o su problema es eliminar una mancha en el mantel de hilo de la abuela?

—No le comprendo.

—¡Bah, no importa! No tengo tiempo para explicarle, buenas tardes.

Alma se queda ridículamente estática en mitad de un lugar animado por un ritmo vertiginoso.

—No es su nombre.

—¿Perdón?

Al girarse descubre a un joven de unos veinte años, de cuyo cuello cuelga una cámara de fotos.

—Cari Pintado es un seudónimo. ¿Usted la lee?

—No. Desconozco cuál es su trabajo. La busco por un asunto privado.

—Mmmm —replica, malicioso—. Así que Cari Pintado tiene asuntos privados. ¿Ella? ¿Secretos? Vaya, después de husmear en los de los demás.

—¿Cómo se llama en realidad?

El chico sacude la cabeza en señal de negación.

—Nadie lo sabe. Es rara; viene poquísimo por aquí. Lo normal es que mande sus colaboraciones con alguien.

—¿Y me puede explicar cómo localizarla?

—Ni idea. Pero sabe algo: me cae fatal. Los plumillas se pasan el día en la calle para sacar oro de las alcantarillas y una señorona cobra el doble por palabra, mientras escribe con un brasero entre las piernas idioteces para mujeres insulsas. Esta profesión me parece muy injusta. Si usted no la lee, me caerá bien.

No anda ella para reivindicaciones laborales. Mira el reloj y cuando da dos pasos hacia la salida, el joven la asalta de nuevo.

—¿Tanto necesita hablar con Cari?

—Sí.

—Tengo una idea. Espere. —Busca en su macuto un papel y un lápiz, y se lo entrega—. Escríbale. Ahora vuelvo.

Alma le observa culebrear entre las mesas tomando un periódico, dejándolo, cogiendo otro. Departiendo con la empleada que la había atendido a ella minutos antes.

Baja la cabeza y se enfrenta al vértigo de una cuartilla en blanco dirigiéndose a quien desconoce.

*Querida amiga, tenemos algo en común. Es más, podemos ayudarnos.*

*Poseo lo que usted busca y usted lo que a mí me interesa. Juntas debemos dar final a una historia inconclusa.*

*Puesto que no he leído el segundo tomo de la novela, no puedo aventurar hasta dónde llegan mis conocimientos, pero le conviene saber que La rosa amarilla era una mujer real. Sé de quién se trata.*

*Le fascinará.*

*Firmado, un alma desconsolada.*

—¿Ha acabado? —la sorprende el joven. Observa que blande entre sus manos un sobre usado.

—Sí. Bueno no. ¿Cómo se va a poner en contacto conmigo? ¿Le dejo un teléfono? No quisiera hacerlo porque resido...

—Lo hará en su sección. ¡Traiga!

—Pero ¿y la carta original?

—Tranquila, solo quería saber cómo quitar el olor a coliflor. Pues que coma judías verdes, no te digo.

El joven le arrebató el papel y lo guarda, después de garabatear algo en el reverso del sobre. A cambio le entrega un ejemplar de *El Nuevo Norte*. Lo último que verá de él antes de salir escopetado hacia una nueva noticia es su mano depositando el escrito en la parte de arriba del montón de cartas.

\* \* \*

—Señorita, le recrimino su tardanza —saluda malhumorado el doctor Costales—. Le insistí en la hora puesto que mi invitado está sujeto a una agenda leonina. Es una irresponsable. Carece de sentido que acuda a mí desesperada en cada una de sus crisis y después actúe con tamaña ligereza. Está dilapidando su crédito y mi paciencia.

—Lo lamento —se excusa avergonzada—. Pero me... me ha acompañado mi tía y por ello he debido de... me he acercado a...

—¿Es una sensación mía o cada vez tartamudea más?

—Me intimida cuando me habla así.

—¿Qué hace usted con esa señora aquí? ¿Ya asume que es «su tía»?

—No. Bueno, es una forma de referirme a ella. —Alma le sigue por el pasillo porque él médico ha echado a andar rápido—. Creí que estaba conmigo, no contra mí.

—Señorita Gamboa, a veces me sorprende su ingenuidad. Adelante.

La consulta del doctor está instalada en su propia vivienda y ambas ocupan una planta del edificio. Tras atravesar una robusta puerta de caoba, se han adentrado en un vestíbulo y acceden a una sala tapizada en brocado granate. En su interior aguarda un hombre enjuto, de profundas ojeras y barba, que saluda con voz grave. Se trata de una de las eminencias europeas en la hipnosis, capaz de desentrañar traumas ocultos y disipar miedos superfluos. Él se encargará de diluir en su psique toda sombra. Ya en el primer saludo, un deje impreciso alerta acerca de su origen extranjero.

—Aquí está la persona de la que le he hablado: mister Wasserman, un detective de la mente capaz de dilucidar los misterios que le angustian, Alma.

—Sigfredo, me halaga, pero no es para tanto. Soy bueno en mi oficio, eso es todo. Bello nombre. ¿La suya cómo se encuentra?

—¿La mía?

—Su alma.

—Perturbada.

—Estamos aquí para aplacar su zozobra.

—He reconocido al doctor mi poca fe en esta clase de prácticas, que si bien he ensayado con él, siguen sin... convencerme.

—¿Por qué ha venido entonces?

Alma rastrea la mirada de aprobación en el médico; ambos se han sentado en un tresillo mientras que el hipnotizador ocupa un butacón frente a ellos. Costales levanta la palma y en señal de anuencia la invita a explicarse.

—Han vuelto las pesadillas. Son horribles. Empezaron en diciembre, tras... tras aquel suceso... Ahora también aparece en ellas mi madre. Está muerta, sabe. Sin embargo, no puedo recordarlo, se ha ido borrando. Quizá mi cabeza no quiera rememarlo. Luego... esa voz... yo creo que le oigo, pero es imposible... Él está... ¡Oh, doctor! ¿Tengo que detallar todo esto?

Sigfredo Costales guarda silencio. Qué grado no alcanzará el desamparo de Alma como para que ella, mujer sujeta a la ciencia, haya llegado hasta allí y esté a punto de someterse a una hipnosis regresiva. Mira a los dos hombres con una duda mayúscula prendida en sus ojos.

—Soy doctor en filosofía, naturista e hipnotizador —responde mister Wasserman—. No me confunda con un farsante como Onofroff, que contaba con un ejército de compinches encargado de seleccionar a los hipnotizados días antes de sus espectáculos. Yo no actué en teatros. No juzgo, tampoco evalué. Solo abro puertas. Una vez obtenida la información el doctor Costales o el médico competente le dirán qué hacer. Parpadee, por favor.

—¿Empezamos ya?

—No. Lo digo por su bien, se le van a secar las córneas si no lo hace.

—¿Qué me va a suceder, doctor?

—Tranquila, nunca perderá el control. Entrará en un estado de duermevela parecido al comienzo del sueño. A partir de ahí mi sugestión le conducirá a escenarios que usted podrá modificar para que queden impresos así en sus recuerdos.

Mister Wasserman se ha puesto de pie, indicándole que tome asiento en la butaca. De un maletín de cuero extrae un metrónomo.

—La técnica hipnótica es empírica y auxilia a otras —expone, dando cuerda al medidor del tiempo—. Sirve para completar la terapia psicoanalítica. Freud la utilizaba. Tradujo el libro *Sobre la sugestión y sus aplicaciones a la terapia*, de Hippolyte Bernheim, uno de sus impulsores el siglo pasado. Le tranquilizará que el premio Nobel Santiago Ramón y Cajal la practicó con tal prestigio que tenía... —titubea antes de seguir—. ¿se dice «cola»? Eso, cola de pacientes esperando en su consulta. El doctor transformó, gracias a la hipnosis, su estado emocional; hizo recuperar el apetito en las, ¡oh!, esta palabra es peor para mí, «histericoepilépticas» inapetentes; eliminó ataques de histerismo con pérdida de conocimiento y los dolores del parto en mujeres sanas, entre ellas su esposa. Silveria, gran dama, alumbró a su sexto hijo sin parar de hacer sus tareas domésticas. Sepa también que logró el olvido radical en acontecimientos dolorosos y atormentadores. Esto la confortará.

—La medicina sería otra de no haberse bombardeado el Instituto de Higiene, amigo mío —tercia el doctor Costales—. Bajo la barbarie de la guerra sucumbieron las páginas de un manuscrito inédito de don Santiago: *La omnipotencia de la sugestión: hipnotismo, espiritismo y metempsicosis*. Lástima, los obuses la convirtieron en una



utopía que nunca llegó a publicarse. ¡Ahora, a lo nuestro!

\* \* \*

—... es un camino sinuoso, cuesta abajo. Hace sol, pero siento frío. Es como si fuese a cambiar el clima de repente. Damián camina un par de pasos por delante de mí —revela Alma. Según le ha indicado mister Wasserman, se sitúa en el primer escenario que le ha venido a la cabeza, donde ha visualizado a Damián. Está sentada; las piernas juntas, las manos sobre los muslos y la cabeza recostada—. Yo quiero cogerle de la mano. No llego...

—¿Ha tratado de hacerlo? ¿Por qué no acelera y se pone a su altura? —habla hondo y pausado. El doctor Costales toma notas en un cuaderno.

—Lo intento, pero anda cada vez más deprisa. —La respiración de Alma se espesifica—. ¡Oh! Empieza a llover y no tengo con qué cubrirme.

—¿Qué es más importante? ¿Buscar refugio o dar alcance a Damián?

—Ir a por él. Que no me deje sola.

—Dígame qué más ve a su alrededor. ¿Reconoce el paisaje?

—Sí, es hermoso. Muy verde y con algunas rocas desperdigadas. Al fondo hay un acantilado. Oigo el mar. ¿Por qué no para Damián? Va directo a los riscos. Si tropieza... se puede caer.

—Adviértaselo. O eche a correr y adelántele.

—Amor, ¿adónde vas? ¿Me escuchas? —De súbito Alma calla y, cuando sigue, cambia su tono—. ¿Quién es ella? ¿Qué haces tú con esa mujer?

—¿Hay alguien más con ustedes?

—Sí. Ha aparecido de repente.

—¿La conoce?

—Está de espaldas. Lleva el pelo suelo, muy largo... —Alma ha empezado a sollozar—. ¡Es ella!

—¿Ella?

—Cécile. La mujer de un hermano de mi madre... ¿Qué hace aquí, Damián? Dijiste que llevabas una vida buscándome, que las mujeres anteriores no significaron nada. ¿Te acuerdas de cuando me hablabas de salir a pescar? Yo era única, me lo aseguraste.

—¿Qué le responde él?

—No, no... no habla. Solo veo su nuca, no se vuelve. Se ha parado frente a Cécile. Ha dejado de llover.

—Oblíguele a hacerlo. Póngase delante de él. Sea valiente, Alma. Si no la ama como usted se merece, déjele marchar.

«De acuerdo», asiente su voz, mientras en su subconsciente avanza hasta rebasar la figura masculina.

—¡Ahhh, madreeee! —grita en un desgarr—. ¡Madre, mírame! Soy yo, soy tu hija. ¿Por qué me has dejado? Madre, abrázame, por favor.

El doctor Costales abandona la libreta y frunce el ceño, echando una mirada de reproche al hipnotista. Cree que está siendo demasiado duro. Él, por su parte, impulsa las manos igual que un director de orquesta al compás. Sabe lo que hace.

—¿Su madre está con Damián, Alma? ¿Cómo advierte su cara?

Tarda en responder el tiempo en que se limpia con el pañuelo que acaba de entregarle el inglés, aunque sigue llorando desconsolada.

—Damián es mi madre —atina a aclarar—. La noto distante.

—Extienda la mano y acaricie su rostro. Hable con ella, expóngale lo que le aflige.

—Perdóname por no haberte cuidado. Madre, ¿qué tienes en la boca? Dame la mano... ¿Qué es eso, qué guardas ahí? ¿Adónde vas ahora?

En el estado hipnótico Alma contempla espeluznada cómo la figura de su madre se encamina hacia la cortada. Y constata la inutilidad de tender los brazos hacia ella porque la distancia entre ambas, por más que acelere, crece exponencialmente. Grita. Rabia. Escupe hiel y saliva. Al colocarse a la altura de Cécile, las dos mujeres se vuelven hacia ella antes de dar un paso al frente y saltar al unísono al vacío. Nada amortigua sus alaridos de auxilio. A pesar de la cautela —cortinas echadas, la puerta cerrada, la sutil luz filtrada por un par de tulipas oscuras— se siente desprotegida. Desnuda. El rítmico sonido del metrónomo al fondo se torna teatral y dramático.

—No podía retenerla. No se empeñe en lo imposible. Su madre se ha ido. —El terapeuta lee una frase que le acaba de pasar el doctor Costales y se la traslada—. ¿Qué guardaba en la boca?

—No lo sé... Parecía morder algo.

—¿Y en sus manos? ¿En los bolsillos? ¿Se ha desprendido de ello al caer?

—¡No! No, lo ha soltado.

—¿Qué cree usted que era?

—Pastillas... —pronuncia con un hipo lastimero.

—Ahora voy a contar hasta cinco y saldrá de ahí —ordena él—. Busque un lugar seguro. Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¿Dónde está?

El rostro de Alma se inunda de una bella placidez. Sonríe feliz.

—Mirando hacia la playa. ¡Qué bonita es!

—¿Se encuentra al lado del mar? ¿Va a tomar un baño?

—¡Nooo! Estoy dentro de una casa, sentada sobre la cama junto a mi muñeca. Veo conchas marinas colgadas de las paredes y visillos de hilo blanco en la ventana.

—¿Es la primera vez que está ahí?

—Al contrario. Me encanta venir. Hay jarrones con flores y algunas velas encendidas. La puerta se abre ahora mismo.

—¿Le sobresalta que entre alguien? ¿Siente inquietud?

—No. Entra, me abraza y me besa. Huele tan bien y es tan hermosa.

—¿Quién es la persona que acaba de llegar, Alma?

—Es ella. Es mi madre.

\* \* \*

—¿Cómo se encuentra, mi admirada señorita Gamboa? —interroga el doctor Costales, ofreciéndole un cigarrillo encendido—. Unas caladas y lo tira. Sus pulmones no están preparados todavía.

—No recuerdo nada —responde, frotándose los ojos. Le duele la cabeza y siente el cuello agarrotado—. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Dos horas desde que entró en el laberinto de su psique.

—Demasiado poco —acota mister Wasserman—. Detecto mucho trabajo en su cabeza.

—¿Qué se supone que debe sucederme a partir de ahora? ¿Dejaré de oír voces fantasmales?

El doctor Costales chasquea la lengua. El hipnotista le secunda.

—Aquí no ha terminado nada. Su camino no ha hecho más que empezar.

Durante las jornadas siguientes a su regresión, el humor de Alma discurre por terrenos resbaladizos y su mente se puebla de imágenes que no sabe catalogar. ¿Serán vivencias o simples alucinaciones?

Por otra parte, cada mañana ha adquirido la rutina de ojear un periódico que antes menospreciaba. Sus páginas encienden los fuegos en La Constante, llegando a sospechar que ese es el motivo por el cual están suscritos a él, porque no ha sorprendido a nadie leyéndolo. La sección que le interesa se titula «El buen tono, por Cari Pintado», un heterodoxo consultorio donde la mujer cuyos pasos rastrea resuelve peregrinas cuitas que traen a maltraer a sus lectoras. Desamores, pleitos familiares, tenaces olores domésticos. Roedores por la despensa o infidelidades en el lecho. Cualquier cosa sirve a su elocuente pluma para desplegar unas dotes de apaciguadora universal. Le tranquiliza que no acostumbre a reproducir las cartas; en algún caso transcribe parte del encabezamiento y en otros resume el contenido en su aclaración. Mientras las yemas de sus dedos ennegrecen al pasar las hojas de *El Nuevo Norte*, se le aviva el pulso confiando en que la suya haya sido elegida. Pero, de momento, no ha tenido éxito.

Como si Eunice hubiera consultado a Cari Pintado qué hacer con una sobrina discolia, ahora es una balsa de aceite; aunque Alma supone que obedece a una estrategia de no agresión. A Gabriel vuelve a encontrárselo huraño, pero, dado que ya no puede echar la culpa a la medicación y el profesor incorpora el inglés a sus clases, lo que estimula su atención, aventura que se siente solo. No encontrar compañía de su edad es duro, de modo que planea una visita al pueblo de La Constante donde reclutar niños para una pandilla. De esta iniciativa no ha hablado aún con el maestro, cuyo cortejo demuestra fortaleza romántica.

—He traído algo para ti —anunció un día al llegar—. Ábrelo —le pidió, dejando sobre la mesa del recibidor un paquete. Víctor acababa de quitarse la chaqueta y exhibía una sonrisa orgullosa—. ¿A qué esperas?

Dentro halló un conjunto en color chocolate de falda y suéter, cuyo centro lo ocupaba un corazón de fieltro rojo llorando gotas de sangre.

—No puedo aceptarlo.

—No seas estúpida. No será la primera vez que recibes un regalo.

—Suen a impertinencia.

—¡Bah, Alma! Bromeo. Quiero invitarte al teatro. Podrías estrenarlo entonces, o cualquier otro día. Lo importante es verte feliz.

Acarició las prendas; le gustaba la audacia del motivo. Echó un vistazo a la etiqueta escrita en francés y valoró su detalle.

—¿Soy esto? ¿Un corazón en carne viva?

Esta vez el beso lo dio ella.

\* \* \*

El domingo 7 de abril ha bruñado su melena y se ha embutido en el traje de chaqueta color lavanda.

—Iré a misa, con una condición —ha dicho a Eunice al otro lado de la puerta de su alcoba cerrada, como siempre, bajo llave.

—Al Señor no se le ponen condiciones —grita la mujer—. Te va a castigar por tu soberbia.

—La condición no es para él, sino para usted.

No ha escuchado nada y justo cuando iba a marcharse, ha sentido virar la llave dentro de la cerradura. Eunice ha aparecido en el umbral luciendo un ridículo turbante de plumas; a su espalda reinaba la penumbra, aunque antes de que cerrara la puerta ha distinguido una cama al fondo del cuarto y un gigantesco cuadro sobre su cabecero.

—¿Cuál?

—Llevar uno de los coches —articula decidida—. Y a Gabriel conmigo.

—Eres una temeraria. Como si no supieras la maldición que son para esta familia.

Alma ha aparecido en La Constante pilotando el Citroën; después, tras el oficio, ha anunciado que darían una vuelta por el pueblo.

—Va a llover —augura Eunice, contrayendo los labios, pero ha comprendido lo inútil que sería oponerse—. No te demores, la comida es a las dos.

Alma y Gabriel han vagado como una descompensada pareja de novios. El crío gasta pantalón a media pierna, que al sentarse enseña sus huesudas rodillas, un pelo cortado a tazón y el pie de un individuo de metro ochenta. Infunde verdadera grima rozar ese manojito de interminables huesos.

—¿Quieres beber algo? —sugiere Alma.

De ese modo se han sentado en una de las sillas de la terraza del colmado, pidiendo unas gaseosas. La dueña se ha obcecado en invitarles.

—Este niño tan buen mozo, ¿quién es? —pregunta.

—Mi primo. Se llama Gabriel y vive en la casa grande.

La mujer enfoca unos rasgos que poco encajan con los de los Monteserín.

—Es el nieto de mi tío Ventura y su mujer, Cécile. —Alma pronuncia el nombre a propósito—. ¿Los conoció usted?

—¿Quién no?

Juraría que se ha envarado y se le han quitado las ganas de conversar.

—Si le pidiera algo, ¿me ayudaría? —propone a continuación.

—¿Yo? ¿En qué le soy útil a usted? —pregunta, limpiándose las manos en el delantal.

—Gabriel no conoce a chavales de su edad y usted podría decirme de algunos con los que amigar.

—Lo que más hay son viejos. Los niños empiezan a trabajar pronto.

—Pues al llegar se nos ha echado encima una pandilla de chavales.

—No son del pueblo —aclara tajante la dueña del establecimiento.

—Sí. Estaban apostados en unas casas abandonadas, a la entrada.

—No son del pueblo —repite—. Mejor déjelo estar.

—No la entiendo.

—Son hijos de los renegados. Manténgase lejos de ellos.

Su firmeza resucita las palabras de Mauro: «Gente de mal vivir, a los que nadie quiere ver». Los dos se refieren a lo mismo: a un puñado de casas que se atisban al fondo del valle, a las afueras. La cantinera desaparece y Alma deja unos céntimos en la mesa antes de marcharse también.

—¿Quieres ir? —se dirige a Gabriel, a un atolondrado chaval que no sabe ni por dónde pisa.

Y allá que van.

\* \* \*

A unos cuatro kilómetros por una carreterucha, unas ruinosas fachadas de adobe y piedra les impiden avanzar. Llovizna desde hace minutos y Alma no encuentra el mando del limpiaparabrisas.

—¿Tú divisas a alguien? —pregunta al niño—. Parece abandonado.

Por más que no despegue los labios, su mera presencia se convierte en un sedimento de calma. Alma abandona el vehículo, pañuelo en mano, con la intención de limpiar el cristal y al volver dentro se encuentra una cuadrilla de tarados surgidos de la nada frente a ellos: cojos, mancos, jorobados de vítreos ojos y oscuras pieles

tumefactas.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Parecen niños, algunos sin pelo y a otros les crece con ronchas. Unos harapos encostrados forman una argamasa de barro o detritus que cubre sus cuerpos a medias. Lentamente los «revividos» avanzan hacia el Citroën en ralenti.

Alma paladea un rescoldo de temor según maniobra marcha atrás.

—¿¿Qué pasa?? —modera un grito al percibir el tacto de Gabriel en el brazo. El niño advierte que ya están encima del capó y lo manosean. Si mueve el coche, se los lleva por delante—. No te va a suceder nada. Conmigo no.

La frase resulta una declaración de intenciones. Nadie va a hacer daño a Gabriel, porque el vínculo que mantienen es un binomio de afectos. Según arrecia el diluvio, los andrajosos empiezan a dispersarse. Mientras el chaval se ha girado hacia su ventanilla, pegando la nariz al cristal.

—¿Qué haces? ¿Has visto algo? —Él se aparta, lo que facilita apreciar una figura vestida de blanco clavada en el fango—. ¡Ah, María Nieves! —exclama Alma—. ¡Abre la puerta! ¡Vamos! —Gabriel sacude el cuerpo entero, negándose a ello—. ¡Sí, abre! No es mala, no va a hacernos daño.

Alma vence la cerradura y va al encuentro de una anciana cubierta por un turbante más pesado que ella. La carne consumida, la piel arrugada y esos carbones incandescentes que no dejan de mirar al niño. Lo entiende, cómo no comprenderlo: es el nieto de su señora. Puede que incluso lo arrullara siendo bebé. En un impulso, Alma empuja a María Nieves hacia el asiento delantero al tiempo que tranquiliza al pequeño sobre su presencia: «Confía en mí, ella es una buena mujer». Cierra la puerta y permanece en el exterior cubierta por una manta, deslizado su mano a lo largo de la ventanilla para refrendar que sigue ahí, que nunca se marchará. Lo del interior... ¿a saber qué pueden decirse dos criaturas mudas?

Pasados unos minutos María Nieves golpea con los nudillos y ella le ayuda a salir. La lluvia que insiste en caerles encima se funde en sus lágrimas.

—Ya nos vamos, Gabriel —grita para hacerse oír entre las estridencias del aguacero.

Alma se vuelve a sentar en el vehículo, tiritando, y la anciana le introduce un cordón de varios colores en el puño. Después lo aprieta con sus manos, le persigna en la frente y se aleja bajo la lluvia. ¿Qué significado dar a esa trenza de tela? ¿Formará parte de alguna prenda que usen las cubanas? Sin embargo, una voz interior le revela que debe valorarlo como un amuleto. Y no se equivoca.

\* \* \*

—¿Se ha mirado al espejo? —reclama Mauro cuando acaba de aparcar el vehículo—. ¿Se han metido en un sembrado o qué?

—Más o menos.

—Usted verá, pero yo en su lugar me cambiaría de ropa de inmediato. Mal sitio este para enfermar. Debería saberlo ya.

Según está saliendo de la cochera, Alma cae en la cuenta de que ha olvidado el bolso en el interior del Citroën, por lo que va a por él y lo encuentra bajo el asiento del acompañante, al lado de una cajita de madera labrada. Coge los dos objetos y se reúne con Gabriel, quien la espera fuera. La lluvia ya ha parado y las nubes empiezan a disolverse.

—¿Esto es para mí? —pregunta, mostrándosela—. ¿Me la ha dejado María Nieves? —Él congela la vista en el horizonte sin desplegar los labios—. ¡Oh, por Dios! Respóndeme alguna vez.

Caminan a lo largo de la encharcada gravilla, apurando los minutos para no retrasarse en el horario de la comida, cuando les sobresalta una voz.

—¡Adiós, señorita Alma y señorito! —grita Albín, asomándose detrás de una mata de hortensias atestada de flores—. Qué buena pareja hacen.

—Buenas tardes —responde con acerbidad. El niño se aprieta a su falda y ella siente al empleado acechando su trasero mientras sube los escalones de la entrada.

Una vez en el vestíbulo ordena a Gabriel que se lave las manos, pero antes de echar a correr hacia su cuarto, ha recibido un regalo maravilloso.

—Gracias —ha pronunciado él en su trabada lengua—. *You're lovely*<sup>[4]</sup>.

Las palabras infantiles remueven las lágrimas más dulces que haya probado en mucho tiempo.

En el dormitorio, Alma se ha desprendido de la ropa húmeda, se ha secado el cabello y se ha envuelto en un jersey a velocidad de vértigo. A las dos menos tres minutos destapa la caja antes de bajar a comer. Descifrando un nuevo enigma, comprueba que contiene un puñado de pulseras y abalorios similares a los que gasta María Nieves, pero en su fondo surge un papel. Se esfuerza en despegarlo con la uña y descubre una fotografía girada.

En dicha imagen un grupo de mujeres de largas faldas forma un pasillo, en cuyo centro despunta una chiquilla de unos dos años repleta de lazos y mordiéndose un puño. La instantánea destila una doble vigilancia: la de ellas, admiradas ante el desparpajo infantil, y la de la niña, escrutándolas sorprendida de despertar tanto interés. A sus espaldas, un ciclópeo rostro de cartón piedra dilata una boca abierta por la que se cuelan algunas mujeres.

Se trataba de la entrada al Túnel de la Risa, uno de los entretenimientos del extinto Parque de Diversiones de Ciudad Lineal. Lo indica en el reverso una letra curva y picuda que Alma conoce a la perfección. También lo sabe porque esa fotografía le resulta familiar.

Porque esa niña es ella.

Antes de cobijarse en la cama, Alma resume en su diario sus deducciones de las últimas horas. Ahora empieza a encajar todo.

Cuánto sentido otorga a las hipótesis del doctor Costales, que en su última cita apostó por la capciosa mano de Eunice tras lo que estaba viviendo. Es cierto que entonces le pareció descabellado, pero gracias a la fotografía del arca acaba de eliminar de las notas o las rosas una pátina que no le consentía enfocarlas con nitidez. Claro que era fácil conocer detalles de su rutina con solo haberlo intentado.

—No lo descarte. Cualquier detective de cuarta podría haber seguido sus pasos por Madrid. Rebuscan en las casas, en la basura... Y usted resulta un libro abierto.

—¿Un detective? ¿A mí? Es una idea ridícula. Esa manía suya de leer a Chandler no le conviene —replicó Alma al médico.

—Analicémoslo bien, mi admirada señorita —adujo él—. Existe un móvil: la herencia. Su tía ha cometido la indiscreción de mostrarle sus cartas por medio de ese administrador, con quien —Dios sabrá— a lo mejor yace.

—¿Qué asco! ¿Cómo se le ocurre semejante... mezquindad?

—Eunice tiene un amante, lo ha corroborado con sus propios ojos. Y por tanto, posee un cómplice. O una secuencia de ellos; entendiéndolo que en esa formidable mansión en la que duerme no cuenta usted con un solo aliado.

—Demasiado enrevesado, habría sido más simple rechazar mi visita. «Estaré encantada de recibirte, pero en este momento no puedo, querida» —declamó Alma, imitando a la mujer.

—¿Ahí reside el quid! ¿Recuerda la conversación telefónica que mantuvieron, en la cual le reveló el fallecimiento de su madre? Eunice concibe entonces que tarde o temprano hará valer sus derechos y reclamará su parte.

—Nunca se me pasó tal cosa por la cabeza.

—Pero por la de la maligna dama sí. Por ese motivo decide espiar sus movimientos a fin de saber lo que necesita de usted para... ¡por ejemplo, chantajearla!

—¿Qué barbaridad! No doy crédito.

—O extorsionarla del modo que más la amedrente. Como es el caso.

Faltaba, claro está, la pieza dentada para articular el mecano y ha llegado gracias a la anciana María Nieves.

Según escribe acaricia la prueba de una vivencia que consideraba perdida. La imagen obedece a su primera visita al Parque de Diversiones, aunque hay algo opaco que oculta sus recuerdos de esos años. Igual que flashes en el daguerrotipo de su memoria comparecen una noria y el vértigo en el estómago, el frontón, la máquina voladora y el pabellón acristalado con olor a chocolate. El mismo sabor de los besos de su madre estrujándola a cada rato.

La niña virada al sepia era Alma en estado puro: una cría que cautivaba a cualquiera, aunque con los años dilapidó su frescura y acopió miedos. ¿Quién tuvo la culpa? Quizá unos abuelos sobreprotectores, su madre, la soledad de ser hija única... Matices que la abocaron a pretender que la universidad primero o el amor después deberían redimirla. Pero la vida no se portó como auguraba.

La letra pertenece a su padre. Él solía catalogar el pasado en álbumes. Los que encontró desperdigados a la vuelta de su viaje a la Costa Brava.

Los seres queridos no mueren de golpe, se marchan en etapas. Una especialmente cruda es olvidar su voz. Por más que se esfuerza uno en recrear el timbre, su tono, la textura de un sonido antes cotidiano, no puede. Otra es cuando nos asaltan sus objetos y no hay mano que los quite de en medio. Ella se tropezó con los álbumes de su padre —desordenadas las fotos, algunas caídas por el suelo de mosaico— y el hombre no estaba para arreglar tal desbarajuste. Sí, llevaba muerto siete años, pero sus fotografías no lo sabían.

Alma deja de escribir y se frota los ojos, porque vuelve a llorar.

Si se concentra puede olfatear esa peste a chamusquina que desprendía la lumbre. Tras dejarla Julio, con la herida de su ruptura supurando, Alma entró en la casa sin sospechar lo que le aguardaba en su interior. Las cajas de mudanza obstaculizaban el paso. Seguían sin sellar y a medio llenar. Dentro del despacho el embalaje tampoco había progresado: los libros se amontonaban entre porcelanas y botes de cristal esmerilado, en los cuales el alquimista de su padre condensaba las esencias. Alma destapó algunos frascos e inspiró sus aromas. Todos olían a él.

No entendía ese desgobierno. Desde luego no había sido buena idea consentir que su madre se enfrentara sola al traslado. Nadie impone orden cuando el dolor le esclaviza, y tal cosa le ocurría a ella.

Entre los álbumes fotográficos hubo uno que cautivó su atención porque no lo había visto antes. Poseía un tamaño inferior a los otros y bellas tapas en piel roja. Alma lo rescató de la debacle y sentada sobre el piso se dispuso a contemplarlo. Pasó una y otra y la siguiente página, hasta descubrir que solo aparecía ella. La letra oblicua de su padre añadía explicaciones a cada fotografía: «Alma jugando con Dimas» —el perro de la familia—, «Alma en bicicleta», «Alma frente al Túnel de la Risa» —y desliza las yemas de sus dedos limpiando una lágrima que rebota en esa imagen—, «Su primer día de universidad», «Estrenando un bañador de mujercita»... Algunas las recordaba con claridad; otras se le habían desdibujado.

La fotografía a la que se aferran sus manos pertenece al álbum; o para ser más exactos es una copia de la que guarda en una cómoda que perteneció a su abuela, ahora en su actual dormitorio. No obstante, no imagina a su padre remitiéndosela a Eunice y deduce que posiblemente fuera su madre la que estableció contacto epistolar entre ambas. Entre los dos cabos de una familia fragmentada.

No lo tacha de comportamiento oculto ni de ninguna traición puesto que las dos mujeres se profesaban un afecto sincero, y es comprensible que Lucía mantuviera a su cuñada al tanto de lo que le sucedía. Qué madre no alardea de los progresos y logros de un hijo.

Esta imagen pertenece a su tía, e intuye los avatares por los que ha debido de pasar antes de sujetarla ella: si los Montesión se alinean en dos bandos, María Nieves se ha proclamado la defensora del buen nombre de su difunta señora Cécile y no cejará en su afán de limpiar la suciedad que sobre él trate de echar Eunice. La anciana la había conseguido de algún modo, al igual que el retrato de la cubana y todo aquello que ayude a reparar su reputación. El hecho de entregársela a ella, a alguien ajeno a los tejamanes de Eunice, debe traducirlo como una petición de auxilio. María Nieves ha debido de padecer un rosario de escarnios tras la muerte de Cécile. Y es inevitable el cariño, la ternura que empieza a trabarse entre las dos. Extraño trío el que forman junto al descalabrado Gabriel.

«Si supieras lo que ha logrado esta fotografía, madre. ¿Cuántas más habrás mandado?», pronuncia en voz alta, consciente de que, desde su regresión, todo lo referente a su madre se ha clareado.

Alma vuelve a comprimir los párpados y la película de aquella tarde de julio al volver de sus vacaciones pasa ante ella sin remisión.

\* \* \*

Recuerda que su abstracción en el álbum rojo no le consintió escuchar los primeros timbrazos del teléfono.

—Dígame —contestó apresurada.

—Doña Lucía, ¿se encuentra usted bien?

—Soy su hija, ¿con quién hablo?

La vecina del piso de arriba arguyó su extrañeza al comprobar que la botica permaneciera cerrada desde hacía dos días. Alma se sorprendió igualmente, pues suponía a su madre allí. Al colgar buscó por encima del aparador, en el salón, en la lumbre de carbón donde rescoldaban papeles, algún indicio que indicara si se había marchado, aunque no tenía sentido, pues aquel era un día laborable y la rutina de Lucía tan fútil que no sospechaba adónde podría haber ido.

Como pudo tiró de la maleta escaleras arriba. La planta superior olía a cerrado. Peor, un tufo a vómito densificaba el aire.

Cuando se encontró con la puerta de la alcoba materna cerrada, un estacazo invisible le magulló el esternón. Ella siempre la dejaba a medio abrir porque sentía claustrofobia. Al girar el picaporte, comprobó que tenía la llave por dentro. «¡Madre, madre!», gritaba mientras la empujaba hasta que cedió el pestillo. Alma desplegó las contraventanas y el sol de la tarde mostró su cuerpo inerte sobre la cama.

No hubo mueble que no se llevara por delante. Confirmó su pulso, aunque débil, y en volandas la metió en la bañera bajo un chorro de agua fría. Al quitarle el camión, de entre alguno de los pliegues de la tela, cayó un objeto metálico; pero ni se paró a averiguar de qué se trataba. Solo después de que los camilleros transportaron a Lucía hacia el Hospital Clínico recuperó del fondo de la tina una llave, en cuya cabeza aparecía cincelado el número 612. Nunca la había visto.

Incógnitas aparejadas a un día hecho de interrogaciones.

Minutos antes, al ir a telefonar para pedir ayuda, había descubierto varias ampollas de cristal junto a una jeringuilla sobre la mesilla y a los pies de la cama esparcido el contenido insustancial de un cajón, en el cual Lucía solía archivar papeles y sus diarios. Alma malició de qué se alimentaba el fuego en la lumbre de la cocina, innecesaria una ardiente tarde de julio. Entonces no supo discernir qué le dolía más, si la enajenación de su madre queriendo quitarse la vida o su cólera, al castigarla hurtándole los motivos que pudieran aparecer en sus diarios. Lucía quemaba sus naves al huir.

La fisura en la relación que llevaba fraguándose tanto tiempo se precipitó por un vacío. Hondo, negro. Desértico.

Alma enciende un cigarrillo y se tiende sobre la cama. Le cuesta continuar escribiendo. Es insólito cómo evalúa aquellos sucesos en el presente, con lo que le costaba digerirlos. La primera vez que sospechó de su madre fue la primavera de 1941. Durante uno de los habituales altercados, provocado, en esa ocasión, por su intención de retomar los estudios universitarios.

—Ya tengo el dinero y los formularios —anticipó Alma.

—Eres vieja para eso —fue la respuesta de su madre, pelando la naranja del postre.

—He cumplido veintidós años.

—En cuanto empiece el curso, veintitrés. A esa edad las mujeres han parido un hijo por lo menos y tú pretendes pasearte con unos libros bajo el brazo.

—No es un capricho. Ni tú ni yo tenemos formación para regentar la farmacia, seamos honestas. Nos arriesgamos a perder la licencia.

—¿Para qué quieres los libros de tu padre entonces? Gastas horas en ellos.

—¡A Dios gracias que existen! Pero hay materias que no entiendo. De sobra sabes que él decía...

—¡Tu padre no me dejaría sola! —gritó Lucía—. Quieres manejarte a tu antojo porque te estorbo.

En plena discusión ella cogió el bolso, salió del salón y al poco regresó con un vaso de agua, mientras reincidía en la misma cantinela quejosa. Minutos después empezó a dar cabezadas. Alma achacaba su repentina somnolencia al cansancio diario, aunque esa vez, tras conducirla a la cama, probó los restos del agua. Su amargura le hizo escupirlos. Al revolver dentro del bolso de Lucía encontró unas ampollas de Eucodal, un potente analgésico.

La diario administraba medicamentos y había sido incapaz de reconocer los efectos en su madre. Es hoy y sigue sin poder mirar imperturbable una de esas cajas azules de letras rojas.

¿Desde cuándo tomaba Eucodal? ¿Habría otros calmantes? Si los combinaba, si sumaba varias sustancias y en dosis arbitrarias, las secuelas auguraban un desastre. Inspeccionó el botiquín y tan solo identificó en él medicinas convencionales; después abrió las puertas de los armarios de la cocina hasta que al fondo de uno, en un bote donde acostumbraban a guardar galletas, halló un frasco de Jarabe Bayer de Heroína. Si bien se recetaba en procesos catarrales, conocía sus cualidades sedantes y desconfió de que no ocultase otras medicinas o las encubriese en la farmacia. Aunque Alma empezó a vigilarla como a una criatura que empezase a andar, debía de enmascarar bien sus adiciones, pues le costó encontrar evidencias y terminó relajando su presión. De manera que, tras el ingreso de su madre ese mes de julio, los remordimientos tomaron fuelle porque se reprochaba no haber atendido las señales que Lucía llevaba años mandándole.

Días después, los médicos del Hospital Clínico sugirieron su ingreso en una clínica de reposo y el Sanatorio Santa Rosa parecía el adecuado. «Su madre padece una psicosis neurodepresiva. Suele darse en viudas unidas a sus esposos, que se obsesionan con la muerte para encontrarse con ellos», diagnosticaron unos psiquiatras que cobraban por respirar. Pero las ampollas de morfina le insinuaban que no pararía en un intento de suicidio, pues el infierno continuaba muy cerca. Quizá agazapado en su abatimiento o en la inestabilidad de su ánimo.

Su madre salió del sanatorio por primera vez en la Navidad de 1944, como un alumno por vacaciones; cuando el ciclón Damián había volteado por completo la existencia de Alma.

A partir de ahí y hasta la fecha, siente que no ha hecho más que despeñarse al azar. Alma aprieta el cigarrillo sobre el cenicero y oculta la fotografía junto al resto de sus tesoros en la maleta grande.

De un modo imaginario, debería guardar también ahí la llave que apareció en la bañera, aunque eso le remite a un episodio que incluso cuestiona la inmaculada figura de su padre. Le recordaría al edificio de correos de la plaza de Cibeles y a una caja de seguridad. Una tarde de septiembre, intempestiva en Madrid y yerma en su corazón, decidió no abrirla jamás y dejarla frente a una mujer a la que no había visto en su vida. Junto a ella quedó la llave que abría la taquilla 612.

No quiere recapacitar sobre esto, pero vuelve Damián. El bucle de un amor imposible empaña todo lo demás.

*Quería que contaras mis cicatrices y las borraras a besos, una a una. Que pusieras tus dedos en sus huellas para calmar la memoria de cualquier dolor. Pero en lugar de eso... me has dejado una nueva.*

—Mi querida y admirada señorita Gamboa, parece una de las actrices de la representación que vamos a disfrutar —le asalta la voz redonda de Sigfredo Costales a su espalda—. Qué alegría toparme con usted aquí.

—¡Ah, doctor! —responde Alma. Acaban de encontrarse en la entrada del Teatro de la Real Ópera. Hoy, Domingo de Ramos, se estrena la obra *Los habitantes de la casa deshabitada*, de Enrique Jardiel Poncela, y el evento reúne a lo más granado de la sociedad norteña—. Vaya sorpresa. Le presento a Víctor Ramos, el maestro de mi sobrino.

—Mmmm, apuesto joven para una bellísima mujer, ¿no le parece?

—No dejo de repetírselo, pero Alma parece dura de oído. —Víctor le estrecha la mano—. Usted debe de ser su «salvador».

—Para qué negarlo, sí. Soy el mejor neumólogo, no ya de esta ciudad, sino uno de los mejores del país. La modestia no conduce a ningún sitio, créanme. Ahora me disculpo, porque mi mujer me espera dentro junto a unos amigos y, si no llego con tiempo para leernos el programa antes de empezar, me aguarda una seria reprimenda. ¡Ups! ¿Quieren un consejo? —pregunta, bajando el tono—. ¡No se casen nunca! Copulen, vivan en pecado... hasta que se aburran tanto que terminen leyendo los programas de las funciones teatrales. Señorita, caballero.

El doctor Costales hace un amago de reverencia y se pierde entre el público, camino del patio de butacas.

—Curioso, ¿no? —valora Víctor—. Cuando los médicos son tan eficaces salvando mortales pueden permitirse excentricidades. En cambio otros oficios, como el de un maestro, exigen de un comportamiento intachable. Lo contrario nos penalizaría públicamente.

—¿Ah, sí? ¿Se puede saber qué harías de no tener que interpretar el papel de ciudadano modelo?

—Te besaría aquí mismo hasta dejarte sin aliento.

La vehemencia de Víctor Ramos la hace tambalear; le agrada su ímpetu, aunque no está segura de poder corresponderle; no obstante, su tela de araña es tan tenaz que cuesta rehusar sus invitaciones o sus cortesías. La primera en aplaudir esta cita ha sido Eunice, quien se ha encargado de acicalarla. Alma ha recurrido —temblosa, antes de vestirlo— al Balenciaga rojo que le regaló Damián, pero del resto de su atuendo es responsable la mujer: las medias de seda; el broche *art déco* de su abuela Alma que le ha enrojecido la mirada al descubrirlo; la sugerencia del moño bajo moldeado con ayuda de las habilidosas criadas y el bolso de cocodrilo, a juego con sus zapatos traídos desde Madrid. Antes de abandonar la casa, Alma ha contemplado a Eunice descender la escalera envuelta en una cola de armiño que ha anudado a su cuello como remate final. A pesar de su pésimo gusto, ha de reconocer que esta vez ha dado en el clavo.

Alma y Víctor ocupan un palco. Desde fuera simulan ser una pareja cualquiera. En especial cuando el profesor acaricia su mano, refrendándolo. La perspicacia de que las cosas avanzan deprisa, sin la convicción de que sea lo que anhela, planea por su mente durante la función. A su vez, la casona solariega repleta de fantasmales presencias donde se desarrolla la trama le transporta sin remedio a La Constante hasta recordar una charla que le impide concentrarse en la obra.

\* \* \*

Había terminado de desayunar y buscaba un banco donde leer el último ejemplar de *El Nuevo Norte*, cuando divisó a Mauro baldeando el enlodado Citroën.

—¿María Nieves vive en ese arrabal que nadie quiere pisar? —le preguntó sin rodeos.

—Suponía que había estado usted en él.

—No me ha respondido.

—¿Qué sé yo dónde vive esa vieja negra?

—¿Por qué no les ayudan? Son niños y están enfermos.

—Son bazofia. La mitad nacen del pecado y la otra, fruto del castigo.

—No le entiendo.

—Mejor.

—¿Siempre han vivido allí? —insistió, sin darse por vencida.

—¿Cuánto es siempre? Para mí siempre es mucho tiempo; por el contrario, para el pobre niño Gabriel es poco.

—¡Vaya, va a resultar un filósofo! —Alma se puso en cuclillas, mirándole mientras limpiaba las ruedas—. Yo sé que aquí se producen cosas con las que no está de acuerdo, pero es leal y eso le honra. Ahora, si no me las cuenta, habrá alguien que lo haga. Nada se puede ocultar eternamente. Dígame, ¿quiénes son esos miserables? ¿Agreden a las personas? ¿Son peligrosos? Los delincuentes...

—¡No son delincuentes, sino apestados! Pero hay quien se empeña en mezclarse con ellos y no traen nada bueno. Se lo advertí al señorito Fabián cada vez que me tocaba ir a por... —De repente guardó silencio.

Alma no logró interpretar si se trataba de un desliz o de una declaración intencionada. Mantuvo la calma y siguió:

—No sé por qué se extraña que llamen mi atención, usted lo ha dicho: la curiosidad viene de familia. Mi tío también quería ayudarles.

—Ya le digo yo a usted de qué manera —replicó cáustico.

—Por lo que tengo entendido era un hombre muy viajado, instruido y culto, a quien le parecería una aberración tener un gueto.

—¿Qué sabrá para lo que iba su tío Fabián allí!

—Dígame usted —retó Alma—. ¿Por qué acudía él y los demás no quieren ni acercarse?

—Porque hay cosas que la gente no soporta.

—¿Ser un minusválido? ¿Que falte una mano o un miembro? Usted también cojea, Mauro. Mejor que nadie debería entenderlos.

—¡Porque son negros! ¿Es que es ciega y no los vio? Negros que fornican sin parar y paren engendros. Déjese de ser una hermanita de la caridad y ocúpese de sus miserias.

Mauro se puso de pie con tal virulencia que la empujó, dejándola sentada sobre el empantanado suelo. Confundida al principio, pero espoleada por sus ganas de dilucidar qué ocultaba el poblado, esa tarde planeó conversar con Eunice. En ocasiones es imperativo hipotecar una parte de la parcela propia si se ambiciona un terreno mayor. De manera que cedió un ápice de su información explicándole que había tratado de reclutar niños que jugaran con Gabriel, pero se había topado con la disconformidad de la tabernera.

—Tiene razón, querida. Aquel es un mal sitio.

—No terminé de comprender quiénes lo habitan.

—Tu tío Ventura y su mujer trajeron un cargamento de sirvientes de Cuba; casi todos eran familia. Se reproducían como chinches y llegó un momento en que no cupieron en la casa —aclaró Eunice—. Aparte de que ganduleaban. Les entregaron unas tierras en usufructo para que las cuidaran y levantaran sus casas. Como muertos de hambre sin oficio ni beneficio, subsisten entre ratas.

—¿Por qué se han quedado aquí si no trabajan?

—Algunos lo hacen en la mina. Son negros, adónde van a ir que más valgan. Nadie quiere darse de bruces con ellos, ¿o tú sí?

—¡Por supuesto que no, tía! —mintió ella, llevándole la corriente—. ¿Y de qué viven?

—¿Vivir? Del vicio. De las cuatro perras gordas que les dan.

—Que les dan, ¿quiénes?

—¡Niña, pareces tonta! Son rameras y putos. Hombres y mujeres. Les da lo mismo.

—¡Oh! ¿Quiere decir que...?

—Sí, las casas son un burdel de baja estofa. Así nacen los niños, atrofiados. Porque uno no sabe con quién está fornicando: a lo mejor a una hija la preña su propio padre.

—¡Qué aberración! Hay que denunciarlo a la Guardia Civil.

Eunice estalló en sonoras carcajadas.

—¿Acaso te crees que no van ellos? Los hombres son así, viciosos por naturaleza. Las mujeres del pueblo prometen rosarios con tal de que sus maridos solo copulen con hembras y no con... ¡Ya sabes!

Tras la conversación de Eunice, dos antiguos comentarios cobraron mayor sentido. El primero fue la desafortunada ironía de Albín la mañana en que intentó agredirla: «Un limonero que da naranjas (...). Al señorito Fabián le pasaba lo mismo: parecía una cosa, pero era otra». El segundo fue una apreciación de Refugio el día que resultó descubierta en el desván: «En toda su familia hubo taras. Fabián quiso beberse la vida con sus vicios a la vez, pero la vida le arreó un sopapo».

Alma conjeturaba que su tío Fabián había sido un vividor, pero los matices de su golfería los oculta la mansión bajo los retratos de un atractivo dandi.

Al día siguiente, mientras deambulaba junto a Gabriel tratando de sacarle alguna palabra más en su nativo inglés, oteó a Albín picando tallos secos en los rosales. Le daba tanto asco su presencia que le costaba dominar sus pies para que no echaran a correr en dirección contraria. Pero esta vez, hizo un esfuerzo. Al verla aproximarse, el hombre cortó una rosa abierta y un capullo.

—El capullo para el capullito de la casa —dijo, exhibiendo el desastre de su dentadura—. Y la rosa madura para...

—¡Déjese de historias! —atajó Alma, arrastrándole lejos del niño. Gabriel permaneció tieso reconociendo el tallo de la flor—. Usted me contó una cosa y quiero que me la aclare.

—Albín nunca se acuerda de nada. Habla y habla, pero luego...

—Ya puede acordarse, porque como no lo haga le voy a recordar a mi tía algo.

—No tengo memoria, señorita Alma.

—¡Váyase a la mierda! ¿A qué se refería al asegurar que mi tío Fabián era como el limonero que daba naranjas?

—No sé de qué me habla. ¿Qué limonero?

—¿Ve esta rosa llena de espinas? —Alma se remangó la rebeca y pasó el tallo suavemente por su antebrazo—. O me lo explica o me la clavo, empiezo a gritar, digo que me ha agredido. Vaya largando, o le van a echar y no va a tener ni una perra chica para gastársela con las putas de la aldea.

Un hilo de baba empezó a desprenderse de la boca del jardinero. Ella no se reconocía con semejante vehemencia. En realidad, trataba de confirmar una respuesta que conocía: su tío Fabián fue homosexual, aunque la familia tratase de silenciarlo. No obstante, sus visitas donde agonizan los deseos proscritos no podían borrarse así como así.

—El señorito Fabián quería hombres —arrancó Albín—, y cuando no los encontraba en otro sitio, los iba a buscar allí. Que le cuente Mauro la de veces que lo sacaba borracho de las chozas.

—¡Váyase!

—Pero lo que le gustaba no es lo mismo que a otros hombres.

—No quiero saber más, márchese.

—A él le gustaba sentirse una mujer, ¿le explico lo que es eso?

—¡¡Márchese!!

\* \* \*

—¿Te apetece un tentempié, un refresco? —pregunta Víctor al finalizar el primer acto—. Estoy aquí para hacerla feliz, señorita Gamboa.

—Acepto todo. Hoy me siento caprichosa. Mientras, acudo al aseo.

La pareja abandona el palco y cuando el corredor se bifurca, Víctor va en busca de los refrigerios según ella avanza hacia los cuartos de baño. Le cuesta abrirse paso subida a sus tacones en medio de quienes fuman distraídamente un cigarrillo, detenidos como en hora punta de tranvía. Alma curioseaba la forma de las cabezas que le adelantan, hasta reparar en la de un moño: la inenarrable ensaimada es reconocible a distancia. Pertenece a Cari Pintado, la esotérica mujer que le descubrió *La rosa amarilla* y cuya página en *El Nuevo Norte* consulta a diario, todavía sin respuesta. Si estirase los dedos entre los trajes de encaje y percal, llegaría a rozarla, pero apenas puede moverse, y gritar su nombre parece desaconsejable.

—¡Alma! —oye a su izquierda.

Se trata de Ismael Velarde, y la oleada de espectadores los empuja uno sobre otro.

—¡Oh, hola! —saluda ella—. Lo siento, ahora no... Perdón.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, perfectamente. Pero iba al cuarto de baño y...

No puede perder tiempo en distraerse. Sin embargo, él la examina absorto, impidiéndole seguir, mientras su labio inferior pende de un modo ridículo.

—No... no parece usted. Está... bellísima. —Como si tomara conciencia de su torpeza, reacciona—. Qué alegría me da encontrarla, a veces he pensado...

—No creo oportuno que hablemos —reconoce Alma, sin dejar de vigilar por encima de su hombro. Su voz es dura.

—Lo lamento, me temo que fui impertinente por teléfono. Pero sepa que he consultado a un doctor, amigo mío, acerca de Gabriel y él pronostica que... ¡Oh! ¿Cómo está el niño?

—Ismael —alega tajante—. No quiero que nos vean juntos.

—¿Cómo dice?

Alma rebufa malhumorada; ha perdido de vista a Cari Pintado y aunque quisiera echar a correr hay tantísima gente que le resultaría imposible. Por otra parte, no asimila el cinismo de su interlocutor.

—¿Por qué no me dijo lo de su esposa? —expone sin circunloquios.

—¿Mi esposa? —Ismael Velarde arruga la frente—. No entiendo por qué debo desnudar mi sufrimiento ante cada persona que conozco.

—Cierto. ¿Me disculpa?

—Claro. —Se hace a un lado, pero rectifica y se coloca delante de ella—. ¡No! No quiero disculparla. Le exijo que me explique a qué viene su reacción.

—¿Exigir? Señor Velarde, ¿qué clase de individuo es usted? Habla de sufrimiento cuando su mujer ha muerto asesinada.

—¿Asesinada? Qué barbaridad.

—Sí. Aunque saliera bien librado del juicio, fue el culpable de su muerte.

—¿Juicio? ¿Quién le ha contado tal calumnia?

—No importa quién lo hiciera, porque lo sabe todo el mundo.

—Eso es mentira. ¡Una estulticia!

De repente Alma escucha pronunciar su nombre.

—Estabas aquí —saluda Víctor—. Te he traído un refresco. Veo que no estás sola.

—Nos acabamos de encontrar; comentábamos que la obra está siendo muy entretenida, ¿verdad? ¿Conoces a Ismael Velarde?

Alma hace las presentaciones antes de ofrecerle su mano, y despedirse del hombre que presencié impasible una muerte. ¿Quién contempla hundirse en el agua al ser que ama y no hace nada por salvarle? ¿Quién, dueño de un sano juicio, podría no agonizar entre sus remordimientos después?

¿Acaso podría aguantarlo ella?

Alma y la costurera del pueblo acortan las mangas de un vestido cuando su tía entra en la salita contigua a la cocina y lanza el periódico sobre la mesa repleta de labores. El alfiletero sale disparado, desperdigando los bonis.

—¡Querida, estoy conmocionada! —asegura el chirriante timbre de Eunice—. ¿Has visto esto?

—¿Qué pasa? —sondea Alma.

—¡Un horror! Los muertos se cuentan a pares —anuncia dramática.

La mujer señala en la portada de *El Nuevo Norte* la macabra estampa de un tranvía al pie de un puente; en el suelo un puñado de bultos cubiertos por sábanas de las que escapan varios pies como chifladas manecillas de reloj.

—Un accidente en Madrid. Se ha caído un tranvía al río.

Alma toma el diario sin rechistar, repasando los titulares.

## CATÁSTROFE EN EL PUENTE

El mayor accidente tranviario de la historia.

Madrid. 16 abril. Un tranvía de la línea 31, que realizaba el trayecto plaza Mayor-Carabanchel Bajo, descarrilló a la altura de la glorieta de Pirámides al fallarle los frenos. El tranvía de la marca Westinghouse se precipitó los ocho metros del puente de Toledo que le separaban del cauce del río, regando a parte de su pasaje por las huertas de la zona. Según cuentan los supervivientes, la máquina había sido desestimada para su uso al detectar su conductor fallos de mecánica. El tranvía iba abarrotado de pasajeros que, en algún caso, se colgaban en el exterior de asideros inverosímiles. Hasta el momento se computan doce muertos, ciento ocho heridos y seis desaparecidos en las aguas del Manzanares, para cuya búsqueda no se descarta su drenaje.

De repente a Alma le ha crecido un peso en mitad del pecho y un tapón en la nariz. Abre los labios para respirar y repara en cómo tiemblan sus mandíbulas.

—Me ha recordado a la mujer de Ismael Velarde, la que se murió ahogada. ¡Menuda forma de hacerlo, válgame Dios! Su marido ¡me libró de la condena porque a saber con qué influencias no contará. ¿Por qué no me dijiste que coincidisteis el domingo?

—Media ciudad acudió ese día al teatro.

—Me han contado que está muy desmejorado. No le arriendo las ganancias del reconcome que debe de tener encima. ¿Lo pasaste bien con Víctor?

—Sí, voy a dar un paseo, ¿me disculpa? Me llevo el diario para echarle un vistazo.

\* \* \*

La víspera de Semana Santa el cielo ha vuelto a encapotarse siguiendo el duelo apostólico que aparece en el calendario.

Alma se adentra en el jardín, escoge un cenador de glicinias y tras limpiar la mesa de hojarasca, extiende los pliegos de prensa. La brisa marina le ha revitalizado lo justo para no desplomarse. El periódico queda destripado ante ella.

El desarrollo de la noticia en páginas interiores azuza el morbo y reincide en la negligencia de los viajeros a quienes responsabiliza, entre líneas, del accidente. Traduce el mandato oficial detrás; España se está transformando en un país de borregos que degluten aquello que les dan sin pararse antes a reflexionar. Le apesadumbra este retrato.

También apunta lejana la posibilidad de drenar las aguas, pues unos buzos del ejército se están encargando de peinar el fondo del río y se espera dar información sobre los desaparecidos en breve. Una gota cae sobre el papel. La tinta se diluye y lo emborriona. Busca su pañuelo para limpiarse las lágrimas, pero se desploma otra y otra más: ha empezado a llover. Le conviene regresar; Malpais no concibe chubascos, sino diluvios. Apresurada recoge el periódico, sin embargo se le escurren algunas páginas, entre ellas los pasatiempos, donde se publica una sección que hoy —sus aprensiones lo entorpecen todo— había olvidado revisar: «El buen tono, por Cari Pintado». El título de una de sus columnas le cautiva: «Para un alma desconsolada».

¡Seguro que se refiere a ella! Esta vez sí. No puede dilatar la lectura hasta hallarse a cubierto, y la empieza amparándose bajo los racimos de la enredadera.

*Mi querida amiga:*

*He leído su sucinta carta embargada por la ternura, puesto que interpreto la búsqueda de los seres queridos como una de las asignaturas pendientes de todo ser humano. Sin embargo, le diré que su consuelo no está en lo terrenal, sino en lo más hondo de su espíritu, porque solo así calmará su desasosiego. Le encomiendo que lo alimente como corresponde a estas fechas de recogimiento y oración. Consuele su alma rezando.*

*En la coincidencia de procesiones por nuestras bellas calles de El Norte le sugiero que participe en la del Cristo de la Fe, Jueves Santo, Dios mediante, viviendo su devoción junto a la colegiata, donde el paso hace un alto para deleitarse con las emocionantes saetas que entonan las angelicales voces del coro eclesástico.*

*Y no deje de visitar la iglesia de San Telmo y pedirle a Santa Clara que le esclarezca no solo la vista del rostro, sino la de su alma, querida lectora. A la santa siempre le gustaron las rosas. A veces amarillas.*

*Con profundo y leal afecto, su amiga, Cari Pintado.*

\* \* \*

—¡Pero has visto cómo vienes, querida! Estás empapada. —Eunice le sale al paso en la cocina. A su espalda Refugio ríe maliciosa.

—Tía, quiero rezar por esa pobre gente del accidente. He oído que la procesión del Cristo de la Fe es muy milagrosa. ¿Qué le parece si acudo? —De antemano sabe que no opondrá ninguna resistencia.

—¿La mosquita muerta se ha convertido? —rumia el ama de llaves junto a los pucheros.

—¡Qué alegría me das! Iremos todos, incluso Gabriel.

Alma no contaba con tanta compañía pero precisa acudir a la ciudad ese día como sea. Y acepta el peaje a modo de penitencia.

\* \* \*

El jueves 18 de abril le envuelven un traje negro prestado por Eunice, una mantilla y su consabida peineta, que jamás había usado, y unas ojeras violáceas tras dos noches dando cabezadas. En ellas ha releído el arrugado trozo del diario que rescató de la lluvia hasta memorizar cada palabra y ha meditado sobre la mujer, cuyo rostro apenas recuerda. ¿Cómo puede saber Cari Pintado que está recopilando información sobre un familiar si su nota señalaba simplemente a la «protagonista de la novela»? ¿Acaso está al tanto de la historia de Cécile? De confirmarse, ¿qué conoce que ella ignora?

A su llegada moderan la lluvia y el viento. Alma se ciñe la chaqueta oscura que cubre el vestido y echa a andar junto a Eunice y el pequeño; disponen de bastante tiempo para adentrarse en el casco viejo antes de que se atiborren sus calles de fieles. Tras recorrer unos metros por Santa Brígida acceden a Estafeta para confluír en el lugar donde los espera Víctor Ramos, escoltando unas sillas de madera. Le petrifica su presencia; no se lo había anticipado el día anterior.

—¡Qué amable es reservándonos un sitio! Tonta serás si dejas escapar a este partido —espeta Eunice, antes de saludar a unos conocidos.

—No sabía de tu devoción —le comenta ella al maestro.

—Yo tampoco de la tuya.

La contingencia de permanecer sentada complica sus movimientos, porque de pie resultaría más fácil retirarse unos pasos aduciendo cansancio o una indisposición, mientras que ahora se encuentra más comprometida.

Alma empuja a Eunice a la silla central con total intención y sitúa a Gabriel a su lado, lo que obliga al profesor a ocupar uno de los dos extremos libres y ella el otro.



De este modo alcanza cierto margen de maniobra si tuviera que levantarse.

—Vas a estar lejos de mí —masculla Víctor al pasar por delante.

—La cercanía que importa no es la física.

—De acuerdo. Siempre preferí la química, bella dama.

El ocaso impregna el cielo de El Norte de nubes rojas y el ambiente, de un profundo olor a cera e incienso. Las húmedas piedras, la noche en los ropajes, el siseo de las mujeres recitando oraciones, el rítmico resonar de los tambores creciendo a los lejos en una amenaza ineludible conforman las piezas de una esperpéntica obra teatral en cuyo argumento Alma siente no encajar. Ella es un fraude y la impresión de que tarde o temprano alguien la desenmascarará se ha trocado en una nueva opresión sobre su diafragma. Ni siquiera sabe qué hacer con esa ristra de cuentas colgando ahora de sus manos: uno de los rosarios que Eunice ha puesto a su disposición. Se ha negado a preguntar a quién perteneció, dada su incapacidad para cargar con más fantasmas encima. En un día como este, resulta inadmisibles no evocar el agnosticismo de su padre y el alejamiento de su madre cuando, tras su muerte, se negó a acudir a la iglesia porque las prédicas escocían más su dolor.

Alma ha crecido lejos de la fe, pero hoy se encomienda a su Cristo a fin de apaciguar la ansiedad por desentrañar verdades.

\* \* \*

Dos horas han transcurrido sin una mísera contraseña. Ante ella se suceden cofrades, fervientes devotos, piadosas mujeres clamando al Santísimo por el cumplimiento de sus promesas. La hipnótica parsimonia del desfile absorbería sus sentidos, de no ser porque trata de adivinar el perfil de Cari Pintado entre cualquiera de los viandantes.

A su lado Gabriel, intimidado por los capirotos, ora mira con abstracción al frente, ora baja la cabeza hacia sus famélicas rodillas. Agarra su mano. Está blanda, sin voluntad. Siempre pasa igual: tras cada progreso en su conducta, surge una desesperante involución.

Las tinieblas cubren una de las vetustas calles de El Norte. Tras las dos filas de sillas, hombres y mujeres circulan con fluidez, por eso resulta anómalo encontrar a aquel individuo varado enfrente. Viste gabardina y el ala del sombrero le resguarda el rostro. Alma le observa desprenderse de él cuando el Cristo se coloca cerca de su posición y alzar la cabeza, en lugar de agacharla en actitud de respeto. A pesar de la distancia, sus ojos son dos estiletos incrustados en ella.

Impactada, se lleva la mano a la boca y reprime un grito. No puede ser él, es imposible, se repite. Ha de arrancarse ese nocivo miedo de encima. Sus obsesiones la impactan peor que a un monigote.

—¿Te encuentras bien, querida? —inquire Eunice—. Nunca supuse que pudieras emocionarte tanto.

—Mmm —gime ella, con ojos lacrimosos. No articula palabra.

Acaba de iniciarse la saeta a la que aludía Cari Pintado. El palio oscila impidiendo la visión de la acera opuesta. Los minutos hasta que arranca son la eternidad de un condenado. Una vez despejada la vía, Alma constata que el misterioso individuo ha desaparecido, corroborando que su visión la ocasiona su propia cabeza. No obstante toman, machacones, otros temores: ¿y si se equivocó de lugar? ¿Y si nunca encuentra a Cari?

Cierra los ojos tratando de respirar acompasadamente. De repente percibe un cosquilleo en el cuello igual que un hálito que rebasara el encaje de la mantilla. Vuelve la cabeza y su vecina inclina la suya, chocando sus peinetas con rumor de castañuelas. ¿Quién se imaginaba que andaría detrás? Empieza a estar demasiado trastornada: el accidente del tranvía ha removido sus aguas, igual de turbias que las del Manzanares.

Damián no existe —lo repite como una oración—, y además debe concentrarse en las indicaciones de la colaboradora del periódico, pues en algún matiz que le ha pasado inadvertido reside su error. La iglesia de San Telmo se cruza entre sus sienas. Quizá la afluencia de gente le haya impedido acercarse y esté aguardándola allí. Cree recordar en qué calle se encuentra; ella e Ismael Velarde pasaron por delante de su fachada barroca la tarde en que comieron juntos.

—Necesito ir a un aseo —anuncia a Eunice.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar?

—No, estoy mal de vientre. A lo mejor ha sido por la impresión.

—Que te acompañe Víctor.

—¡No! Me avergüenza. Ni se lo mencione, tía. Además, tardo menos sola.

—¡Memeces! Anda ve. A ver dónde encuentras un excusado.

Alma se levanta sin mirar atrás abriéndose paso entre la turbamulta, y en cuanto se ve libre de la vigilancia de Eunice echa a correr.

\* \* \*

Al entrar en la iglesia detecta poca gente dentro y se derrumba en un banco de la nave central. Está exhausta. El trayecto ha resultado tortuoso —sintiéndose acechada, perseguida por sombras— y precisa de un descanso.

A ambos lados del templo la devoción se auspicia en capillas chicas. Casi todas vacías. En un Jueves Santo, la calle es dura competencia.

Una vez repuesta, Alma emprende la búsqueda. Su agnosticismo le aboca a no conocer los atributos de Santa Clara, confiando en poder identificar a los integrantes del santoral en cada peana. Durante breves instantes la reverberación de unos pasos la sobresalta; se mantiene inmóvil, hasta que de un lateral emerge un monaguillo llevando una vasija. Estaciones de una procesión, el niño va colmando de agua los jarrones, capilla a capilla. Alma se reprocha asustarse por el menor motivo; ahora es momento de afanarse en localizar un ramo de rosas a pesar de las tinieblas que la cercan.

Al fondo de la iglesia identifica una oquedad. En su interior hay una imagen ungida por hábitos que balancea un farolillo en su mano, donde prende una vela. «Santa Clara de Asís», informa una chapa metálica pegada a la pared de piedra.

El reloj de muñeca le anuncia lo tarde que se le ha hecho; tendrá que urdir una excusa coherente para Eunice.

Cuesta distinguir algo dentro de esa cueva donde apenas cabe una persona en pie. Desperdigadas por el suelo identifica monedas, cestas con huevos, trozos de papel y alguna flor, pero ninguna es una rosa amarilla. Alma bufá nerviosa. Vuelve a sentir pasos y entonces deduce que, en cuanto terminen las procesiones del templo, parece probable que se abarrote de gente, por lo que debe actuar con rapidez. «Tiene que estar. Carece de sentido haber llegado hasta aquí inútilmente. ¡Cuélate dentro!».

Dicho y hecho. Se remanga la falda y franquea la valla de la gruta. Dentro de ella abre el bolso, rastreando la caja de cerillas, y sus dedos se topan con el cordón trenzado de María Nieves; una absurda corazonada le lleva a acariciarlo cada vez que acomete cualquier acto que exija lo mejor de ella. Uno tras otro, los fósforos van iluminando su infructuosa búsqueda hasta que una vez consumidos siente los músculos agarrotados y el ánimo flojo; decide sentarse un instante en el piso. Se niega a irse de manos vacías, persuadida de que algo obvio se le está escapando.

Entonces levanta su rostro hasta enfocar el de la talla. La imagen le resulta de una conmovedora dulzura, reproduce a una joven encerrada en un hábito y apartada del mundo. Sus ojos la recorren de arriba abajo hasta reparar en la similitud entre el cordón que apresa en el interior de su bolso y el que cuelga de su cintura, si bien el suyo es multicolor y el de Santa Clara, una cuerda dorada. A medida que desciende, el dogal se va compactando en algo asimilable a un tallo vegetal y lo que se supone que debería de ser un borlón desbrozado en su punta se transforma en un capullo. ¡Ahí está! ¿Cómo no se había dado cuenta? ¡Es la rosa amarilla!

Cuesta tanto no gritar de emoción. Alma se pone de pie y acaricia el tejido hasta advertir unas formas rectangulares en el interior de la estatua. Los pies descalzos, las desnudas piernas de madera la sobrecogen como si fueran de carne y hueso, mientras levanta el hábito y en la cara oculta de la saya aparece la novela.

«La rosa amarilla», lee tutelada por el candil que porta santa Clara. El ejemplar está encuadernado por la biblioteca, pero bajo la portada se ampara la original. Alma ojea anhelante las primeras páginas.

Enseguida comprende que precisa de un tiempo del que no dispone y busca el cuadernillo central de fotografías, pero esta vez solo contiene dos y al final: la primera reproduce a Cécile y la otra es una figura masculina. Aunque la luz no alcance para elucidar sus rasgos, tiene una corazonada. Ella conoce a ese hombre.

Alma cierra el libro y antes de abandonar la cripta se santigua ante la santa, a pesar de su carencia de fe, pero está sintiendo tantas cosas alejadas de lo racional que ha

resuelto dejar de interrogarse sobre ellas. Justo enfrente, entre dos capillas, detecta una lámpara encastrada en la pared donde la luz es más potente.

El ruido de sus propias pisadas se multiplica. Quiere marcharse de allí lo antes posible; le estremece esta soledad sobrenatural.

Amparada por el foco, sus dedos se deslizan a lo largo de los hilos blanco y negro que forjan las historias de papel. Ya antes ha visto esa pose masculina y la verdad la golpea en su centro, en mitad de un aturdido corazón. Por si no fuese suficiente el autor la rubrica: «Mi amor por siempre en los colores de tu isla. Fabián M. Ebersbach».

—Todavía estoy a tiempo de creer en ti.

El susurro no puede ser real, se asegura. Habita solo en su mente. De hecho ni siquiera ha oído que alguien se acercara. Aun así, trata de ahuyentar sus lémures en voz alta.

—¿Quién es usted? —Su pregunta rebota en una iglesia vacía, de espaldas a ella.

—De creer que aparecerás el día menos pensado y lo harás sin mentirme.

—¿Qué pretende, eh? ¿Cómo conoce esa frase? Damián está muerto. ¿Qué tiene que ver usted con él?

—De creer que me quieres. De creer que me buscas.

Alma aprisiona *La rosa amarilla* antes de volverse. Comprime sus pies contra el suelo y el aliento en su garganta. Lentamente se da la vuelta y lo que descubre quiebra el mundo alrededor.

Después, no habrá nada.

LA POTENCIA DE LA CAUSA INTELIGENTE ESTÁ EN RAZÓN DE LA MAGNITUD DEL EFECTO

El peso de La Constante cae a plomo sobre sus hombros tras dos días guardando cama.

—Era el más guapo de los varones —comenta Refugio—. De renacuajo costaba saber si se trataba de una hembra o de un varón. Su madre lo vestía de una cosa u otra y él engatusaba a la gente. Hubo que esperar a que pegara el estirón para que le nacieran las hechuras de hombrecito. ¡Lástima! Habría logrado lo que se hubiera propuesto.

—A lo mejor, a su modo lo hizo —aduce.

Situada frente a la pared de la biblioteca donde se suspenden las fotografías y los retratos, contempla la imagen de Fabián. Está convencida de que es la reproducida en el libro. En ella su tío descansa sobre una *chaise longue*: el cabello bastante largo, la mirada escamoteando al objetivo y una hilera de hormigas delineando el bigote que ampara su sonrisa. El hombre de la foto irradia sensualidad.

—¡Bah! Esa gentuza con la que se juntaba no era gente de buen vivir —prosigue una locuaz Refugio—. A algunos los traía aquí y le reían las gracias a doña Alma. A ella, una mujer leída, le agradaban esos intelectuales que pretendían cambiar el mundo con cuatro palabras. No se dio cuenta del estrago que hacían en su hijo. Don Ventura sí; él sabía la tierra que pisaba. Nadie le llenaba la cabeza de pájaros, antes les cortaba uno a uno el pescuezo y las alas. ¡Ay, Fabián! Qué buen mozo fuiste, *jodío*.

—Algunos hombres poseen un físico poco masculino que... recuerda al de una mujer. Afeminados, quiero decir.

Cómo le ha costado plantear esta hipótesis, pero tarde o temprano debía exteriorizarla.

—No, no sé qué quiere decir —responde cortante el ama de llaves—. ¿Y usted qué hace vestida así?

—Voy a salir. Me ahoga este encierro.

—Su tía se ha ido; espere a que vuelva de misa. Si se encuentra mejor, ¿por qué no la ha acompañado, eh? A mí no me engañan sus golpes de pecho de beatona.

—¿De qué está hablando, Refugio?

—Del numerito del otro día en la iglesia.

—Tuve un síncope —justifica Alma—. El doctor Costales fue explícito.

—Al médico también lo ha obnubilado. ¿Cree que no me doy cuenta de lo que hace? Se está camelando a su tía; debe de pensar «a los que no puedo manejar como enemigos los convierto en amigos».

Alma rompe a reír. Reconoce que la criada baraja recursos.

—¡Menuda estrategia está hecha! Regresaré a la hora de comer —anuncia, descendiendo hacia la entrada.

—Mientras yo viva, usted no toca un pelo a la señora. Ni de esta casa.

Mira hacia arriba y distingue a Refugio en jarras en la embocadura de la escalera.

—«Esta casa» es tan mía como de ella —contesta—. Si cobra un salario, sepa que también procede de mi dinero. Me lo ha aclarado el administrador. Me hartan sus insinuaciones. No soy ninguna intrusa. Seguiré en La Constante el tiempo que considere preciso. ¿Ha comprendido?

—¿Lo ha hecho usted? Ni un pelo; antepongo mi cadáver.

—Menos lobos, Refugio. En esta familia sobra orgullo y se escatima el sentido común.

—Se va a arrepentir de haber venido.

—¡Váyase al cuerno!

\* \* \*

A medida que conduce hacia las puertas de La Constante se relajan sus piernas. No han cesado de temblar ni al meterse en el Citroën, ni siquiera durante el rítmico pedaleo de las marchas. Debe de ser la incomodidad de un enfrentamiento tan incisivo, mas Refugio no consiente dejar heridos.

De todos modos, también le irrita haber sido descubierta. A ella no la puede engañar. Sabe que su repentina fe esconde un acercamiento a Eunice. Al propio doctor Costales lo tiene desconcertado.

Cuando en la tarde del Jueves Santo se abrieron las puertas de la iglesia de San Telmo para recoger el trono del Nazareno, los encapitotados cofrades que lo precedían se dieron de bruces con una mujer en el suelo. Fue unánime el temor a que estuviera muerta. La mortaja de la mantilla solapándole el rostro, la peineta desprendida y esos zapatos fuera de sus pies presagiaban lo peor. «No parece un robo —articulaban—. Y respira. ¡Está viva!».

Alma empezó a oír el revuelo como si se recuperara de un sueño.

—Dejen paso, soy médico —apuntó alguien—. Vivo aquí al lado, llevo conmigo el maletín.

A continuación, el frío de un fonendoscopio sobre su pecho lo importunó tanto como para tratar de despegar los párpados, pero le costaba reaccionar. Después advirtió que alguien liberaba el traje en torno a su brazo y bombeaba la pera de un medidor de presión.

—La novela, ¿dónde está? —preguntó al volver en sí. Los demás la tomaron por ida.

Por entonces, el rumor de una mujer desmayada en la iglesia de San Telmo corrió igual que la pólvora encendida hasta los oídos de quienes levantaban el tenderete de la procesión en la calle Estafeta.

—Esta chica, ¿dónde estará? —rumiaba Eunice—. Víctor, vaya a buscarla.

—¿No será su sobrina esa que ha aparecido en San Telmo? —sugirió una conocida—. Dicen que ha sufrido un ataque de ardoroso fervor. Se llama Alma, ¿verdad? Con semejante nombre no se puede esperar otra cosa.

Eunice apremió al maestro y fueron en su rescate. El Sábado de Gloria, Sigfredo Costales acudió a La Constante tras la convocatoria de Eunice.

—A esta chica le pasan unas cosas rarísimas. ¿No le saldrán estigmas, doctor? Las conversiones más virulentas son las de los descreídos.

—Señora, la salud de su fe me trae al paio —replicó malhumorado—. Lo único que me interesa es su sistema respiratorio. El próximo lunes la quiero en mi consulta.

La dificultad de conversar a solas con Alma le sulfuraba.

—Mi ya poco admirada señorita Gamboa, es una negligente. Fruto de sus andanzas, su tensión arterial ha devenido en una montaña rusa. —Según recogía los bártulos disminuyó el tono hasta dejarlo en susurros—: Ya me contará el lío que se trae con la santa Madre Iglesia.

—No piense mal, doctor... Es que... le vi. A él... a...

—¿Al Santísimo? ¿Levitó? ¿Entró en éxtasis? No me cuente sandeces o va a resultar santa Teresa. Me sorprenden sus reticencias ante una ciencia como la hipnosis y que, en cambio, comulgue con doctrinas carentes de base empírica. Confío en que el trastazo la haya devuelto al mundo de los cuerdos.

—Necesito explicarle...

—No me apetece oírlo —atajó rotundo—. Ya puede implorar a los santos para que se lleven al limbo a ese patán, porque hasta que no haga limpieza de lo que anida aquí —dijo, golpeando con los nudillos su cráneo—, no lo va a enterrar nunca. La espero el lunes. Y sea puntual, mister Wasserman tiene muchísimo trabajo.

Aunque su confianza con el doctor Costales es incondicional, aún no se ha sincerado sobre algunas cuestiones familiares que entran casi en el campo de los chismorreos. No le ha hablado de *La rosa amarilla*, ni de cómo cayó en sus manos; tampoco de la arcana mujer llamada Cari Pintado, ni de su fallida cita. Presente que todavía no ha llegado el momento. Añadir más incógnitas a la ecuación solo le restaría credibilidad.

\* \* \*

La silueta de Providencia recorta el cielo en grises y negros. La mansión resulta tan cautivadora envuelta en brumas como bajo el manto soleado de este domingo.

Alma aparca el coche junto a los portones. Lo primero que detecta son las nuevas cadenas, más sólidas que las anteriores, por lo que su deseo de acceder al interior como otras veces no es posible. Tras una rápida inspección, grita el nombre de María Nieves a través de las verjas. Sabe que la anciana, aunque muda, se comunica a su manera, por más que no haya obtenido de Gabriel ni una clave del encuentro que sostuvo con ella.

Su preocupación ahora es el libro. Cuando recuperó la consciencia había desaparecido y por más que preguntó a sus «salvadores», nadie le supo dar explicaciones. Resulta imposible resolver sus incertidumbres y menos aún la peor: ¿y si el segundo tomo de *La rosa amarilla* solo hubiera existido en su mente, si lo que recuerda no fuese real? ¿Y si no llegó a encontrarlo y, por tanto, la fotografía de su tío Fabián dentro de él es una quimera?

Mientras no pueda comunicar este episodio a Cari Pintado, lo más eficaz es contactar con María Nieves. Nada que afectara a Cécile le sería ajeno.

Hacia el mediodía el sol empieza a picar, y Alma se desprende de la chaqueta, atándose a la cintura, a medida que asciende en busca de agujeros en la alambrada por donde colarse. Mientras tanto, la asaltan los interrogantes. Si Fabián era homosexual, ¿podría haberse enamorado de una mujer o acaso se trata de un ejercicio literario? En ocasiones, tanto a su tía como a Refugio se les ha escapado describirle como alguien que buscaba el deleite de la pasión. El hecho de hipotecar su adolescencia en internados le granjeó una red de amistades por Europa; entre ellas había poetas, actores y cupletistas, pintores, músicos, políticos, todos bohemios vividores y, en una buena parte, pendencieros. En un alarde de sinceridad, Eunice reconoció que Fabián carecía de oficio; un día apuntaba maneras de galán de cine y, al siguiente, de filósofo. Entre sus poco productivas facultades sobresalía escribir mediocres poemas y legar al olvido alguna composición musical que resultaba inaudible. No le extraña que maquinara *La rosa amarilla* porque el texto refleja el arrebato del lado salvaje. Por otra parte, no sería la primera familia en la que un miembro descubre que se ha enamorado del hermano equivocado. Firmar usando el apellido materno —Fabián M. Ebersbach—, tal y como ella recuerda, revela una voluntad de encubrirse tan falsa como ingenua. En cuanto al juego de Arutnev Nireset ocultando a Ventura Teserín es un burdo truco de magia, formando un nombre imaginario solo con cambiar el orden de las letras.

En suma, sus laureles de mujeriego —a juicio de Eunice— encajarían en una ambigua sexualidad, de otorgar algún crédito a un jardinero tarado. O puede que los senderos del deseo y el amor se bifurquen y converjan de un modo vehemente.

No se conciben pronósticos en lo que uno siente. Se vive. Ya está.

\* \* \*

Una mata de zarzamora engancha su falda. Le sorprende encontrar frutos en ella a estas alturas del año, pero Malpaís es una tierra no solo fecunda, sino mágica. Alma coge un puñado de moras y se las lleva a la boca.

—Madre —dice en voz alta—. Me gustan tanto como a ti.

Pronto comprende que no es factible continuar trepando sin arriesgarse a caer, de modo que retrocede y al llegar a las verjas se quita la chaqueta, anudándola entre sus hierros. Se trata de un mensaje para María Nieves, que al toparse con la prenda interpretará que la está buscando.

Antes de regresar se acerca a los acantilados. El buen tiempo predispone a vagar un rato. En el cielo ni una nube. En el horizonte se diseminan un puñado de manchas blancas. Deduce que son barcos camino de ultramar pues, desde que conoce la existencia de Cécile, suele fabular con transatlánticos a Cuba surcando el océano. Soñar con esa travesía resulta emocionante.

Pocos metros más adelante ve el cartel de madera, a cuya recuperación contribuyó, clavado en la tierra: «Camino de los Deseos», e intuye que Ismael Velarde se habrá encargado de recomponerlo. Al fondo, llama su atención la piscina natural. Tras eliminar unas ramas, comprueba que los escalones son practicables y se anima a bajar.

Al pisar la finísima arena se descalza y continúa hacia la orilla. Esta lengua de mar no parece el Cantábrico; es como si en algún punto del planeta se hubiese abierto una espita y desde cientos, miles de kilómetros, a través de vasos comunicantes, parte de esos otros mares se hubiera vertido aquí. Le gustaría desnudarse y tumbarse en la arena, pues no concibe mayor libertad que esa.

Su proyecto de permanecer unas semanas más en Malpaís hasta que llegue el buen tiempo se le antoja apetecible.

Después de unos minutos jugueteando con el agua, Alma vuelve hacia atrás y, a medida que abarca con la vista la totalidad de la playa, descubre una joya protegida por moles de rocas, en un recodo. Desde arriba no se distinguía. Es necesario cambiar de perspectiva para apreciar una cabaña a cierta altura sobre el nivel del mar. Recuerda que Ismael le habló de ella en su día: le recuerda a la casita de un cuento.

Alma emprende una carrera hasta ella. La choza, de madera en azul y blanco —aunque el salitre y la erosión hayan carcomido el color—, tiene un tejado a dos aguas revestido de ramas. De reducido tamaño, cuenta con una entrada y a ambos lados un par de ventanas con los postigos cerrados, lo que le hace pensar que posee una sola habitación. Atraída, sube a una especie de porche en el que una mecedora desvencijada amenaza con desencajarse al rozarla. Decide sentarse en el suelo e introduce sus pies por la barandilla. Desde allí otea el mar.

La Ley de lo Mínusculo decreta que la vida se teje sumando breves instantes felices, como este.

Tan verdad como que lo más perfecto puede truncarse en un segundo.

Si no hubiera tenido las piernas aprisionadas entre los barrotes, habría salido huyendo. En cambio, tras escuchar el portazo, solo ha podido emitir un grito que ha escalado los riscos para después, carretera abajo, frenarse en las puertas de La Constante, atravesar los veintiún rayos de sol de su corona y, culebreando por los jardines, detenerse en la entrada. «¿Adónde diablos habrá ido esa imbécil?», ha gruñido Refugio al sentir agitarse las hortensias ante su eco.

Él también ha vociferado blasfemando contra el catecismo completo.

—¡Por Dios! ¿Qué hace usted aquí? Me ha pegado un susto de muerte.

—¿Yo? Pe..., pero... ¿De dónde ha salido?

—¿Cómo que de dónde he salido? De la cabaña. He dormido aquí.

—¡Oh! Por favor, cúbrase —le pide, volviendo la cara, ruborizada—. Está desnudo. Además son más de las doce, ¿cómo puede dormir a estas horas? Supuse que era un hombre cabal.

La situación salta del esperpento al vodevil.

—¿Qué? No le debo ninguna explicación. Ni a usted ni a nadie. ¿No soy un delincuente? Pues los malnacidos como yo nos comportamos de un modo asocial: dormimos donde queremos y vestimos como nos da la gana.

—No tiene ningún derecho a tratarme así —aduce ella, mirando al frente.

—¿Derecho? ¿Lo dice quien me ha juzgado en base a media docena de alcahuetas con una lengua envenenada y mucho tiempo libre? Le advierto que voy a pasar por delante de usted envuelto en una toalla. Llegaré a la orilla, me desprenderé de ella y me bañaré en el mar, tal y como era mi intención al abrir esta puerta. Es libre de marcharse o esperar a que me espabile.

—Si se oyera... Siempre le tuve por un caballero.

—También por un asesino. Buenos días.

Ismael Velarde cumple su amenaza. Desciende los escalones y con la toalla amarrada a su cintura se encamina a unas rocas, donde la deposita. Acto seguido se adentra en el agua llevando una pastilla de jabón. Alma no se resiste a espiarle, ascendiendo por la subida de piedra. Le ve brincar y oye sus alaridos quejándose del frío.

Posee una complexión atlética; la piel bronceada sin marcas visibles indica que quizá tome el sol sin ropa. Hay algo animal en ese cuerpo que invita a admirarlo, tanto como a mantenerse lejos de él.

\* \* \*

Cuando el Citroën aborda el giro en la isleta que precede a la entrada de la casa, Alma se topa con Víctor y el niño. Deja el automóvil en la cochera y echa a correr.

—¿Y este recibimiento? —apunta Víctor, atónito ante su efusivo abrazo.

—Me hace feliz que hayas venido. ¿Por qué no me has avisado?

—Me gusta sorprenderte. Gabriel asegura que estás mejor.

—¿Ah, sí? —Alma toma al pequeño de la mano y él se la aprieta—. ¿Estabas preocupado por mí?

Gabriel sacude la cabeza y Alma debe empujarse para estrujarle contra sí. Le quiere como si llevara una eternidad junto a ella.

—¿Te quedas a comer? —pregunta al maestro.

—¿Me invitas?

—Por favor —le ruega, juntando las manos en una súplica.

—Gabriel, espéranos dentro —ordena Víctor, tirando de ella en dirección al jardín.

—¿Qué sucede?

Lejos de responder, empieza a trotar hacia una zona boscosa. Bajo un nogal cuyas ramas acarician el suelo, rodea su cintura y la besa. Sus brazos son un parapeto que le empuja hacia él. «Si verte me da la vida, imagínate besarte —articula Víctor—. Ya tengo perdida la cabeza. No consiento un solo día sin estar contigo. Dime que sientes la mitad que yo, una cuarta parte, y me daré por satisfecho».

Ella ahoga la sonrisa entre sus labios; le cuesta traducir un pálpito todavía incipiente.

—¿Una cuarta parte? —insiste él.

—¿Quieres que lo formule en una de mis recetas?

—Quiero que lo sientas, aquí —afirma, posando la palma de su mano sobre la frente—. Aquí —repite, bajándola hasta su pecho—, y... aquí. —Víctor desliza la mano por el vientre hasta que Alma posa la suya encima, parándole—. Si en este punto te agitas como yo, entonces estás enamorada.

No lo está, pero cómo quisiera estarlo.

Antes de comer, la pareja seguirá depurando el arte de besar, lo que hará que Alma olvide pronto lo sucedido en la playa.

Un desorden, a veces, precipita el orden.

\* \* \*

—¿Agua, señorita Gamboa? —invita mister Wasserman—. Le conviene lubricar sus cuerdas vocales.

A media mañana del lunes 22 de abril, Alma llega a la consulta dispuesta a someterse a una nueva sesión de hipnosis. Está de buen humor; empieza a convencerse de que Víctor es lo más recomendable para ella.

—Si el episodio del pasado jueves en la iglesia no obedece al proceso de mejora en el que nos hemos embarcado —apunta el doctor Costales—, sugiero que lo obvie. Nada peor que las informaciones disuasorias dirigidas a distraer al terapeuta. Por tanto, ¿tiene algo que decirnos al respecto?

—No... fue solo... un impulso —aduce, resistiéndose a hablar sobre su fantasma.

—Sus arranques de fe no nos interesan —acota el médico—. En cuanto a lo demás, ¿ha observado alguna mejoría? ¿Ha recordado algo que antes hubiera confiscado en alguna nebulosa de su memoria?

—Puedo dirigirme a mi madre sin quebrarme. En voz alta, hablo con ella.

—¡Oh! ¿En serio? —Alza las manos asombrado.

—Claro, ¿para qué le iba a mentir?

—¿Se da cuenta de nuestro avance, Charles? —Costales reclama la atención de un mister Wasserman imperturbable mientras coloca sus utensilios sobre la mesa—. Lo normal es que hubiera empezado a trasladar recuerdos del subconsciente al consciente, necesitando de varias sesiones antes de enfrentarse de tú a tú a la figura materna. Mas ella lo ha logrado en una sola.

—Alguna responsabilidad tendrá su anterior trabajo.

—¡Bah! Soy un neófito. Usted es el genio.

El médico acude a tapar las ventanas rascándose la cabeza; de pronto se gira hacia Alma pensativo.

—¿Se ha enamorado del maestro?

—¿Cómo dice?

—La emoción creadora del amor nos estaría abriendo las puertas con mayor facilidad. ¿Qué opina, Charles?

—Indudablemente, un pensamiento...

—Dejen de especular; no estoy enamorada —media Alma—. De hecho, hay algo que me... No sé, una inquietud. Pero ustedes son hombres, no puedo plantearse.

—¿Tiene que ver con la menstruación? ¿Con posturas coitales?

—¡No!

—Entonces hágalo. Médicos y terapeutas somos seres asexuados en el ejercicio de nuestro trabajo.

A ver de qué forma argumenta ella ese divorcio en su cabeza cuando un primitivo impulso trata de imponerse a su raciocinio, por cuyo efecto tiende a sentirse atraída hacia hombres que no le convienen. ¿Qué le hizo rechazar a Julio, a su sensato amor sin dobleces, y por el contrario sucumbir a la trampa de Damián? ¿Por qué palpito ayer durante unos segundos ante el cuerpo de Ismael Velarde y no por el de Víctor, si el cobijo de sus brazos sí simboliza un hogar?

—¡Buf! Cuántas novelas ha debido de leer y cómo ha estragado el amor romántico sus creencias —sostiene el doctor—. El afecto inteligente se hornea con intimidad, compromiso y pasión. Si se equivoca en las dosis de la receta, errará el plato final. Sospecho que en algún caso sublima la pasión y en otros, la subestima.

—Me avergüenza hablar de esto —reconoce ella, sonrojándose.

—No debería. Es información adecuada para entender lo que trataremos de desentrañar de inmediato: ¿qué sucede para que no rompa el nexo con el difunto? De todos modos, cada oveja establece con su respectiva pareja sus reglas. Salvo mi venerado Charles Wasserman que suma cinco.

—¿Cinco?

—Esposas. —El galeno enumera los nombres según las cuenta con los dedos—. El divorcio británico es una liberación. Yo moriré junto a Matilde, gran mujer, por otra parte. Se la presentaré cualquier día. ¿Preparados para viajar al fascinante mundo de su mente?

\* \* \*

—Soy la primera. Aún no ha llegado.

—¿Está segura de la hora de la cita? —inquire mister Wasserman con una voz tan firme como aséptica.

—A las cinco de la tarde y está empezando a anochecer. Hay bruma alrededor del río. La humedad se mete en los huesos.

—Describame lo que ve a su alrededor.

—Estoy junto a un quiosco donde sirven refrescos en verano; permanece cerrado, y tiene las sillas y las mesas enganchadas con cadenas. Papeles de periódico por dentro de las ventanas. A lo lejos distingo alguna pareja y un niño montando en bicicleta.

—¿Qué siente, Alma? ¿Miedo, incertidumbre?

—Mucha ansiedad; me cuesta respirar. Me he quitado los guantes porque me sudan las manos. No... no sé qué voy a decirle.

—¿No lo ha preparado? ¿Quiere que ensayemos antes de que llegue?

—Lo he escrito en un papel. En dos, por si acaso uno se pierde. En un papel azul.

—¿Por qué azul?

—Porque las cartas que él me escribe son de ese color. Es una manera de decirle que siento lo mismo que él.

—Muy bien. ¿Y qué es lo que siente usted?

—Es lo único que tengo en el mundo porque... porque estoy sola. —Alma se quiebra en sollozos—. Mi madre ha muerto... él no estuvo conmigo esos días, aunque por amor le perdono. La vida y la muerte son competencia de las mujeres; a algunos hombres no les gustan ni los partos ni los entierros.

—¿Dónde estaba él cuando murió su madre?

—En San Sebastián. Supongo.

—¿No se lo comunicó?

—No, me mandó flores. ¿Por qué no viene? Son ya las cinco y diez.

—Voy a contar hasta cinco y, cuando termine, Damián habrá llegado.

—¿Y si no lo hace?

Los dos terapeutas se entrecruzan una mirada y Sigfredo Costales anota algo. Ambos deben coincidir en la resistencia de la paciente a enfrentarse con su auténtica liberación.

—Estará —afirma el inglés—. Cinco, cuatro, tres, dos... Uno.

El silencio posterior a su recitación numérica intranquiliza. Ella lo desgarrar con un llanto cuyas lágrimas bordan los imperceptibles pliegues de su piel.

—Si nota que él calla, empiece usted la conversación, Alma.

Entreabre los labios y los vuelve a cerrar. Bajo sus párpados se detectan movimientos nerviosos.

—¿Alma? —El inglés demanda su atención.

—No... no ha venido —admite—. He tirado los diarios. Al río. Todos. Los veo flotar con las tapas abiertas, parecen nenúfares.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Para demostrarle que voy a ser como quiere que sea. Para borrar mi vida anterior.

—Cree que hay algo en usted que le aleja. ¿No será que su ideal del amor es tan irreal que ninguna mujer puede lograrlo?

—¡No! Yo soy... soy su ideal.

—Le sugiero que retroceda a los primeros días juntos. En esa misma terraza, una tarde de primavera. Se siente dichosa. ¿Es así?

Una sonrisa ilumina su rostro y su tono de voz se suaviza.

—Es momento de preguntarle por los suyos, que le hable de ellos.

—Sus padres viven. La familia de su madre es muy rica y se casó enamorada. Se ha puesto triste, teme que su padre lo hizo por dinero. Me confiesa que acude a casas de citas y le es infiel. Son cosas de hombres, pero no le agradan. Damián dice que él quiere entregar a una mujer lo que su padre no le dio a su madre.

—Invítele a que lo concrete más. ¿Qué busca y qué ofrece?

—Dice que haría cualquier cosa por el amor de su vida. —Se echa a reír—. Me dice que ya me lo está demostrando. Él se merece una mujer perfecta porque se siente excepcional. Considera una pérdida de tiempo seguir junto a quien no esté llamada a compartir la vida con él.

—¿Cómo reacciona si ella no es el arquetipo que está buscando? Pregúnteselo.

—¿Para qué? Ya me ha encontrado. Y yo a él.

—Es un juego de enamorados, Alma. Pregúnteselo.

—Nada. No avisa. Como no le gusta discutir, desaparece. Cuenta que una mujer debe percibir su alejamiento porque él cambia su proceder. Se ha enfadado porque dudo mucho; me imaginaba más resolutiva y segura de mí misma. Ahora le parezco siempre abrumada.

\* \* \*

—Beba un poco y respire hondamente. Debe recuperar su ritmo cardíaco. —El doctor Costales rellena su vaso—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien. Me siento somnolienta.

—No se levante, se mareará.

—¿Por qué están tan serios?

El médico se incorpora ajustándose el corbatín y la chaqueta. El inglés, en cambio, se desploma sobre el sofá.

—Si bien la inducción hipnótica valida su capacidad de automejora, no es un curalotodo —puntualiza el doctor Costales—. El hipnólogo no controla su mente, pero

tiene acceso a datos que, quizá, ha archivado con pretensión de olvidarlos. En resumen: tememos que Damián haya menoscabado sus patrones sentimentales, lo que indica que hay trabajo con usted. Mucho, mi muy admirada señorita.

—Mister Wasserman, ¿qué le sucede?

—Déjele. Está agotado. ¿Podríamos verla el próximo viernes?



Le gustaría memorizar sus sesiones de hipnosis; sin embargo, las dos horas ocupada en ellas conforman un paréntesis que abre y cierra sin nada dentro. Al finalizarlas la invade el sueño y vuelve cabeceando la mitad del camino. A veces entreabre los ojos y presiente las preguntas que no formula Mauro, lanzándoselas a través del retrovisor. ¿Qué clase de médico es ese que deja a la paciente más baldada al abandonar su consulta?

Alma ha caído rendida en la cama. Poco después, en el primer duermevela ha empezado a agobiarse porque acumula tareas que deja inconclusas; de hecho empieza una y, sin terminar, va a por la siguiente. El moño, la diadema, el velo. Las ligas cosidas a un lazo.

Después ha bajado las escaleras envuelta en oropeles; no entiende cómo ha podido acomodarse en la berlina sin caerse de bruces.

—¿Arrancamos? —pide permiso el conductor y Alma le apremia. El camino es corto, pero se le hace tarde—. Él ya está.

—¿Ya?

—Sí. Él siempre llega con tiempo.

Mentira, a veces obliga a esperarle. Pretexta reuniones o citas de horario imprevisible. «Él ya está», recalca el chófer. Lo que no precisa es dónde y le divisa en mitad de la acera, mirando a ambos lados de la calle. ¡Ahí no! Debe aguardarla dentro.

—No, un momento —indica al conductor—. ¿No ve que aún no ha entrado?

El mecánico hace caso omiso y continúa avanzando; Alma vuelve a insistir, golpea su hombro, el reposacabezas, hasta que por fin habla.

—Nunca lo hace. Siempre se queda ahí fuera.

No le da tiempo a analizar lo que acaba de oír porque acaban de frenar ante la escalera y él, ceremonioso, abre la puerta. Ella sonríe, aunque intuye que algo no va bien. Entonces él interpone una mano a modo de barrera y tras arrancarse la camelia del ojal del chaqué, la estampa contra su vestido y se da la vuelta. Caen sus lágrimas sobre la tela de raso, resbalando hacia el suelo del coche en un trampolín.

La pesadilla la ha angustiada. El reloj le dice que no ha llegado a descansar ni una hora sin turbarse. Damián quebrando su sosiego de nuevo. Debe de ser una secuela de la hipnosis. Alma sacude los cojines del cabecero y, apoyada contra ellos, se esfuerza por controlar su respiración. Resulta desolador ponerse en la piel de aquella joven que ni llegó a salir de la limusina ni exhibió su traje de novia. Recuerda que al confesárselo, Damián empezó a sudar como si atravesara por el trance más violento de su vida; no había decidido en la misma sacristía, al mismo tiempo que se acomodaban los invitados y su novia circulaba por las inmediaciones de la iglesia. «El amor es demasiado sagrado para hipotecarlo. Hubiera supuesto un error casarnos —adujo, manoseando una taza de café, bajo el amparo de la vidriada cúpula del Palace donde residía, o al menos eso creía Alma—. Estoy seguro de que ella ha terminado compartiendo mi resolución. —Después le acarició la barbilla—. Tú mejor que nadie conoces mis principios».

Esa fue la contraseña que arrinconó su resistencia, porque nada respalda un vínculo más que ser la elegida en la competencia con las anteriores parejas. «Transité por el desierto hasta conocerte. Ninguna merecería que me entregara como voy a hacerlo contigo».

En el cuarto de baño, Alma se rocía con agua helada antes de contemplarse en el espejo. Su rostro ya no le pertenece y comparte rasgos con el de otras mujeres que como ella se preguntaron antes «por qué». ¿Por qué dejó de funcionar si lo concebíamos perfecto? ¿Por un enfado pasajero, por preguntar o por callar? ¿Por apremiarle a tener hijos o por no deseárselos con ahínco? ¿Por haberle presentado a sus padres demasiado pronto, tener muchos hermanos o tratarse de hija única? ¿Por sometida o muy independiente?

Si siempre opinó que conocerse había supuesto un milagro, ahora intuye que fue un infierno.

Al tener la certeza de que le va a costar dormirse, Alma rescata *La rosa amarilla* de la maleta. El presentimiento de que las páginas que devoró con fruición están cargadas de revelaciones entre líneas ha ido tomando forma en las últimas horas. Trató de imaginarse a la mujer que protagoniza la novela lejos de sospechar que su autor podría andar tan cerca de ella, por tanto no pierde nada con buscar la pista de Fabián en un repaso.

La de 1895 fue una primavera enardecida donde los ejércitos andaban en permanente alzamiento: uno tomaba las alcobas, a fin de aplacar la furia de sus cuerpos, y otro, el revolucionario, incendiaba las calles. ¿Qué hacías tú el día en que las tropas oficiales ajusticiaron al líder José Martí? Los insurgentes interpretaron que esa felonía merecía venganza y ahí catalizó la debacle.

¿Qué pensabas tú ese otro día de abril de 1896 cuando tu mirada volvió del revés las vísceras de un hombre que no era yo? Cuánto hubiera dado por sentir tu risa. Que allí donde reposaba el hígado apareciera mi corazón; en lugar de mi pulmón izquierdo viera la luz un páncreas inflamado de azúcar, y estremecerse de retortijones cada músculo porque tu baile detonó las leyes de la anatomía. Vestías de amarillo. Casi siempre lo haces. Tenías unos veinte años y el futuro rondándote como un novio. Veinte años, el deseo en la piel y en los ojos la sensualidad del Caribe.

No era yo quien recordó otra tarde de septiembre, en cuyo crepúsculo se había enamorado siendo un púber.

—¿Ha venido usted a casarse conmigo? —expusiste con un vaso de ponche en la mano—. Ha tardado, ¿eh? Sepa que ya estoy preparada.

¿Qué esotérica ley propició que volvierais a coincidir? Cualquier aclaración sería ajena a este mundo, porque esa noche también se alinearon los planetas como en Barcelona, lugar donde un joven besó a una niña y se envenenó de sus labios de guayaba.

Unas sobre otras se amontonaron las cartas de los Enamorados de cualquier tarot habido en kilómetros a la redonda, bendecidas por el Arcano Mayor de la Estrella. Oshun Ibú Kolé se bañó en aguas doradas, tras enviarte cinco plumas de pavo real, que cogiste al vuelo ensartándolas entre tus mechones de pelo; y la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de la isla, sonrió satisfecha dentro de cada una de las iglesias y ermitas de su territorio. Tu madre irrumpió en el salón. Me lo has dicho y te creo, pues a veces siento a las fuerzas del ultramundo rondarme. Ella, soplando a tu oído, te anunció: «Tal y como te prometí, hija mía, aquí te traje a tu esposo. Ahora, dame tú la nieta que tanto ansío, pues heredará nuestro don, y aún será mayor. Gracias a él le escucharán las almas heridas y aliviará males, si así se lo propone».

¿Cómo iba a dudar él que no fueras la mujer con la que debía casarse? Pocos meses de noviazgo necesitó para cerciorarse de que el tiempo que pasase sin ti estaba perdido. Yo hubiera hecho igual y los meses de la luna de miel los hubiera convertido en años.

¿Me llevarás algún día en un velero como la embarcación que os trasladó al paraíso de Providencia? ¿Me tomarás de la mano en ese edén de palmeras? ¿Caminaremos en dirección a la verruga de tierra conocida como Santa Catalina y cruzaremos el volátil «Puente de los Enamorados»? ¿Veré los cien mares que conviven en uno solo, bajo el cual se extiende una mina de corales que prenderé uno a uno de tu pecho? Al pie de la costa, entre mangles rojos y blancos, te esperaré una eternidad; vigilando los correteos de las iguanas por sus arenosas tierras o dormitando al sol cual tortuga.

Quiero saltar de la cama al mar y del mar a la cama, instruyéndote en una única disciplina. Ser prisionero dentro de un bucle de amor que no concluya, porque no hay mejor cárcel ni condena que amarrarme a tu boca. Beber tus besos y tomar la sal de tu cuerpo, pues tú serías mi único alimento.

De tal forma lo hizo aquel hombre que no era yo.

\* \* \*

Si los cuentos hilan dos finales y la mayoría de los collares varias vueltas, el modo en que deslía por enésima vez las páginas de *La rosa amarilla* todavía no le permite vislumbrar una realidad nueva. Si cruza las palabras de Eunice con las aclaraciones del libro, está claro que retratan el encuentro entre Cécile y Ventura, su luna de miel en Providencia... Pero nada fehaciente subraya un amor entre su cuñado y ella.

Se dispone a prosperar en la lectura cuando las hojas de la ventana abierta empiezan a golpearse una contra la otra. Fuera se ha desquiciado un viento de tormenta. Mientras las cierra, localiza a una conocida figura frente a su ventanal. María Nieves ha acudido a su encuentro. Sabía que la rebecca en la verja componía un críptico lenguaje que las dos entenderían.

Expectante Alma elige un jersey que cubre el camisón, y escabulle *La rosa amarilla* bajo sus ropas antes de adentrarse en un jardín donde solo refulge la anciana, a unos doscientos metros de la casa, convertida en un faro que bendice sus pasos.

En la distancia corta la octogenaria es el abrazo de un sudario a un pellejo tan oscuro que se disuelve en la noche. Es tan diminuta que sorprende cómo puede sostener el peso de esos collares sin desmoronarse en el suelo. Hoy los lleva blancos, algunos hilados con semillas, otros mezclando conchas y cuentas. Sujeto a su muñeca sobresale un ancho brazalet de plata; se fija en él cuando le devuelve la prenda. La piel de lagarto de sus manos le provoca un escalofrío.

—María Nieves, sé que usted no habla, pero podemos comunicarnos. —Parece de Perogrullo apuntarlo—. ¿Por qué me busca desde que llegué?

La anciana esboza una mueca por la cual despunta una fila de dientes, en muy buen estado, algo que la deja admirada. Alma extrae la novela de debajo del jersey y nota cómo centellean los carbones de sus ojos al mirar la portada.

—Se debe a ella, ¿verdad? —pregunta. Después lo abre y muestra el retrato—. Conoce este libro. ¿Es cierto lo que se cuenta aquí? ¿Es la historia de Cécile?

Qué temblor la agita cuando el nombre se queda suspendido entre las dos. Alma palpa su sufrimiento, la nostalgia y el duelo por la pérdida de quien fuera su pequeña. Avanza un paso hacia delante para acariciarla, pero ella da otro atrás amedrentada.

—¿Quién escribió esta novela? ¿Lo hizo mi tío Fabián? —insiste en saber—. ¿Se conocían él y Cécile como sugiere aquí? ¿Hubo algo entre los dos?

Alma se desespera, porque entender su mente implica mirar por el ojo de una cerradura sosteniendo la llave dentro.

—Fabián murió delante de Providencia, ¿qué sucedió? María Nieves, usted es la única que puede ayudarme a desentrañar lo que otros se empeñan en ocultar. ¿Por qué Eunice, Refugio y los demás callan como lo hacen?

Nada quiebra su alambrada de silencio. Peor, el tímido temblor ha derivado en una convulsión que le fuerza a abrir los ojos aún más. Es como si dentro de su cabeza algo hubiera dejado de discurrir con moderación y se hubiera dislocado. Ya no retrocede un paso, sino varios acelerados, desapareciendo entre los macizos de boj hasta perderla de vista. Su reunión se salda con un camino que no han llegado a recorrer. Un terreno de verdades en barbecho. De vuelta a la vivienda la sobresalta un crujido de ramas pisadas a su espalda. Alrededor huele a moho y verdín.

—¿Quién anda ahí? ¿Es usted, María Nieves?

Ni siquiera espera a la respuesta y echa a correr hacia una casa que se alza más lejos de lo que imaginaba. El camisón dificulta sus zancadas y las zapatillas se escurren de sus pies, obligándola a trastabillar cada dos por tres. La humedad se mastica. La capota del cielo se hiende en latigazos amarillos y una amenaza atronadora se solapa a sus gritos.

—¡Déjeme en paz! ¿Qué quiere de mí? —vocifera sin descanso.

Apenas alcanza la entrada de la cocina, empuja con todas las fuerzas la puerta que dejó entreabierta al salir. Lo recuerda perfectamente. Sin embargo, desesperada, descubre que está cerrada desde el interior.

—Querida, es muy peligroso salir por la noche —reprueba Eunice durante el desayuno—. A veces se acercan a la casa animales salvajes, descuartizan a los perros y a las gallinas.

—Nunca lo había hecho antes. Pero el viento no me dejaba dormir.

—¿Tampoco duerme? —apunta Refugio, ladina—. Nos ha salido delicada la señorita.

—¡Calla! No seas tan meticona. ¡Anda, trae más suizos! —ordena Eunice mientras engulle un pastel—. No le des importancia, es porque te ha tomado confianza. Ya eres de la familia.

Sonríe achinando los ojos por encima de las gafas, pero Alma solo ve restos de chocolate entre sus dientes y un cierto gusto a revancha en su saliva. La noche anterior sus gritos de auxilio pusieron en pie a La Constante, de modo que no solo no consiguió que su escaramuza pasase inadvertida, sino que tuvo que improvisar mil excusas.

Una vez que la mañana ha inundado de luz el jardín, duda si aquello que vio hacía unas horas era humano. Sí distinguió un bulto amorfo atrincherado junto a la mesa de un cenador, de no más de un metro de altura, y una cabeza redonda y peluda, pero le resultó imposible de identificar. Así se lo describió a Refugio y a las criadas cuando le franquearon el acceso a la casa; posos de miedo en ella y cabellos preñados de rulos y sortijillas en las demás. Así se lo ha resumido a Eunice, ya que sus gritos no consiguieron que saliera de su alcoba. Tal vez se encontraba entretenida con su visita nocturna.

—Es una de esas criaturas diabólicas del monte que persiguen a esta familia desde que su abuelo les quitó su terreno —aventuró una de las muchachas, ganándose un sopapo de Refugio.

—¡No quiero oír más añagazas como esta! Son leyendas de un pueblo que habla demasiado. En la vida se progresa trabajando mucho y hablando poco —replicó, luego mandó al servicio a la cama y se cebó con Alma—. Usted, no sé qué hace todavía aquí. ¿Le parece poco aviso para que vuelva a Madrid de una vez? La próxima no habrá mano que abra la puerta. Delo por seguro —fue su amenaza al tiempo que apagaba la luz de la cocina.

\* \* \*

Qué ciega, se repite con insistencia. ¿Por qué los seres humanos se ofuscan en sostener un único criterio, el pensamiento dominante, que les impide ser polimórficos? Las páginas finales de *La rosa amarilla* transparentan al autor sin ambages, aunque si bien no alberga dudas de que se trate de su tío, recela de los sentimientos que refleja. A su juicio, forma parte de la métrica del poeta. Cécile es un personaje inspirador para mentes literarias.

No obstante, no lo descifrará mientras no consiga el segundo tomo, cuyo destino vaticina incierto. Cualquiera lo habrá confiscado tras su caída en la iglesia y tal vez no logre encontrarlo nunca. La atormenta esta idea.

Qué vacía es la espera de la sangre. Ha llegado a dolerme tu desgarrar cada mes, puesto que los enamorados perciben el mal del ser querido a cientos de kilómetros.

Dime, ¿acaso presentía él tu decepción? ¿O se afanó en la prosperidad de su ingenio azucarero y olvidó que tú hilabas el antojo de contar días en un cómputo que, a veces, te llevaba a languidecer y, otras, te inundaba de cólera?

Tu negra se adelantaba en las ofensas e inundaba a Obatalá de cocos y merengues. Bien sabía que el hijo que se demoraba era el tributo escatimado a la difunta. Cuántas vueltas da la vida, obligando a una niña a crecer sin madre y no consintiendo después su maternidad. Si hubiera estado cerca, habría lamido tus lágrimas cual perra a sus cachorros y después te habría montado hasta la extenuación.

De nada servía implorar a tu madre que traveseara con los hilos del azar a tu favor, pues a finales de 1899 ya sumabas tres embarazos truncados.

No vivía médico, curandero ni *babalawo* en la isla que no te hubiera tratado con sus métodos más o menos ortodoxos. Al hombre cabal que te había desposado le hería tu desesperanza. Me da lástima, lo reconozco, pero de no ser así no hubierais emprendido el viaje que sacó de mí otro ser. Celoso del aire.

—Será la oportunidad de conocer a la familia, de contemplar otros paisajes. No se pasa de siglo tan fácilmente. —Yo insuflaba aliento a su propuesta para que llegaras a mí, aquella fiesta de fin de año.

En medio de la apoteosis de fuegos artificiales emergió una diosa áurea en mitad de un páramo verde carente de sol. Lo traías en tus ojos de lago, en esa melena que dibujaba tu espalda hasta más abajo de la cintura. Nunca alcanzaste a oír a quienes les corroía la envidia criticándote sin tregua.

—Es... salvaje —rumiaban—. Ese pelo... parece que acabase de levantarse de la cama.

—Eres demasiado prudente. A mí me resulta una lagarta y una libertina.

—A su edad cualquiera puede serlo. Veremos su cuerpo cuando quede encinta.

Quienes jamás intuyeron para lo que sirve la carne vejaban la tuya.

Cada lengua viperina trabajó aquella noche buscando adjetivos contra ti. Y tú solo manifestabas ternura para tu nueva familia y prodigabas besos como plumas al aire.

(...)

En primavera verdearon tus entrañas.

¿Y si te hubiera preñado con el pensamiento, con la saliva al cruzarme contigo cada mañana? Seguro que nos aconteció en otra vida, porque la mía entonces la dilapidaba en viles entretenimientos. Qué tiempo perdimos, mi rosa.

Y qué bella esa curva adorable que rompió tu cintura y hubo que esperar a la época de llantos y pañales para recuperarla.

A tu negra artera no le gustaba cómo te miraba y regaba sobre mi cama semillas y pútridos palos secos entre mi ropa interior. Un día empecé a sospechar que algún maleficio me había caído encima, pues mi hombría fallaba ante cualquier imprevisto.

—¿Qué me has dado a beber, bruja? —la increpé.

—Lleva el veneno dentro, no necesita sortilegios para conjurarlo —respondió insolente.

—¿De qué hablas?

—Le anuncia el canto del búho negro. Pinta en su frente el avatar de la noche y la lluvia de las tempestades. Deje a mi niña tranquila.

Poco después cambiaron las puertas de La Constante, con gran disgusto paterno, que no entendía los caprichos de la extraña pareja que formabais. Tú guardabas reposo, sin embargo, tu negra dormitaba bajo el frontispicio de las verjas y al estrambótico sol troquelado le cantaba en su lengua.

—¿Sabe contar, bruja? —azuzaba yo—. Veintiún rayos como veintiún años tengo. ¿Qué refieren sus oráculos sobre la coincidencia?

—Todos los caracoles le maldicen. Los cocos se voltean y las tripas de los animales se pudren a su paso.

Después cruzaba dos cuchillos a modo de cruz y me recitaba una retahíla de las suyas. No había día en que dejaran de asomar al pie de los anclajes de la verja, a veces gallos o ratones muertos; otras, restos de comida. Y siempre que alguno de los peones los eliminaba, aparecía algo nuevo la jornada siguiente, por lo que, aburridos, dejaron de limpiar y se acostumbraron a ello. Yo fui aprendiendo sus artes, convencido de que era la flecha certera hacia tu corazón.

(...)

—Niña bella, tienes todos los caminos abiertos y Eleggua os protege a ti y a tu hijo —te calmaba la negra antes del parto—. Eleggua Laroye, dueño de las cuatro esquinas, padre mío, que no haya pérdida.

—Será niña, o te maldigo vieja —remachabas tú hasta amargarla.

—Que no haya enfermo, que no haya muerte. En el nombre de todos, le doy gracias, padre mío.

La criada, entre mantenerme a mí alejado y sus ofensas, ignoraba tus caprichos. Solo rogaba por el bien de la criatura, pues te había visto sufrir demasiado ya.

Bien por sus rezos, el ojo clínico del médico o el amor que rebosaba aquellas fechas La Constante, en el mes de febrero de 1901 llegó al mundo Roberto. Lo llamaste así en honor a tu honorable padre.

¿Rabiabas porque hubieras querido una hembra que te ligara más a tu madre muerta? ¿Temías haberle fallado y que se enojara?

—Los santos hacen y deshacen a su antojo —advertía la negra al enfadarte, vigilando que la jicara siguiera boca abajo al pie de la cuna, junto a un zapato izquierdo y una tijera, para proteger a tu hijo del «mal del siete». O contra toda la numerología al completo. No le faltaban arrosos para defenderle.

—¡Eso es que no les imploraste bien! —protestabas iracunda.

Hasta entrado el verano apenas pude verte, enclaustrada entre los muros de tu torre, obsesionada con el cuidado de tu bebé. Pero de pronto, un día de agosto, te miraste en el azogue de mis ojos y quizá mi gesto contrariado te hizo suponer gorda y en absoluto favorecida. Entonces cesaste de amamantar y en septiembre ya montabas a caballo por las lomas de Malpaís, bañándote en las heladas aguas del Cantábrico.

Llegó nuestra segunda Navidad. Yo anhelaba tu vestido amarillo; aunque te enfundaste en uno negro. «¿Dónde está el azul del Caribe que no lo encuentro? Me ahogo»; así argumentaste tu deseo de volver.

—Teníamos un pacto —dijiste a ese hombre que no era yo.

—Pero eso sucedió antes de nacer nuestro hijo.

—Los hijos no cambian las promesas, en todo caso las refuerzan. Quiero abrazar a mi padre. Ni tú ni nadie me lo puede impedir.

Y como él te quiso hasta no poder más y aun después siguió queriéndote, no tuvo duda. Aquí quedé yo, abandonado. ¿Por qué aquella vez tampoco me elegiste a mí?

«Veintiuna lunas multiplicadas por ti hasta el infinito». Aquí termina *La rosa amarilla*. De un modo abrupto y casi sin sentido, como quien pasa de página esperando un desenlace y se encuentra la siguiente en blanco.

Alma, tras el almuerzo, sentada en el butacón de la biblioteca, busca en el libro algún destello de luz en lo que ella creía tupidos nubarrones. Lo obtiene en sus guardas. La confección de las delanteras emplea un aguado tornasol, pero las traseras imprimen en el cartón un gran astro que dispara un manojo de rayos. Los cuenta: son veintiuno.

De inmediato busca una lupa con la cual inspecciona la fotografía de su tío Fabián. Forma parte de una corazonada. A simple vista las dos líneas de su muñeca derecha —cuyo codo apoya en la *chaise longue* y donde reposa su cabeza— son compatibles con un par de pliegues de la piel, pero el aumento precisa que se trata de objetos que rodean la articulación; en concreto, son un par de pulseras cuya apariencia remite a las que suele usar María Nieves. La singularidad de que un hombre adoptara estos abalorios solo tiene sentido si su motivación va más allá de la estética, por tanto conocía las prácticas tanto de Cécile como de su ama de cría.

Los ropajes de María Nieves, sus amuletos conforman la simbología de una religión tan arcaica como proscrita, y si Fabián participaba de sus ritos quizá se debiera a que Cécile le habría introducido en ellos. Únicamente dos almas enlazadas compartirían creencias semejantes, que en *La rosa amarilla* el autor simula dominar.

Al momento ha rescatado una chaqueta de su armario y ha ido en busca de una de las bicicletas arrinconadas en la cochera. Está a punto de confirmar otra prueba de la trabazón entre ambos.

\* \* \*

Los kilómetros hasta la entrada de La Constante discurren a lo largo de una pendiente que, a su vuelta, costará deshacer. A ambos lados de la carretera los jardines se desordenan, volviendo el paisaje un tanto caótico. Adentrándose en estos márgenes, la vegetación se mezcla con cultivos en los que los aldeanos sujetan su economía de subsistencia. Alma presiente que llevan la misma vida que sus padres, que sus abuelos, sin desligarse de la lealtad y obediencia a los Monteserín. La tierra ensambla unos a otros.

Quizá los hombres y mujeres cubanos se resistan a la disimulada esclavitud de Providencia y su forma de rebeldía haya sido asentarse en un arrabal. Prisioneros en este lugar, pero a su manera indómitos.

Una doble hilera de arcos escolta el trecho final del camino. Al paso huelen a espesura en flor.

Alma cesa de pedalear unos metros antes de las puertas para fijarse en lo que otras veces —a causa de la bruma o la lluvia, o por andar concentrada en sus cosas— no se había percatado. Se descuelga la mochila y toma la novela. Necesita confirmar un presentimiento. Primero mira el grabado del final y luego analiza en el frontispicio de la puerta, el que, si sigue a pies juntillas el texto, corresponde a un santo yoruba —Eleggua, según apunta el autor—. Ese sol, rosa de unos vientos prohibidos, es exactamente igual.

Después de meditarla durante la noche, Alma ha tomado una decisión. Ha calculado los riesgos y decidido que le compensan.

—Necesito acercarme a la ciudad a por un encargo —le comunica a Eunice en el desayuno—. No tardaré mucho tiempo.

—¿Tu cita con el doctor no es el viernes?

—Sí, pero se trata de un tema urgente en el banco. Volveré enseguida.

No se ha prodigado en explicaciones y menos aún al comprobar que Mauro no será el encargado de conducir.

—¿Mauro se encuentra bien? —le pregunta a un joven bienmandado que trae y lleva paquetes en la factoría, convertido hoy en su chófer.

—La pierna. Se resiente cuando se arremolinan las nubes. Va a llover.

—Pobre, qué cruz. Es de nacimiento, ¿verdad?

—¡No! Fue en el incendio. Se le cayó una viga encima.

El aldabonazo la ha llevado a enderezarse en el asiento. No han recorrido ni la mitad del trayecto y el resto promete.

—¡Oh... sí, me lo comentó! Se refiere al de Providencia, ¿verdad?

—La casa grande del acantilado.

—Y eso, ¿cuándo fue?

—Yo no había nacido, pero siempre les oí hablar a mi abuela y a mis tías de la desgracia. Cuentan que era un palacio con muebles y telas que nunca se han visto por aquí.

—Tengo entendido que la dueña falleció en la catástrofe.

—No sé de quién me habla.

—La cubana. La señora Cécile, la esposa de mi tío Ventura.

—De lo que no se vive no se sabe.

—¿Mauro está casado? Nunca habla de los suyos.

—¡Qué va! Es muy fiel a su familia.

—¿Y qué haría él en Providencia ese día?

—No sé decirle. Usted pregunta mucho, ¿no?

—Es por no dormirme —compone una excusa—. El traqueteo del coche me da sueño.

—Duérmase—replica él—. Yo prefiero concentrarme en lo mío.

Alma cierra los ojos. Es como si el joven tuviera la orden de callar, igual que todos en La Constante.

Durante el trayecto, las incógnitas respecto de la noche del incendio ocupan su mente. ¿Por qué contradijo Eunice a Refugio cuando ella trató de recabar detalles sobre la muerte de Cécile en la tragedia? ¿A quién pretendía engañar ideando un viaje a Cuba, que a buen seguro nunca existió? El cementerio que descubrió en Providencia ha dado al traste con las maquinaciones de su tía.

Cada vez cobra más sentido que María Nieves se afane en llamar su atención para reivindicarla, porque sospecha un final dantesco en aquel mausoleo. Qué terrible.

Solo despega los párpados cuando nota que el coche se detiene en las cercanías de la plaza Mayor. Aún no es capaz de responderse qué la impulsa a esclarecer la historia de Cécile. ¿Y si el afán de su viaje a Malpaís no es otro que desentrañar su vida en un libro?

Al cabo de unos minutos, atraviesa La Puerta del Cielo.

\* \* \*

—¿Puedo ayudarle? —interroga la dependienta tras verla merodear alrededor de los estantes.

—Busco libros relacionados con... cultos antiguos... religión cubana.

No sabe cómo pedirlos. En una sociedad católica, interesarse por ese tipo de creencias puede ser considerado apostasía.

—¿Religión cubana? —La chica dilata los ojos en señal de asombro—. Espere un momento, por favor.

Al poco rato aparece el hombre de barba y pelo blancos que la ha atendido en alguna ocasión.

—Tengo entendido que está interesada en la religión yoruba, ¿es así?

Alma se sonroja y no acierta a responder.

—La religión yoruba pasó a Cuba a través de los esclavos africanos. Se trata de un culto sincrético en el que sus dioses fueron asimilados a los santos católicos para evitar la persecución. Ofrendan animales, frutas... y creen en la reencarnación. ¿Es lo que quiere?

—Bueno, sí... Eh, necesito hacer un estudio... sobre...

—No me debe explicaciones. Esto es una librería, no un confesionario.

\* \* \*

Después de inspeccionar la sección de antropología y descartar algún volumen sobre la historia de las religiones, por fin en la necrópolis de libros de segunda mano del piso superior ha dado con uno de letra diminuta, publicado en 1873 por un tal Carlos Canet y titulado *Lucumí: Religión de los yorubas en Cuba*. Le costará leerlo, pero estaba deseando encontrar algo así.

—¿Puede acompañarme? —comenta el encargado cuando iba camino de la caja. Ella se ha puesto a temblar, aunque sin rechistar le ha seguido hacia la trastienda—. Tranquilícese, no cuestiono los gustos de nuestros lectores. Me he acordado de que guardaba este libro escrito por una investigadora afanada en desentrañar la otra realidad de la isla que convive con la cultura occidental.

—*Cuentos negros de Cuba*, de Lydia Cabrera. —Alma ojea su portada.

—El libro se publicó en francés hace años y, sorprendentemente, en una de las entregas me llegó esta traducción. —A continuación ojea los créditos: Ediciones La Verónica, La Habana, 1940—. Entonces lo interpreté como una deferencia de Gallimard, la editorial parisina, pero nunca me he atrevido a exponerlo en el escaparate. Ambos conocemos las suspicacias que levantan estas doctrinas. Puede que el libro aguardase a alguien especial y ha aparecido usted. Son relatos muy esclarecedores.

Abre una página cualquiera y lee: «Todos somos hijos de los santos y lo de la malicia y el gusto de pecar ya le viene al hombre de los santos».

\* \* \*

Alma se dirige a la salida con el paquete de libros atados por un cordel y su ilusión anudada a ellos. Va tan entusiasmada que no mira por dónde pisa.

—¡Señorita, tenga cuidado! —la reprenden al pasar—. Me ha golpea...

—Perdón —se excusa sin pararse.

—¿Alma?

—¡Ah, hola! No esperaba encontrarle aquí.

—Posee la habilidad de sorprender. —Ismael Velarde le tiende la mano—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —replica, algo violenta—. Lamento lo del otro día. Reconozco que es la situación más comprometida que he vivido nunca.

—No ha vivido mucho entonces.

—Probablemente.

Un frío glacial se deposita en las cubiertas de los libros, repliega sus historias a los índices, minimiza los títulos. De súbito los engulle una sombra y ellos van descendiendo al fondo de un limoso río. Al lado, viejos fantasmas, amores caducos sin descanso que se pegan a sus tobillos como cadenas de reo. Otros no se reconocerían; en cambio, ellos se miden con una sabiduría remota que salta de un escenario a otro, de una época a la siguiente, compartiendo el mismo miedo.

—Debo marcharme —consigue articular Alma por fin, con un temblor de siglos que ni ella sabe de dónde procede—. Me alegro de saludarle.

—Lo mismo digo. Una cosa: mi ofrecimiento para lo de su familiar, el niño, sigue en pie. Mi amigo imparte un trimestre en la universidad. Es una eminencia.

—Se lo agradezco porque no termina de mejorar.

Alma abandona La Puerta del Cielo. Apenas ha consumido unos metros cuando Ismael Velarde llama su atención.

—No lo hice —asegura, cruzándose en su camino.

Se frota las manos y el labio inferior tiembla como la noche que se encontraron en el teatro.

—No fui responsable, sino una víctima. Yo no maté a mi mujer. Algún día se lo contaré.

—Seguro. Algún día.

\* \* \*

Mientras Alma se quitaba el sombrero frente al espejo del vestíbulo de La Constante, Refugio le ha dicho que ha llegado un paquete para ella. «Lo he dejado en la sala grande. ¿Con qué misterios se andará usted?».

Su descortesía se queda sin réplica, e inquieta se ha dirigido hacia una de las mesas, donde se ha topado con un envoltorio de papel de estraza. A simple vista, parece un libro. Se trata del ejemplar encuadernado de *La rosa amarilla*, el de la iglesia de San Telmo. Existe, no fue una alucinación.

El ritmo interior de la novela se deshace entre sus manos. De inmediato, la alegría de haberla encontrado deja paso a la incertidumbre. ¿Quién conoce su interés como para habérselo enviado? Ella se ha preocupado de no revelar los datos de su domicilio, ni siquiera en la biblioteca. Se guarda para luego las dudas y abre sus tapas. La primera hoja está vacía.

Aturdida, salta a la siguiente e igual. Alma trufa las páginas con su ansiedad a medida que va descubriendo que el libro está realizado con papel en blanco.

Es imposible. Ella recuerda las letras. Los párrafos, uno tras otro igual que eslabones de una cadena. Solo cuando se precipita a la última carilla, encuentra el siguiente texto en letra de imprenta:

Querida autora:

Pretendías escribir la historia más hermosa, un cuento de príncipes y princesas que someten a dragones, en aras de preservar su amor; pero los desafíos mal salvados pueden transformarla en una de villanos. De muertos en vida, desconsolados durante la eternidad.

¿No ves que está inconclusa? En toda narración que se precie concilian dilemas y obstáculos. Una contradicción que haga dudar a los personajes hasta hacerlos vulnerables y desconcertar al lector con sus actos. Avanza hacia el final, con mente aguda y compostura. Sorpréndeme.

Vuelve a seducirme como para querer beber todas las líneas de golpe. Hasta abrigar el deseo de saltar del aire al papel. O del papel, al aire.

Si lo logras, si tu fe en esta aventura triunfa, te auguro lo que más deseas. No me defraudes. No quisiera equivocarme.

¿Qué locura es esta? Alma relee el escrito tratando de indagar indicios sobre su autoría, pero la turbación agita su cabeza con ganas de arrancársela de los hombros.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Eunice bajo el dintel de la entrada—. Creo que te han enviado algo, ¿no?

En un esfuerzo impropio afirma que se trata de un encargo sobre medicina y enfermedades infantiles. Sigue preocupada por Gabriel, alega.

—Lo traje un taxista, venido de El Norte —aclara Eunice.

Alma levanta los ojos de las tapas de *La rosa amarilla* y la observa; aun con distancia, su media sonrisa lo revela todo. La cadencia de sus hombros, la vista saltando de sus manos a su cara.

—¿Es lo que buscabas, querida?

El tono. Su maldito tono de autosuficiencia.

—Sí, justo lo que necesitaba —asegura ocultando la portada del libro bajo el bolso y despidiéndose.

Su existencia ha quedado reducida a un rompecabezas con piezas que revolotean al albur del viento que sopla. No obstante, empiezan a encajar con meridiana transparencia: el médico sospechaba de Eunice y con razón. Ella está detrás del espionaje que cercena su libertad. Lo sabe todo, su vida en Madrid, el desenlace de Damián e incluso la relación entre Cécile y Fabián. *La rosa amarilla* tampoco le resulta desconocida.

Pero no piensa darse por vencida ni dejarse amilanar. Al contrario, su estrategia de complicidad con Eunice es lo más recomendable; de momento no revelará nada a Víctor, pero en cuanto esboce la secuencia de un amor secreto, lo hará. Él debe erigirse en su aliado.

\* \* \*

Sin ganas de cenar, aunque sí de devorar el sorprendente libro adquirido en La Puerta del Cielo, Alma se ha encerrado en su alcoba al atardecer. En veintidós cuentos, Lydia Cabrera aglutina el alma de Cuba y ella, concentrada en su lectura, se ha embarcado en uno de esos paquebotos que se recortan en el horizonte camino del trópico y ha flotado entre olores y sabores nuevos.

Es lo mejor para superar la decepción de lo que creía el segundo tomo de *La rosa amarilla*, porque sus conjeturas vuelan tan alto como las péndolas. De pronto se imagina que su tía lo robó para destruirlo; al rato piensa que la persona que la intimidó en la iglesia es un detective contratado por ella para asustarla; luego fabula con que tiene espías en *El Nuevo Norte*... Ideas peregrinas que prefiere dejar de lado.

Los relatos resultan una mezcla entre la fábula y lo folclórico, aliñados con sensualidad. El universo onírico que recrea la autora, poblado de animales mitológicos, sacerdotisas, sugerentes esclavos negros, blancos musculosos, todos desnudos copulando entre sí o con los dioses, cantando canciones en lengua lucumí —un idioma nativo— y bailando con voluptuosidad telúrica, alimenta su estado de ánimo.

Un hombre subió al cielo por una cuerda de luz. El sol le advirtió.

—No te aproximes demasiado, que quemó.

Este hombre no hizo caso, se acercó, se tostó, se volvió negro de pies a cabeza... Fue el primer negro, el padre de todos los negros.

Otro hombre se fue a la luna montado en un Caballo-Pájaro-Caimán-Nube-Chica... La luna es fría. Lo blanco es frío. El hombre que fue a la luna emblanqueció.

Le gusta que las mujeres de Lydia Cabrera potencien su instinto de rebeldía, pues simbolizan valores que se ajustan a ella como un guante. Y reconoce en ellas, en quienes fornican sin prejuicios ni remordimientos, el libertinaje de Cécile. Quizá dibuja a las mujeres cubanas. Y un invisible cordón lía sus deseos hasta anhelar pisar esa tierra algún día. Luz en un orden caótico.

A cada salto de lectura se encuentra con términos que había distinguido en la novela: Orishas, Orula, Yemayá, el blanco que unge a los devotos de Obatalá —lo que le indica que es el santo de cabecera de María Nieves—; las cinco monedas de cobre y el paño morado de Ogún. Baños en agua de álamo, flores blancas, altamisa e incienso; guanábana madura, mameyes...

Las últimas líneas antes de dormirse ahuyentan al sueño. Quizá el final del cuento resulte visionario.

Demasiado tarde para salvarse, demasiado tarde para que sus gritos se oyeran, solos en el sueño con el pozo, las manos que asomaban por las piedras del brocal se apoderan de ellos, frías y duras como las piedras, y los sumergían en el fondo pavoroso de inenarrables secretos.

A la espera de su siguiente sesión de hipnosis, Alma pasa el resto de la semana dejándose contagiar por esa cadencia de La Constante que frena los relojes: interpretaciones en el piano; lecturas de *El Nuevo Norte* a la caza, a veces, del sol, otras de la sombra; algún juego con Gabriel, inútil a la hora de domar sus extremidades. Víctor y el despertar de las emociones de su letargo. Es la mejor manera para apaciguar su inquietud.

Suelen pasear juntos al finalizar la clase. El último día le explica que cada vez tiene más alumnos y se le hace cuesta arriba desplazarse hasta la mansión. Ella es su principal motivación, más incluso que un discípulo de cuyo progreso se siente, por otra parte, satisfecho.

—¿Eso significa que estás pensando en abandonarlo? —interpele Alma.

Precede a sus pasos un olor dulzón, una mezcla de gardenias y jacintos, a medida que van cambiando de un bucólico escenario al siguiente. El jardín muestra un esplendor sin palabras. Como había previsto ella, la primavera en Malpaís es fecundamente obscena comparada con otros paisajes cuya aridez conoce bien. Piensa en el secarral de Madrid y cuesta volver a él.

—Cuando termine este curso, tengo que tomar algunas decisiones.

—¡Oh, Víctor! Sería tan contraproducente para él perderte.

—He visto un local a pie de calle —añade.

—¿Para?

—Mi colegio. Como sabes, gano un buen sueldo, lo que me ha permitido disponer de recursos y la renta es accesible. Podría abrir el próximo otoño.

Alma guarda silencio; de repente constata el tictac de un reloj que vuelve a seguir su ritmo. La artificial felicidad se resquebraja.

—Es natural poseer ambiciones.

—¿Acaso tú no las tienes?

—Lo fueron terminar mi carrera y sacar adelante la farmacia.

—¿En pasado?

—Para proyectarse al futuro hay que saldar las cuentas con él.

—Mientras lo haces te pierdes el presente, princesa.

Víctor toma su cintura. Avanzan unos metros y se sientan en un banco para comerse a besos la nostalgia. A Alma le gusta, aunque un par de veces le haya retirado la mano de debajo de la falda. No se siente preparada.

—¿Estás bien?

—Claro.

—No te creo.

—Pues no sé por qué.

—Porque nunca hablas de lo que te ha sucedido. ¿Por qué viniste?

—Han muerto mis padres.

—¿Solo eso?

—¿Te parece poco cumplir veintiséis años, ser huérfana y no tener familia?

—Nosotros somos ocho hermanos y apenas coincidimos. Llega un momento en que cada uno ha de administrar su propia vida. Dependere de las raíces es malsano.

—¿Y cuando no hay raíces?

—Te las construyes. —El maestro gira su rostro para remachar su afirmación con un gesto entre pícaro y provocador—. Quiero que me acompañes. Levantemos juntos el colegio. Puedes enseñar en él, he comprobado tu paciencia, tu intuición pedagógica con Gabriel. Ciencias naturales, química, música, qué se yo. ¿Qué tienes que decir?

Ahora han enloquecido las manecillas del reloj. Como si el cajón del tiempo hubiese aireado los diarios que un día echó al Manzanares y comenzaran a reescribirse. ¿Ella dejando la farmacia? ¿Viviendo en El Norte?

—Algunas cosas se saben. Son certezas ineludibles —prosigue Víctor—. No preguntes por qué. Solo interpretas qué es lo que deseas y ya está. Incluso el despilfarro de todo lo anterior...

Alma reconoce en estas frases algunos residuos de rabia asentados en su corazón porque las ha escuchado antes. Avivan sentimientos que otrora le parecieron sublimes. Aún no es capaz de saber si entonces estaban vacías o eran un autoengaño; ahora tampoco, y ni siquiera entrará a debatirlo.

De pronto se levanta y empieza a andar. No aclara nada, tan solo huye para recuperar la calma perdida. Y cuando las llamadas de Víctor suben el tono, escapa hacia la casa.

\* \* \*

El viernes 26 de abril se acomoda expectante en la butaca de la consulta del doctor Costales.

—Mi admirada señorita Gamboa, tengo buenas y malas noticias para usted. ¿Por cuál quiere que empiece?

—¿Dónde está el señor Wasserman?

—De eso se trata. Mi estimado Charles debe acelerar su vuelta a Inglaterra, pues acaban de confirmarle su incorporación a un seminario en el Trinity College, en Cambridge, cuya relevancia le obliga a interrumpir su estancia aquí antes de lo previsto.

Alma frunce el entrecejo y se arrincona contra el respaldo.

—¡Oh! ¿Por qué se asusta?

—No lo hago.

—Entonces descruce los brazos y relaje los músculos faciales, de lo contrario pensaré que mi presencia le intimida. Hemos empezado por la mala noticia (positiva para mi colega), la buena es que valora que usted está preparada para enfrentarse a la muerte.

—¿Cómo?!

—¡Ajá! Ahora sí hace bien en encogerse, porque una mente maliciosa sospecharía que voy a blandir un machete para hacerla picadillo. Hoy inhumaremos a la joyita a quien dedicamos tantas horas. Y le aseguro que cuando cumplimentemos lo previsto, no pensará más en... —Costales chasquea la lengua— ... ese individuo, ¿se llama...?

—¿Damián?

—¡Muy mal! Ha de olvidar su nombre también. —El médico echa un vistazo al reloj de bolsillo y arrastra una butaca enfilando a la de Alma—. Mister Wasserman vendrá en unos minutos; se los he pedido para explicarle lo siguiente. —No cesa de razonar mientras abre su cuaderno de notas—. Este diagnóstico lo he contrastado con un terapeuta, una especie de «padre confesor», como puntualizaría el maestro Jung, que coincide conmigo: mi admirada señorita, ha intimado con un patán.

—Para eso no necesito un psiquiatra —suspira ella.

—Sí, para extirparle la ceguera. Hemos errado desde el principio al suponer en él simples, aunque tenaces, habilidades de seductor. ¡Peor! Ese hombre ha resultado un narcisista con complejo de Edipo, un erotómano patológico de rasgos psicóticos. Impulsivo y compulsivo. Recuerde que le dio el alto en una parada de tranvía y al día siguiente ya le inundaba la farmacia de escritos suyos.

—Se enamoró. Nos enamoramos.

—No. Era un enamorado del amor que, además de concepto literario, se trata de una disfunción. El difunto había fabricado una mujer ideal, el prototipo de perfección mesiánica al que su «amada» debía adecuarse, pero tan sobresaliente que cualquier mácula le haría desestimarla, lo que se produciría tarde o temprano porque en un examen de idoneidad siempre aflorarán fallos. Es decir: tan pronto ascendía a los altares a sus conquistas como las desechaba enseguida en un estercolero.

—¿Tiene que ser tan explícito? ¿Tan duro?

—Sí.

—Me hace daño.

—Pues debo fustigarla.

—Fue perfecto... hasta que dejó de comportarse como era él.

—Señorita bobalicona, él colocó en su frente el cartel de no válida. Ese «caballero cortejador» que ahora formaba parte del trámite de la conquista y en su exigencia rechazaba a una mujer y buscaba a la siguiente. Nunca se apiadó. No tuvo remordimientos. ¿Por qué tendría que demostrarlos usted?

—Porque no hice nada por socorrerle.

\* \* \*

—¿Le ha entregado la nota que llevaba en su bolsillo?

—Sí, pero no la abre. Se ha guardado el sobre. «La leeré con calma», reconoce, sin embargo, yo necesitaría que lo hiciera ahora porque no puedo hablar.

La sesión de hipnosis avanza según lo planificado y la psique de Alma se sitúa en el escenario de su última cita con Damián. Madrid es un manto lúgubre que se escarcha en el suelo. El puente de los Franceses, un rincón desamparado y sobrecogedor.

—Acaba de asegurarme que no cambiaría nada, que, diga lo que diga en ella, ya ha tomado una decisión. Trato de abrazarme a él, pero ha retrocedido. Creo que evita el contacto físico.

—Pídale que se explique —invita mister Wasserman—. Que se tome su tiempo, no tienen prisa.

—Él sí. No cesa de mirar el reloj, pues debe tomar el tren nocturno a San Sebastián. Se marcha con su familia a pasar la Navidad. Y yo me quedo sola... —Los sollozos dejan paso a un llanto incontenible.

—Recapacite Alma —sugiere terminante el inglés—. Solo nos importa el aquí y ahora. El mañana lo moldeamos a nuestro antojo. Exija una aclaración: ¿en qué te he decepcionado?

Ella repite la cuestión, mientras se remueve en la butaca. Sus piernas se sacuden solas, sujetas a movimientos reflejos que no controla.

—Asegura que soy problemática. ¡Mentira! El destino nos hace enfrentarnos a episodios duros; no soy responsable de lo que hizo mi madre. Ni del obús que reventó a mi padre. Amar conlleva compartir obstáculos, aprender juntos. Pero tú no sabes hacerlo.

—Hace muy bien en defenderse. Invítele a que le hable de sus dificultades, ¿o no las tiene?

Alma distiende los labios anticipando una expresión de asombro y miedo, para, acto seguido, proyectar su voz.

—¿Qué haces, Damián? Baja, por favor.

—¿Qué está pasando, Alma?

El médico deja de escribir y mira al terapeuta satisfecho: se encuentran donde necesitaban llegar.

—Dice que seguir conmigo sería como subirse a una cuerda floja y se ha puesto en pie sobre una barandilla que nos separa del río. —Extiende los brazos tratando de atraparle—. Se ríe de mí, asegura que yo soy la que parece que está a punto de caerse. No quiero que se burle, me siento menospreciada.

—Bucee en sus emociones, ¿percibe rabia?

—¡Sí, porque me humilla! No lo merezco. Soy una mujer emancipada que lucha por sobrevivir en una sociedad que no lo pone fácil.

—¿Quiere vengarse de él? ¿Sería capaz de empujarle?

—¿Vengarme? ¡No! Me gustaría contagiarle mi desolación, en cambio me desaira... ¿Has bebido, Damián?

—¿Por qué pregunta eso?

—Nunca le he visto así. ¡Baja de ahí! Es peligroso, el pasamanos está helado, ¿no lo ves? No, no... no pienso subir. ¿Por qué me haces esto?

—¿El qué, Alma? —sondea mister Wasserman.

—Me llama. Como si quisiera que... —de pronto rompe a reír— bailáramos juntos. Ahora se ha sentado en la baranda y empieza a llorar. Esta vez ha sido la peor, dice, porque estaba seguro de que conmigo no se equivocaba. Mi desengaño le destroza. Pero... podemos intentarlo de nuevo, amor. Yo... te he perdonado todo. ¿Qué es eso? ¡Oh, no... no! No bebas por favor.

—¿Beber?

—Ha sacado una petaca del abrigo. Se pone en pie y... ¡Oh, sé lo que va a suceder! Lo he sabido desde que se ha acercado al río...

—¿A qué se refiere, Alma?

—Va a caer... ¡¡¡Ah!!! Ha caído al río. ¡Damiáááán! Dios santo, ¿qué puedo hacer?

—Eso es, ¿cómo reaccionó cuando Damián se abalanzó sobre el río?

—Grito, grito y grito. —Alma es una niña encogida que pide protección; sin embargo, la dejan que se venga abajo—. No hay nadie alrededor. Oigo un chapoteo en el agua, sus inútiles brazadas, pero soy incapaz de asomarme. Echo a correr hacia la carretera. Distingo acercarse un coche y levanto los brazos, me sitúo en medio de la vía, salto y solo consigo que me esquivé mientras toca el claxon. Pasan interminables minutos sin que asomen los faros de un vehículo. Corro en una dirección y en otra, resbalo a causa del hielo sobre los adoquines... ¡Aguanta, amor! Te juro que encontraré a alguien.

—Usted no es responsable de hallarse en un paraje solitario ni de la imprudencia de Damián. ¿Qué más sucede?

—En mi desesperación aún no había mirado la hora. Han pasado quince minutos y me doy cuenta, horrorizada, de que nadie sobreviviría tanto tiempo en esas frías aguas inundadas. Al final saco fuerzas para acercarme al borde de la balastrada y ahí abajo... está él. Reconozco la espalda de su abrigo, esa tela que he acariciado tantas veces... ¡¡Ha muerto!! Ha muerto y no he sido capaz de salvarle. No me queda voz, la he roto con mis alaridos, mi ánimo duda entre saltar con él o seguir agonizando. ¡¡Oh, qué insensatez!! No pienso saltar... no soy mi madre. Yo sobrevivo al dolor, no me dejo aniquilar. Poseo dignidad y coraje. Aprendí de mi padre a litigar contra lo adverso. Él me aleccionó con su ejemplo y querría que me sostuviera en pie hasta el final.

—Despídase de Damián, Alma. No ha conseguido hasta ahora decirle adiós y le martiriza. Hágalo ahora. —Mister Wasserman eleva el pulgar al doctor Costales.

—¡Damián, enséñame a avanzar con tu ausencia a mi lado! No te vas solo, una parte de mí te acompañará siempre. Se me han olvidado las amargas de los últimos días, tu dureza, incluso lo que acabas de decirme... No habrá otra piel como la tuya, ni otros labios... ¡Adiós, amor! ¿Nos perdonamos? Debemos hacerlo —concluye Alma y guarda silencio.

Solo escuchan el ritmo del metrónomo. Su ordenado compás contrasta con el laberinto de Alma.

—Ahora, ¿qué decide hacer? —pregunta por fin el hipnólogo.

—Me marcho. Camino y camino hasta destrozar las suelas y ver las luces de un taxi libre. En casa me convierto en un robot sin atender a lo más elemental, ni comer ni asecarme. Pero cuando me doy cuenta de lo sucedido, cuando interpreto que no he avisado a la policía y que una familia esperaría en el apeadero de San Sebastián a quien nunca bajó del tren, sentencio que mi escapatoria pasa por huir. Para reflexionar. Para llorar.

Para olvidarte, Damián.



La tortuosa sesión la ha llevado a pisar la calle tambaleante. «Es una bajada de tensión —ha aclarado el doctor, sirviéndole una copita de brandy—. De un tirón, verá como mejor». Según consumía el coñac, él ha juzgado bastante discutible el delito de omisión de socorro que a ella le atormenta, ya que su intención fue pedir ayuda. Costales también rebaja sus inquietudes respecto a la familia, dando por sentado que habrá sido informada hace tiempo.

—Los ríos no son pozos sin fondo —sostiene—. La corriente termina arrastrando a la orilla lo que cae a sus cauces. ¿Suponía que tras el accidente tranviario flotarían cadáveres en el Manzanares, entre ellos el de Damián?

—Pero el periódico habría recogido la información. ¿O no?

—Considerando la buena familia a la que pertenecía, detalle que me hubiera gustado contrastar porque en un año de relación nunca llegó a toparse con un solo miembro...

—Vivían fuera y mi madre estaba enferma —ha interrumpido ella.

—¡Bah, pamplinas! Deje de justificarle. Siendo quien era, lo normal es tapar el asunto alejándolo de la carroña periodística. Su descubrimiento se realizaría con la máxima discreción y el susodicho descansa enterrado en el panteón familiar. Queda sepultarlo en su cabeza —le dijo, golpeándola con los nudillos.

La Ley de la Compensación explica el ofrecimiento del médico en la puerta de su consulta: la invitación a la despedida a mister Wasserman, que él y su mujer organizan para el domingo; tras las lágrimas, las sonrisas. «Podría acompañarle el maestro. En aquella casona están demasiado aislados. Y cuente con mi discreción; a nadie revelo el nombre de mis pacientes. Ni siquiera a mi esposa».

—Está muy pálida —aprecia Mauro al entrar en el coche.

—Sí; algunas dolencias tardan más en curar de lo que pronosticamos. Otras no se van nunca. Usted sabe de eso.

El conductor observa callado por el retrovisor.

—¿Cómo está su pierna?

—Mejor.

—No me dijo que se había lesionado en el incendio. ¿Por eso nunca habla de Providencia?

—¿Qué se le ha perdido entre esa miseria que anda escarbando como perro en basura?

—Mauro, ¿no se da cuenta de que cuanto más se oculta más apeetece saber? Es humano. Dígale a un niño que no mire dentro de un armario, que tan pronto se da la vuelta se encarama a una silla.

Poco tiempo después aparca junto al edificio del periódico. Le ha contado que va a la biblioteca. «Vaya manía que tiene usted con leer», ha rumiado él. Pero le ha mentido porque al cruzar el solemne *hall* ha subido de dos en dos los escalones hasta *El Nuevo Norte*. Está resuelta a que la carta que ideó anoche llegue a Cari Pintado más rápida que sus ideas, aunque un vistazo a la redacción revela que el joven fotógrafo que le ayudó la vez anterior no se encuentra allí. Al segundo identifica la caja con el nombre de la colaboradora y a una secretaria soldada a ella. ¿Cómo cambiar el primer sobre del hinchado montón por su nota?

*Querida amiga:*

*Cada una de sus palabras han sido dogma de fe para mí. Fui, recé, conforté mi espíritu, pero cuando tuve en mis manos la llave que debía de abrirme el camino de la verdad, la extravié. Y aún estoy reprochándomelo.*

*Nada me haría más dichosa que encontrarla de nuevo. Solo usted puede ayudarme en esa búsqueda.*

*Un alma todavía desconsolada.*

Alma se ve condenada a buscar inspiración alrededor; cualquier cosa que le indique el modo en que podría actuar. El diario es un espacio considerable lleno de hombres, muchos de ellos ataviados con gabardina y sombrero en mano, donde se escatima la presencia de mujeres. Tras ojear un rato, se asoma a la ventana y en la calle detecta idéntico trasiego: decenas de señores envueltos en gabanes de entretiempo. ¡Ahí está la clave!

Inspira hondo y no reflexiona, de lo contrario saldría corriendo en lugar de componer las frases de alarma que lanza despavorida: «¡Un escándalo! ¡No lleva nada debajo de la gabardina! Allí, mirende. ¡Hagan algo! Es un exhibicionista. Aquel... el de la gabardina y el sombrero».

En segundos media redacción se arremolina en torno a la ventana y la restante huye al grito de «A por él, el de la gabardina», pertrechados de bloc, lapiceros y cámaras de fotos. Sobra decir para lo que Alma aprovecha el revuelo. Luego desciende al *hall*, tratando de pasar inadvertida.

—¡Usted! ¡Oiga, señorita! —gritan cerca de ella—. ¡Deténgase!

Ella no se frena, aunque en la acera la agarran del brazo y se ve obligada a volverse temerosa de haber sido descubierta.

—Me ha hecho correr los cien metros lisos y con tacones es de medalla olímpica —dice la bibliotecaria—. ¡Uff! Déjeme respirar. Qué alegría verla, no sabía cómo localizarla. Tengo algo para usted.

\* \* \*

El poder de algunos objetos va aparejado a la carga emocional que entrañan; Alma ha aprisionado el segundo volumen de *La rosa amarilla* a la vuelta a La Constante igual que si abrazara a su tío Fabián. Esta vez sí se trata del verdadero. Querría haberlo leído de cabo a rabo en el asiento de atrás del coche, pero en su lugar lo ha deseado como a un amante furtivo. Al llegar lo ha depositado en la maleta junto al otro ejemplar y ha sufrido el vacío de su ausencia durante el almuerzo.

Según le ha explicado la bibliotecaria, había llegado hacia un par de días, pero al suceder fuera de su turno nadie ha sabido desvelarle los detalles. «No sé, estaba entre los libros pendientes de colocar y lo primero que pensé fue en usted. Pero no sabía cómo encontrarla... ¡Qué suerte hemos tenido! El destino». El azar también ha querido que en los avatares por los que haya pasado sea un humilde ejemplar de pastas de cartón.

—¿Qué tal con el médico? —se ha interesado Eunice—. ¿Te encuentras mejor?

—Estoy algo débil. Me ha suministrado hierro —señala, sorprendiéndose a sí misma con estas nuevas mañas para engañar.

A la espalda de Eunice, Refugio revuelve la crema de calabacín y, tras servir, se ha acariciado la barriga con la inequívoca intención de provocarla.

\* \* \*

Durante la tarde ha comparado los dos tomos, comprobando que el segundo es una continuación del primero. Quizá su tío escribiera una voluminosa biografía que de cara a su publicación se escindiera en dos: uno empieza donde concluye el otro. Alma se recomienda avanzar con calma y reprimir su ansiosa curiosidad. Necesita tomar apuntes, formularse dudas, anudar conflictos o desanudar otros.

¿Dónde estabas durante la estación de los besos? Mientras los míos cruzaban lechos y fronteras de idiomas ininteligibles. Un día supe que el hombre que no era yo había empezado a cimentarte un templo. «¿Y qué?», repliqué reconcomido por no haberlo promovido antes que él.

—Dicen que desde su atalaya podrá divisarse la isla —me azuzaban.

—¿Cuál? ¿La del arco iris en sus mares? Mentira. Hay que ser pirata y enrolarse en una galera para descubrirla.

—Cuentan que ella vendrá cuando esté concluida para llenarla de tules; de alfombras y pieles de animales. De cómodas fabricadas en ébano y marfil. Mesas de caoba y arañas de cristal de Bohemia. Fruta madura e inciensos en los corredores. Palmas y ceibas a su entrada. Y un ejército con determinación de reconquistar lo que antaño les quitaron. Guárdate de ellos; las mujeres de nuestra tierra se aprietan el corsé y los hombres se alojan la bragueta, porque esa gente negra solo piensa en lo mismo.

—¿Y su hijo? —preguntaba como quien no quiere saber—. ¿O acaso hay otro?

—Sigue siendo único, porque Dios no ha querido bendecirla con más risas infantiles.

Te imaginé entonces velando el sueño de tu cachorro, rezando a tus santos por su bien eterno.

La primavera de 1910 inyectó de savia los brotes. Mis miembros de sangre. Ya estabas en Malpais y yo continuaba tan lejos.

Casi se habían olvidado de ti, de aquella extranjera que un día llegó y alumbró un hijo para marcharse después; y de repente, regresaste. Pero no eras tú, sino la mujer en que te habías convertido. Paseabas por la ciudad, por la aldea, acudías al teatro, encargabas trajes y cosméticos en París, te sumergías desnuda en el mar. Volviste para voltear la vida.

¿Dónde estaba yo? Quizá en los bajos fondos de París, en Candel Town, Picadilly o Berlín. Escribía versos y te componía canciones, dedicadas a algún hombre. Qué más daba. Besaba bocas. Qué más daba. Me hundía en sexos sin etiquetas. Siempre deseaba la absenta, el opio, el coñac o la morfina igual que se anhela el calor del hogar en mitad de una tormenta. Provocaba, para de pronto volverme introspectivo y melancólico. Y a veces, si el llanto del amor me ovillaba, retornaba al vientre materno. Solo ella intuía el germen que crecía dentro. Ella, como después tú, hundía sus dedos en mi cabello y besaba mis ojos abiertos, claros como los suyos.

—Son hermosos, hijo —aseguraba.

—Sin embargo, no son el lago que yo ambiciono.

—El verdadero amor carece de género. Quiero que lo sepas.

—Pero tiene nombre, madre. Y, para mi desgracia, dueño.

Alma va deshilando el romance de *La rosa amarilla*, desconfiando de que llegara a salir de los márgenes de la imaginación de su autor. No obstante sí ha encontrado rastros que contrastan su ambigua sexualidad: «... la mía entonces la dilapidaba en viles entretenimientos».

Por lo demás, la novela corrobora los hechos que enumeró Eunice en su día: en el invierno de 1909 Ventura vuelve a Malpaís para erigir el edificio más monumental visto en esta tierra. Providencia.

Mi indómita rosa amarilla, clávame las espinas de tus dedos en la espalda y esparce pétalos sobre mi pubis. A cambio, te obsequio el paraíso.

Pero quítame la tortura de preguntarme a quién debo amar y a quién no. Arranca la culpa de mis sábanas. Llévate mis insomnios al infierno. Envuelve con tus llamas mis dudas y moriré dichoso en tu calabozo, pues no admito condena mejor que la tuya.

Dime que no fantaseo. Que tu boca es un puerto y tu vagina, mi amarre. ¿Qué guarda para no querer huir de ella? He escapado tantas veces de la tenebrosa oscuridad femenina en pos de ese otro placer que tantos castigan que quizá no sepa cuidarla.

Has nacido para reventar las reglas mal escritas de mi cuerpo.

El club de campo de El Norte se sitúa en una ladera a las afueras. Una extensión de terreno verde sobre el que practican la equitación o el hockey los cachorros de las familias pudientes, mientras sus padres degustan el aperitivo en alguno de los salones de una construcción en planta única y estilo racionalista. «¿Acuden al *lunch* de los señores Costales? Al fondo, a la derecha», indica un portero uniformado.

El brazo de Víctor representa la muleta perfecta para quien no está habituada a una vida social que se le hace atosigante.

—Gracias —confiesa él, besando su mejilla.

—¿Por?

—Por querer que te acompañe. Por estrenar el traje que te regalé. Por haber cogido el tren un día y cambiarme la vida.

Cómo no van a halagar sus palabras si son mimos a un alma turbada. Esa misma mañana, antes de salir hacia la ciudad, Alma ha ojeado el ejemplar de *El Nuevo Norte* como de costumbre. En realidad forma parte de una inercia, porque tras recuperar el libro ha declinado su interés por la sección que se puebla a diario de consejos para mujeres con las que reconoce tener poco que ver. Aun así, ha echado un rápido vistazo.

... Al tratarse de una mancha reciente esparza un poco de sal, deje reposar y luego frote con jabón y jugo de limón. En cuanto a las de tinta que tras lavarlas dejan un cerco de color hierro oxidado, emplee ácido clorhídrico rebajado y después remoje en leche.

Se lamenta también de los restos de barro en una prenda que ha cepillado y le sugiero que aplique crémor tártaro humedecido; después sumerja el tejido en agua fría y a continuación en caliente...

Mi querida danzarina no se empeñe en escarmentar a un marido que no desee compartir la habilidad del baile. Ya le pedirá acompañarla cuando empiece a echarla de menos. Los hombres sostienen que...

Amiga lectora, los libros carecen de dueño. Sería como acotar el cielo. Sus historias sobrevuelan a la espera de un corazón que las albergue, y si escapan y deben volver, lo harán. Las páginas que se pliegan no desean ser compartidas; en cambio las que claman por airearse se abren solas. Ellas buscan a su lector por caminos inimaginables.

Cada uno de nosotros llegamos a este mundo junto a un libro. Forma parte de nuestra función aquí. Es una misión que trasciende a la carne. Hay quien consume su existencia sin abrirlo. Peor, sin llegar a conocer su título ni sus tramas. Otros privilegiados, usted entre ellos, no solo los conseguirán, sino que sus libros les otorgaran la sabiduría de salvar vidas... incluso muertas.

Se ha reconocido de inmediato en las líneas, lo que le lleva a interpretar que Cari Pintado sabe que la novela ha vuelto a su poder. ¿Por qué? La razón más aceptable es que haya sido ella quien la depositó en la biblioteca.

El poso de sus palabras la acompaña mientras accede a un espacio repleto de gente, en varias alturas, que se adapta a los accidentes del terreno. Viste el dos piezas color chocolate adornado por un corazón en fieltro del que se desprenden lágrimas rojas sobre la tela. El motivo cautivará enseguida a un doctor Costales, abrumado ante su poder de convocatoria.

—Mi admirada señorita, qué gusto su presencia. ¡Sean bienvenidos a este ágape cuyo embrión fue una reunión de amigos y ha devenido en el evento social de la ciudad! Me temo que se nos ha ido de las manos. Caballero, ¿por qué maltrata su corazón para que sangre de ese modo?

—Las apariencias son traicioneras, doctor —responde Víctor—. Es el mío el que se desangra por ella.

—¡Ah, mujeres! Bien lo definió Lope: «No ha hecho el cielo cosa más ingrata; es un ángel y a veces una arpía». Hablando de ellas, he perdido a Matilde, y eso que estaba aquí conmigo hace un instante. Disculpenme, voy en su busca y se la presento.

\* \* \*

La pareja se encamina hacia una barra donde se sirven combinados, aunque cuesta abrirse paso entre los asistentes, entre los que descubren a Ismael Velarde trajeado en lino claro. Víctor inclina la cabeza y evita el saludo directo, Alma titubea, pero hace lo mismo. El ingeniero está integrado en un grupo en el cual destaca una mujer de negro, de exuberante melena y unos ojos clarísimos. Sus labios rojos le confieren un aire sofisticado.

Aprovechando que Víctor va a por unos refrescos, Alma se acerca.

—Vaya, qué coincidencia —saluda Ismael—. Me congratula comprobar que se va integrando en nuestro ambiente.

—Víctor recibe muchas invitaciones —miente.

—¿Víctor?

—Se conocieron en el teatro, es el profesor de Gabriel.

A su lado la mujer de mirada transparente escucha con atención.

—Disculpe mi descortesía. Le presento a Aurora Vigil de Quiñones. Ella y su hermano están visitando la ciudad y espero que ratifiquemos acuerdos comerciales en breve.

—Delo por seguro —responde la mujer—. Gusto en conocerla.

—Su acento no es de aquí —comenta Alma, intrigada.

—Mexicano, aunque mi familia y yo nos preguntamos de dónde somos pues llevamos un año acá, pensándole allá. ¿A usted no le pasó nunca andar con un pie dentro y otro fuera?

—Supongo que sí. ¿El negro es por...?

—Luto. Perdí a mi esposo estando encinta hace más de un año. Por eso platicamos tanto Ismael y yo: la viudez da para mucho. Como dicen en México, a los dos se nos llevó la fregada. Pero qué buenos tratos haremos entre nuestra fábrica La Continental, en Puebla, y Aromas de Malpaís.

Mientras la mujer despliega su armonioso tono, Alma descubre a Ismael admirándola y no puede dejar de notar celos. Presume que son ridículos pero, al tiempo, humanos, porque obedecen a las suspicacias que desata su belleza e incluyen cierta decepción de saber que ella nunca provocará una emoción semejante en los demás. Existen mujeres capaces de detener el mundo a su paso y otras que lo hacen rodar, con una fuerza tan porfiada como discreta. Alma se encuentra entre estas últimas, aunque no le importaría cambiarse de vez en cuando por las primeras.

—Veo que ustedes se entienden bien —reconoce Ismael Velarde—, así que voy en busca de unos canapés. Vuelvo enseguida.

Alma aprovecha para abrir una ventana a ese paisaje que acapara su interés en las últimas horas.

—¿Conoce Cuba? —la interroga.

—No, mi hermano sí. Asegura que es como Veracruz pero más bella, y me enoja mucho porque no distingo lugar mejor que México.

—Y el mar... ¿cómo es el Caribe?

—¡Oh, sí! No he visto azules iguales a los suyos en ningún otro sitio. Es mirarlo y ese océano deja a uno más tomado que el tequila.

De improviso se hace un silencio entre las dos y ella la taladra con esos ojos que deben emular a los mares que retratan sus palabras.

—Usted, ¿por qué anda triste?

—¿Yo? Nooo.

—Sí que lo está. Las mujeres reconocemos la pena. ¿Ve a ese hombre de la ventana? No aguanta en pie. —Alma examina su perfil al retirarse el cabello, como un imán del cual cuesta despegarse—. Es mi hermano; se resiente de la pierna. La perdió en un bombardeo al hundirse el barco en que viajaba, pero no tiene caso arrastrar condenas, ni es bueno el enredo de la tristeza. Ambos lo sabemos, por experiencia. Dígame, ¿nunca ha tenido ganas de confesarse a un desconocido?

Está a punto de contestar que no, cuando recuerda que una vez escuchó una pregunta semejante. Se la formuló una funcionaria de correos la tarde en que acudió a ver qué abría una llave con el número 612, correspondiente a idéntico apartado postal. Ese día supo que su padre lo había contratado años atrás. Entonces descubrió la existencia de aquella caja y desdeñó la idea de conocer su contenido. No, nunca habría desmenuzado su intimidad o la de su familia con una extraña. Sin embargo, hoy recibe esta propuesta y si no se sintiera rodeada de gente, si Víctor no recogiera ahora mismo las dos copas que le entrega el camarero, si estuvieran solas frente a una taza de té, contaría, ya no su vida, sino sus secretos uno a uno, a esta forastera de ojos de mar con la única condición de no cruzársela de nuevo, para ahorrarse la vergüenza de recordar sus infortunios.

—Acépteme un consejo: no quiera a quien no le quiere, ni tenga miedo de empezar de nuevo —sentencia ella.

—¿Por qué comparte esto conmigo?

—Porque lo siento; a veces las cosas suceden sin explicación. Hace un momento me ha preguntado por mi acento y le he dicho que ni sé de dónde soy. Pero es mentira porque, como sostiene mi hermano, la patria se halla donde residen tus afectos.

—¿Y si ya no me quedasen?

—Seré sincera: si los que andan cerca no le convienen, cambie de patria. Ahora nos tenemos que regresar al hotel, mi hermano está cansado.

—Gracias. Ha sido usted muy... generosa.

—Alma, ¿verdad? Lindo nombre. Que Dios la guarde en la palma de su mano.

\* \* \*

—¡Por fin los encuentro! Sígueme —ordena el doctor Costales.

Ella y Víctor degustan un cóctel cuando se dejan arrastrar en dirección a uno de los ventanales del salón donde, apostados junto a él, coinciden una docena de personas.

—Joven, prepárese a sufrir porque las mujeres son muy escurridizas. No sabe cuánto me ha costado encontrar a la mía. ¡Aquí está! —aplaude el médico—. Matilde, querida, quiero que conozcas a la señorita Gamboa y a su acompañante.

De repente, entre americanas y gasas estampadas aparece una mujer sonriente mientras se ajusta las gafas. Alma comprime las piernas contra el suelo para que no se le doblen.

—¡Oh, qué encantadora! ¿Tengo que estar celosa de ella, Sigfredo?

—Nunca —reconoce Alma, esforzándose en no mostrar aspavientos.

Las dos se entrelazan las manos y una corriente las traspasa, electrizándoles de arriba abajo. Matilde permanece estática porque no es la primera vez que detecta esta reacción. Alma la habría acompañado al fin del mundo si ella se lo hubiera pedido. Súbitamente, con vertiginosos reflejos, levanta el codo en dirección a Víctor, quien se sitúa a su lado sujetando las copas, como todo un caballero, pero a consecuencia del golpe no puede evitar que golpeen entre sí y el líquido se derrame sobre él.

—¡Oh, lo siento! Qué torpeza —lamenta ella—. Creo que sería mejor que vayas a limpiarte. No te preocupes, yo te espero aquí.

Tan pronto lo ve alejarse, Alma toma el brazo de la mujer del doctor. No importa que él la descubra. Ya no. No hay más argucias que ocultar.

—¿Cari? Usted es Cari Pintado, ¿verdad? Soy «un alma desconsolada»... soy yo. Hoy mismo he leído su respuesta en el diario. —La mujer tarda en reaccionar—. ¿Recuerda mis cartas? *¿La rosa amarilla?*

Mientras espera anhelante una frase suya, Alma se convence de que la vida es una ficción a tiempo real.

El portal donde se ubica la consulta del neumólogo posee un tramo de escaleras que conduce al semisótano; Alma las desciende y pulsa un timbre a su derecha, junto al que reza el cartel «Gabinete de estudios sobre la conciencia humana». Es lunes 29 de abril; el día siguiente a una colisión de las que sacuden los planetas en el cielo y las tripas en el interior.

Una joven con aspecto de discípula aplicada la guía hacia un despacho sin luz natural y paredes enteladas. Minutos después entra en él Cari Pintado y, de inmediato, el médico.

—Mi admirada señorita Gamboa, cada vez me tiene más subyugado —inicia él—. Huelga confesar que he sacrificado el secreto profesional, viéndome obligado a resumir su caso a mi esposa. Supongo que no le molestará.

—Al contrario, ahorramos tiempo.

—Pero sigo sin entender qué tiene que ver esa novela de la que habla con el duelo de sus padres y el mentecato de Damián. Aunque más descabellado resulta asimilar este lance a sus pulmones. Suerte tiene de haber acudido a un galeno muy poco convencional.

—Sigfredo —corta Cari-Matilde—. ¿Podemos dejarla que se explique?

Con limitado orden, Alma expone lo que necesitaba compartir con la mujer: el encuentro fortuito en La Puerta del Cielo, la mística reacción de Cari junto a la frase «No tiene paz», *La rosa amarilla* cayendo sobre sus pies, el envío de sus cartas a la sección «El buen tono». Sus atinadas respuestas, la iglesia de San Telmo. Una literaria historia de amor. De pronto mezcla apariciones, notas azules, Obatalá, María Nieves y la pérdida de Eunice. El nudo que es su biografía.

—¡Virgen Santa! Coincido con usted en que posee material suficiente para una novela —frivoliza la mujer—. De ahora en adelante, llámeme Matilde. Cari Pintado es un pseudónimo para resguardar mi afición a la escritura, así como un método para camuflar mi actividad. Sigfredo, ¿podemos confiar plenamente en ella?

El matrimonio se interroga con los ojos. Alma aprecia un escalofrío; a lo mejor es ella quien no debiera fiarse de esa excéntrica pareja.

\* \* \*

—Siento decepcionarla, pero una parte de los hechos que menciona, y en los cuales me he visto implicada, no los recuerdo —reconoce Matilde—, de lo contrario enloquecería. Señorita Gamboa, poseo habilidades que, aun siendo naturales en los mortales, no desarrollan todos. Luché contra ellas durante algún tiempo, pero tras establecer decenas de barreras comprendí que los diques no imperan en el mundo sensorial. ¿Desea que continúe?

—Por favor —responde Alma, balanceando el torso hacia delante. No quiere entrar a valorar, solo escuchar.

—Mi siguiente paso fue cooperar, entender que mi aptitud ayudaba a otras personas con un grado inferior en la evolución de las mismas. —Matilde se sirve agua, Alma rechaza su ofrecimiento—. Suelen ser los objetos los que hablan; a veces un humilde vaso como este o un libro. Siempre entrañan un gran arbitrio emocional. No se imagina lo incómodo que resulta recibir información en la calle o en situaciones inadecuadas (usted lo comprobó dentro de la librería), aunque una vez interiorizado el «don», debemos ser consecuentes para desentrañar el sentido de aquello que nos llega.

—¿Debemos? ¿En plural? —interrumpe Alma—. ¿Les sucede a los dos? —La coincidencia tendría algo cómico.

—¡No! —se apresura a desmentir el médico—. Solo alardeo de esa sagacidad cuando contemplo una radiografía.

—Aludo a un colectivo de estudios —prosigue Matilde—; el cartel de la puerta es una tapadera a medias. Pertenezco a un grupo reducido y secreto que opera en varias ciudades, entre ellas esta. Considerando la situación de nuestro país, esta información, además de confidencial, resulta altamente comprometida. Interpreto, por lo que me ha asegurado mi marido, que su silencio está garantizado.

—Por supuesto, Matilde... Estoy sola. En el mundo...

—Nadie está solo. Esa idea se fundamenta en un error. La rodean los suyos. La acompañan y velan por usted, aunque no sepa discernir sus señales ni comunicarse con ellos. —Prescinde de las gafas y pasa un pañuelo por el puente de su afilada nariz. Hace calor en el gabinete—. Se comporta como la mayoría.

Alma no puede evitar retrotraerse a la primera vez que la vio; ahora diría que sus facciones son menos duras, aunque siga clavándole esos ojos de búho y su peinado emulando a una ensaimada; pero su aire de adusta institutriz ha declinado en favor de una amable maestra. En su mano izquierda brilla el mismo sello de oro.

—¿Pertenecen a una secta... masónica? —inquire.

—¡Por favor! No negaría que alguno de mis compañeros simpatice con la masonería y que coincidamos con ella en no ser dogmáticos, no obstante aleje la idea de un grupúsculo tenebroso. No realizamos rituales de magia negra, no sacrificamos niños ni carneros, no llevamos cuernos ni túnicas. Observamos la vida. En cuanto a mí, no soy una pitonisa ni utilizo la nigromancia; no interpreto el tarot, ni poseo una bola de cristal. Este es mi lugar de trabajo, más cercano a la consulta de una investigadora que cualquier rincón mágico. Cursé la carrera de historia y mi trabajo en el periódico es reconocido. ¿Ha oído hablar de Allan Kardec? ¿De Amalia Domingo Soler o el vizconde Torres-Solanot?

Alma agita la cabeza en señal de negación.

—Son espiritistas.

—¿Quiere decir que ven fantasmas? —pregunta Alma sobrecogida.

—Están muertos, lo que sugiere que nosotros debemos verlos a ellos. Son pensadores que demostraron el intercambio entre el espíritu y la materia. Le sorprendería cuánta gente secunda sus doctrinas.

—¿Espíritus? Doctor... esto se aleja de la hipnosis. Yo... yo soy una mujer de ciencias —aduce, buscando el auxilio del médico. Nada concuerda con ella.

—Correcto —ataja Matilde—. En ese caso, y desde una óptica científica, las llamaremos «entidades lumínicas». El camino hasta presenciarlas en apariencia corpórea resulta lento. Las primeras percepciones son nebulosas grises detectadas con el borde de los ojos. Paulatinamente adquirirán un tono blanquecino y formas redondas en movimiento; para su entender serán brillantes pelotas blancas que van y vienen. Cualquiera con un grado óptimo de visión podría advertirlas. Cuando Amalia Domingo Soler (escritora, además de médium psicógrafa) se quedó ciega, continuó registrando experiencias sensoriales, esto es porque suelen asociarse a olores que las anticipan. En principio desagradables, incluso nauseabundos, pero también placenteros, en cuyo caso se asimilan a fallecidos cercanos. A veces desencadenan cambios en la temperatura. Dígame, ¿le ha sucedido algo semejante alguna vez?

\* \* \*

Alma se ha despedido de Matilde y del médico con un comedido.

—Busque objetos personales de sus familiares, así como de Damián, e intente que no hayan pasado por otras manos. Una prenda íntima, un collar, una pluma o un sombrero —le ha encomendado Matilde—. Usted me traslada sus impresiones, pero mi tarea consiste en componerlas en algo palmario, entonces sabremos si conviene o no contar con otro médium del grupo. El conocimiento, o la conciencia si prefiere referirla así, es eterno y nos pertenece a todos.

Antes, Matilde ha recalcado que desconoce cómo sus dedos dieron con *La rosa amarilla* cuando buscaba un *Manual de la buena esposa*, editado el siglo pasado. Su intelecto lo habría solapado de no ser por el reincidente sueño que empezó a sufrir días después donde aparecía un hombre, junto a un acantilado, rodeado de una orla de rosas amarillas.

—Cada vez que me acercaba, él saltaba y al ir a buscarle al pie de la cortada, no encontraba ni rastro. Volvía a mi camino; pero si echaba la mirada atrás, allí estaba —ha descrito Matilde—. Esa alma se encuentra en un bucle que debo de romper. Me está pidiendo ayuda para cruzar en paz.

—¿Cruzar qué? —ha inquirido Alma.

—Si va a cuestionar cada paso, nunca avanzaremos. Le pido un ejercicio de confianza... y de fe, también. ¿Por qué no?

Matilde ha confesado su decepción al comprobar que, tras su vuelta a La Puerta del Cielo, la novela había sido vendida y pensó que en la biblioteca del periódico, que se caracterizaba por poseer ejemplares inusuales en la ciudad, podría hallarla. «Cuál no sería mi sorpresa al dar con dos volúmenes, cuya lectura desencadenó varios trances que me facilitan detectar lo que no se explicita en el papel: dolor, desengaño, una incompreensión latente... y un exorcismo final». Alma no desea que le cuente más, debe leerlo en la novela; a su vez ha descubierto que no fue ella la encargada de restituir el ejemplar a la biblioteca, pero son tantas las pesquisas de su exposición que ya no le parece importante saber quién lo hizo. Podría ser un transeúnte que se lo encontró en la calle.

—¿En serio no recuerda mis cartas a *El Nuevo Norte*? En su respuesta me recomendó que acudiera a la iglesia de San Telmo. —Imposible no tamizarlo por el cedazo de la razón—. Encontré la novela donde usted dijo.

—Así tendría que ser. Está a tiempo de parar, pero si continúa no consentiré el desgaste de buscar respuestas nomotéticas a cada paso.

En este punto, Alma demanda la cooperación del doctor.

—Señorita Gamboa, hace mucho que dejé de aplicar la gnosis a la «disciplina» de mi esposa —aclara él—, porque tengo las de perder. Usted es lista y su cabeza sana, aunque gestionar emociones la haga fluctuar. No se fustigue. Apoyaré la decisión que tome.

Se ha levantado del sofá, sirviéndose un vaso de agua.

—¿Ustedes tienen hijos? —ha saltado de súbito.

—No, sí —han dicho al unísono. Después han intercambiado miradas, tomando la palabra el médico—: Nuestro hijo falleció con diez años víctima de una escarlatina de la que no pude salvarle. Enfrentarme a diario con la dolencia que me despojó de lo más querido resulta desgarrador. De no existir Matilde, no estaría aquí —concluyó, asiendo su brazo como a un mástil.

—Pero él sigue con nosotros —ha continuado ella—. Está aquí. Sentado en esa silla. —Alma se atraganta mientras bebe—. Sigfredo es duro para el aprendizaje de lo sensitivo. Imagínese a alguien con una zapatilla por oído empeñado en convertirse en violonchelista... ese es él. Mi hijo duda de que usted esté preparada, pero yo intuyo que sí. Alma, voy a hacerle una confidencia: contaba seis años cuando mi madre me encargó un recado porque, siendo el día libre del servicio, se había obcecado en almidonar unos encajes. La droguería estaba pocos metros de mi casa y, antes de llegar, me crucé con el tendero vestido de domingo. Le miré extrañada. «Hola, Matildita, quiero despedirme de ti», me dijo, y acto seguido giró la esquina. Me entristecí por él y por mí, ya que no podría cumplir el encargo; aun así, tozuda, me encaminé al colmado que, para mi sorpresa, hallé abierto. Segundos después apareció el tendero con su mono azul. «¡Hola, Matildita! ¿Qué se le ofrece a esta niña tan lista?». Decidí no aludir al anterior encuentro y salí de allí con el paquete de almidón. Al llegar a casa no hablé de mi anécdota. A la mañana siguiente, cuando la niñera nos sacó a mi hermano y a mí a pasear, en la puerta de la tienda colgaba un letrero de «Cerrado por defunción». Yo sabía leer, además de ver lo que los demás no suelen. —De pronto, ha estallado en carcajadas—. Mi hijo sugiere que se quite esa cara de susto, no para de reír al verla.

—Lamento lo de... —ha balbucido—. Les hice la pregunta porque si Fabián no tuvo hijos ni vive el de Cécile, alguien debería velar por su memoria. Ahora que sospecho los ardides de mi tía Eunice solo requiero... la justicia de rehabilitar sus nombres. ¿Me puede ayudar, Matilde? ¿Será mi aliada?

—Los suyos son sus aliados, yo soy solo un portal. Usted también.

Y Alma se ha despedido turbada por la irresistible fuerza de lo invisible.

\* \* \*

Apenas regresa a La Constante, Alma se escabulle al desván con la intención de comprobar si guarda su llave todavía en la pieza con forma de libro que su abuelo había diseñado para la cómoda. No la encuentra. Ni en el cajón secreto ni en ningún otro recoveco del mueble. La otra opción para bucear dentro pasa por confabular contra Eunice, lo que realiza durante la comida.

—Somos generosas con la parroquia —replica la mujer mientras moja barcos de pan en la salsa—. No sé a qué viene enviarles más ropa.

—Supongo que hay prendas de las cuales los pobres sacarían más partido. Además es una forma de ordenarlo. Supervisándolo usted, claro está.

—En vez de revolver el pasado podrías llevar a tu primo a la playa a que le dé el sol. Ha cogido la manía de no salir y no pisa el jardín ni a rastras.

—Buena idea. Mañana almorzaremos con Víctor, pero hoy organicemos el desván. Me encanta pasar tiempo en su compañía.

—¡Eres una zalamera, como tu madre!

Después de comer saborean un té con anís en una buhardilla que a plena luz escatima su enigmática reputación.

—¿Por dónde empezamos? —pregunta Refugio—. ¿Qué se le ocurre a la hermanita de la caridad?

—¡Calla y no enredes! —Eunice ha sacudido el polvo de una butaca y desde ella ordena y manda—. ¿Qué pone en ese baúl?

—Fabián Montesión, tía —se ha apresurado Alma—. ¿Lo abrimos?

\* \* \*

Su anterior visita al desván ya le había hecho ver que los arcones familiares contenían una mezcla de objetos de escaso valor material.

El de Fabián conserva juguetes y prendas adolescentes, sospechando que se trata de lo que guardaría una madre reacia a dejar volar a su pequeño. Alma se propone rastrear alguna prenda íntima. Según está doblando pantalones encuentra uno de mayor envergadura que los demás, gastado en los bajos y picado por la polilla, y husmeando en él halla un cordón de cintas amarillas y blancas con apariencia de pulsera. Lo introduce en su bolsillo.

—Este pantalón podría ir a la parroquia, ¿qué opina, tía Eunice?

—Es de Fabián, ¿no? —Tiene las gafas a punto de saltar de la nariz y cabecea—. Ninu nunca se hubiera puesto esa cochambre.

—El señorito Fabián vestía como un pincel —puntualiza Refugio.

—Al principio. Pero terminó como un desaliñado de los que te salían al paso en París para retratarte por un puñado de francos. Tan guapo y tan tonto.

—¿No le gustaba el tío Fabián? —cuestiona Alma con falsa inocencia.

—No he dicho eso. Sino que no espabiló en treinta años.

Eunice esboza una dura sonrisa. Ella no insiste más y procede a inventariar la ropa de su tío Ventura, desperdigando por doquier bolas de naftalina. Su objetivo es el armario donde se conserva el vestido de boda de su madre. Qué difícil ordenar estos retales sin quebrarse en pedacitos de duelo.

Añade trajes al montón de ropa desechada, cuando descubre a Eunice abrazada a un objeto y llorando desconsolada.

—Pero... ¿qué le pasa?

A su lado Refugio aprieta los puños, recordando a un boxeador a punto de noquear al contrario. «Es culpa suya», sostiene.

Alma se arrodilla, mientras separa unas manos que asen fuertemente una vieja cámara de fotos. Su cara es una interrogación; la de Eunice un poema.

—Creí que estaban todas guardadas... —solloza la mujer.

—A su tío Ninu le gustaba hacer fotografías —aclara Refugio—. Siempre que viajaba compraba uno de esos artilugios.

—Yo le regalé varios —alega Eunice, extrayendo un pañuelo del escote y sonándose la nariz—. Contaba que la vida era más bonita a través de un objetivo. Desde que murió nadie me ha vuelto a fotografiar, nadie ha retratado esta casa. Qué buen hombre era; en cambio su padre no confiaba en él, le juzgaba apocado y blando. Creía que no tenía carácter. Una vez les oí discutir porque el viejo aseguraba...

—Señora, vámonos a descansar —corta Refugio.

—¡Silencio! —decreta, dando un manotazo—. El abuelo decía que se lo iban a comer los obreros porque no los sabía doblegar. Le chillaba advirtiéndole de que si ponía el futuro de la factoría en sus manos desguazaría el trabajo de años. Por el contrario, sí descansaba cuando un extraño como tu padre se encargaba de L'Constante. ¿De qué sirvieron sus idiomas, su don de gentes, sus contactos, si aunque lo dijese en una tarjeta, él no mandaba? Le tachaban de monigote en mis manos alegando mi obsesión con tener un hijo, aunque era algo tan anhelado por él como por mí.

—Doña Eunice es mejor retirarse.

—¡Que te calles! Disfrutamos de un amor tranquilo, no de los que saltan chipas y estrellas en el cielo...

—Doña Eunice, es hora de...

—¡Maldita sea! —exclama, arrojando la cámara contra la pared y la bandeja al suelo—. ¡Aquí mando yo! Hablo y callo cuando quiero. Y lo grito, sí... Pese a quien le pese, mi marido y yo nos quisimos. ¡Nos quisimos! ¡Nos quisimooooos!

—Qué habilidad la suya para arruinarle el día a esta pobre mujer —establece el ama—. Váyase a su casa y déjenos en paz. ¿No ve lo que logra?

—No es mi intención, Refugio. Aunque no lo crea, no me gusta verla así.

—Si la estima en algo, vuelva por donde ha venido.

El genio de Eunice se reduce hasta ser un manso gato que se deja mover de su sitio a otro. Refugio logra levantarla de la butaca y se marchan. «Ahora vuelvo», dictamina al salir.

Ella espanta los remordimientos como moscas, y sin perder tiempo abre el armario, agarra una vieja sábana y envuelve en ella el traje su madre, llevando el hatillo bajo el brazo cuando baja a su cuarto. Una vez allí lo encierra en la maleta y sube de nuevo. Segundos después entra Refugio, quien la encuentra en la misma posición.

—Mejor dejamos la limpieza general para otro día, ¿no le parece? —propone.

Alma festeja el primero de mayo, día festivo en el calendario, con Gabriel en una mano y en la otra una cesta de mimbre repleta de vituallas que deposita en el asiento de atrás al ocupar el automóvil de Víctor. Se dirigen al mar. En su regazo *La rosa amarilla* forrada por una hoja de *El Nuevo Norte*. «Para que no se moje», ha justificado ella sin que nadie se lo pidiera. A unos trescientos metros del cruce hacia La Constante, aparece un desvío escoltado por matorrales de media altura. Al final de él se abre una playa, fragmentada por grupos de piedras donde los bañistas improvisan tiendas de campaña. No tiene el encanto de la piscina natural frente a Providencia, pero es bella.

Junto a una aglomeración de piedras, Víctor ha clavado la sombrilla y ha extendido después las toallas. Según ellos leen, Gabriel pasea en paralelo a la orilla recogiendo conchas y cadáveres marinos. Parece un día propio del verano, lo que le hace discurrir a Alma que Malpais no cuenta más que con dos estaciones: frío o calor. Lluvia o sol. Tristeza o entusiasmo.

—Firmaría por tener esto el resto de mi vida —admite Víctor.

—¿Qué te lo impide?

—Tú.

—Vaya. Deduje que lo propiciaba, no que fuese un impedimento.

—No seas hábil; si te lo propones me ganas. —Víctor se arremanga las perneras—. Pica el sol. La próxima vez traeremos el bañador.

—Lo guardo en Madrid. Como toda mi ropa de verano.

—¿Se trata de una insinuación? ¿Estás madurando volver y no sabes cómo decírmelo?

Mientras habla le acaricia los tobillos y le empuja desnudo, casi de forma inconsciente.

—No, ¿por qué llegas a esa conclusión?

El profesor deja el libro a un lado, tumbándose boca arriba. Junta las dos manos y tras respirar hondo se las lleva a la boca.

—Supongo que es el miedo latente a que anuncies que te vas.

—No hay nada que me retenga allí y sí aquí. ¿No te parece curioso haber residido en una ciudad en la que no tienes ningún arraigo y echar raíces en un lugar donde llevas cuatro meses apenas?

—¿Influyo algo?

—¡Idiota! —Alma se reclina sobre él y le besa.

Pretendía ser un beso dulce, pero Víctor la atrae hasta reclinarla encima de él. Le embarazan estos brotes de pasión porque ella no los siente igual y le cuesta corresponder.

—Está el niño, por favor.

—No entiende.

—Gabriel es un crío muy inteligente. No le menosprecies.

—Señorita, ¿ha meditado mi propuesta? El colegio, los dos.

—¿Qué pasaría con Gabriel?

—Mmmm —murmura él, mordiéndose el labio—. ¡Buscaré otro maestro!

—No puede cambiar de profesor cada dos por tres. Cualquier cosa afecta su sensibilidad. Mi tía insiste en que no quiere salir de casa, lo que significa que solo se siente seguro allí.

—¿Tenemos que hablar ahora de ello? Se me ocurren cosas mejores.

—¡Víctor! —reprocha, sintiendo sus dedos por debajo de la tela del vestido—. A lo mejor podría venirse conmigo a El Norte. ¿Qué te parece?

—¿A... la ciudad? Claro, lo... discutiríamos. Pero ahora voy a hacerte callar de la mejor manera que conozco.

\* \* \*

El resto del día transcurre en oleadas mansas como la corriente.

Después de consumir los bocadillos preparados por Refugio, Víctor y el niño han emprendido una caminata y ella se enfrasca en *La rosa amarilla*. Superadas unas páginas algo filosóficas, ha descubierto una breve alusión en un párrafo que le ha emocionado:

... tan absorta que ni reparaste en ella. Contaba ya dieciséis años y nada le habría gustado más que ser como tú.

—¿Dónde está mi sobrino? —gritó al veros. Tras las institutrices apareció tu hijo—. Roberto, ¿no recuerdas a tu tía?

El pequeño se puso a llorar y ella lo hizo más fuerte.

—Tranquila, Lucía —la apaciguaste—. Los niños extrañan, pero olvidan pronto. Los mayores, sin embargo, recordamos siempre. Dame un beso.

Resbalaban tus labios por su frente, calibrando su belleza. Ahora toda mujer hermosa se convertiría en una competidora. En tu enemiga.

Es obvio que alude a su madre, aunque le desconcierta la tensión entre ella y Cécile que describe Fabián. Nunca puede pronosticar bien a qué atenerse con el libro. ¿Es una traslación real o pura fabulación?

Nacimos para la vida en un ocaso, qué estridente paradoja.

Mientras me acercaba a la playa, el sol cegaba cualquier visión menos la de un cuerpo lamido por las olas. Descendí borracho de ti. Advertí tus ropas junto a unas rocas y tomé tus prendas, oliéndolas largo rato. A tus enaguas las emperifollaban decenas de minúsculos lazos amarillos y blancos. Me recordaron a tus pulseras.

Miré hacia una diosa. El agua perfilando tu cintura, tu pelo en cascada... cómo me retaban los pezones de dos manzanas doradas. No mencioné palabra al desnudarme, ni al lanzarme al precipicio de un destino que me volteaba a su antojo. Solo despegué mis labios para devorarte. Para probar, salada y dulce, la miel de tus rincones. Hundí mis dedos en ti, todos, de una vez y por partes. Tus curvas se volvieron la línea recta a seguir. Aquella tarde te amé en vertical.

La primera. Y fuiste mejor que en mis sueños. Sobradamente.

Salimos del agua —el cuerpo encogido, distendida el alma—, cosidos como traje y fero. Frente a nosotros, tu negra sujetaba las ropas.

—¿Por qué te asustas? —preguntaste—. Ella es mi sombra y mis ojos. Si yo hablo, habla. Si callo, guardará silencio hasta su muerte.

Embebida en la lectura no se ha percatado de que Víctor y el niño ya están de vuelta.

—Ahí tenemos a una señorita aplicada, ¿ves, Gabriel? ¿Qué libro es?

—Nada, una novela cualquiera. Dame un beso.

Alma busca sabor a sal y a miel. Ahora mismo querría sentir las culebrillas de unos dedos escudriñando su cueva, mientras las olas la zarandean.

\* \* \*

Ocultame los otros homenajes al templo de tu cuerpo. ¿Debe ser fiel una rosa a su rosal o puede hemosear en delicados jarrones? ¿Qué sabio responde a esto con equidad y justicia?

Yo soy leal aunque retoce en cien lechos. He yacido con mujeres y a todas detesto después y abomino también a los hombres que antaño me adoraron.

¿En qué me he convertido, amor? No puedo ajustarme a una etiqueta. ¿Acaso tu veneno me ha cambiado tanto? Es peor, pues me obliga a depender de él como del opio o la morfina.

¿Qué pensaría de esto el hombre que no soy yo? Sobre mi nombre escupiría bilis y pisotearía mi tumba, ajeno a una antigua verdad: debiste elegirme a mí y no a él.

(...)



Ha ocurrido. Como lo inapelable de las mareas y la húmeda espontaneidad de tu risa sobre mi vientre. Me he enamorado de ese espíritu que tú relatas, que se ve y no se ve.

El verdadero amor es etéreo, ya lo he aprendido. No posee sexo, ni edad.

Podrías haberte encarnado en un barbilampiño adolescente o en una oruga, que me hubiese prendado igual, puesto que amo tu alma libre y cautivadora.

Ahora lo sé, pero tu espíritu nunca será del todo mío. Tampoco tu cuerpo me sacia. Ni la sangre que me otorgas cuando clavo el filo de una navaja en tus muñecas y sorbo tu vida allí. No me sirve mascar tu cabello, inhalar tu sudor.

Si aún tu negra no me ha delatado, debes conocer que persigo un conjuro, un filtro de amor. Tan solo esto he obtenido como venganza.

—Coja un sapo vivo —me aconsejó—. Átelo por las patas traseras a la chimenea un viernes antes de que salga el sol. Luego que esté seco, lo pulveriza y guárdelo entre un papel. Ponga el envoltorio tres días detrás de un altar, y si rezan misa, mejor. Al fin de ellos espolvoree sobre una flor. Le seguirán las mujeres y no los hombres, como hasta ahora.

—No quiero mujeres. La quiero a ella.

—Ella no es de nadie.

—¿Ve todo esto? Dígame qué ambiciona y lo convertiré en suyo.

—Mal va usted si cree que me puede comprar.

—Necesito que aplaque esta ansiedad.

—Júnteme lo que le digo, una noche de sábado en un claro de la espesura: los sesos de un gato y de un lagarto; la sangre menstrual de una mujer lujuriosa (pero no la de mi reina), el líquido de sus partes, la matriz de una perra en celo que no haya sido montada, el hueso izquierdo del cráneo de un lagarto... ¿O era el derecho? Mire que si se equivoca, produce el efecto contrario.

—¡Mala bruja!

—Necio —mascó ella—. El mar no tiene puertas. Ella tampoco.

(...)

Las comadres anunciaron tu regreso la primavera de 1910. Tenía que haberme acostumbrado a tus idas y venidas, a tus visitas a Cuba buscando telas y mil olores, pero no concibo paz para quien echa de menos. Murmuraron que traías un séquito tan grande que parecías los conquistadores realizando el camino inverso siglos después.

—Igual que un ejército. Hay planchadoras, bordadoras, jardineros, cocineras, como si no hubiese en la comarca —se quejaban las criadas—. Nos van a terminar echando de aquí. Y mientras tanto el señorito, chitón. Hace todo lo que quiere esa.

«Esa» estaba reducida al muñeco de arcilla que hube limosneado a tu ama al marcharse.

—La arcilla se endurece en el brasero que usted debe avivar. Así robustece su amor. Ande y déjeme tranquila por un tiempo.

La evidencia de ese amor lascivo, con vestigios en carne y hueso, no le deja tregua el resto de la jornada, sin apartarse un instante de sus pensamientos. Mediada la tarde y tras echar una cabezada sobre la toalla, deciden regresar apenas empiezan a advertir que sube la marea. Su mente se ha condensado, como si ella y su cerebro discurren en dos planos, mientras recoge los bártulos y entra en el coche. Debe ser consecuencia de la tensión. Al incorporarse a la carretera, Alma parece despabilar; acaricia un deseo y no lo retiene.

—Gira a la izquierda —invita a Víctor, rozándole el antebrazo.

—¿Para?

—Gira a la izquierda, hazme caso —insiste—. Quiero que veas algo.

De repente, un instante mágico, y le contaría todo: le revelaría la existencia de Cécile, eliminaría el periódico que camufla *La rosa amarilla* y leería uno de los encendidos párrafos que han calado más hondo que las novelas con las cuales ha crecido. Si no estuviera el pequeño, lo haría.

Alma va indicando al maestro la dirección de Providencia.

—¿Qué hacemos aquí? —se anima él a romper el silencio.

—Quería enseñártelo. También a Gabriel. Era la casa de sus abuelos.

El profesor abre la portezuela del coche y se baja. Ella hace lo mismo junto al niño; observa que Víctor ha empalidecido. Lo nota raro.

—¿Has venido antes? —pregunta. Trata de mostrarse natural, pero algo en su rostro se ha distorsionado.

—No, no... nunca. Mauro me comentó su existencia. Se ve desde la subida. —Alma se arrepiente de su envite y miente. Quizá él no esté preparado para participarle lo que sabe.

—Ya. Parece abandonada, ¿no?

—Supongo.

—No deberías acercarte, y menos si no se lo adviertes a tu tía.

—Ha sido un impulso. Pretendía echar un vistazo, solamente. Gabriel, mira. Qué grande debió de ser, ¿verdad?

Víctor se aleja unos pasos para fisgonear y ella abraza al niño.

—Tu abuela vivió aquí —susurra—. Quizá un día volvamos a ver a esa mujer, ¿te acuerdas de ella? La que tenía la piel oscura. Te quiere mucho, pero no se lo puedes confesar a nadie. Ni siquiera a Víctor, no le gustaría. ¡Víctor! —grita—. ¿Nos podemos ir?

—¿No eras tú la que quería visitarlo?

—No me gusta este sitio. Mejor vámonos.

Los tres vuelven al coche, cada uno con un sabor de boca distinto. Alma se complace de estar más despierta; quizá su decaimiento físico haya propiciado una debilidad que lamenta. Cuando se incorporan a la carretera, incrusta la mirada a través de la ventanilla y, acto seguido, extiende la mano a su bolsa en busca de la novela. Mueve sus dedos dentro y no la encuentra.

—Gabriel, ¿puedes abrir la cesta? La tapa, levanta la tapa.

El chaval segunda su orden como un autómatas, pero la estela de una hoja de *El Nuevo Norte* no se distingue entre el mantel a cuadros y los restos de comida.

—El libro, ¿dónde está? —pregunta al aire.

—¿Qué libro?

—El mío, mi novela. ¡Frena el coche! Voy a buscarla.

—¿Estás loca, Alma?

Entre quejas Víctor aparca en el arcén y Alma se lanza a perseguir los pétalos de una rosa en las espinas metálicas del automóvil.

—No está. Me la he dejado en la playa —aclara nerviosa—. Ahora me acuerdo, en las rocas. Mientras doblaba las toallas.

—Bueno, yo te compro otra —templó él—. Dime el título y te la traigo el...

—¡No! Llévame allí. Ahora mismo, conduce hasta allí —grita desenfajada.

El maestro la acecha, atónito, y sin atreverse a decir nada vuelve hasta el lugar donde han gastado un día que parecía bucólico.

Cuesta apreciarla a simple vista convertida en la espuma de la tarde, según la bambolea el crespón blanco del agua.

—¡Noooo! —Alma irrumpe en sollozos; se quita las zapatillas y echa a correr en línea recta.

—¿Adónde vas? ¿Has perdido la cabeza?

Víctor se arremanga los pantalones y sale tras ella. Sigue a Alma mientras se adentra en el mar y el agua abraza su cintura; él, mojado hasta las rodillas, se niega a avanzar un centímetro más.

—¡Vuelve aquí! —vocifera para hacerse oír entre el arrullo de las olas—. Es solo un libro. ¡Maldita sea!

Alma quisiera estirar sus brazos, lanzarse a nadar en su busca, pero la novela se ha transformado en una amalgama de letras disueltas. Un mortero de secretos licuados. No puede ser, se repite mirándola desaparecer una y otra vez engullida por las olas, hasta que dejan de regurgitarla. La marea se la ha tragado al fin. El maldito mar que fraguó un amor acaba de ahogar el único resquicio de memoria que había de él.

El destino posee extraños túneles que conducen a ninguna parte.

Su tristeza por haber perdido la posibilidad de desentrañar el pasado es una malla tupida comprimiendo el pecho que no la deja respirar. No puede conversar sobre ello con nadie, carece de cómplices, y cuando el dolor enraíza dentro sin compartirlo con los demás... se engrandece. Además se vio obligada a disimular ante Víctor, quien no entendía su exagerada obstinación. «Quítale importancia. Las mujeres somos emotivas y cogemos cariño a las cosas más insignificantes», se justificó ella con una persuasión tan débil que él la desestimó.

Ahora trata de abstraerse con las notas de su diario, donde por lo menos ha ido resumiendo las últimas páginas leídas. De improviso un enredo de voces le arranca de él y ella lo mete en la maleta. Enseguida diagnostica que ese golpe que acaba de oír procede del ala opuesta.

Alma abandona su cuarto con pasos sigilosos. Nada más doblar la galería se topa con la puerta abierta de la alcoba de Eunice, aunque unos alaridos de animal enjaulado llegados desde el fondo del pasillo la hacen pasar de largo. Metros después, y escudada por el reflejo en el cristal de una vitrina, logra asomarse a lo que sucede en la habitación del niño: Gabriel se aferra a la cama mientras Santa y otra criada se esfuerzan por reducirlo, agarrándole de las extremidades. Un gato panza arriba resultaría más dócil. Reclinada contra el radiador, descubre a Refugio limpiándose el rostro con el delantal. Sus manos, la tela blanca, el suelo sobre el que se derrenga, atestiguan restos de sangre.

—Eche la cabeza para atrás, si no tendrá hemorragia —aconseja Santa—. Lo mismo se ha roto la ceja.

—¿Lo habéis visto? Esta bestia me ha empujado —acusa ella.

—Vaya a curarse, ande.

—Antes me quedo a gusto.

Sus kilos se bambolean al ponerse de pie y Alma retrocede, por temor a ser descubierta. La mitad de su voluntad le llama a entrar y defender al crío, aunque la otra permanece paralizada. Refugio golpea a Gabriel con el puño cerrado. A continuación libera un frasco del interior de su bolsillo y extrae unas pastillas que le introduce en la boca a la fuerza. Unas gotas de sangre resbalan a lo largo de la piel del niño, sin que sea fácil pronosticar a quién pertenecen, si a él o al ama de llaves.

—Ahora ya me puedo ocupar de mí. Vigíladle, y si os incomoda, más zurra —anuncia Refugio y ella entra en pánico.

Consciente de que carece de tiempo para volver a su dormitorio, se cuela en el de Eunice, donde distingue un biombo y se atrinchera detrás. A través de sus lamas alcanza a controlar la cabeza de la criada cuando esta se asoma, echando un vistazo antes de alejarse por el pasillo.

Más tranquila abandona el bastidor. La estancia es una generosa pieza en la cual sobresale una cama con dosel. Hace las veces de cabecero el cuadro que había entrevisto en alguna ocasión: el óleo de una figura masculina a tamaño natural. No duda de que es Ninu en su juventud. Tras escudriñar en torno a ella se da cuenta de que la alcoba es un santuario repleto de fotos de su tío, que se distribuyen por las paredes y sobre los muebles. Todo el mobiliario queda eclipsado por un aparador de aire oriental, laboriosamente repujado. Alma se dirige hacia él, abre sus puertas y su luz interior la ciega durante breves segundos, pero apenas enfoca el contenido emite una exclamación: dos baldas forradas en toile de Jouy acogen una docena de artilugios para un uso que ella interpreta a la primera. «Menudo portento de mujer», sisea cáustica, al contemplar la colección de vibradores de Eunice.

Tal y como había estudiado en sus años de formación, aquel era un método extendido entre los profesionales de final y comienzos de siglo, aplicado en mujeres con diagnosis de histeria. No parece el momento de psicoanalizarla y tan solo repara en las piezas: hay varias en cristal de Murano, otra de marfil con dibujos exóticos; en piel, madera, e incluso un par mecánicas. Llama su atención uno cuyo remate superior simula una tapa. Alma utiliza un lápiz para levantarla y ve que esconde una fotografía de Ninu.

La sombra del muerto respira por cada rincón del dormitorio. Una ancestral hermandad que emparenta a las mujeres heridas por amor y fomenta una solidaridad común le hace compadecer a Eunice.

Alma cierra la vitrina y se dispone a salir de la habitación. No obstante, camino de la puerta observa un álbum de fotos relegado en el suelo y no se resiste a echarle un vistazo. Al tenerlo en su regazo, descubre una imagen de su tía acunando a un bebé y cuando desliza los dedos por ella percibe un temblor. Acto seguido el suelo empieza a vibrar y de inmediato retumban unos pasos a lo largo del pasillo. Refugio regresa. Dado que no puede salir sin darse de bruces con ella, se esconde de nuevo tras el biombo.

Segundos después el ama de llaves aparece con un esparadrapo en mitad de la frente. Lo que sucede a partir de ahora deja a Alma boquiabierta.

La mujer se desabotona el uniforme y extrae de su interior un cordón del cual cuelga un manojo de llaves; una abre la segunda puerta del cuarto, cuyo paso ha tratado de franquear ella antes sin éxito. Apenas la entorna, atisba una espesa oscuridad al otro lado. La criada no llega a entrar y ordena la alcoba. Después la observa abrazar el álbum de fotografías y, ahora sí, desaparecer en el espacio anexo. Alma no ha dejado de preguntarse cómo puede salir de allí. Es al escuchar su trasteo abriendo ventanas, cuando ve su oportunidad, de modo que con los zapatos en una mano se dirige a la puerta. Gira la llave y huye espantada. Deja tras de sí un cierto rumor indefinido de su salida.

Apenas ha enfilado el primer escalón escucha un portazo, seguido del marcial sonido de unos pasos. La salida de Refugio boicotea su intención de llegar al recibidor, pues carece de tiempo suficiente; entonces se calza, enmaraña sus cabellos, y se da la vuelta emprendiendo el ascenso agarrada a la barandilla.

—¿Se puede saber qué hacía usted? —la increpa el ama sin aliento.

—¿Cómo que qué hacía? —responde—. Vengo de fuera, menudo viento se ha levantado. ¿Qué tiene ahí? En la cara.

—No hay viento.

—Solo faltaba que lo hiciera aquí. ¿Qué le sucede? Parece que ha salido de una batalla.

—El niño Gabriel ha tenido una crisis.

Alma exagera su reacción, echando a correr escalera arriba.

—¿Dónde está?

—¡Déjele! Se ha quedado dormido —advierte, tomándola del brazo—. Sabe que a mí no me engaña, ¿verdad?

Una amenazante mirada horada sus pupilas.

—¿Cuándo dejará de ver fantasmas? Igual que mi embarazo. No hay nada aquí, nunca lo hubo —señala llevándose la mano a la tripa.

—Usted sabrá cómo se lo ha quitado de encima. Allá su conciencia.

—Es incorregible. Me aburre. Voy a peinar, que a eso subía.

\* \* \*

Alma no soporta más complicaciones en su vida. Sus problemas son más testarudos que garrapatas aferradas a lomo canino. Cómo lamenta que su táctica de hacer desaparecer las pastillas haya quedado convertida en un mero espejismo, pues está claro que poseían un cargamento de píldoras. ¿Se habrán dado cuenta del cambio Eunice y Refugio? ¿Cuándo? ¿O se trata de otra medicación con la que ella no contaba? En cualquier caso, su empeño de luchar contra un escurridizo enemigo la enerva.

Es momento de hacer partícipe a Víctor de sus inquietudes, porque necesita aliados y él es el idóneo. Echa un vistazo a su reloj y se dice que aún no se ha marchado. Se arregla el cabello y acude en su busca.

La sala grande, la de música... Alma surca los desangelados espacios sin dar con el maestro. Tras un rato, agradece escuchar el eco de su voz, a lo lejos, y una intuición la lleva a sospechar donde está: en el despacho de su abuelo, que se oculta entre muebles y pasos vacíos.

Nada más irrumpir en el salón detecta la puerta de la estantería sin encajar del todo. Puede que haya sido un olvido de Eunice, al no tirar del borlón que activa el mecanismo de apertura y cierre, o puede que el azar se esté esforzando en despabilarla.

—... la paciencia no es eterna. —Es la voz de su tía.

—Le digo que hago lo posible, pero los sentimientos no se pueden forzar. Es escurridiza, y aunque yo trate de progresar en el romance, me cuesta, porque requiere su tiempo. Una mujer va poco a poco.

—¡Eres un calzonazos!

—No me falte el respeto, señora. ¿Acaso quiere que la violente? A lo mejor acabamos antes si se quedase embarazada.

—Señor Ramos, en este acuerdo mi clienta mostrará su generosidad siempre que cumpla su cometido en tiempo prudencial. —Este timbre pertenece al administrador.

—Soy el primer interesado en ajustarme a los plazos.

—Ya está todo hablado entonces.

—¿Dónde se encuentra ella? —inquire Eunice.

Detrás de un palé de añejas sillas, con una pinza en el estómago y ganas de vomitar, Alma escucha lo que nunca se hubiera imaginado. Su vida se llena de borrones que empeoran cada vez que se obceca en mejorarlos.

La temperatura es agradable. Sopla una brisa con ambición de ventolera y el cielo está nublado, tras unos días que ella creyó la antesala del verano. Suaves cúmulos de arena se acrecientan tras cada una de sus huellas.

—¿Puedo confiar en usted? —Alma grita a un hombre que garabatea en la orilla—. No me interesa si mató o no a su esposa. Solo dígame que puede ayudarme.

Ismael Velarde se ha levantado a tal velocidad que sus movimientos resultan cómicos. Va en mangas de camisa y descalzo.

—¡Carajo, me ha pegado un susto de muerte! ¿Qué hace aquí?

—Respóndame. —Permanecen a unos metros y cuesta hacerse oír a causa del rugido de las olas.

—Claro que puede confiar. Soy un hombre cabal y no ese monstruo que se ha figurado. ¿Qué le sucede? La noto alterada. Venga, vayamos a la cabaña —propone—.

¡Mierda, se está levantando una galerna! ¿Acaso la traje consigo? Sí que es usted rara. ¿Cómo ha sabido encontrarme?

—Lo intuí. La última vez dejé entrever que este era su refugio y... necesito saber si sigue en pie su oferta para que su amigo examine a mi sobrino.

—Por descontado.

—Continúan medicándole, lo he descubierto. Además... le pegan —confiesa de un tirón, sintiendo el agua del mar pulverizada alrededor.

Él chasquea la lengua y la ha agarrado después por los hombros en dirección a la choza. Trasladarse un domingo hasta el «Camino de los Deseos» no nace por impulso, sino tras darse cuenta de que ya no puede confiar en Víctor. Eunice lo contamina todo y aliena cualquier voluntad de resistencia. Es cierto que encuentra amparo en el matrimonio Costales, pero, además, la otra persona que podría auxiliarla está sirviéndole café de un termo en una taza desportillada.

—Espero que siga caliente —se excusa—. No entiendo a esa clase de monstruo que maltrata a un niño. Le sugiero que hable con mi abogado de todo esto.

—¿Usted cree que el móvil de la herencia está detrás?

—Las motivaciones humanas se vuelven complejas.

La cabaña es un habitáculo rectangular de unos treinta metros cuadrados, amueblado con gracia, para su asombro. Comparten espacio una acogedora cama, un armario, un par de aparadores con varios candeleros encima y la mesa central, junto a dos sillas; un espejo de cuerpo entero cubre media pared y, en la otra, se desordenan conchas y caracolas marinas enganchadas mediante rudimentarias cuerdas. Bajo una de las ventanas se ha instalado un fregadero posiblemente alimentado por algún depósito exterior. Los revestimientos y el suelo son de madera.

De repente les envuelve un martilleo sobre el tejado.

—Otra vez lloviendo —se queja Alma concentrada en la porcelana del tazón; junto al asa registra marcas de lo que serían letras en su día—. ¡Dios, es una tortura!

—Cada paraíso impone su peaje.

Ha transcurrido un rato conversando sobre el niño, las minas secas, el mar bravío, una familia rota. Alma se ha sentido tan cómoda que podría haberse desembozado de esa piel que trajo de Madrid tan maltrecha que recomponerla a veces parece un imposible; no obstante, no comparten la intimidad que se debiera en un desahogo. En el terreno de dos personas que se conocen en lo formal, él ha hablado poco y al terminar el café se ha puesto a lavar las tazas. Ahí sí arranca a hacerlo en un tono de voz tan profundo que a ella le sobresalta.

—Se hundió con los ojos abiertos. No existe mayor tormento que...

—No tiene que explicarme nada. No he venido a eso —se apresura a cortar.

—¡Déjeme! Lo hago por mí, no por usted. —Durante unos segundos calla y Alma acusa el doméstico chapoteo—. No intentó nadar. Se ahogó, sin más. No se precipite en su juicio concluyendo que quizá se negase a sobrevivir, como trataron de consolarme en su día. Mi mujer rebosaba vida. Rose estaba embarazada de cinco meses.

Mientras lo escucha contempla su espalda enfundada en una camisa a cuadros. Los pies desnudos y un pantalón recogido en los tobillos. Si pudiera rodear su portentosa figura, le vería llorar como un niño.

—Era ingeniera, igual que yo. Rompedor para una mujer, pero en Suiza nos aventajan. Nos conocimos durante un proyecto en Alemania y ya nunca nos separamos. Que su único hijo varón se casara con una extranjera se convirtió en una mala noticia para mis padres; aún peor que lo hiciera en su tierra y arraigara allí. No imagina los matices verdes de las colinas de Appenzellerland, ni lo magnífico del lago Constanza. Celebramos la boda en sus orillas, en una capilla, y vivíamos en su ciudad natal, en Rorschach. Mis suegros alquilaban un velero cada verano. A los dos nos gustaba navegar...

Conmovera la indiferencia que Ismael trata de imprimir a su relato sin lograrlo, porque la emoción se masca en el aire. En la garganta de Alma cementa un nudo. Tiritando se escruta las palmas, los brazos protegidos por la rebeca, y llega a clavarse las uñas para constatar que la confesión no se ha deslizado de uno de sus sueños, sino que es real. Cruel el azar que les ha amparado bajo un drama paralelo.

—La engañaría si dijese que el día no parecía propicio para navegar, que las aguas andaban encrespadas o ella indispuesta... No, todo era perfecto. En una maniobra se desamarraron varios cabos y Rose, que a bordo se convertía en una avezada grumete, se lanzó tras ellos sin titubear. Supongo que su peso por el embarazo que, en ocasiones, le hacía perder el equilibrio o una cubierta encharcada tuvieron la culpa... Al principio discurría tanto sobre los motivos que... ¡Hasta sé dónde lastiman los recuerdos! —aclara, llevándose una mano encima de su ojo izquierdo—. Se lo conté a mi amigo médico y se rio de mí. Duelen aquí, en algún cajón donde los guardamos. Lo hacen para hacerse notar, para que no olvidemos nunca. Puesto que navegábamos a buen ritmo, en segundos dejamos atrás a mi esposa. Cualquier marinero sabe que no debe tirarse a por otro cuando el barco no ha virado porque suma problemas en lugar de resolverlos; lanzamos por la borda varios salvavidas, pero Rose no se agarró a ninguno. Al llegar a su altura, dos de nuestros amigos se arrojaron al agua. Yo me bloqueé antes de hacerlo. No sé que pasaba por mi cabeza, quizá un episodio infantil por el cual estuve a punto de perecer en estas aguas. No lo sé. Lo ignoro. La culpa roe mis entrañas como una rata. —Ismael se apoya en la pared y deja caer la barbilla sobre el pecho—. Al poco me lancé en picado, pero cuando vi sus rostros supe que la había perdido. Reflejaban un duelo atroz. ¿Una investigación? Claro que la hubo y a eso deben de referirse las cotorras de El Norte, entre ellas su tía y el necio del maestrillo, pero la impulsé yo para conocer el motivo por el cual Rose no reaccionó.

—¿Entonces? —pregunta Alma en un esfuerzo sobrehumano.

—Le va a sonar macabro... lo digo pensando en su sobrino. Ella era una buena nadadora; sin embargo, tomaba una medicación contra las náuseas del embarazo. Unas pastillas poco contrastadas. Según los datos recabados, el suyo no fue el único accidente, aunque sí el primero mortal. La sustancia mermaba sus reflejos. Si yo hubiese saltado antes... ¡Dios! No olvido la gasa de su pañuelo ondeando como una orla. Sus enormes ojos abiertos.

Alma se levanta con tanto ímpetu que la silla de enea cae contra el suelo. Abre la puerta de la cabaña y a trompicones desciende los peldaños, antes de derrumbarse sobre la arena. El agua resbala por su cuerpo cuando vomita el café sin digerir.

—Perdóneme, he pecado de egoísmo... y de una falta de tacto —se excusa él, que ha corrido detrás, cubriéndola con una zamarra.

—No me suele sentar bien el café. La próxima vez preferiría un té. —Levanta la vista y ríe entre lágrimas.

A su lado, de rodillas, Ismael también llora.

Algunas biografías merecen echarse al mar dentro de una botella y describirse de nuevo.

\* \* \*

Hasta la cita con Matilde la mañana del jueves 9 de mayo, Alma es la sombra de Gabriel. No deja al niño solo, salvo cuando retoma su diario antes de dormirse.

*Algo en Ismael me hace fiarme. Parecería sensato ponerle en cuarentena y rebajar su entusiasmo cuando trata de convencerme de que el médico que estudiará a Gabriel será su salvación, pero me impido hacerlo. Contaremos con la cooperación de Sigfredo, a quien frecuenta como amigo de sus padres, del que habla maravillas. Gabriel me acompañará a El Norte y su consulta será la mejor coartada. Para el niño y para mí.*

*Cuánto sufrimiento había en sus palabras. Escucharlas me ha retrotraído al mío, aunque el llanto que hemos compartido haya supuesto un bálsamo. Yo sé todo de él. Pero él ignora mi pasado.*

En cuanto a Providencia, qué feliz coincidencia que la conociese. Ni por lo más remoto me hubiese imaginado que la finca tuviera otra entrada, por la que se accede a la casa. Ismael la descubrió durante sus escaladas y de sus incursiones queda la foto en palabras que he saboreado. Qué sugerentes sus descripciones acerca del majestuoso pórtico que intuí en la distancia, los salones convergiendo en lo que queda de él o la escalera de doble tramo conduciendo a la nada, pues carece de techo. A su juicio, el mármol que se empecina en sobrevivir a las inclemencias del clima emana una enorme belleza. Tampoco es que tuviera oportunidad de inspeccionar más allá de las ruinas a la intemperie, porque al detectar presencia humana se esfumó de allí para evitar problemas. Me ha detallado cómo el incendio echó abajo parte del tejado, por lo que las borrascas asedian sus restos sin piedad. Su recorrido por Providencia ha acrecentado mis ganas de volver y, sobre todo, ha amortiguado mi melancolía por la pérdida de La rosa amarilla. Los hados son caprichosos y no admiten preguntas lógicas. Se ha ofrecido a ser mi guía. Es justo lo que necesitaba, pues sigo teniendo reparos a adentrarme en ella sola.

Cómo me arrepiento de mi arranque el otro día llevando a Víctor; tenía que haber sido más prudente. Por suerte, le escatimé información. ¿Con qué sucia intención te has colado en mi vida, Víctor?

\* \* \*

—Mi admirada señorita Gamboa, la estábamos esperando. —El doctor Costales se dirige a ella, quedando rezagadas tras él dos figuras—. Usted será el caballerito Monteserín. Sea bienvenido a mi humilde despacho.

El niño, intimidado, no recoge la mano tendida por el médico. Alma le da un pequeño empujón, pero él se atrinchera tras sus faldas.

—No me extraña —improvisa el médico—. Yo tampoco compadrearía con un señor de semejante cabellera y perilla. Menor confianza debe de inspirarle mi barriga. ¿A quién no le escamaría un médico con tamaña obesidad concentrada en el mismo punto?

—Gabriel entiende nuestro idioma, pero le cuesta hablarlo. Se expresa en inglés —aclara ella—. Usted debe de ser...

—Perdone mi descortesía —interrumpe Ismael Velarde—, le presento al doctor Mauricio Pontearreas. *Nice to meet you*, Gabriel —saluda, entregando al niño un puñado de gominolas—. *My name's Ismael. I hope we're good enough friends for you to accept from me these sweets. How old are you?*<sup>[5]</sup>

Gabriel fija su mirada en los colores que reverberan delante de él y captura un par de dulces.

—*Thank you, sir. I'm ten years old*<sup>[6]</sup> —pronuncia, arrastrando las sílabas.

—Padece un problema en... el paladar, o la dentadura que le...

—Alma es su nombre, ¿verdad? Sería mejor que nos dejase a solas —sugiere el médico—. Mi experiencia en estos casos es que se inhiben ante el familiar. No se inquiete, Gabriel se sentirá arropado.

—Además a la señorita la están esperando. —Sigfredo Costales abre la puerta mostrando tras ella a la joven que atiende el «Gabinete de estudios sobre la conciencia humana» aguardando en el pasillo.

Alma se despide de Gabriel con el corazón encogido. El desamparo de ese niño le mancilla en lo más profundo.

A continuación sigue a la chica por una escalera interior, gracias a la cual descubre que ambas consultas están comunicadas. Al fondo de su despacho alumbrado por dos flexos, Matilde teclea en una máquina de escribir.

—Buenos días, querida. Tome asiento —le pide, acomodándose en una de las dos butacas enfrentadas—. ¿Alguna novedad? Puede hablar en confianza, estamos solas.

En el fondo, Alma esperaba esta invitación para contrastar su criterio sobre lo oído a medias desde el despacho secreto de La Constante y la doble cara que ha descubierto en el maestro. Cuando Matilde se transmutaba en Cari Pintado comparecía una encomiable mentora.

—Lamentablemente, ya nada me sorprende. A diario recibo cartas de mis lectoras relatando historias rocambolescas. La suya no es única, aunque sí peculiar.

Compruebo que el olfato de Sigfredo, metido a detective de pacotilla por mor de su afición a la novela negra, posee gran agudeza. Él apuntó que su tía había urdido un complot contra usted con el contubernio de quien se dejase sobornar. Y acertó. Qué duda cabe de que el profesor busca dinero, ¿qué siente por él?

—No sabría decirle... Pensé que era lo que me convenía. Si su duda atiende a la posibilidad de sufrir por amor, reconoceré que no.

—¡Mejor! El amor no siempre conviene y cuando conviene casi nunca es amor.

Repentinamente llaman a la puerta.

—¡Ajá! Aquí está monsieur Nagour. A pesar del nombre procede de Bilbao, aunque sea lo contrario a un chicarrón del norte. Enseguida averiguará por qué su apariencia semeja a un reclamo andante para algunos hombres de mal vivir.

\* \* \*

Minutos más tarde las mujeres ocupan sus butacas. Entre ellas, una mesa baja acoge un diapasón junto a los objetos que Alma ha traído consigo: la pulsera de su tío, la camisola interior del traje de novia de su madre y un pañuelo de Damián, que nunca se atrevió a lavar pues absorbió las lágrimas de los dos. Reliquia de un amor consumido.

—Nos preparamos para recibir al espíritu en cuanto Matilde entre en canal —explica monsieur Nagour, «canalizador de médiums» según su presentación. Viste una casaca en brocado azul, con encaje en los puños de la camisa. Gesticula como una damisela.

—Las mujeres somos portales, lo que históricamente ha desagradado a los médiums masculinos —añade Matilde.

—¡A mí no! —responde monsieur—. Me aprovecho de vuestras habilidades.

—El hecho de convivir un tiempo dos espíritus dentro de un idéntico cuerpo nos predispone. La gestación infiere afortunadas destrezas. Le confieso que mi embarazo fue muy sensitivo y mantuve largas conversaciones con ellos.

—¿Habla con los espíritus? —Es inevitable cuestionarse lo que está a punto de suceder, pues lleva un rato pareciéndole insensato.

—Sí. Sus susurros pueden ser ensordecedores. A veces repiten una y otra vez una palabra significativa para ellos. Otras, charlamos.

—¿Hay alguien aquí ahora?

—Todavía no.

—¿Cómo se supone que va a «aparecer»? —insiste Alma.

—El espíritu tiene la capacidad de manejar la materia a su antojo. O conservan la apariencia de cuando fallecieron o rejuvenecen. Yo he llegado a verlos con tal nitidez como la observo a usted. Y a tocarlos, pues traspasan la materia. En ese caso la sensación es extraña. Fría. Como si se colara a través de mí un banco de niebla.

Monsieur Nagour coloca los objetos de la mesa cuando interviene jocoso.

—*Ma petite beauté en amande*<sup>[7]</sup>. Con probabilidad usted no percibirá nada. Matilde se convertirá en el instrumento a través del cual se manifestará la entidad o entidades a las que invocaremos. Hace años nos valíamos de unas incommensurables mesas giratorias que armaban un escándalo de mil demonios; pero yo no necesito tableros, me basta con someter a la médium a un proceso de hipnosis que relaje su voluntad para que el espíritu la «colonice».

—¡Nagour, por favor! —media Matilde—. Vas a aterrorizar a Alma.

—¡Bah! Llevamos años colaborando y debatiendo como perro y gato. Yo soy un teósofo, en cambio Matilde es «kardesiana» —aclara con el péndulo entre las manos, haciéndolo bailar de un lado a otro.

—No aburramos a la invitada con nuestras disputas filosóficas. Sepa apenas que Allan Kardec fue el ideólogo de la Doctrina Espírita y su *Libro de los espíritus*, nuestro dogma. Él definía el espíritu como un cuerpo *fluidico*, vaporoso e invisible en estado normal que, por una especie de condensación, puede hacerse visible y hasta tangible. La sesión auspicia que el espíritu se proyecte sobre el *periespíritu*, estableciendo la comunicación directa con el ser encarnado. Es decir, yo misma. Kardec propugnaba una equiparación con la ciencia física, parecida al intercambio que se produce entre dos líquidos de densidad diferente a través de una membrana. Los líquidos serían los fluidos, la membrana mi cuerpo. El espíritu actuará sobre mí de variada forma: a través de la visión, la audición, la escritura o la *tiptología*. Golpes, en una mesa o en la pared. Preferentemente soy vidente y auditiva.

Un escalofrío le hace frotarse los brazos. Los dos se dan cuenta de sus recelos.

—Dígame, *mademoiselle effrayée*<sup>[8]</sup>, ¿de verdad cree que su nombre es casual? ¡Buff, buff! Fuera inocencia —dice, palmeando el aire—. No se llama Alma por capricho. Usted está predestinada a contactar con ellos. Para el materialismo, «alma» representa el principio de la vida orgánica que carece de existencia cuando esta

termina. El alma sería efecto y no causa. Pero, *ma chérie*, «no hay efecto sin causa» —pronuncia con entonación teatral—. Es más, «todo efecto inteligente tiene una causa inteligente». Me muero por averiguar cuál será su «causa inteligente».

—«La potencia de la causa inteligente está en razón de la magnitud del efecto» —apostilla la médium—. Ya conoce nuestros tres mandamientos. ¿Empezamos?

La de Gabriel es una mano arácnida de piel transparente, a través de la que azulean unas venas que hoy asoman grisáceas. Alma se aferra a ella; está fría y blanda como un títere sin hilos.

—¿Te encuentras bien? —silabea a su oído, pero él tiene la vista quieta al frente y no se inmuta.

«Sea paciente», le ha recomendado el doctor Pontearreas, el médico amigo de Ismael que ha examinado al niño a lo largo de tres horas. Tras finiquitar la sesión con la médium, de la que Alma ha salido cargada de interrogantes, él ha condensado su diagnóstico sin titubeos.

—A riesgo de parecerle pedante, sepa que mis dictámenes resultan infalibles. Pero además el caso es clarísimo: el niño sufre el síndrome de Marfan.

—¿A qué se refiere? —ha cuestionado ella, frunciendo el ceño.

—Una alteración del sistema conectivo que afecta, en mayor medida, a la estructura ósea, además de a los pulmones, el corazón y los ojos. Sus detalles los expuso Jean-Bernard Antoine Marfan, un colega de finales del siglo pasado, tras una historia rocambolésca, como la de cualquier investigación médica, por otra parte. ¿Le interesa conocerla? —Alma ha respondido «sí» con la cabeza—. Él había estudiado con axiomático interés a una niña cuyo desarrollo traía a mal traer a su familia, puesto que a sus cinco años los dedos de manos y pies, sus extremidades en general, habían crecido de un modo anormal convirtiéndola en el hazmerreir del vecindario. Sus averiguaciones señalaron hacia una alteración de nacimiento de dicho sistema, eso sí, carente de afectación psíquica o deterioro cognitivo, pero con evidentes trabas en su desarrollo, traducidas en una *dolicostenomelia* o evolución irregular de brazos y piernas. ¿Se siente usted bien?

—Un poco... abrumada. ¿Qué le sucedió a la niña? ¿Qué pronóstico tiene Gabriel?

—Falleció. ¡Por Dios, respire! Lo hizo víctima de una infección tuberculosa. El síndrome de Marfan no es mortal y deja de desarrollarse en la pubertad. ¿Sabe cómo se llamaba esa niña?

En ese punto las rodillas de Alma han empezado a temblar.

—¡Gabrielle! Fíjese, la similitud de sus nombres señalaba el camino. Su dentadura también me ha refrendado la enfermedad, puesto que Gabriel soporta los inconvenientes del exagerado arco de su paladar que ha apiñado los dientes en su crecimiento. Con una intervención mandibular mejoraría. La cirugía maxilofacial es una especialidad en auge que hace milagros. Necesita plantillas para sus pies planos y un corsé que sostenga la columna, frenando una nociva curvatura. —El médico iba paseando por la consulta que les ha prestado Costales, enumerando sus dolencias como quien relata la lista de la compra—. Debería realizarle pruebas más concienzudas para analizar las válvulas de su corazón, la radiografía practicada no es suficiente. Hay que vigilar unas arterias responsables de transportar más sangre de lo normal dada su envergadura. A primera vista diría que padece un soplo, por lo que prohibido correr y montar en bicicleta. He notado que la sequedad ocular le impide parpadear, así como cierta laxitud anímica, aunque no me atreva a determinar si es causada por el consumo de la medicación. A través de la analítica constataremos el nivel de toxicidad de su sangre. ¿Le parece que estoy siendo demasiado exhaustivo? —Sí, pero en lugar de argumentárselo, le ha provocado el llanto—. Comprendo que le embargue la emotividad, pero ni su patología es mortal ni reviste una gravedad que le impida llevar una vida normal. A mi entender, los vaivenes de estos años han sido devastadores para él. Necesita afecto y seguridad. ¿Usted puede dárselos?

Tampoco soporta esta duda y ha tenido que apelar a su fuerza de voluntad; le ha ayudado sentir un tacto firme sobre su hombro. Ismael escuchaba las explicaciones y Alma se había olvidado de su presencia. La calidez de una mano amiga reconforta la angustia, pero no levanta muros a un llanto inspirado también por su propia situación vital, porque cuesta no sentir vértigo ante el futuro. Cuando apareció en Malpaís ella era su única responsabilidad, ahora ha de asumir la de un niño con quien mantiene tenues lazos de sangre.

—Perdone mi debilidad. Cuente conmigo, doctor —responde.

\* \* \*

Siguiendo las recomendaciones de Matilde, que además de médium se ha manifestado una atinada consejera áulica, Alma ha tratado de aparentar normalidad tras regresar a La Constante. Ese será su comportamiento hasta dilucidar cómo debe proceder. Solo durante la cena, llegados los postres, ha dejado escapar aquello que le quema en la punta de la lengua desde hace horas.

—Tía Eunice, nunca me ha hablado de cómo murió el tío Ninu.

De reojo ha contemplado cómo sus mejillas viraban del tono sonrosado al marmóreo que preconiza las malas noticias. Mirar exangüe al trozo de tarta de manzana sin hincarle el cubierto. Dilatarse los poros de un rostro que ha empezado a brillar a medida que se escurrían las gafas por la nariz.

—Me duele recordarlo, querida —replica, esforzándose en vocalizar hasta la comicidad.

—A veces alivia sacar fuera el sufrimiento. Soy el mejor ejemplo. ¿Recuerda cuando le relaté la muerte de mi madre y lo que padecí por no estar a su lado? —Aunque trate de mantenerse entera la voz se le quiebra.

Alma se ha sincerado con ella en parte. Sucedió una tarde de lluvia, al poco del regreso de su tía. Puede que las verdades resulten siempre incompletas. Sesgadas según la óptica de quien las examina. Mediadas y turbias. No existe nada objetivo, debería asumirlo a estas alturas. Es probable que incluso, desde la perspectiva de Damián, desde el prisma vehemente de un enamorado del amor, sus reproches estuvieran cargados de razón. O que la tuviera su madre porque ningún derecho humano ni divino facultaba a Alma a resistir en el mundo, en lugar de hacerlo su padre. Puede que nunca llegue a conocer la realidad de su familia porque el collage está confeccionado de tantas pruebas minúsculas que jamás lo estimará completo. Y aún encajando las piezas, no dejará de ser «su verdad» frente a la de los demás.

\* \* \*

Aquella tarde de lluvia, el agua entibió el gélido vínculo entre ella y Eunice. Entre las dos arrastraron una butaca y su escabel al borde de la chimenea, empañadas en contrarrestar el desabrigo de la sala grande; Alma se había sentado sobre la banqueta mientras agitaba los troncos, magnetizada por el crepitar de la lumbre. Eunice concentraba su atención en una labor de ganchillo que no avanzaba, antes de mostrar interés por la muerte de su cuñada. «¿Qué pasó con ella, querida? Joven y castigada por el destino. A Lucía solo le quedabas tú».

El lunes 18 de junio de 1945 afloró a su memoria cargado de matices. Alma inició su relato rememorando la llamada de teléfono de los médicos. Tuvo lugar al poco de abrir la farmacia, poco después de comer. «Debe personarse de inmediato en la clínica», anunciaron, imprimiendo a las palabras idéntica asepsia con la que limpiaban la habitación de su madre a diario.

De hecho, Lucía nunca abandonó del todo el sanatorio. A lo largo del año había entrado y salido de él, ajustándose al pronóstico de una paciente crónica; enferma de un mal que su hija se obcecaba en visualizar como quien examina un hígado necrosado por la hepatitis o un pulmón con la pleura hecha cisco. Pero nadie poseía la facultad de señalar el punto exacto de su organismo en el que su salud quebró. Nadie se hubiera atrevido a apuntar una zona dañada en su cerebro, en virtud a la cual desdeñara la vida e invocara a la muerte, porque esa fistula que crecía hasta reventarla por dentro anidaba en su alma.

Aquella tarde —abrasadora en Madrid, congelada en su corazón— Alma salió de la botica dejando en ella a un aprendiz cada día más listo, que no precisaba de aclaraciones para oler el drama acechando tras el auricular. Tomó un taxi y durante el camino hasta la Dehesa de la Villa no cesó de secarse el sudor de las manos en su vestido. Los médicos no habían querido revelarle nada. «¿Ha muerto?», la pregunta se enquistó entre la garganta y su lengua sin pronunciarla, torturada por el miedo que articula demasiadas cortapisas a la hora de expresarnos. Pero ella no cesaba de repetírsela en silencio.

Perdió una de las sandalias corriendo por la avenida que antecede a la entrada y la atravesó con ella en la mano porque no atinaba a meter la correa en su hebilla.

Una enfermera asumió la responsabilidad de atenderla y le franqueó el paso a una sala de espera donde únicamente se podía desesperar. En ella hubo de prorrogar su impotencia hasta que el internista acudiera en su busca. Su rostro le delató.

—No hemos podido hacer más.

¿Qué era más? O mejor, ¿qué había sido menos? ¿Qué habían hecho ellos por una mujer que ingresó trastornada en el hospital llamado «de reposo», cargado de eufemismos, y salía de él muerta?

—¿Qué le han hecho? —gritó Alma.

—Cálmese, no le sienta bien reaccionar así —contemporizó el médico, y su amabilidad la crispó aún más—. Sufrió un primer paro cardíaco del que pudimos recuperarla...

—¡La han matado! —le gritó mientras golpeaba su pechera—. ¡Ustedes y sus potingues la han drogado durante meses!

—Serénete, señorita Gamboa. Mejor hablemos en mi despacho. —Él la arrastró lejos de la sala, pues habían entrado familiares de otros pacientes que asistían a la escena alertados.

—¡Nooo! Quiero ver a mi madre.

—Es preferible que se encuentre más sosegada.

Alma echó a correr pasillo adelante. El doctor necesitó ayuda para detenerla y, una vez confirmó que no podía negarse, se dirigieron hacia la antesala del quirófano donde aún permanecía el cadáver. Su abatimiento y el frío desató el castaño de dientes que desintegró la fingida paz del lugar. La sábana, sus hombros desnudos, el rostro por primera vez en años con apariencia relajada. Su aspecto era tan vívido que le intimidó.

—Alma, su corazón se encontraba muy frágil.

—A causa de lo que le han medicado.

—Se equivoca, pero la entiendo. El *shock* tiene que metabolizarse antes de dejar paso al duelo de la pérdida. Si no la hubiéramos controlado, su madre no habría vivido junto a usted estos meses.

—Lo que ha tenido no ha sido vida.

—Ningún médico quiere ver a sus pacientes hospitalizados; ojalá no hubiese sido necesario ningún reingreso, pero sus recaídas revestían cada vez mayor gravedad.

—Váyase a la mierda. Usted y sus monsergas. Déjeme sola con ella.

Le costó llorar, presa de una rabia digna de destrozarse media clínica. Su ira la hubiera arrancado de la camilla, a ella, a una Lucía deprimida, y la habría obligado a retornar de allí donde se hubiese marchado. Llevaba casi un año sintiéndose huérfana y con el cordón umbilical tal deshilado que la última hebra consistía en un inaudible suspiro. Casi un año de confesiones ahogadas porque no pudo contarle que Damián le había volteado los días y sus noches, que le hacía reír y llorar como sienten las niñas las emociones, que fabulaba con trajes de novia e hijos alrededor; que la farmacia prosperaba y sus cuentas daban para ahorrar, que se había convertido en una licenciada universitaria... Que la soledad era una punzada etérea en el costado, una hendidura torturando su corazón hasta el desmayo. No lo compartió entre otras cosas porque Alma urdió tal trama, tal blindaje alrededor de su historia de amor, que no toleró que nada se inmiscuyera en ella. Ni siquiera la agonía materna.

Le costó llorar, pero cuando lo hizo se quebró y varias enfermeras debieron recomponerla antes de ponerla en pie.

Es obvio que no revelara a Eunice los detalles. Para ella su madre murió, como en efecto sucedió, de un ataque tan pertinaz que cuando lo daban por superado, insistió cebándose hasta fulminarla. «Como el abuelo Ventura», aclaró recordando que, después de años postrado en la silla de ruedas a la que le sentenció el accidente, tiempo en que Lucía le cuidó con sacrificio, una tarde de primavera cuando diluviaba de un modo tan atronador que no se hubiera sentido el mayor de los estertores, su hija se lo encontró muerto oteando sin ver por la ventana. Esperando, quizá, que la insoportable lluvia de Malpaís escampara de una vez.

\* \* \*

—Yo tampoco vi morir a tu tío. —Esto es lo único que le ha sonsacado.

—Más pronto que tarde hemos de perdonarnos esas ausencias. ¿Acaso habría cambiado en algo acompañarles esos momentos?

—Si él hubiera estado conmigo, a lo mejor... —Eunice ha callado y se ha erguido resuelta—. Me marchó a mi cuarto, he cenado mucho. ¿El médico ha comentado algo de Gabriel?

—Le... le ha realizado una radiografía. Un examen rutinario —explica, esforzándose en no titubear—. Como está tan alto conviene echarle un vistazo. Luego hemos paseado. A Gabriel le gusta la ciudad, iremos más veces.

—¡Ya veo! Buenas noches.

Su tía desaparece del comedor dejando una prenda que a Alma no le ha pasado inadvertida. Por mucho que le escatime, el peso de la confianza resulta predestinado: «Si él hubiera estado conmigo».

¿Con quién estuvo entonces Ninu en el momento de expirar?



Resuenan las doce de la noche en el carrillón de la entrada, mientras permanece despierta ordenando las notas del día. Acompañan su escritura una taza de manzanilla, una lámpara de tulipa sobre el tocador y el humo de un cigarrillo a medio consumir.

La tripa del cuaderno que hace las veces de diario parece una panza de gorrino violentada en cada trazo. Sobre ella apoya el lapicero, calibrando las palabras escogidas. La perfumada brisa del jardín se cuele por la ventana y pone a bailar algunos cabellos que se han liberado de la cinta; ha dejado entornados los vidrios porque confía en que María Nieves contacte con ella en el momento menos pensado, después del sobresalto del último intento. Sin considerarse asustadiza, no puede dejar de plantearse si ahí fuera no habitará alguna alimaña, un perro salvaje como el que le acobardó en Providencia, que hubiese atacado a la anciana. Se ve tan menuda y frágil que amenaza con descomponerse ante el menor envite. Hasta hoy apenas había reparado en dónde vive, pues si lo hiciera en Providencia, ¿de qué modo se desplazaría? La distancia a pie es de más de una hora, y si abordara el trecho en plena noche sería impracticable. ¿En el arrabal con las demás personas de color? Otro tanto. ¿O sus huesos buscan acomodo allí donde le sorprenda el sueño, como reminiscencias de las costumbres de su tierra?

Alma se esfuerza en no especular, porque empieza a obsesionarse con la aprensión de que le haya sucedido algo; y ruega al cielo —en el que no cree, pero cuya eventualidad acaricia— que proteja a la mujer y le devuelva alguna señal, cualquiera, mínima, acerca de su estado.

No quiere otro motivo de ansiedad torpedeando su rutina.

*¿Será que mi nombre no es fortuito? Si no existiera la abuela Alma, se abriría un resquicio entre mis dudas. Pero no, remite a su herencia, como mi piel o el color indefinido de este pelo que tiene poco de latina.*

*No obstante, ¿qué ha sucedido en la sesión para que hayan hablado quienes no esperaba o de quienes nunca sospeché? He de reconocer lo defraudada que me he sentido al no hallar a mi madre, pues siempre conjeturé que lo haría. Desde el primer momento deduje, y he aquí una de las motivaciones para prestarme a la sesión, que ella me pediría perdón, o que lo haría yo. Y que cerráramos en la muerte lo que no supimos en vida.*

*Antes de empezar el trance de la médium no pude menos que adentrarme en el episodio en que conocí a Matilde en La Puerta del Cielo; y llegué a reafirmarme en la idea de que la frase «No tiene paz» se refería a ella. Quizá en ese mundo de los muertos, mi madre no alcanzase el codiciado descanso porque no logró marcharse con la ligereza de equipaje que se le supone a un difunto. Tampoco yo logro la paz si rememoro la de veces en que dejaba atrás la clínica estando más pendiente de Damián que de su salud.*

*Aunque no estamos compensadas en los agravios que nos hemos infligido, ya que nada justifica el vilipendio al que ella me sometió. Era desatención, puede, pero planeaba un fondo desolador: en esos continuos reproches, a los que me fui acostumbrando, se apreciaba la idea de la venganza. ¿Qué madre habría inmolado a su hija para conseguir el amor de su marido? Ella, lo que no hace sino reafirmar mi creencia de que de mi madre he adquirido —como de la abuela el nombre— una patológica concepción del amor. También detecto la sombra de un engaño del que todavía me cuesta hablar.*

El lápiz se desliza entre sus dedos porque le flaquean las manos, en cambio se frota los ojos enérgica. No llora, pero podría hacerlo de un momento a otro; en cuanto se visualice ella misma dentro del cuarto de baño de la casa de la colonia Prosperidad, remolcando a su madre bajo un chorro de agua. La tarde en que la muerte acorraló a las dos mujeres, Alma salvó a quien no lo deseaba y ella se sentenció a preguntarse una y mil veces qué era verdad y qué mentira en su vida. Teme que eternamente suceda así. La culpa la tuvo algo en apariencia anecdótico, aunque qué error sería eludir lo nimio cuando en los pequeños detalles palpita lo sustancial. No se había percatado de ello durante sus maniobras de reanimación, pero en el momento en que le tocó quitarle la enagua empapada antes de que los camilleros se la llevaran al hospital y Lucía se quedó desnuda, descubrió cómo el antojo de su muslo no era tal. Su madre no poseía ninguna mancha en la epidermis y sí el surco dejado por la tinta en su lugar. Llevaba una vida convencida de que mantenían ese nexo, cuyo valor no representaba más allá de un simbólico nudo visible, pero se reveló una patraña. Alma comprobó que se pintaba el antojo. Aun comprendiendo que lo hubiera hecho de buena fe por minimizar el efecto que causaba en una niña un enorme lunar, arguyendo que ella también lo poseía, su acto implicaba un artificio, una trampa vil y artera, que le provocó escalofríos. El temor de que, en cierto modo, su madre fuese un fraude está ahí.

Alma ha consumido el cigarrillo concentrada en cómo repercute la ceniza mientras cae.

*En la sesión tampoco apareciste tú. Por lo menos no como hubiese ambicionado, por ello tampoco vaticino la paz para nosotros. La pantomima del perdón durante la hipnosis donde —a juicio del doctor— lo alcanzamos no colma ese hueco que se ahonda ante cada nuevo recuerdo tuyo. ¿Allá donde te encuentras me pensarás, Damián? ¿O el pensamiento pertenece a lo material como esta mano con la que escribo?*

*Menuda sarta de sandeces puedo sostener, teniendo en cuenta que no has subsistido más que en mi cabeza. Las notas, las flores, tu presencia... escondían la maléfica mano de Eunice tratando de volverme loca. Por suerte, estoy más cuerda que la mayoría de la población que circula por las calles y al llegar a sus casas maltrata a sus mujeres e hijos, o aliena a sus empleados sometiéndoles a insultos y vejaciones. Otra cosa es tu arraigo entre mis neuronas.*

*¿Y si no puedo olvidarte porque tú me hacías olvidarme de todo?*

Alma se levanta dirigiéndose a la ventana, a través de la que contempla un cielo estrellado, y apoya los antebrazos en el alféizar. Si se concentra, escucha en la lejanía esas canciones pasadas de moda escapándose del dormitorio de Eunice. Le llama la atención que no se oigan dentro de la casa, como si las puertas de su alcoba poseyeran algún blindaje. Se echaría al jardín por ver si distingue el coche del administrador, pero si Refugio la sorprendiese, sería capaz de correr los cerrojos y dejarla al relente.

Y enciende el siguiente cigarrillo a medida que recrea la conmoción que le ha desatado escuchar aquel nombre esta mañana.

\* \* \*

—Diez, nueve, ocho... —Monsieur Nagour contaba en orden descendente mientras hacía oscilar el péndulo delante de la nariz de Matilde. Antes había pedido a Alma relajación y quietud... dos, uno. Estamos aquí reunidos en paz y armonía para convocar al espíritu de Lucía Monteserín Ebersbach. Lo hacemos en el ánimo de armonizar nuestras almas a la tuya. Queremos saber qué necesitas, en qué te podemos ayudar...

Lo ha repetido un par de veces sin advertir cambios en la apariencia de Matilde. Alma ha captado en él un gesto de contrariedad, aunque se esforzaba en reprimirlo mientras rescataba un objeto de la mesa de trabajo. Era un cestillo con un papel en su interior, de cuyo extremo colgaba un lapicero atado mediante un cordel. Acto seguido lo ha depositado sobre los muslos de Matilde, dirigiendo uno de sus dedos al borde del mismo. Alma ha visto brillar el oro del anillo en su rechoncha mano. Tras un rato de espera, el lápiz apenas se ha movido, trazando un garabato ilegible.

Monsieur Nagour ha batido el aire con sus puñetas y ha soltado la misma retahíla, ahora mencionando el nombre de Damián. Alma se ha encogido inquieta. Esta vez, y tras un intrigante silencio, han detectado unos golpes. No parecían de una llamada al otro lado de la puerta, sino un *tac tac*, fruto de teclear con los nudillos un sobre de nogal.

—¿Damián Diez-Martul, en qué podemos ayudarte?

El lápiz ha empezado a garabatear el papel ante su estupefacción, que no le permitía parar de mirar las manos de la médium; no obstante, o sus falanges eran más rápidas que su vista, o hubiera jurado que sus dedos permanecían inmóviles.

—¿No es ese tu nombre?

Alma se apresuraba a confirmarlo cuando una mirada de reprobación de monsieur Nagour la ha obligado a callar. Entonces Matilde ha abierto los ojos y se ha llevado un susto descomunal.

—No —ha pronunciado Matilde con gravedad.

En cuanto ha empezado a expresarse, su compañero le ha retirado el cestillo.

—Es nuestro deseo unirnos a ti. Darte paz y luz donde te encuentras. Cuando te desencarnaste fue doloroso, ¿verdad?

—Sí. No tengo paz. —Ahí la frase que escuchó en la librería.

—¿Y cómo te podemos ayudar a conseguirla?

—Quiero que ella me perdone.

Era fácil entrever a Fabián en la declaración.

—Fabián Monteserín, ¿quieres que Cécile Stowe te perdone? —ha inquirido el canalizador tras atrapar la pulsera de tela—. Si es así, manifiéstate.

Nunca podrá olvidar Alma lo que se desencadenó después; tal y como había advertido Matilde que podría suceder, sintió una brusca bajada de la temperatura y titilar la luz del flexo. El cuarto en penumbra ha trepidado bajo pequeños relámpagos. Por el rostro de la médium empezaron a brotar gotitas de sudor, adaptándose al nacimiento de una voz de ultratumba que emitía exclamaciones vacías. De súbito una corriente ha arrancado a monsieur Nagour la pulsera de sus manos para lanzarla al suelo.

—¡Noooo! ¡Síiiii! —ha sido el alarido de Matilde en lo que simulaban dos voces distintas.

El canalizador, imperturbable, ha cuestionado si mantenía comunicación con dos espíritus a la vez. A raíz de su consulta se ha espesado un silencio que él ha debido cortar con el estilete de una nueva pregunta.

—Fabián se ha marchado, ¿verdad? Nada de lo que hay en esta mesa es tuyo, ¿no es cierto? ¿Te incomoda sentir sus vibraciones?

—Nada es mío. ¡Fuera!

—¿Quién eres tú y en qué te podemos ayudar? —pregunta, retirando los objetos.

—Solo quiero estar con mi hija —ha aclarado el espíritu por voz de Matilde.

La médium ha esbozado una beatífica sonrisa y un gesto de arrullo.

—¿Podemos ayudarte en algo? —Han seguido unos instantes mudos hasta que él emplea otra vez la retórica fórmula—. ¿Quién eres y en qué te podemos ayudar?

Entonces los folios y las cuartillas han volado alrededor sin que Alma supiera qué los impulsaba.

—Benigno —ha revelado por fin.

—Su atuendo no es apropiado. El camino está cubierto de matojos; hay zarzamoras y ortigas. Se va a brear las piernas —repara Ismael.

Alma ha dejado oculto el Citroën a la entrada de Providencia y acaba de subirse en el vehículo del ingeniero. Está punto de descubrir el acceso secreto y se siente tan excitada que poco importa pincharse las pantorrillas. Viste una blusa y una falda heredadas de Eunice que ha ajustado a sus medidas, porque cuenta con escaso vestuario en La Constante y debe perder complejos y reparos, aceptando lo que cae en sus manos. Calza zapatillas, y, al hombro, un macuto con víveres. Hoy apenas se ha mirado al espejo, de lo contrario se lamentaría de no haberse recortado aún su melena, pero esos ojos de matices imposibles compensan los remiendos del resto. Es probable que no se aprecie hermosa, sin embargo lo está.

La piel obligada a mudar en su huida se cae a jirones paso a paso. Nunca volverá a ser la misma. Pero qué bendición.

\* \* \*

Cuando estaba por enfilar la vía de gravilla a la salida de la cochera, Eunice se ha interesado por su propósito de desaparecer un sábado a esas horas. La imaginaba trasteando por la casa y al encontrársela se ha llevado un susto. Resuelta, Alma ha improvisado cuánto le reanima conducir por los parajes que bordean la finca.

—No parece seguro para una mujer. Es más, no me parece bien que lo hagas; aunque temo que eres una causa perdida.

—No hay nada malo en manejar un coche.

—Por lo menos podrías ir con Víctor. ¿O acaso ya no te agrada el maestro?

—¿Por qué dice eso? Mañana hemos planeado comer en la ciudad e ir al cine. Me llevaré a Gabriel, no le molesta, ¿verdad?

La sombra de la satisfacción ha traspasado los cristales de sus lentes.

—¡Claro que no, querida! Hacéis tan buena pareja.

Con todo el fingimiento del que ha podido hacer acopio, ha salido del coche para declarar en un tono emocionado:

—Puesto que carezco de madre, a usted, tía, la considero mi apoyo. Por ello quiero que sepa que las intenciones de Víctor son serias y me ha pedido...

—¿En matrimonio? —Eunice se ha puesto a palmeo como un escolar.

—Bueno, no exactamente...

—¡Estúpido! —se le ha escapado por lo bajini.

—Víctor posee un sueño que está a punto de hacer realidad... Quizá me estoy anticipando, pero... Entiendo que le gustará conocer que me ha propuesto... —Ha bajado la barbilla fingiendo timidez, sin arrancarse de la mente la conversación que su tía sostuvo a tres bandas en el despacho del abuelo y a cuya conclusión Alma asistió escondida.

Los gestos de Eunice le aclaran mucho. De hecho, no se ha sorprendido al contarle el proyecto de Víctor, lo que sugiere que lo conocía, y si ha saboreado la noticia, en cuyo caso no es descabellado suponer que detrás del colegio se trasluzca su maquinación para quitársela de encima. «No los ataque. Sea sibilina —le recomendó Matilde —. Aunque recelo de su seguridad». No hay motivos, porque conocer sus intenciones la robustece.

—¿Y qué has decidido, querida? —ha inquirido Eunice.

Alma le ha tomado las manos y ha vuelto a mentir sin ambages.

—Voy a decirle que sí. Aunque eso me obligue a separarme de usted.

La mujer ha despegado los labios dejando entrever una línea de carmín a lo largo de los incisivos. Después se han fundido en un abrazo tan falso como los propósitos de Alma.

El catalizador de este diálogo debe situarse en otro anterior, telefónico, mantenido con Víctor nada más concluir el desayuno.

—Ayer te noté huidiza.

—Te aseguro que no.

—¿Te apetece que vayamos hoy al cine?

—Nos obligaría a regresar tarde y la carretera de la playa me impone.

—Podrías quedarte en El Norte.

—¿En casa de tu patrona?

—En la de un amigo que...

—Por favor, Víctor. Me ofende lo que insinúas.

—Entonces acudiré a merendar a La Constante.

Alma ha temido que su plan de colarse en Providencia pudiera frustrarse y ha ingeniado algo con notable eficacia, aunque sin medir las consecuencias.

—¿Y si mañana pasamos el día en la ciudad? Me podrías enseñar la finca para el colegio.

La propuesta implica su anuencia al proyecto del maestro. El tiempo se agota y los plazos para tomar medidas se precipitan como fichas de dominó en caída loca.

\* \* \*

Ismael aparca su vehículo al amparo de unos avellanos, después de surcar un rosario de caminos arcillosos desviados de la carretera principal. En algún momento parecía que se estuvieran acercando a la aldea, pero tomaban un desvío, bordeaban la cerca de una pequeña huerta, veían vacas y bueyes a lo lejos, y asomaban en otro punto del mapa comarcal.

—¿Seguro que sabe volver?

—¿Desconfía de mí, Alma?

—Mi olfato me advierte que no me he equivocado con usted. Otra cosa es que su brújula funcione.

—Cuando se han recorrido estos trayectos tantas veces, sus diferencias hacen que sea imposible confundirlos.

Esto explicaría que María Nieves pudiera moverse con acierto en ellos también. Ismael le ha reconocido que desde allí se accede a los terrenos de La Constante sin necesidad de adentrarse por los portones.

El sol avanza en dirección al mediodía y sus rayos se derraman sobre las verdes laderas. Mayo ha incardinado Malpaís en un edén.

Ismael le ofrece un trago de agua de una cantimplora y ella ha compartido un emparedado de lomo, como una niña a punto de localizar un tesoro. Celebra que él capitaneé la marcha, eliminando la maleza de los márgenes del camino. Alma admira su espalda, enfundada en un suéter viejo, y se dice que cualquiera podría encontrarse protegida con él.

Después de una caminata entre saúcos, camelias, celindas, mahonias, lilos todavía en flor... tras bregar contra ramas y flores de aromas y colores ilimitados, en sempiterna subida, desembocan en la cortada que antecede a la planicie donde languidece la mansión. Una puerta que se abre con mirarla permite el acceso: solo han tenido que zarandearla, dejándola entornada, para adentrarse en Providencia. La primera ojeada les descubre un tremedal de piedras inconexas, como las palabras de un tarado de discurso incoherente. Puede que cada una posea sentido contemplada en su unidad, pero juntas son la viva imagen del caos. La otra cara de Providencia no solo retrata un mayor desorden, sino una intensa desolación. Desde esta perspectiva, el abandono se acentúa y parece imposible que alguien habite allí; sin embargo, Ismael le muestra atisbos de vida.

—¿Ve aquella ventana abierta? Alguna vez he visto movimiento tras de ella.

—¿Quién podría morar aquí?

Cierto, porque su derrumbe se contagia al plano emocional. Es como si se presintiera la tristeza y la idea de permanecer más tiempo del necesario para echar un vistazo fuese descabellada. Por eso Alma sospecha que María Nieves no reside allí, aunque una telúrica atracción hacia el mausoleo que construyó Cécile le llevara a prorrogar su agonía, traducida en unas cuantas ventanas abiertas; en el único cortinaje que sobrevivió a las llamas o en la *ampelopsis* de hojas recién brotadas, cuyas ramificaciones se cuelan entre las piedras y las maquillan de verde. Nadie quisiera enterrarse en vida en un cementerio. Eso es Providencia.

La pareja queda varada en medio de una explanada que parece un campo de hockey, plantado a propósito. Situada a la altura de la casa se da cuenta de su magnificencia, puesto que Alma solo la había contemplado en la distancia y desde distinta elevación. En su trazado se pueden reconocer las cuatro torres que definían los límites de la construcción, así como las diferencias entre las fachadas. La que se alza frente a ellos mantiene en pie algunos muros, a través de los cuales asoman ventanas de razonable tamaño, así como unas puertas, pero en ningún caso se aprecia lo que podría ser el suntuoso pórtico frontal. A un lado de la casa, junto a una obra bastante modesta que deduce pertenecería a los cuidadores, se distingue una huerta abandonada, aunque en Malpaís las plantas prosperan sin precisar atenciones.

—¿Se anima a entrar? —pregunta Ismael.

—Hemos venido para ello.

—Ya he podido comprobar que es usted una mujer valiente.

—¿Valiente? ¿Eso le parece?

—Por supuesto. ¿Duda?

—No pensé que la intrepidez fuese una de mis virtudes. Tampoco soy una miedica, pero...

—Recorra su pasado y valórese en justicia. Por lo menos hasta donde yo sé, ha sido una hija única que se ha rebelado a criarse entre algodones. Ha cursado una carrera universitaria y la ha ejercido antes de su llegada aquí, viviendo de su trabajo sin esperar a que un hombre la mantuviese. Una mujer sola e independiente que se enfrenta al pasado oscuro de su familia, careciendo de apoyo.

—Lo ha dicho: sola.

—La soledad es un arma extraordinaria si el ser humano la doblega a sus objetivos. Ninguna mujer sola es débil.

—¿Y si la soledad resulta impuesta?

—Cuando eso sucede es durante un plazo, pero luego se resuelve a su favor. La mujer sola decide siempre cuando dejar de estarlo.

—Si fuera tan provechoso, ¿por qué la sociedad nos aboca al matrimonio?

—Costumbre, tradición... Pero no por ello la inercia tiene razón. —Ismael ha empezado a andar—. Además, la mujer sola siempre resulta más atractiva.

—¡Es un prejuicioso! —suelta, golpeándole con simpatía el brazo—. De hecho, usted se casó, así que no sé si creerle.

—Sí, con una fascinante mujer «sola» a quien el matrimonio le daba repelús. No lo hubiera hecho con una de esas señoritas preparadas desde su nacimiento para desposarse. Ella... ella era distinta...

La sombra de la añoranza ha planeado sobre ellos, cubriendo el sol. Por un segundo Alma ha levantado la cabeza sospechando de la aparición de algunas nubes, mas no ha distinguido ninguna. Pero ya no se hace preguntas. En Malpaís las cosas fluyen porque sí. Algunas se ajustan a la lógica, al nudo racional que impulsa el cosmos, y otras no. Sin más.

Es la Ley del Caos Ordenado.

\* \* \*

El centro de Providencia es un espacio sin techar, solado en un irreconocible mármol y convertido en encrucijada hacia otras estancias, muy deterioradas. Se adentran en él, tanteando donde pisan y evitando el esqueleto de una escalera anchísima que se curva ante sus ojos, pero muere camino del cielo porque la planta superior ha desaparecido. Alma acaricia el pasamanos carcomido de lo que sería una madera exquisita, encajado sobre los hierros de su balastrada. Apañados contra lo que queda de una pared, divisa una masa de escombros formada por calcinados muebles y piezas de ornamentación sin asas ni adornos. Las vigas saltan ante ellos en líneas transversales, envueltas en brazos de hiedra colgantes como lianas. De entre las juntas del suelo, por recovecos en la mampostería, emergen especies vegetales de lo más variopintas. Providencia ha degenerado en una mezcla de vegetación y arquitectura, una luchando por crecer, la otra dando sus últimos estertores.

—Qué destrozo tan grande —musita Alma.

—Sí, debió de ser majestuoso este lugar. ¿Perteneció a su familia, entonces?

—Lo mandó construir mi tío Ventura como regalo a su mujer. —Es consciente de que él conoce solo una parte de la historia. Pero no ve necesario profundizar más.

Una docena de pájaros baten sus alas y la repercusión del eco lleva a pensar en bandadas dentro de ese espacio vacío. Aquí los restos de una alfombra, allá muelles escupidos por un destripado tresillo, más lejos telas mohosas y trituradas vajillas que crujen bajo sus pies. Alma se agacha para rescatar un plato incompleto: elaborado en blanca porcelana y con una orla dorada donde se entrelazan las letras V y C, le hace suponer que sería uno de conmemorativos de la boda de su tío Ventura. Sobre las paredes, las zonas vírgenes de humo dejan entrever colores diferentes bajo ellas, algunos de gran viveza, lo que le hace concluir que Cécile habría impuesto su gusto en la sobria decoración de la zona.

Durante su inspección, Alma se resiente del sol cayendo en perpendicular sobre su coronilla y decide airearse en el porche, dueño de unas columnas tan grandiosas como aparentaban desde la lejanía. Cuenta hasta una veintena. «Parece una fotografía del Partenón», se dice encendiendo un cigarrillo, recostada sobre la más cercana. Su primera intención de ofrecer otro pitillo a Ismael queda en el aire al darse cuenta de que ha desaparecido tras una de las arcadas que anticipan la entrada a los salones.

Desde la posición en que está situada, qué fácil resulta imaginarse el esplendor de la mansión; no precisaría de ninguna regresión de mister Wasserman. Sería sencillo transformarse en una despreocupada dama de los años veinte y degustar champán mientras los hombres deambulan alrededor. Como si lo hubiese visitado en otro tiempo, sitúa una orquesta a su derecha y detrás los coches, en la llanura cuyo trazado rodea el terreno en dirección a la entrada. Camareros de frac, doncellas de immaculados guantes resaltando en su piel morena; centros florales sobre las mesas que espolvorean de color el jardín a la espera de la cena. Aromas de nardo se expanden en torno a Alma.

—¿Qué aspecto tenía la mujer de su tío? —Ismael lo ha repetido varias veces, no porque ella no lo oiga, sino porque no le apetece tomar el camino que él le ofrece—. ¿Sabe usted si se caracterizaba por una larga melena?

Un escalofrío circula por su espalda. Alma cruza el vestíbulo y se introduce en el lugar desde donde llega su voz.

Una bofetada de sorpresa la paraliza al toparse con un área cubierta, salvo una esquina en la cual se vislumbra un ramalazo de luz natural. El resto del salón conserva el andamiaje del tejado, aunque se hayan desprendido la escayola y el yeso. Juzga imposible adivinar el color original de la tela que cubre las paredes, ahora de un gris parduzco. En cualquier caso, este revestimiento resulta anómalo comparado con la pintura de las demás. Hay bastantes muebles, la mayoría maltrechos, pero distribuidos por ambientes dando una idea de cuál habría sido la apariencia de la sala en su esplendor; las puertas, arrancadas de sus goznes, reposan bajo una ventana sin cristales.

Ismael, de espaldas a la entrada, examina absorto un cuadro. Ella lo conoce tan al detalle que lo describiría con los ojos cerrados. Qué emoción contemplarlo con esa viveza y en un tamaño tan grande. La melena rojiza se inyecta de matices dorados y la piel resplandece bajo el magistral efecto del pincel.

—Le presento a Cécile —enfatisa Alma.

—Fascinante —silabea él sin volverse—. Debí de ser...

—Muy seductora, sí.

—¡Oh! Es mucho más que eso —replica, dando un paso atrás—. Estoy acostumbrado a disfrutar del arte, pero este retrato...

El óleo reproduce la fotografía incluida en *La rosa amarilla*, aunque matizada: el fondo asemeja un paisaje nuboso; la tela del traje, que en la foto adquiere un tono claro, aquí es dorada y el color de su piel más oscuro; en el cabello se diseminan flores minúsculas engarzadas en él. Parece razonable que las imágenes hubieran sido pruebas de luz cuando Cécile posaba para este retrato, lo que debió de suceder en Cuba, de modo que el cuadro cruzó el Atlántico junto a los otros bienes a los que

alude Fabián en sus páginas.

—... tiene vida. Observe sus ojos —invita Ismael, tomándola de la mano—. Mírelos aquí. Y ahora... ¡aquí! ¿No le parece que le están siguiendo?

Es tanta la exaltación de encontrarse con Cécile que asentiría a todo. Impresiona su realismo, su detalle, la profundidad de una mirada con la cual temblarían tanto hombres como mujeres. Da la sensación de que está a punto de sacudir su pecho, haciendo crujir la seda del vestido y perdiendo parte de las flores de sus mechones, decidida a abandonar el cuadro porque nadie como ella puede permanecer congelada una eternidad.

—¡Alma! Eso es.

—¿Qué quiere?

—No. Digo sí. La mujer del cuadro posee alma... de eso se trata. Está viva. No hay mayor elogio para un artista que capturar el espíritu de su retratado. ¿Quién lo hizo? —pregunta, acercándose para ver la firma. La parte baja del lienzo muestra el pernicioso efecto del incendio sobre él, pero el rostro y el torso resplandecen—. ¡Diantres, está ilegible! No he visto nada más hermoso jamás. Por favor, hábleme de Cécile.

Un susurro de antiguas pisadas los envuelve, obligándolos a mirar en derredor. Pero no detectan nada, aparte de la ruina circundante. Su risa, unas velas titubeando, el aura dejada por los besos tenaces, lo clandestino de un amor con tildes de catástrofe impregnan una destrucción que fagocita a quien se acerca a ella, aunque no dejan de ser más que recuerdos solo percibidos por los más sensibles.

—Hábleme de Cécile. —Ismael insiste en conocer detalles y Alma teme ofrecerlos sin saber por qué, pues en nada afectaría su amistad ni el juicio hacia ella. Lleva tantas semanas escamoteando datos a unos y otros que ya ignora con quién conviene compartirlos—. ¿Cómo era?

Ella observa de reojo al ingeniero: el pelo recién domado por sus manos, la barba clareando a través de la mandíbula, tensados los músculos y subyugada su admiración a la mujer del cuadro. Y como quien se lanza al agua helada desde un trampolín, lo suelta todo.

—Era cubana, se casó con el mayor de mis tíos pero se enamoró del pequeño y mantuvieron un romance tan secreto como convulso, que se truncó a la muerte de él. Fabián se llamaba. Y escribó una novela contando la historia. ¿Ve esas flores? Deduzco que sería su color favorito porque la tituló *La rosa amarilla*. ¿Me escucha? —La vista de Ismael se ha desviado a un punto por encima de su hombro—. ¿Se encuentra bien?

—¿Quién demonios es usted? —le oye decir.

La semana le ha dado la bienvenida con un contumaz dolor de cabeza. Ha añadido al agua de la bañera las sales que ha encontrado en una repisa y después se ha sumergido en ella, pero ni aun así lo espanta.

Cuando bajaba a desayunar, ojerosa, se ha hecho con el último ejemplar de *El Nuevo Norte*, puesto que le agrada alimentar ese oculto contubernio que mantiene con Matilde-Cari Pintado. Suele merodear por su sección «El buen tono» tratando de apreciar las aristas de la esposa del doctor Costales en las mesuradas respuestas a sus lectoras. Está y no está en ellas, lo que debería ser un reconocimiento a una profesional que guarda sus habilidades en compartimentos estancos.

—¿Qué tal ayer en la ciudad? —quiere saber Eunice mientras despacha un tazón con bizcochos y café.

—Muy bien —imposta Alma—. Fuimos a ver una película de Tarzán y después Víctor me mostró la finca donde ha proyectado el colegio.

—¿Ah, sí? ¿Qué te ha parecido?

—Un emplazamiento magnífico.

Alma paladea lo agridulce que resultó un domingo en que notó vivaracho a Gabriel, aunque apesadumbrado al maestro por verse obligado a sufrir al niño de carabina. Antes de la sesión cinematográfica pasearon a lo largo de la arteria que divide El Norte en zona nueva y vieja para descubrir, en un punto neurálgico por el que paseaban bastantes parroquianos, un edificio con el año 1905 grabado en una placa de bronce sobre la puerta principal. Cuatro plantas y unas fachadas en ladrillo rojo contrastaban con la carpintería exterior color bronce oxidado.

—Mmmm... Gran hallazgo, te felicito —ponderó Alma al mirarlo.

—¿De verdad te gusta?

—Muchísimo.

—¿Te ves en él entonces?

—Claro —aseguró, colgándose de su brazo. Mentir le provocaba cada vez menos problemas de conciencia—. ¡Y lo solemne que quedará nuestro nombre ahí arriba: «Colegio Ramos Gamboa»!

Empleó el señuelo envenenado y provocó el efecto que buscaba.

—Bueno, eso tendremos que debatirlo porque... claro... yo apporto mi prestigio... No... no quiero decir que tú no lo tengas. Por supuesto. Pero yo soy un maestro afamado que...

—¡Tonto! Tú y yo nunca discutiremos por esas tonterías. Se llamará como tú digas. Por cierto, ¿qué había en este edificio hasta ahora?

—Oficinas, se alquilaba por plantas.

—¿Y a quién pertenece? —Su interés solo alcanzaba sentido por esta pregunta.

El maestro se revolvió incómodo. Alma sintió el aleteo de su pulso acelerándose en el brazo que tenía asido, entre sus correosas manos; le notó contraer la mandíbula varias veces, apretar los dientes antes de responder.

—No sé, creo que se trata de un fideicomiso. Da lo mismo, ¿no crees? Lo importante es que esté disponible y se encuentre dentro de mis posibilidades —apuntó, queriendo quitarse el mochuelo de encima.

Alma se ha servido un vaso de leche y prueba unas migas de un bizcocho de limón.

—Mi única duda es si podrá pagarlo —dice, observando a Eunice por el rabillo del ojo.

—¡Podrá, claro que podrá! —se ha precipitado ella.

\* \* \*

A media mañana se ha montado en el Citroën y sin dar explicaciones ha salido de La Constante.

Durante el lapso de conducir a la aldea, el recuerdo monolítico de su visita a Providencia se apodera de ella. Difícil marginar el asombro de Ismael cuando descubrió a la diminuta María Nieves de pie, anclada en el umbral de unas ruinas sobre las que posee más derechos que nadie, y su estupefacción ante su impulso de echarse a correr y abrazar a la anciana elevándola en volandas. Alma guarda memoria de unos huesos quebradizos que podrían contarse de uno en uno.

—¿Se encuentra bien? He estado muy preocupada por usted. ¡Qué delgada! Qué digo delgada, está esquelética. ¿Come usted? ¿Dónde lo hace? ¿Duerme? —La batería de preguntas se quedó enquistada en alguna esquirla de la madera, o en un entrante de la pared, porque María Nieves no reaccionó a ellas. Solo sonreía y deslizaba sus cadavéricos dedos por su cabello. Un par de veces la sorprendió escudriñando al ingeniero—. No se preocupe por él. ¿Me acerca mi mochila, Ismael?

—Usted es libre de actuar como le plazca, pero debería decirme quién es esta mujer, ¿no le parece? —preguntó con solemne determinación.

Al tiempo que rescataba de su macuto un bocadillo para hacérselo engullir, Alma reveló su vínculo con Gabriel. De forma atropellada esbozó la biografía de Cécile, saltando de Cuba a La Constante, de La Habana a Providencia, pero con tanta pasión que Ismael difuminó su contrariedad entre las explicaciones.

—Este no es lugar para ella —apreció él al final.

—¿Y qué hacemos, dígame? Para las gentes de la aldea los negros son apestados. Los más jóvenes malviven de vender su cuerpo, como le he revelado, pero ella debe de dar tumbos. Tampoco podría llevarla a La Constante porque Refugio, ya sabe, el ama de llaves, la haría picadillo para relleno. Aunque mírela, no tiene más que pellejo la bendita.

Ella masticaba despacio el pan sin mayor sonido que el de su garganta al tragar. Ismael desenroscó el tapón de la cantimplora y se la acercó a los labios. «Agua —dijo—. Beba». Le conmovió su gesto convencida de que otro no le hubiera dejado ingerirla del mismo lugar en que lo haría él.

—Debe sentirse la guardiana de Providencia, manteniendo la memoria de Cécile —expuso Alma mientras palpaba sus carrillos llenos.

María Nieves terminó el bocadillo sentada sobre una mesa baja, que el abuelo hubiese restaurado rescatándola de aquel camposanto, y a sus pies Alma e Ismael la vigilaban fascinados. Apenas terminó, sacó un pañuelo del bolsillo, se limpió, y al momento extrajo un envoltorio de papel del cual tomó un pellizco y roció sus cabezas con un polvo. Ismael tuvo el arranque de echarse hacia atrás, desconfiado, pero Alma le frenó.

—Son cosas de su religión. Pertenecen al culto yoruba y sus liturgias incluyen rituales y ofrendas mágicas —apuntó, complacida de haber avanzado en su conocimiento—. Mantienen la fe en la reencarnación, por tanto no me extrañaría que ella pensara que el espíritu de Cécile repose aquí.

—¿Usted da crédito a esas cosas?

La imagen de Matilde en pleno trance frenó su respuesta. Creer en saldar las viejas cuentas en una nueva vida o la coexistencia del cuerpo y el espíritu de un modo que cuesta discernir no era un terreno acotado a gentes sin formación, aunque cualquiera lo defendía.

—Bueno, esas supercherías son propias de... —se excusó Alma.

—No pueden irse del todo —cortó Ismael, en una confesión insólita—. A mi entender quienes nos han acompañado no pueden desaparecer porque lo haga su carne, ¿no le parece? Nunca ha reflexionado sobre ello, ¿verdad?

—Se equivoca.

—¿Y cuál es su opinión?

—Estoy forjándomela.

—Se protege. Hace bien.

—¿En protegerme de quién?

—No confía en mí y la entiendo. Yo, en cambio, sí en usted. —Mientras se expresaba, María Nieves tomó sus manos y marcó en sus muñecas la señal de la cruz con una suerte de tiza. Después lo repitió en la nuca y la frente. Ismael consintió—. A veces... la presiento. No me importa decírselo, aunque nunca haya compartido esto

con nadie. No se trata de reconocer a alguien como la veo a usted, tampoco un fantasma transparente. Es una impresión extraña... cruzar de un cuarto a otro y detectar una corriente donde nunca la hubo antes. Esa vela que no se apaga aunque soples encima, el roce invisible que te despierta en pleno sueño o... una corazonada antes de tomar una decisión en los laboratorios. Objetará: «¿Acaso no las ha tenido antes?». No. He sido el hombre más racional que haya conocido.

La mirada de Alma saltaba de Ismael a la anciana, que simulaba haber comprendido todo, pues entornaba los ojos recitando en silencio, quizá, algún sortilegio por el cual rogaba a sus santos el bien de ese espíritu llamado Rose, pegado a Ismael como suela a su zapato. En cuanto a él, quién hubiera adivinado esa carga sensible en alguien de tanta austeridad formal; los tópicos preconcebidos se desmoronaban al escucharle. Alma se preguntaba si su cercanía al matrimonio Costales no le habría permitido conocer el don de Matilde y a través de ella buscar al espíritu de su fallecida esposa. ¿Sería Ismael una de esas personas a las que alude Matilde que han desarrollado la habilidad de ver lo que otros ojos no registran? Cuando sintió las manos de María Nieves asir las suyas, sacudió la cabeza espantando ideas a las que daba demasiado crédito. La anciana repitió el mismo ritual con ella y ahí pudo reconocer el objeto que empleaban sus manos.

—Se llama cascarilla —respondió con claridad de experta— y la utilizan como protección. La preparan rayando cáscara de huevo de gallina mezclada con agua bendita.

—Me sorprenden sus conocimientos.

—Mi tío Fabián los utilizó... para conseguir a Cécile. Lo narra en su libro: acosaba a esta buena mujer para que le enseñara recetas mágicas y así asegurarse su amor.

—El amor es transformador. Hace de nosotros seres distintos.

—No sabría si Fabián fue mejor o peor persona tras enamorarse, pero sí que Cécile dinamitó su vida.

Tan abortos andaban desentrañando el silogismo del amor que ni se percataron de que la anciana, susurro de melancolía entre las ruinas, había desaparecido sobrevolando los cascotes.

\* \* \*

Alma acaba de llegar a la aldea con dos objetivos entrelazados.

Sus primeros pasos conducen al mausoleo de los Monteserín, cuya visita ha saldado depositando ramos de rosas al pie de cada una de las tumbas. Algo le ha impulsado a cortarlas ella misma, como si de este modo vigorizara su vínculo. Se ha detenido en la tumba de Ninu: es un sepulcro en mármol con letras doradas y, tal y como recordaba, carece de fecha. Ignora el motivo de ello y esa incógnita no deja de martillar en su cabeza.

Para su segundo encargo cruza el umbral de la tienda dispuesta a utilizar el único teléfono del pueblo, aunque es obvio que levantará suspicacias.

—Hay conversaciones que cuesta mantenerlas en... público, ya sabe. En Madrid he dejado... —explica en un tono lánguido a la tendera. La mujer sospecha de la existencia de algún amor secreto al que no quiere telefonar desde La Constante.

Una vez al aparato, Alma susurra el nombre de Sigfredo Costales a la señorita que ha descolgado mientras enreda coqueta los dedos en el cable, sabiéndose observada por la encargada.

—El doctor está en su consulta, ¿quiere dejarle un recado?

—¿Su esposa, doña Matilde, estaría disponible? Soy Alma Gamboa.

Segundos después le atiende la mujer.

—¿Alguna novedad? —pregunta cortante.

—He actuado siguiendo sus recomendaciones: tenían razón, tanto el edificio como los ingresos para poner en pie el colegio los aporta Eunice con tal de quitarme de en medio. En cuanto a mi tío Ninu, no logro saber su fecha de defunción, pero escúcheme bien: en toda la casa no he identificado una sola foto...

—No es el mejor escenario para valorarlo.

—... de edad madura. ¿Y bien?

—¿Dónde se encuentra?

—A cuarenta y cinco minutos.

—Entonces nos encantará invitarla a comer. Además, tengo un regalo para usted. Sé que lo va a apreciar mucho.

Una caja de cartón con remite en francés. Las manos de Matilde formando un corazón de esperanza. Qué curioso, sus cejas han perdido su reconocible curvatura y forman una línea ascendente remedando a la sonrisa.

—Me ponen nerviosa las sorpresas —asegura Alma. Le recuerdan a Damián, pero eso no lo verbaliza.

—Pues yo estoy disfrutando como una niña.

—¿De qué se trata? No sea malvada.

La médium le pasa unas tijeras con las que va cortando el cordel.

—La vi tan apesadumbrada. Sentí que en pocas horas había perdido un par de ilusiones, si es que consideramos así al maestro, y miré si estaba en mi mano corregir una de ellas.

Alma congela los dedos sobre el cartón que ha ido descubriendo, respira hondo, y de pronto se apresura, codiciosa de comprobar si es lo que imagina.

—Tengo buenos amigos en París e hice un par de llamadas, con éxito.

Cada papel de seda representa una traba que le aleja de lo que más desea; al final aparecen los dos tomos, impolutos, vírgenes. Dos ejemplares de la historia más triste jamás contada.

—La firma Saint Villiers había desaparecido. Sé que en los anticuarios se consiguen libros antiguos, aunque haya que invertir tiempo en la búsqueda. Al final los astros se confabularon en su favor, Alma. El dueño de la extinta editorial mantiene contacto epistolar con uno de nuestros conocidos y este le convenció para que oxigenara sus archivos. Los editores suelen guardar copias no venales de sus obras; por precaución o por ánimo coleccionista. No me pregunte el chantaje gracias al cual están aquí.

Alma se ha abrazado a Matilde, mientras caen lágrimas dulces que han llegado a mojar el cuello de la mujer. Ya puede retomar el relato abortado de dos amantes cuyo destino condicionó el de toda su familia.

—No sé a usted, pero a mí los sobresaltos me despiertan el apetito —invita Matilde entre risas.

\* \* \*

—¿No le parece extraño? Ni una de él mayor. Ni en la galería de imágenes de la biblioteca ni en ese altar de las paredes de su alcoba.

—Algunas personas quieren recordar a los seres queridos jóvenes —apostilla Matilde mientras distribuye lonchas de *roast beef*. Ha despedido al servicio para hablar con tranquilidad.

La ventana del comedor del matrimonio está entornada y sus hojas de cristal se baten una sobre otra en un inquietante *tac tac*. Unos visillos planean ligeros entre las cortinas de flores azuladas.

—¿Por qué no señalar la fecha de defunción? —insiste Alma—. ¿Y si mi tío no estuviera muerto?

—¡Oh, oh!! —exclama Costales con la boca llena.

—¡Sigfredo!

—Perdón, querida, pero mi admirada señorita Gamboa ha demostrado poseer una mente tan calenturienta como la mía y eso me emociona. Qué tenebrosa idea la de alguien que desaparece borrando su rastro tras de sí, hasta hacerse pasar por muerto con la connivencia de los suyos.

—Inverosímil hipótesis, pero sostengámosla aunque sea como un ejercicio especulativo —sugiere Matilde—. ¿Dónde estaría? ¿Se habría esfumado dejando sus posesiones a su mujer? ¿Cómo se sostendría entonces?

—Podría estar escondiéndose —apunta Alma—. ¿Me pasa un poco de agua, por favor? ¿Usted qué cree, doctor?

—Veamos, quien se oculta lo hace para que otros no le identifiquen. Quien huye lo hace, además, motivado por el miedo, como era su caso al escapar de Madrid, o bajo la amenaza de pleitos o asuntos legales pendientes que podrían dar, incluso, con los huesos del susodicho en la cárcel. Añado a esto la comisión de un delito... de sangre. Mmmm.

—También huye quien es perseguido a causa de deudas en el juego o lances de amor. Piensa en don Juan, querido —sostiene Matilde.

—Por lo que he recabado, mi tío Ninu no responde al perfil de un jugador o de un mujeriego. Mi madre le profesaba muchísimo cariño, aunque quisiera a sus tres hermanos, y terminaba llorando cuando hablaba de él. Siempre di por hecho que estaba muerto, sin entrar en cuándo y cómo. Ahora me recrimino tantas cosas.

—¿Como cuáles, Alma? —sondea Matilde.

—No haberme interesado por ellos y no indagar más sobre la salida de mis padres de aquí. Trato de situar la pérdida en una jornada especialmente triste donde mi madre viviera un disgusto que indicara el fallecimiento de mi tío, sin embargo...

—No podemos cambiar el pasado, aunque sí reconducir el futuro —sostiene la médium—. En cuanto a esa hija que apareció en la sesión, según me ha resumido monsieur Nagour...

—Pero, ¿usted no lo recuerda? —corta Alma.

—No. El mecanismo es higiénico: el espíritu penetra en mi canal y después sale. Queda, eso sí, alguna reminiscencia en mi materia, no en mi memoria: tensión cervical, apatía, llanto. A veces, una taquicardia de la que cuesta desprenderse... Volviendo al retoño, y puesto que es un hecho reconocido por su propia madre, su muerte podría indicarnos algo, ¿no? ¿Qué fecha incluye la lápida de su «prima»? Porque ese era su vínculo.

Alma estruja la servilleta después de pasársela por los labios, pensativa, antes de responder.

—No estaba. La... no existe la tumba de la niña dentro del panteón. ¡Oh, Dios! ¿Cómo no me había dado cuenta?

—No se fustigue, mi admirada señorita —calma Costales—. Puede que hubiera sido enterrada junto a su padre.

La mujer acciona el timbre y, tras pedir al servicio que traigan el postre, se excusa unos minutos. Al regresar aferra entre sus manos un libro de piel negra.

—En septiembre de 1888 —arranca a hablar— se celebró en Barcelona el Primer Congreso Internacional Espiritista. No fue secreto: al contrario, la prensa lo recogió profusamente. ¡Oh! ¿Dónde andarás? —se queja para sí—. ¡Ah, *voilà!* Aquí está. Eche un vistazo: es un recorte del diario *La Vanguardia*.

Tomando el papel amarillento, Alma repasa las líneas que siguen.

Extraordinaria concurrencia, más numerosa aún que la noche precedente, acudió a la segunda sesión que el Congreso Internacional de Espiritistas celebró anoche en el Salón Eslava.

—Fueron cuatro días de ponencias urdidas desde todos los confines del mapa: Italia, Francia, Bélgica, Alemania, Rumanía, Cuba, México, Estados Unidos... —continúa—. Entre los participantes se contaban académicos, científicos, pedagogos, publicistas, políticos, industriales, banqueros, escritores... Pocas mujeres, es cierto. Y entre ellas una salvedad, a quien manifiesto mi incondicional admiración: Amalia Domingo Soler, quien solía lamentar que «La mujer es la encargada de formar el corazón del hombre. Pero qué anomalía: la primera profesora de la humanidad ha de tener la ignorancia por patrimonio». Ella fue paradigma de lo contrario porque dirigió su periódico *La Luz del Porvenir* y, ciega, controlaba sus cuentas mejor que cualquier contable varón.

—Vas a aburrir a nuestra invitada, querida —le reprocha el doctor.

—A lo que voy. Quiero —dice, pasándole el libro— que se detenga en esto: es la *Memoria del Congreso Espiritista* y al final del proemio se recoge algo de necesario conocimiento. Se trata de una proposición en la primera legislatura de la República española.

Alma coge el libro y empieza a leer.



Los diputados que suscriben, conociendo que la causa primera del desconcierto que por desventura reina en la nación española en la esfera de la inteligencia, en la región del sentimiento (...) es la carencia en el ser humano de un criterio científico a que ajustar sus relaciones con el mundo invisible (...) la siguiente enmienda al proyecto de ley sobre reforma de la segunda enseñanza y de las facultades de filosofía, letras y ciencias.

El párrafo tercero del artículo 30, título II, se redactará del siguiente modo:

Tercero. Espiritismo.

Palacio de las Cortes, 26 de agosto de 1873.

—No... no comprendo, Matilde.

—Sí, sí que lo entiende. Pero cuesta concebirlo en nuestra España de ahora, ¿verdad? Lo que ha leído consiste en una enmienda para que el espiritismo formase parte, por ley, de la segunda enseñanza universitaria. Lástima que las Cortes Constituyentes se disolviesen.

—¿Magnetismo, sonambulismo lúcido, fenómenos espontáneos y sistemas de comunicación con el mundo invisible? Este era parte del programa —entona en viva voz Alma, cautivada.

—Cada vez me admira más el género femenino —tercia el médico—. Como un suflé, se entusiasman tanto con el último asunto que dejan desinflarse los demás, hasta que mueren de inanición. Son deliciosamente obsesivas y locuaces. Observen qué aspecto tan deplorable tienen sus postres por no hacerles ni caso. Nos habíamos quedado en la hija difunta del presunto difunto, cuyo ripio valdría para el título de un vodevil. ¿Cómo se llamaba, por cierto?

Alma se encoge de hombros mientras el suflé cosquillea su paladar con suaves burbujas.

—Algo me dice que muchas de mis dudas se apagarían en ese cuarto que se atrinchera dentro del dormitorio de Eunice.

—¿No habría modo de que entrara ahí? —pregunta Matilde.

—¡Imposible! Tendría que drogar a Refugio para quitarle las llaves.

—Veamos —cavila el médico, acariciándose la perilla—. Contamos con un cuarto y, dentro de él otro, igual que *matrioskas*. En esas diabólicas muñecas rusas hasta que no se alcanza el centro se ignora el secreto que entrañan, por tanto se me ocurre... ¿Señorita Gamboa, no cree que va siendo hora de que agradezca la entrega altruista de su médico (a quien ha abonado, por cierto, apenas un par de consultas) con una invitación a comer?

—¡Oh, doctor yo...!

—Shhhh. Este matrimonio se da por bien pagado si nos invita a comer el próximo domingo. Iremos, por supuesto, con nuestro hijo.

—¡¿Su hijo?! —exclama Alma obnubilada.

Matilde interroga con la mirada a su marido, quien recalca «nuestro hijo» según mueve el puño de la mano a izquierda y derecha.

—¡Claro! —exclama la mujer—. Por supuesto, nuestro hijo. Cierto. Qué gran idea, querido.

—Ni Raymond Chandler, qué digo Chandler, ni Agatha Christie la hubiera tenido mejor.

—No avise cuando no venga a comer y lo siguiente será encargarse de una misa de difuntos. Se va a dejar la crisma en una de esas carreteras, como su tío o su abuela. — Refugio bloquea el paso en la escalera, dispuesta a empujarla con el chaparrón de su reprimenda.

—¿Me ha echado de menos?

—Es una mema sin cabeza. No sé a quién habrá salido.

—Pues en los Montesión hay unos cuantos perturbados. —Nada más escuchar la frase se ha arrepentido de pronunciarla.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Déjeme pasar, Refugio, y tengamos la fiesta en paz.

Alma la aparta con su cuerpo a lo que ella reacciona elevando el brazo, aunque sus reflejos prevén su intención y lo frenan.

—¡A mí, no! Ni se le ocurra. Ni piense que va a levantarme la mano al igual que al niño, porque se la rebano como un salchichón.

La determinación de sus palabras no se corresponde con la de su anatomía, porque sus canillas tiemblan igual que perro apaleado.

—Digna hija de su madre —rumia la criada.

Alma se da la vuelta, encarándose con Refugio de nuevo.

—¡Chitón! A mi madre ni la miente. Ni a ella ni a mi padre. No la podía soportar, ¿verdad? Ustedes dos querían hacer y deshacer y no cejaron hasta quedarse solas. De eso se trataba, ¿a que sí? Por algún motivo ellos se quitaron de en medio y no regresaron aquí. A fe que terminaré averiguando por qué.

—Usted misma, pero quien en mierda hocica enmerdado queda.

—¿Pasa algo? He oído voces —pregunta Eunice, asomándose a la baranda desde la planta superior.

—Nada, solo que a Refugio no le gusta que coja el coche porque le da respeto. Pero soy una causa perdida, ya lo asegura usted.

\* \* \*

Los siguientes días Alma trata de saborear *La rosa amarilla*, emocionada por tenerla de nuevo entre las manos. El hecho de que sea un ejemplar que no hubiera sido expuesto en ningún anaquel de una librería cualquiera la seduce aún más. Mientras tanto la casa hierve ante la inminente visita de los Costales. Hace tanto que no se recibe en ella que los nervios son polvo de muebles: si lo levantas, permanece flotando un buen rato. Más de una vez le ha tocado mediar entre su tía y la criada cuando decidían el menú del domingo, pues Eunice proyecta un evento como los que celebraba su suegra en los mejores años de La Constante y Refugio se conformaría saliendo del paso con decencia.

—Si preparamos un consomé y un asado quedaríamos muy bien, señora.

—¡Por Dios, un almuerzo de burgueses no! Piensa en unos entrantes como entremés y luego platos donde puedan elegir entre carne y pescado. Dos postres y... prevé merienda, por si acaso.

—Vamos a estar tres días cocinando, doña Eunice.

—Te quejarás, necia. Llevas años amparada en media docena de recetas y nadie protesta. ¿A que tengo razón, Alma?

—Usted siempre la lleva, querida tía.

Ahora bien, durante sus ratos en soledad busca en las páginas finales de la novela, con minuciosidad de entomóloga, luces sobre la muerte de Fabián. El secreto nunca revelado.

Qué hermoso viaje a París con tu presencia a mi lado. Ahí me di cuenta de que donde tú estés, yo existo.

Tu hijo me pareció cada vez más diestro, comiéndose a la par los libros y el dobladillo de sus pantalones. Fue tan familiar compartir junto a los dos las brumosas calles, los cafés, Montmartre como bohemios, sin rumbo en los pies ni ataduras en el corazón; besarte en los portales, gritarte «mi reina» sin habladurías ni miradas clandestinas cuyos aguijones nos obligaran a callar.

Mi instinto de poeta ha encontrado en el niño inspiración. Tiene tus ojos de lago y eso le liará la vida más de lo que yo pretendiera para él.

(...)

¿Quién te ha enseñado a ondear las caderas como una barca arrullada por las olas? ¡Oh, mi rosa, qué perverso es copular con todos los elementos! Te he disfrutado dentro del mar; te he visto rodar sobre la tierra húmeda y correr los besos de hierba sobre ti, montarte el aire en cada uno de esos movimientos que solo tú sabes realizar. Y me has descubierto el placer de la cera ardiendo. Llévame contigo al Salón de los Suspiros, cólmalo de velas y dobléga sus llamas al son de las campanillas de tus brazaletes —músicas de oro y bronce— cuando «tú te mueves».

Hagamos el amor en el Salón del Tiempo, desde el cual se contempla la torre donde te escondes los días de tormenta. Cúbreme de aceites recostado en el diván de la sala de música, mientras pierdo el sentido admirando tu retrato. Tómate en tu santuario, en la Sala Dorada de Oshun, para que ella me consagre a ti hasta la muerte. Llena tu casa de agua, concibamos una hija, bañémosla en el río.

Sé que me he obsesionado con fecundarte y a ti te horroriza que lo mencione, pero sí... lo quiero. Me prosterno ante tu enigmático pubis. A menudo pregunto a tu negra qué puedo hacer para florecer en ese vientre tuyo. Ella se ríe con destellos de luna.

—Haga tortillas con acelga, cebolla, ají, aceite, harina de maíz, camarones, vino blanco seco y huevos. Con sus manos, no se lo encargue a nadie, y llévele la ofrenda al altar de mi niña.

—¿Dónde encuentro esas cosas?

—Ay, qué tonto el hombre enamorado.

—Cruzaré el Atlántico si es preciso y traeré los bienes que usted me pida. Vivo la gloria en sus brazos y el infierno, lejos de ellos. Cálmemé esta ansiedad, bruja.

—¡No sea majadero! Dese, entonces, baños de flor de agua, helecho, hierbabuena y albahaca morada. Y colme sus bolsillos con palos de canela. Cinco veces invoque a su diosa. ¡Yalodde Yeyé Kari! ¡Yeyeo! ¡Omoriyeyeo!

Cinco espejos, cinco, donde peinas tus bucles. Cinco peces de colores. Cinco abanicos de sándalo que refrescan nuestras sábanas... pero el hijo no llega.

A cada tanto se ve obligada a hacer un alto a fin de consultar en cualquiera de los dos libros que adquirió en La Puerta del Cielo la interpretación a las líneas más obtusas. De este modo, ha llegado a saber que el amarillo que identifica a Cécile no es un capricho: con seguridad, la mujer de su tío se daba por «hija» de la diosa Oshun —cuyo nombre significa «tú te mueves»—, la deidad u Orisha del amor, la fecundidad y el agua dulce. Como les sucede a los demás Orishas, Oshun se identifica por un color, un número y una serie de ofrendas que sus súbitos se afanan en dedicarle en los altares.

Por otra parte le ha sobrecogido la alusión al cuadro en el interior de lo que el autor denomina la sala de música. Ella lo ha visto con sus propios ojos.

\* \* \*

... qué importante es ese pedazo de mundo que inscribe ambos nombres en su título de propiedad. Minúsculo, secreto. Constreñido entre el mar, el cielo y la arena. Escóndete dentro de nuestro hogar, dame las llaves y las lanzaré lejos para que no salgas de él.

A veces, al confesarte mi debilidad girando en el bucle de otra vida que no es la mía, tú respondes que el hombre que no soy yo es quien debiera entristecerse. Pero él descansa con tu calor al lado y yo, en cambio, yazgo entre sábanas ajenas.

Un día voy a arrancarte los relojes y a quemar los almanaques; echaré al mar, junto a las llaves, los mapas para que el verbo «volver» solo lo pueda pronunciar yo.

¿Has pintado las ventanas de azul? Y las caracolas, las conchas de mil tamaños... ¿nos vigilan ya desde las paredes?

¿Has colgado visillos de hilo en las ventanas del paraíso? Blancos como la cama donde te amo hasta que el agotamiento arruga mis fuerzas y entonces me entregas tu lengua y el ave fénix que soy se despegara para cabalgarte otra vez. Y otra. En un bucle de dolor y placer que solo calman o tus besos o el mar. Por eso vago desnudo por la arena y corro... hasta que las olas me zarandean en su abrazo de agua. Tan arrollador como el tuyo. Tan efímero como él.

«Dame tu miel del modo en que tú sabes», dirás al regresar, desnuda entre velas, pétalos e inciensos. Y yo te colmaré de estrellas de mar recién capturadas.

Después vendrá el tiempo de poner nombre a las cosas. Mesa, silla. Vela. Taza. Todo llevará nuestro sello: las letras del amor entrelazadas.

Y bautizaré la senda que nos lleva en volandas al deseo como se merece su camino.

Alma retrocede en la lectura. No puede ser. Pero sí, las conchas, las paredes de luz encalada, la cabaña constreñida entre el cielo y el mar. Fabián cita el recorrido hacia el lugar donde él y Cécile vivían su amor ilícito, cuya propiedad ella adjudicaba a unos pescadores. ¿Son simples casualidades o el destino lleva manipulando sus

movimientos desde que pisó Malpaís? No puede evitar que su angustia se derrame sobre el libro abierto porque eso es *La rosa amarilla*, un texto diáfano a la espera de ser descubierto. Bajo el lirismo aletea una semblanza que no requiere buscar entre líneas. Está ahí. Al alcance de la mano. Alma se ha pasado la vida indagando la verdad en cada ficción que leía y la más auténtica la ha escrito su propia sangre. La novela es el legado de Fabián.

A trompicones se suena la nariz, termina la infusión de hierbaluisa, pasea por el dormitorio y, cuando se siente más repuesta, se sumerge de nuevo. Alma nota que a medida que progresa, abdica de lo poético en aras de una desgarradora claridad. Parece un diario.

También detecta triste a su tío. A veces es depresivo, otras apático. Reo de una enfermiza melancolía que barrena la relación amorosa.

¿Por qué no quisiste que te acompañase a Londres? ¿Dónde quedó la nostalgia de París? Ya no te quiebras por la mitad. No suspiras igual. Ahora dependes del reloj.

¿Y si acepto ir a la Riviera francesa? A lo mejor es un modo de alejarte, aunque mi padre no me consienta volar como ave nocturna. Si no tengo el tuyo, preciso saciar mi hambre en otros cuerpos.

(...)

Me has obligado a esperarte durante horas en la cabaña. ¿Acaso me cambiaste por tus ofensas, por un baño de flores blancas? «Hacia frío», te has defendido, sin embargo estamos en junio. Lo único helado eres tú.

Las excusas son un arma envenenada cuyo daño no lo causa la primera incisión. Lo peor viene cuando macera la herida y empieza a supurar el mal por su cicatriz.

¿De qué te arrepientes ahora? Déjame que se lo cuente. Mantengamos un duelo mortal que arbitre en esta acracia de sentimientos en que vivimos los tres.

(...)

¿Por qué ya no me imploras que beba tus jugos y muerda tu carne? ¿No ves que así me condenas? No concibo vida allá donde me destierras. Prefiero la otra, esa que tú me has revelado cuando invocas a tu madre. A veces creo que también podría amarla a ella. Es sangre de tu sangre y, si es cierto lo que explicas, la contemplaría tan bella y joven como tú. Los muertos no envejecen, por eso prefiero esperarte impoluto.

¿Duele morir?, preguntamos con angustia los mortales. Y les replico a todos: no. El verdadero descabro es vivir. Porque morir representa la mayor de las liberaciones cuando se espera el encuentro con el ser amado allí donde no existe el tiempo.

¿Cómo será la gloria? Blanca, dices. Llena de luz y paz.

¿Y si me reencarno en hormiga? ¿O en una lagartija a la que ultrajara alguien para preparar un sortilegio? ¡Maldita suerte la mía! No quiero reencarnarme. Advérteselo a tus dioses y a tus santos. Habla con los *babalawos* y cuéntales que mi dicha pasa por tu llegada, un día. Pero tarda poco. Mi partida es inminente. Feneció la espera.

A veces conspiro contra la Santa Madre Iglesia y hago una lista de encargos llena de pecados. ¿Un veneno mortal? ¿Emborracharme de coñac y morfina hasta reventar mi hígado? ¿Pegarme un tiro en la sien? ¿O cortarme las venas como una cortesana? Nada que permita una marcha atrás, ni un resquicio al arrepentimiento. Ningún lecho mortuorio debería alejarme de ti. Moriría en tus brazos si pudiera. ¿Por qué no me clavas un puñal por la espalda cuando copulamos pecho con pecho?

Puesto que te resistes a ser mi cómplice, debes saber que mi cuento aquí termina y sucumbirá entre tragedias para replegarse después en tus manos, pues tuyo fue desde el principio. Ha seguido tu camino y los plazos que marcaste. Y me ha transformado en sabio, extraviando en mi aprendizaje unos miedos y ganando otros. Aunque el de la muerte desapareció de mi inventario. Lo sabes bien.

Te entrego estos papeles que soy yo para que los guardes, los quemes, los inmoles o los publiques a los cuatro vientos. Ambos asumimos que la rosa ya no es amarilla y se ha tornado negra.

Hoy voy a dormir. Arrópame con besos y cúbreme de espuma.

Estoy preparado para pasar la eternidad contigo. Hoy voy a morir.

Cómo le ha afectado el desenlace de *La rosa amarilla*; confirmar que Fabián se suicidó, a pesar de barruntarlo, supone un golpe, mayor aún al no poder confrontarlo con nadie. Se siente depositaria de una última voluntad e ignora la forma de administrarla. Solo la alivia la idea de compartirla con Ismael Velarde y la posibilidad de hablar con Julio. Lleva semanas sin hacerlo y es lo primero que cumple tras aparecer en la ciudad.

Él, visiblemente molesto, le ha notificado el nacimiento de Julito, su hijo, lamentando que su «madrina» no le hubiese conocido aún.

—¿Qué has encontrado ahí, Alma?

—Todavía no lo sé, pero estoy a punto de averiguarlo.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé, Julio. Os quiero mucho, a ti y a Luisi. ¡Y a mi ahijado! Aquí hay otro niño... está enfermo, pero no sabes qué fuerte es. Se llama Gabriel.

—Vaya, ¿te has convertido en una samaritana? ¿Has terminado adoptando al primero que se te cruza por delante?

—¡Bobo, te adopté a ti! ¿Estás menos enfadado? Di que sí.

—¡Bah! He seleccionado a un ayudante en la farmacia que es un lince. Y las cuentas van bien. Las vigilo a diario.

—Ponte un sueldo. Te nombro mi administrador en jefe.

—Déjate de historias. Por cierto, hace un par de semanas llegó una mujer y dejó una caja de caudales en la botica.

Alma congela el tiempo unos segundos antes de indagar más.

—¿Cómo?

—Sí, preguntó por ti. Dijo que te conocía. Me contó que se había jubilado de su trabajo en Correos, por lo que carecía de despacho donde guardarla, y que te hacía entrega de ella. ¿Qué líos te traes, Alma?

El viento de una tarde de septiembre le agita el ánimo dentro de una simple cabina telefónica. La contundencia de los recuerdos vuelve a silenciarla.

El día en que Alma regresó de sus vacaciones con Julio y la casa abrasaba por un fogón encendido a destiempo, ella terminó rebuscando algo entre las cenizas que pudiera explicar el impulso de su madre. Hoy descifra que dos hermanos de una misma familia decidieron quitarse la vida, lo que no puede ser casual, pero entonces estaba lejos de sospecharlo. De entre las brasas salvó un sobre con el siguiente destino: apartado de correos 612, sin remite. El número coincidía con el de la llave que se le había caído a su madre en la bañera.

A partir de ahí irrumpió la locomotora de la enfermedad materna, que la embistió sin contemplaciones, junto a los mil trámites que debió encarar y que le hicieron postergar el asunto hasta la tarde en que atravesó la neurálgica plaza de Cibeles.

Una vez identificó la taquilla, inspeccionó su interior, aunque la halló vacía. La decepción trajo a su memoria las muchas veces que había interrogado a su madre acerca de la llave con igual respuesta: el vacío.

Lucía nunca llegó a revelarle por qué la agarraba ese día o si el objeto había sido el desencadenante de su sufrimiento. ¿Qué tenía que ver ella con el apartado postal? Su intuición le decía que había pertenecido a su padre, y lo empleaba para gestiones espinosas, porque durante una época adquirir sustancias químicas, además de comprometido, no era fácil. Su madre se habría sentido engañada al dar con la llave, sin reflexionar más.

Alma dedujo que no había motivo para conservarlo, así que pidió ver a un encargado. Mientras esperaba al funcionario se le acercó una mujer.

—Disculpe, me han informado de que quiere liberar el apartado 612. ¿Es usted familia de don Carlos Gamboa?

Hacía mucho que nadie preguntaba por su padre. Examinó a la mujer, curiosa: era fuerte, de pelo corto y más baja que ella. Su cutis brillaba extrañando el uso de polvos compactos.

—Soy su hija. ¿Sucede algo?

—¿Alma?

—¿Me conoce? —inquirió, entre sorprendida e intrigada.

—Su padre me habló de usted. No he olvidado su nombre.

—Mi padre ha muerto.

—Siempre lo sospeché —reconoció ella—. Dejó de venir, y en guerra una ausencia prolongada significaba lo peor.

—Disculpe pero no... no alcanzo a... ¿Eran ustedes amigos?

—¡Oh, no! No, lo que se entiende por... amigos —explicó, sonrojándose—. No deseo importunarla, pero me comprometí a algo y lleva corroyéndome demasiado tiempo. ¿Dispone de unos minutos?

Aceptó acompañarla, siguiéndola por los marmóreos suelos del Palacio de Correos. Entraron en un ascensor y subieron un par de plantas.

—Antes atendía al público —aclaró, entrando en su despacho—. Ahora asumo otras responsabilidades. ¿Quiere tomar asiento?

Ella eligió una silla de las dos que se situaban al otro lado de su escritorio. La giró para observarla de frente.

—Conoció casualmente a su padre. Venía una o dos veces por semana. Dejaba cartas, tramitaba certificados, pedidos... y abría su apartado de correos. ¿Nunca se ha sentido tentada a desahogarse con alguien a quien no conoce o incluso a quien sabe que no volverá a ver en su vida?

—No, soy bastante reservada.

—Pues eso le sucedió a su padre. Entablaba charlas con una funcionaria de correos, al principio insustanciales, donde fue devanando sus inquietudes o lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Me está diciendo que mi padre se sinceraba con usted? ¿Que le contaba intimidades... de él, de mi madre... de mí? Inaudito. No la creo. Ese no era mi padre.

—Por favor, no le juzgue mal. Los padres son hombres. Los maridos son hombres. Los hijos son hombres. Todo individuo tiene derecho a guardar parcelas secretas, siempre y cuando no hiera a los suyos.

—¿Fueron amantes? —preguntó, crispada—. ¿Era eso, no? Mi padre y usted estuvieron juntos. ¡¿Y busca mi perdón?!

—¡Por Dios! ¿Cómo se le ocurre? ¡Noooo! Además, era un hombre casado. Él me hablaba de... su esposa, de su hija...

Era imposible que se entendieran, igual que dos aviones compartiendo ruta en distinto plano cuyas estelas ni se adivinan. La mujer abrió un archivador y extrajo una caja metálica del tamaño de un libro.

—Esta caja era de su padre y no dispongo del modo de abrirla —despejó, arrastrándola por el rayado nogal de la mesa—. No me dio su llave, pero le traslado lo que él me dijo: no le resultaba fácil esconderla. Sé lo que estará pensando ya que también lo masqué yo: ¿por qué no podía guardarla su madre? Lo siento, lo ignoro. Tendrá que descifrarlo usted.

—¿Qué más cosas le contó?

—¡Qué sé yo! Pues hablaba de sus dificultades en el día a día, de sus frustraciones, sueños truncados... Todo lo que ocultamos a nuestros seres queridos para que nos crean más fuertes de lo que somos. A veces nos tomábamos un café. A su padre le encantaba con leche condensada, pero resultaba difícil encontrarla en las cafeterías de alrededor. La mayoría de las veces solo hablábamos, en mitad de este ruidoso edificio.

Alma se levantó y, sin decir palabra, salió del despacho presa de un llanto mudo. Apresurando el paso a lo largo del pasillo.

—¿No piensa llevársela? —preguntó la mujer desde el umbral.

—¡No! —gritó sin volver la cabeza—. Por mí puede deshacerse de ella.

—¿Qué quieres que haga? —inquire Julio, trayéndola de nuevo al presente—. ¿Te la envió? Sale un camión con medicinas para la zona esta misma tarde, ¿quieres que se la lleven y la dejan donde tú digas?

—Sí —pide ella de repente.

Algo le sugiere que esa caja es el cordón que la une a su padre y por cabezonería lo rechazó aquella tarde. Busca la tarjeta de Ismael Velarde en su bolso y le dicta la dirección. No se lo ha consultado al ingeniero, pero está segura de que no le importará administrar este recado.

—Te llamo pronto, Julio. Mil gracias.

—Eso dijiste la última vez.

—Cumpliré. Besa a mi ahijado mientras yo no pueda.

En los alrededores de la plaza Mayor, y tras personarse en el banco a fin de verificar sus finanzas, ha entrado en un comercio y ha adquirido, aparte de prendas íntimas, unas sandalias, suéteres, un bañador, un vestido camisero; un pañuelo para su tía y para el niño, un mecano. No puede seguir utilizando ropa de invierno. Acto seguido se dirige a Aromas de Malpaís.

—El señor Velarde no está. Si puedo ayudarle —le informa su secretaria, tras comunicarse con ella a través de la centralita.

—Me quedará un rato aquí puesto que voy a arreglarme el cabello. ¿Sabe si tardará mucho?

—Me temo que sí. El señor y la señorita Aurora iban a comer juntos.

—¿Señorita Aurora? —ha inquirido ella.

—La señora, claro está. Es tan joven que cuesta imaginársela viuda.

Alma recupera la imagen de aquella mexicana a quien conoció en el *lunch* homenaje a mister Wasserman. Había menospreciado su relación con Ismael, aunque ve que se equivoca, de lo contrario su secretaria no hubiese aludido a ella con tanta familiaridad.

—¿Sigue ahí? ¿Quiere dejar un recado?

Ha colgado sin responder y hubiera regresado a La Constante, frustrada, de no ser porque el espejo del vestíbulo capta a una mujer de pelo desaliñado, con una vulgar blusa y una falda plisada no menos ramplona, de lo que deduce que necesita recomponerse.

\* \* \*

Cuesta descifrar qué le ha incomodado de la posible intimidad entre Ismael y la mexicana y, tras analizarlo, opina que es la sombra del abandono. La inquietud de que su amistad se empañe al aparecer una mujer que reclame su atención. La conversación con Julio le ha puesto sobre la pista, porque cuando él empezó a salir con la que hoy es su esposa, Alma pronosticó un distanciamiento entre ambos. En verdad se marchó ella, pues se echó a un lado para no despertar suspicacias. Por tanto se dice que debe aprender a sostener amistades masculinas, liberándolas de prejuicios.

—¡Querida! —Eunice llama su atención al entrar en la casa—. Llegas a tiempo de los postres. ¿Qué llevas ahí? Oh, déjame que te vea.

A medida que se desprende de los paquetes, Alma gira sobre sus talones, luciendo un color más claro en una melena brillante y ondulada.

—Quería estar presentable para el domingo. Y también agradecerle lo que ha hecho por mí este tiempo —alega, entregándole su obsequio.

—¡Oh, qué sorpresa! —exclama Eunice.

Mientras ella abre el envoltorio, Alma besa a un silencioso Gabriel y le deja el suyo sobre una silla. «Es para ti. ¿Pasa algo? ¿Estás bien?».

—No quiere salir al jardín. Está hecho un tiquismiquis; no puede pasarse el día pegado a mis faldas. Se lo advierto y se pone modorro. ¡Ah! Es precioso.

Eunice pellizca la punta del pañuelo ondulándolo; acto seguido se levanta y danza alrededor de la mesa. Parece una niña una mañana de Reyes.

No puede evitar apiadarse de Eunice, a quien ella y el niño llenan la vida de motivos. Le cuecen los pies dentro de los zapatos y necesita una ducha, por lo que toma una pieza del frutero y se despide con la mano. Apenas se da la vuelta, oye su voz.

—¡Alma! —exclama sin aliento—. Me olvidaba de que te han telefoneado.

—¿A mí?

—Sí —suspira entrecortada—. ¡Qué ahogo, por Dios! Un hombre.

De inmediato sospecha de Ismael. Le habrán informado que ha estado allí y temiéndose que fuese urgente, se ha comunicado con ella.

—¿Ha dejado recado?

—No. Solo: «Dígale que ha llamado Damián».

Ha estado a punto de dejar caer las compras de entre sus brazos; en cambio ha sostenido una impertérrita sonrisa mientras aguantaba la mirada a esa infame llamada Eunice. No se merece clemencia. La tibia compasión que había sentido por ella minutos atrás se convierte en una ira que incendia su estómago y la boca; la achicharraría con su sola saliva de tenerla al lado, no en la línea opuesta del campo de fútbol que es la mesa. Ya ha alcanzado lo que buscaba: Alma ha fingido que Víctor la ha seducido y se marchará, ¿a qué viene amilanarla ahora con esta coacción? ¿Qué más pretende? ¿Por qué tanta saña?

—¿Quién es ese tal Damián?

—El encargado de la farmacia. Supervisa el trabajo y querrá informarme de algún producto o de la falta de existencias.

—Claro, la farmacia. Lo había olvidado. Puedes llamar si quieres.

—Por supuesto. Luego, no es urgente. Ahora muero por una ducha.

\* \* \*

Los siguientes son días espesos trufados de noches en duermevela. En ellas los sueños se inundan de nubes rojas sobre un mar enfurecido de tormenta; a veces Damián aguarda junto al acantilado; otras es Cécile quien se inmola por el barranco después de vestir de negro sus altares, mientras ella corre por caminos de inmisericordes guijarros que de improviso se convierten en las lentes de Eunice. Su dolor, lejos de mitigarse, prospera.

La víspera de la visita del matrimonio Costales, a la hora de la siesta, Alma se lanza a cortar rosas, dalias, lirios y azucenas del jardín. La idea ha ido cimentándose a lo largo del día. A continuación se desprende de ellas en el Citroën y, entre pulgones y cortapicos, pone rumbo al acantilado. Conduce despacio porque está buscando el punto de la tragedia.

Estaciona el coche a pocos metros del acceso a Providencia y, con los tallos asidos por un pañuelo, se acerca al borde de la cortada. Un análisis del paisaje la lleva a entender que su tío habría elegido el lugar con antelación. Está claro. Los terrenos circundantes obligan a abrirse paso entre la maleza y el monte bajo, por el contrario ahí arrecia el viento y nada supera un palmo de altura. La superficie se estrecha precipitando la caída. Fabián solo tenía que acelerar el coche y cerrar los ojos.

Parece probable que muy cerca, años atrás la abuela Alma desplegaría la caja de sus acuarelas frente al Cantábrico ignorando que sus olas amortajarían a uno de sus hijos. Los claroscuros de la existencia enmiendan la felicidad de los Montesperin. Si fuese cierto que algunos recuerdos pesan tanto que no pueden soportarse de un modo literal, a ella no le extraña que la abuela falleciese antes que tener que arrastrar por las habitaciones de luto el duelo por su hijo.

Alma reza. Su voz es la letanía del adiós al familiar desconocido, pero con quien sostiene una ligazón indeleble: la de compartir secretos. Y entrega al viento las flores, que se deshojan en una lluvia de colores.

Pasados unos minutos se adelanta al precipicio: al fondo del acantilado se distingue la paleta de pintor que forman las deshechas flores sobre las rocas y, oteando algo más lejos, la parte alta de un cilindro de chapa que adjudica al depósito de agua del que se nutre la cabaña.

Ahora camina en paralelo al mar. A partir de ahí modera el viento y la zona se ensancha con codicia. Providencia apadrina sus movimientos. Enlutada, porque algunos lugares albergan un holocausto desde el principio.

—Presentía que ibas a venir. He traído conmigo una caja que llegó ayer a tu nombre a los laboratorios. Imaginé que vendrías a por ella.

Ismael fuma acompañando el humo al vaivén de la mecedora del porche. Alma se pregunta cómo aún no se ha desintegrado bajo su peso. Se había olvidado de la caja de caudales. Solo le importan Cécile y Fabián.

—La cabaña... aquí era donde se encontraban —confiesa.

—Lo sé.

—¿Cómo?

—He visto las iniciales. En la vajilla, en el reverso de las conchas.

—No me había... no me lo habías dicho.

—Ven, Alma. ¿Vas a quedarte ahí todo el tiempo?

Se anima a subir los peldaños, mientras Ismael continúa con la vista al frente. Sus pies desnudos descansan sobre la madera; el pelo revuelto, la barba sin rasurar.

—Había hecho caso omiso a esos garabatos porque, además, la mitad están borrados; hasta que tú me revelaste su historia. Entonces lo he entendido: son una «C» y una «F» sobrepuestas.

Alma limpia el suelo con la mano antes de sentarse, lo que hace a su vera, enfocando la playa.

—Debí de construirla Cécile. Supongo que les parecía más seguro un sitio propio. Fabián lo llamaba «nuestro pequeño edén». Ya ves tú, esta miseria comparada con la mansión familiar —aclara ella.

—Con frecuencia lo más valioso no se puede comprar.

Los dos se han sostenido una mirada silenciosa que de haberse vestido con palabras, hubiera sido una invitación a algo más. Él le acaricia el cabello.

—No me conoces —dice, tratando de marcar un linde invisible.

—En eso me ganas. Tú a mí sí. ¿Tienes frío? Este mes es traicionero. ¿Un té? He traído té en el termo. He desterrado el café.

La pareja se introduce en la cabaña. Sobre la mesa, una de las tazas a las que ha aludido Ismael; encima de la repisa, alrededor de la cama, filas de velas encendidas tratan de no apagarse entre los suspiros de brisa. La caja de caudales está en un aparador.

Alma empieza a temblar. Siente que Ismael está abriendo ventanas trancadas. Aireando sentimientos que ella se había empeñado en contener.

—He terminado *La rosa amarilla* y resulta... desoladora. Se trata de su última voluntad. Todo el libro es una despedida.

Él trajina en silencio. Ha desenvuelto un trozo de bizcocho, repartiéndolo en dos platos al tiempo que sirve el té.

—Se suicidó. Lo cuenta con una crudeza... ¡Oh, Dios! Estaba convencido de que la eternidad era mejor existencia que esta.

De repente Ismael toma sus manos entre las suyas, mientras arrastra con los pies la silla hasta enfrentarse a ella.

—Déjales ir, no es tu vida —le pide, besando sus dedos—. Se acabó. El libro llegó a ti por el motivo que fuese; cierra sus páginas de una vez.

—No puedo. Es mi familia.

—Vas a poder.

A tan pocos centímetros su olor a tabaco y a hierba es turbador. Le inquieta apreciar algo así tan pronto. Todavía no, se reprocha Alma. Los protocolos del cortejo sugieren otros ritmos.

—No sigas, Ismael. No sabes por qué vine a Malpaís.

—¿Acaso eres una comunista con propósitos de atentar contra Franco? ¿Me quieres captar para tu causa?

—No te burles.

—En absoluto. ¿Qué has hecho, di?

—Huía.

—Yo también, ya lo sabes.

—Me enamoré de quien no debía.

—Alguna vez todos lo hacemos.

—Murió ahogado.

Ha contraído los párpados soltando sus manos, Alma se ha dado cuenta; podría tomarlo como un gesto reflejo pero se equivocaría. Le ha perturbado su confesión. Lo sabe. Ahora busca un cigarrillo en sus pantalones. Quizá no le apetezca escuchar más confidencias, en cambio ella insiste en liberar una culpa que solo ha llegado a verbalizar en la consulta de un terapeuta o en su diario.

—Cayó al Manzanares. Delante de mis ojos, no fui capaz de salvarle. Su rostro, su nombre... Su obsesivo recuerdo me...

Según lo explica, Ismael se ha encaminado al porche y se ha sentado en los escalones, fumándose el pitillo mientras mesa sus cabellos. Alma interpreta que sobra y apura la taza dispuesta a marcharse.

—A pesar de nuestro común trauma, hay una diferencia —confiesa al pasar a su lado, antes de descender los peldaños—. Tú no la olvidas a sabiendas; yo me esfuerzo a diario por hacerlo. Si los recuerdos poseyeran colores, los míos serían grises.

Él captura su tobillo; sus dedos suben y bajan a lo largo de su pantorrilla.

—Si fueses mi rosa... el blanco sería tu color. Pensaba en eso ahora mismo.

—Demasiado virginal, ¿no crees? Se me ha pasado la edad.

—Es el color que te caracteriza por dentro.

—Debo marcharme.

—No lo harás —asegura, poniéndose en pie—. Cuesta entender por qué dos seres que no se conocían de nada se encuentran en un dolor semejante, pero no es una fórmula aritmética... Si aparcásemos la lógica...

—Los dos somos de ciencias.

—No conozco a nadie capaz de sacar mayor provecho a un puñado de letras —aduce, practicando una lazada con sus brazos hasta arrinconarla contra la fachada de madera.

Alma percibe sobre el pecho sus latidos; unos labios comandados por un hambre antigua, como si hubieran cruzado siglos para cumplir una misión. Quizá no sea Ismael y se trate de Fabián quien saborea en un beso. Uno de esos a los que replica el cuerpo entero porque despereza músculos que ni uno conoce. De los que cambian rutinas y nombres. De los que reescriben los diarios porque los pretéritos se han arruinado.

—Dime que confías en mí. Que no recelas de lo que vaya a ocurrir —le pide cuando sus dedos han desabotonado la camisa y hurgan por debajo de su ropa interior.

—Lo haré —susurra Alma—. Pero no me hagas daño.

Él la ha tomado entre sus brazos y como un novio la desploma sobre la cama en la cual se amaron Cécile y Fabián.

—No voy a agasajarte con palabras huecas —dice, esparciendo los mechones de su pelo por la almohada—. Ninguno de los dos lo merecemos. Solo quiero sanar tus heridas. Hace un...

—¿No tienes que explicarme! Ni siquiera te he preguntado por esa mujer...

—¿Quién?

—La mexicana.

—¿No estarás celosa?

—No, no quiero conocer qué pasó. Ahora no.

—Ahora sí: es una cliente de los laboratorios. Fuerte y muy hermosa, cierto, pero no se ha producido nada ni se producirá. Solo ha habido...

—Rose.

—Sí. La he amado y...

—Puede que los dos estemos enamorados de fantasmas.

Mientras ella filosofa, Ismael se ha ido liberando de su ropa y ahora empieza a deshojar sus prendas. El cuerpo que contempló dentro del mar se acopla al suyo con una destreza antigua; la piel de Ismael sabe a sal y huele a hogar. Son nuevos amándose, pero les guía conocerse de tan lejos. De ahí donde el dolor no se calma más que redimiéndolo en la siguiente oportunidad.

—No puedo rebatir tus razonamientos. Entre otras cosas porque las palabras que nos diríamos, cuando acabemos no servirían. ¿Sabes por qué?

—No.

—Porque el sentimiento reescribe las teorías —explica, descendiendo a lo largo de su cuello; besando hombros, escote, el valle anhelante que anuncia sus senos—. No obstante, ten claro que si hubiera algún espíritu entre nosotros, llevaría tu apellido.

Su vientre sube y baja a medida que se sabe examinada por él igual que un territorio del que no se cansara de explorar. ¿Cómo la conoce de ese modo? Tal y como se aborda la minuciosa búsqueda de un tesoro, sabiendo dónde debe recrearse y qué es circunstancial en sus pesquisas. Como se hace limpieza general: abriendo puertas de armarios siempre cerrados, oreando ropas sin usar, tanteando palmo a palmo los tejidos; oliendo las fragancias consumidas en sus frascos. Apurando la mermelada del fondo del bote hasta vaciarlo.

—Mi doble «A» —aduce tras subir y bajar hasta la médula de su placer. Le recuerda a esos actores de cine capaces de enfrentarse a decenas de enemigos—. De amor y de Alma. ¿Ves como los discursos no sirven?

—¿Ah, sí? ¿Y cómo deberíamos escribir el siguiente párrafo?

—Confesando que no imagino otro cobijo donde yo ambicione estar más que... en tu sexo —susurra a su oído.

De ese refugio entrará y saldrá Ismael tantas veces como para desear echar raíces dentro; si se cansa de una postura probará la siguiente y luego otra, en un sublime encaje de amor. Desde ahora no concebirá mejor sábana que su piel, ni mejor sueño que el insomnio que ella le provocará.

\* \* \*

Juntos han derrochado el tiempo en derrocharse. En saciar hambre y sed.

—¡Mira! —señala él.

A esta hora los estertores del sol se cuelan por las ventanas. Están fumando un cigarrillo compartido, delineándose con los dedos. Ismael acaba de descifrar que lo que suponía una mancha en el techo la forman unas palabras.

—Hay algo escrito ahí arriba.

De puntillas sobre el colchón, lee: «La unión libre y fortuita de los sexos es el estado natural».

—Una frase preciosa —valora Alma—. ¿La escribirían ellos?

—Estoy seguro. Si la sensualidad vive en la sangre —dice, abrazándola otra vez—, tú la has heredado.

Y vuelta a empezar. A amarse en horizontal. A colmar la boca de besos hasta consumirse. A consumirse en una fiebre que no para.

—Qué extraño —repara Alma, pasada más de media hora—. La puesta de sol dura muchísimo, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—La luz —afirma, señalando hacia la ventana.

Ella se yergue e Ismael salta de la cama de un brinco. Los dos se interrogan inquietos. Ese reflejo es impropio de un ocaso. Cierto.

—No salgas —la protege, arrojándola con su camisa—. Iré yo.

—Nada me da miedo estando contigo.

—No —insiste él. La cautela en sus ojos, en su cuerpo la tensión de no saber qué se va a encontrar tras la puerta de la cabaña.

Ese resplandor revive la destrucción que transformó la noche de Providencia en un amanecer abrasador. Intranquilo, Ismael pisa el voladizo y al girarse a la escalerilla se lleva los brazos a la cabeza, con un semblante estupefacto.

—Tienes que ver esto... Es mágico. ¡Dios! ¿Qué ha pasado aquí?

Nada más salir al porche descubre un rosario de llamas en doble hilera que, partiendo de la puerta, serpentea la arena y asciende por las rocas adentrándose en la espesura. Es un camino escoltado de velas. Alma se agacha y toma una al azar; las hay de todos los tamaños, aunque también distingue antorchas e incensarios que edulcoran el ambiente aún más.

—¿Quién habrá hecho esto?

—No lo sé. Hay preguntas que no tienen respuesta, Ismael.

—Pero las candelas no nacen de la nada.

—¿Ellos?

—¿Cécile y Fabián? ¿Sus espíritus?

El ingeniero la rodea con sus brazos, besándole el cabello. «Me gusta cómo te lo has peinado —ha declarado mientras hacían el amor—, aunque si mañana te lo cortaras al uno, me gustarías igual».

—O Rose, ¿no crees? Tú mismo dijiste que la presentías a veces.

—Hombre, suponer que el ánimo de tu difunta mujer llene de velas el lugar donde copulas con otra es un poco...

—¡Idiota!

—Lo que no quiere decir que no te aprobese.

Cubiertos por una manta recién arrancada de la cama, descienden a la arena y se desploman sobre ella. En aquella playa donde dos antiguos amantes cristalizaron que «nadie puede ordenarte no hacer lo que quieres con otra persona que desea lo mismo que tú», Ismael y Alma rubrican a besos la Ley del Desorden de los Sentidos.

A unos cuantos metros, una mujer, vieja y negra, lo que en esta España no marida bien, observa la escena escondida entre los brezos. Se siente complacida. Ha contemplado tantas veces amarse a quienes lo necesitaban que ninguna de sus manifestaciones la violenta. Sin embargo, se reconoce cansada. Y cada vez más. Si sus santos le concedieran tiempo para completar el tablero de la vida se daría por satisfecha, pero la Parca no concede armisticios.

—¿No has oído algo? —pregunta Alma desconcertada.

—Sí. Tu corazón, amor. Y las olas. Y el crepitar de las velas. Mis suspiros porque vas a matarme. Nunca creí que pudiera amar tanto y tan seguido. ¿Qué piensas?

—En el letrero.

—¿Cuál?

—El del primer día, cuando nos conocimos.

Ella toma su rostro con ambas manos; necesita mirarle a los ojos sin que le turben sus labios.

—No se refiere a las piedras, Ismael. ¿Lo entiendes? No habla de un sendero material, sino de uno espiritual. Alude al proceso de unión entre dos personas. Eso es el «Camino de los Deseos».

El domingo La Constante es un bullir de manteles, vajillas y cristalerías. Todo debe quedar listo antes de las once, cuando las criadas se marcharán a la iglesia, una devoción compartida por Eunice. He ahí el momento que Alma ha planeado para que la visita, aparecida antes de la hora prevista, maniobre a su antojo por la vivienda.

—Quedamos en que los Costales no llegan hasta la una, ¿verdad? —pregunta su tía, ajustándose su absurdo tocado de plumas en el espejo de la entrada.

—A la una y media.

—Mejor. Una y media. Se queda Refugio para cualquier imprevisto.

—¿Refugio? ¿No va a acompañarla a misa?

—No, para nada.

—La comida lleva preparada desde ayer, podría irse con usted. Regresarán no más tarde de la una y diez, o y cuarto.

—Está todo dicho. ¡Hale, ponte guapa! Víctor vendrá también a esa hora.

La contingencia de lidiar con Refugio embarranca sus planes, pues había ideado que, tras recibir al matrimonio en torno a las doce y diez, contarían con una hora sin ataduras ni sobresaltos; de esta manera alguien debería vigilar al ama que, a su vez, les vigilaría a ellos. Una complicación. Echa una ojeada al reloj: marca las once cuarenta. Cuenta con el tiempo justo, ya no para acicalarse, sino para urdir un plan. Sube hacia su cuarto pisando de dos en dos los escalones y con el corazón a mil.

Piensa, Alma, se ordena. Piensa.

Hoy ha decidido estrenar el vestido que le había confeccionado la modista —a su tía le agrada; es su regalo y aún no se lo ha visto puesto—; las flores rosas y violetas contagian de color su rostro. La melena cepillada, aunque desbaratado el efecto de la peluquería después de la tarde de ayer. Se ha obligado a no darle vueltas para que el enamoramiento no embriague sus sentidos, en lugar de estar alerta. Algo le sugiere que ese cuarto descorrerá parte de los velos que cubren la historia de su familia. De alguna manera se lo debe a sus padres, pero también a Cécile y a Fabián.

Termina su arreglo coloreando labios y mejillas. Y lanzando un beso al aire cuyo afán será sobrevolar los jardines, ascender los escarpados riscos para buscar la arena de una cala y esperar junto a las caracolas de las paredes que un hombre lo recoja.

\* \* \*

—¿Está todo listo, Refugio?

—Si me deja en paz, mis guisos sabrán mejor.

—Menudo genio se gasta el día del Señor.

Alma merodea por la cocina calibrando cómo consumir la idea que gana consistencia según pasan los minutos, igual que las legumbres almidonan su caldo. Acechar a Refugio —sus carnes apretadas en el uniforme negro de recibir— supurando nervios de primera actriz un día de estreno refuerza su voluntad.

Sobre la mesa tocinerá reposa una parte del menú: carbonada de vaca con castañas, cola de merluza a la «tovaresa», faisán asado y una ensalada «Príncipe de Gales» pendiente de aliño. Al abrigo de la lumbre escucha el *chup chup* que emite una sopa de sémola a la reina, y junto a su cacerola, reposan unas natillas.

Su propósito pasa por malograr alguno de estos platos, lo que sentenciaría al ama que, aparte de blasfemar en arameo, tendría que encerrarse en la cocina para arreglar el destrozo. La opción elegida cuaja como la más obvia, pero precisa dispersar su atención.

Alma da vueltas en torno a las fuentes y las va moviendo y cambiando de posición; conoce las manías de Refugio, sabe de su obsesión por el orden, de la fijación por colocar de menor a mayor los objetos... la criada tarda pocos segundos en darle una cachetada y volver a ordenarlas del modo en que ella lo había hecho.

—Échese a un lado —ordena.

Entonces ella se acerca a la lumbre. Entre su falda escamotea el bote que ha tomado de la encimera con disimulo hace un instante.

—Tiene buen aspecto esta sopa —valora, y mientras parece concentrada en el guiso, vacía la mitad del contenido del tarro en la cacerola de las natillas.

—Déjela cocer. ¡No asuste el hervor!

—¡Ay, natillas! Con lo que me gustan. —Consigue una cuchara de palo, agita el dulce y antes de que se acerque Refugio, le ha dado tiempo de sacarla y acercársela a la boca—. Tengo que probarlas, no me regañe.

Al segundo está escupiendo sobre el fregadero.

—¡Qué asco! Pero ¿con qué ha condimentado las natillas?

—Usted es idiota. No vale ni para saborear. —La criada prueba y también escupe ese puré imposible. Refugio se ha quedado lívida. Bajo la piel de sus mejillas se intuye correr la sangre, las infinitesimales venas a punto de estallar. Lágrimas de vergüenza desbordan su lacrimal—. ¡Virgen Santa, cómo me ha podido suceder a mí!

—¿Le ha puesto sal?!

—¡Márchese! —le ordena, sin despegar los dientes, como un perro bulldog enseñando los belfos.

—¡Oh, qué lástima! La mujer del doctor es una exquisita repostera. ¿No hay otro postre?

—¡Nooo! No hay otro. Tendré que volver a hacerlas para que puedan enfriarse.

—Yo le ayudo. ¡Huy! ¿Eso no es un coche? Pero si son las doce y doce. ¡Se han adelantado una barbaridad! No... no se preocupe Refugio. Yo me encargo de ellos.

—Ocúpese de que nadie me moleste, así es como puede ayudar.

Minutos más tarde Alma y los invitados pasean ante las ventanas de la cocina, desde cuyo interior se alcanza a curiosear las piernas de quienes transitan cercanos a ellas, con el objetivo de que Refugio conjeture que los invitados están siendo entretenidos en el jardín. Poco después el doctor Costales, Matilde y un joven en torno a la veintena llamado Cosme se encuentran frente a la alcoba de Eunice.

—Contamos con veinte minutos. No me fio de que Refugio no se ponga a buscarnos —avisa Alma.

—Las natillas son laboriosas —apunta el chico.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Cosme es un manitas —aclara Matilde—. No le hemos contado que te conocimos en nuestra casa, ¿verdad, hijo? Hace diez años. En ella andaba, metiendo en un hatillo todo lo que de valor encontraba, cuando llegamos de una salida nocturna que acabó antes de lo previsto. Un ratero con unas manos prodigiosas y una tos tan contumaz que no había quien la parara, ese era Cosme. Entre denunciarle a la policía o auscultarle, adivine qué decidió Sigfredo. Lejos de un catarro, Cosme padecía tuberculosis.

—La salud se me iba a chorros. ¿Se puede dar la vuelta, por favor?

—¿Cómo?

—A los cerrajeros nos incomoda que nos vean actuar. Sé que es de fiar, y los amigos de mis padrinos lo son míos, pero no me siento a gusto observado.

—Nosotros también nos volvemos. Cosme era el mayor de una recua de hermanos, sin padre y con una madre que no daba abasto y él malvivía de lo que podía. Lo ha oído: le apadrinamos.

—Son lo mejor que tengo en mi vida. Bueno y mi Chelo; en un par de años nos casamos y usted, Matilde, bien orgullosa me va a llevar al altar. Podría haber estudiado más porque ellos lo querían, pero soy hombre de oficios. Poseo mi propia ferretería en pleno centro y me va muy bien. Ya la tienen abierta.

\* \* \*

Las cortinas echadas ensombrecen una alcoba que atestigüa penumbras.



—Es preferible la luz artificial para no mostrar actividad desde el exterior —apunta Matilde—. Qué razón, Alma; esto es un templete.

La médium escudriña las imágenes de la pared, extendiendo el cable de la lámpara y acercando la tulipa a las mismas.

—¡Muy apuesto! —exclama, refiriéndose a las fotos de Ninu.

—En realidad, todos mis tíos. Mi madre era guapísima. ¿Siente algo especial, Matilde? —inquire, al observar que ha cerrado los ojos un par de veces.

—Su bondad no le dejó ser libre —pronuncia desde esa hondura donde le afloran a ella los enigmas—. La suya se saldó como una vida de sacrificios. De renunciadas.

¡Oh, cuántas despedidas! Qué pronto.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Alma sobresaltada.

—Shhhh. —El médico la toma por los hombros, en un gesto que indica «déjela estar»—. Ella capta el mundo de lo sensible como le llega.

—¿Decían algo ustedes? Qué densa es la energía aquí, Sigfredo. No creo que soporte mucho tiempo con esta presión.

—Quizá deberíamos intentarlo ya con la puerta secreta. ¿Es aquella?

—Adelante, Cosme —ordena Matilde.

—Nadie advertirá que hemos entrado, ¿verdad?

—Tengo un truco que me permite girar el bombín después —la serena él.

Hace un instante, al observar los ágiles dedos del cerrajero manipulando la ganzúa, la cabeza de Alma ha franqueado las puertas de su armario y ha visualizado la caja de caudales que trajo consigo anoche. Se la escondió bajo la ropa y la ha arrinconado en la maleta con la intención de olvidarse de ella. No tiene pensado abrirla, ni siquiera sabe si tiene ganas de hacerlo. Aun así pregunta al joven:

—¿Tú abres cajas de caudales, Cosme?

—Claro. A veces son puñeteras, no se crea.

—¿Otra incógnita que nos escatima, mi admirada señorita Gamboa?

—¡Buf! Qué ambiente tan cargado hay aquí dentro —detecta él, al terminar con la puerta—. Creo que carece de ventanas o se abren poco. ¡Todo suyo! Yo me voy al pasillo a vigilar.

Un escalofrío ensarta el brazo de Alma al del médico, según este se acopla unos metros detrás de su mujer. Matilde se adentra con una vela encendida en la mano, que segundos antes había extraído del bolso y ahora oscila a derecha e izquierda. Puede que se deba a su imaginación, pero Alma juraría que la llama flameaba bajo indetectables golpes de aire.

—Mi admirada señorita Gamboa, parece una colegiala ante su examen de graduación.

—Peor. Como si me hubieran dejado sola una noche en un internado lleno de fantasmas.

—No tema a los espíritus —pronuncia Matilde—. Solo deben intimidarle los seres de carne y hueso. Pero ¿qué diablos es...?

—¿Sucede algo, querida?

—Necesito luz, Sigfredo. Estoy recibiendo demasiada... Detecto algo aquí.

El médico se hace con una lámpara y tras localizar un enchufe junto a la puerta, se la entrega a su mujer.

—Deberían pasar a ver esto —afirma, proyectando la lámpara hacia un lugar de dimensiones gemelas al dormitorio—. ¿Se siente con fuerza, Alma?

Pero ella ya estaba dentro.

El cuarto se descubre como una sala de estar con varias vitrinas donde se exhiben cámaras y artefactos fotográficos, un tresillo atestado de cojines y una mecedora enfrentada a un coqueto aparador, cubierto por una colcha en tonos rosas; le sobresalta fichar el álbum de fotos que ya conoce reposando sobre él. En la pared que separa estos espacios del vestíbulo, y en la cual se encastra la puerta del dormitorio, se observan rastros de que otra gemela a la anterior se ha tapiado mediante mampostería.

—¡Qué chapuza! —critica Costales al acercarse—. Miren, aquí se ve parte del marco. Debe de permanecer fuera aunque no se podrá abrir porque está cegada, pero vamos... Yo lo hago mejor.

Una cortina, abatiéndose de techo a suelo, divide la estancia en dos. Matilde se dispone a descorderla con la vela en la mano, cuando se extingue la mecha.

—Por favor, ¿pueden tomar la lámpara que he dejado sobre la repisa y enfocar aquí?

Al alumbrar tímidamente el lugar, Alma se ve obligada a taparse la boca. Hay alguien dentro. Una persona no, varias.

—¡Oh, Matilde, por Dios! Tenga cuidado con ellos.

—Cálmese, no son humanos.

—¿Cómo?

—Sigfredo, más luz por favor.

Durante los segundos en que el médico busca otra lámpara, su corazón es un saltimbanqui del pecho a la boca.

—¡Jajaja! —la mujer estalla en carcajadas—. Qué barbaridad, se trata de maniqués. Por favor, acérquese Alma, necesito su opinión.

Presa de un violento temblor, aparta la cortina para encontrar tras ella un salón vacío salvo por el gramófono de la esquina y cuatro armazones ataviados con ropas de varón. Uno de los muñecos posee dibujados con impactante precisión unos rasgos que reconoce a la primera.

—¡Virgen santa! Es la cara de mi tío.

—Eso quería que me confirmara. Su tía Eunice está tan obsesionada con su esposo que lo ha recreado en... —Matilde pasa las yemas de los dedos por el rostro del muñeco—. ...cera. Sospecho la existencia de una base de escayola sobre la que se ha moldeado esta capa de cera para conferirle una mayor apariencia humana.

La médium balancea los brazos de la figura confirmando que están articulados, lo que posibilita cambiar sus ropajes. «Es un cuidadoso trabajo, probablemente diseñado en el extranjero», establece.

—No existen tales visitas nocturnas —masculla Alma—. ¿Se acuerdan de que sospechaba de una relación entre ella y el administrador? La idea me surgió porque la vi una noche bailando con un hombre. Desde el jardín; fue a través de... ¡esta ventana! Ahora lo comprendo. No... no me encajaba la de su cuarto por la posición exacta en la fachada. ¡Oh, está loca!

—Algunas mentes obsesivas pueden perturbarse por amor —apunta el médico—. Usted misma ha visto lo pernicioso que puede resultar...

—¡No me compare!

—Presento mis disculpas si mi apresurado juicio la ha molestado. Tras más años de convivir junto a mi esposa que sin ella, he constatado la irrefutable veracidad de la existencia de fantasmas; aunque, sumando otros tantos de bata blanca y escuchando lo insalubre de muchos pacientes, la mayoría de los espectros habitan dentro de nosotros. No cabe duda de que su tía tiene alguno en su cabeza.

—Salgamos de aquí —sugiere Matilde, volviendo a colocar la cortina.

—Casi lo olvidaba. ¿Observan el álbum que hay sobre ese mueble? Son las fotos de la niña.

Matilde se aproxima a sus tapas sin mencionar palabra. Alma la contempla reteniendo el aliento e interpreta que esa orquídea que adorna su traje se trata de una deferencia a ella, pues nunca suele arreglarse tanto. Es justo admitir que ha conquistado su aprecio a fuerza de mostrarle lealtad. Al principio llegó a recelar de su «habilidad», a marcar distancia hacia su inquietante aspecto, pero la pareja ya forma parte indisoluble de su vida. En cuanto sus manos acarician el álbum, le convulsiona una sacudida igual que si un rayo la atravesara. La primera intención de Alma sería abrazarla, liberarla de unos demonios invisibles.

—Déjela, acaba de contactar —vaticina Costales.

—Mmmm... ¡Ahhh! Rororo...

Matilde se mece entre inconexos sonidos guturales. Segundos después abre el libro de fotos.

—Es la niña —asegura—. Acabo de percibir a la niña. ¿Podría decirme si aquí estaba ubicado su cuarto?

—Lo ignoro. No sé nada de ella, ni siquiera su nombre.

—¿Quién eres y en qué te podemos ayudar? —pronuncia desde el interior de la cueva de su sabiduría.

Sin reseñar nada a su alrededor repite la frase. En esta ocasión un soplo casi imperceptible mueve los pistilos en tul de la flor de su solapa, antes de que la brisa se acentúe llegando a agitar el papel de seda que cubre las fotografías y haciendo brincar las puntas del tapete que envuelve el mueble.

—Ayúdenme, por favor. Debemos levantar la tela con cuidado y luego dejarla igual.

—¿Sospechas algo, querida? —cuestiona Costales sujetando el álbum.

—Lo peor.

No ha sido imprescindible eliminar el paño en su totalidad para evidenciar que no resguarda ninguna repisa. Ni un aparador ni una consola, porque bajo él se encuentra un ataúd infantil sostenido por cuatro peanas de hierro.

—Tienen que salir de aquí —alerta Cosme, asomando por la puerta—. Abajo anda una criada buscándola, Alma. Además, acabo de oír el motor de un automóvil.

Bajen ustedes, yo me encargo del orden. Diré que vengo del excusado y así les entretengo. ¿Dónde se supone que estábamos?

—En... ¡en el salón de baile! Explíqueles que...

—Sé mentir muy bien. No se preocupe.

\* \* \*

El médico y su esposa han derrochado afabilidad a lo largo de la comida, paliando en algo su inquietud después de lo sucedido. Sin embargo, cada dos por tres, Alma temía que su cara desvelara no solo las revelaciones del mediodía, sino cada uno de los besos de Ismael el día anterior, en especial si Víctor tomaba su mano meloso y parpadeaba con una blandura que empieza a estomagarle.

La tarde se ha consumido sumando un par de detalles a la alarma de dormir a metros de un fêretro. Matilde le ha asegurado que el catafalco no tiene por qué contener un cadáver, pero saberlo cerca es suficiente.

—Mi examen resultó de un impulso al entregar mis colaboraciones. Deduje que cualquier cosa que aconteciera a su familia tendría relevancia social, puesto que Montesión es un reputado apellido en la comarca. —Se habían quedado rezagadas vagando por el jardín—. Un incendio tan aparatoso habría despertado el interés de la prensa. Miré el archivo de *El Nuevo Norte* y así fue. Le he transcrito en este papel la reseña. Me ha llamado la atención que no ocupase demasiado espacio y he adivinado la influencia de los suyos en esa censura. Puede que trataran de protegerse de las especulaciones o de las habladurías. La impresión original incluye una fotografía desoladora, con las piedras humeando; me imagino que deseará verla personalmente. De momento lea mi nota con tranquilidad. Verá que en ella se lamentan víctimas, mas ya me había dicho que murió la mujer de su tío en la catástrofe. Los demás serán personal de servicio. La fecha le permitirá encajar piezas alrededor. Seguro que en el archivo encontrará el accidente de su tío Fabián también, incluso la boda de sus padres.

Antes de probar un último refrigerio, porque Eunice parece haberse aprovisionado para un regimiento, Cosme se le ha acercado con disimulo.

—¿Sigue necesitando que le abra la caja de caudales?

Alma había desechado la idea. No obstante, en cuanto evalúa el ofrecimiento del joven reconoce que sería una oportunidad. Eso sí, ¿cómo llevarle a su cuarto sin levantar sospechas?

—Simplemente dígame dónde se encuentra. De lo demás me encargo yo. En esta vida hay varias cosas que no se olvidan, aunque dejen de practicarse: montar en bicicleta, fornicar y moverse por la propiedad ajena como un gato.

\* \* \*

La noche del domingo se recuesta sobre la cama abrazada por una toalla después de un baño en agua hirviendo. Sentía tan inflamadas las cervicales, la espalda, que la ha soportado con estoicismo. Antes ha agradecido a Eunice su celo como anfitriona en un ejercicio de cinismo, y también ha tirado de él en la despedida del maestro. Hasta las matillas ha elogiado a Refugio porque, puesta a mentir, un poco más no importaba.

Frente a ella, un papel y una caja de metal cuya tapa se levanta al cogerla. En principio desdobra la cuartilla: lo menos atractivo, a su juicio. La letra de Matilde, de picos marcados como la línea de sus cejas y gran esmero en el trazo de las vocales, se lee bien.

*... el fuego, de causas desconocidas, devoró la mansión que el tristemente fallecido Ventura Montesión Ebersbach, hijo del reputado prohombre del lugar Ventura Montesión, construyó después de su glorioso paso defendiendo el nombre de la patria en Cuba. El fatal suceso, por el que hay que lamentar varios decesos con el consiguiente duelo para tal insigne familia, suma la fatalidad de haberse producido la tarde de Nochebuena, donde fue difícil congregarse un retén de bomberos que pudiera auxiliar a los afectados.*

Junto a la nota transcrita, Matilde ha añadido la fecha para despejar sus dudas: 24 de diciembre, 1919. Ocho días después de su nacimiento. Este dato aclararía las incertidumbres surgidas al obtener, tanto la fotografía que le regaló Ismael con los padres de ambos como el contrato de compraventa de Aromas de Malpaís: su familia recibiría la noticia en Madrid y una vez pasadas las fechas navideñas, acudieron a ultimar lo que la tragedia había acelerado, es decir, la venta de los laboratorios. Era congruente alejarse de la maldición que perseguía a los Montesión. Como para no ansiar salir de aquí. Parece que el destino de la familia les azuzara a desertar.

Animada, comprueba que la información de los archivos completa lo que le escatima Eunice. Sin embargo, el contenido de la caja a simple vista la decepciona.

Le hubiera gustado toparse con un objeto que perteneciera a su padre cargado de valor sentimental, en cambio contiene un antiguo sobre lacrado. La idea de destapar un secreto que empañe su recuerdo la perturba, por ello le asalta la tentación de hacer añicos el papel. No soportaría otro engaño más; aunque con los años es más tolerante hacia las debilidades humanas, necesita recordarle impoluto. ¿Le perdonaría si hubiera mantenido una relación adúltera? Cree que sí. ¿Y si el enigma le relacionara con una actividad ilegal, sustancias prohibidas o tareas de espionaje? ¿Contrabando, quizá? ¿Una muerte a sus espaldas?

Alma se obliga a detener ese bucle que solo desmanda el pulso y desbarata el raciocinio. Introduce una horquilla para vencer la presión de la goma laca y se topa con dos folios manuscritos dentro del sobre en una letra oblicua que ni remotamente se asemeja a la de su padre. No existe margen de error, pues miles de veces la ha analizado en los encargos de la farmacia. La primera hoja recoge apenas un párrafo, la siguiente apunta ser una carta.

Se acerca a ellas con el latido aún más acelerado.

*Yo, Benigno Montesión Ebersbach, por la presente reconozco como hija mía a Cecilia Montesión Stowe, nacida fruto de mi relación con mi muy amada Cécile Stowe Acebedo. Malpaís. 27 de febrero del año 1919.*

Líneas cortas para sentimientos largos.

¿Qué disparate acaba de leer? ¿Una relación entre Ninu y Cécile? ¿Una hija de ambos?

De ser cierto, la cubana era un diablo, capaz de mantener relaciones con los tres hermanos, lo que explicaría todo ese odio amortajado entre los muros de La Constante. La frivolidad de Cécile habría destrozado no solo a Fabián, sino tres vidas. Es imposible no contagiarse de un rencor que frustra cualquier pensamiento dispuesto con claridad. Según esta cruda confesión, la amargura de Eunice no obedece a los caprichos de una desequilibrada pues... claro que si... no podía concebir hijos, entonces esa niña...

Y se concentra en el segundo papel.

*Querida Cecilia:*

*Inicio esta carta dominado por un amor y una ternura que trepida dentro, y temiendo que no me nazcan palabras con la misma fluidez cuando te mire a los ojos.*

*Acabo de dejarte en brazos de tu madre, más espléndida que nunca, mientras te amamanta. Ha sido tan grande mi emoción que he buscado un papel para dejarla escrita. Ahora solo tienes unos días y la felicidad por abrazarte mitiga cualquier temor, pero hay muchos y debo empezar a ahuyentarlos desde el principio. Ojalá en la vida crezcas rodeada de ese cariño que deben los padres a sus hijos; ojalá el tiempo nos deje demostrar a tu madre y a mí la elevada naturaleza de nuestra unión, y no tengas que oír frases que te vilipendien. Pero de no ser así, aquí queda plasmada la verdad: has sido engendrada desde el amor, jamás lo dudes. No consientas que las habladurías emponzoñen tu origen.*

*Amé a tu madre incluso antes de conocerla, pues los hombres tenemos un ideal de mujer pero, si se aventura inalcanzable o no termina de llegar, nos acostumbramos a la pasión mundana o al cariño entrañable. Yo lo encontré, perteneciendo a otro. Y callaron mis labios durante años.*

*Hasta que un día te das cuenta de que ese ideal vibra cuando tú lo haces, sonríe con tus sonrisas, se estremece si la rozas. Nadie mejor que ella te explicará el desierto por el que llegamos a este oasis de paz que eres tú. Cuántos adiós hemos dicho. Cuánto luto arrastramos.*

*Pasado el tiempo te contaré cómo he deseado la paternidad. He cruzado Europa de punta a punta buscando remedios imposibles, en la creencia de que un hijo calmaría mi tormento. Querida Cecilia, nada cambia la agonía del desamor ni alivia el peso de la asoladora rutina, del dolor que infringe aceptar lo que debemos frente a lo que deseamos. Hasta que de improviso las dificultades se disipan y entonces llegas tú y nos envuelves...*

La carta se interrumpe ahí. Presume que a este folio le sucedería otro y una serie tan larga como pretendiera su autor, pero lo que falta es insignificante para abarcar la intensidad de la historia. Con lo reflejado en estas líneas queda patente que la niña que abraza Eunice en las fotos, su hija añorada, en realidad no era suya.

Alma camina descalza por la alcoba, enfriando sus emociones. Entonces, ¿Eunice adoptó al bebé tras la muerte de Cécile en el incendio? ¿U obligaría a Ninu a arrancárselo, porque cómo enmascarar que una viuda tuviera un hijo casi un año después de la muerte de su marido? Si quiere desentrañar los secretos familiares carece de sentido saltar del amor al odio en segundos. De forma repentina una pincelada cobra fuerza en su memoria y la impulsa a ir hacia la biblioteca. Una lámpara ilumina las instantáneas de la boda de sus padres, en ellas aparece Cécile con su emplumada bufanda. Siempre ha acusado algo provocador en su postura... ¡Claro! Cécile no miraba al objetivo sino al fotógrafo, que no era sino su tío Ninu. La foto es el testigo de un engarce sostenido entonces y que se ha transparentado ante ella desde que llegara a La Constante, aunque no supiera desentrañarlo.

Alma se encierra en su dormitorio y, a punto de apagar la luz, vuelve a tomar la nota de Matilde; releyendo hasta dar con lo que busca: «Lamentar varios decesos con el consiguiente duelo para tal insigne familia».

—¿Mi tío? —pronuncia en voz alta—. ¿Acaso sería uno de los fallecidos en el incendio? Eso explicaría que su tumba no tuviera fecha o que sus fotografías recogieran solo su juventud. Pero Eunice, ¿sería capaz de mantener el fervor que le tiene después de saberle infiel? ¿Le habría perdonado? ¿Podría criar a su hija como si nada? Eso le permitiría tener algo de él, imaginando que no ha muerto del todo y por eso preserva su memoria del modo en que lo hace. ¿Qué función desempeña mi padre aquí? Si él posee esa carta, ¿era porque encubría a Eunice o la usaba para chantajearla? ¡Oh, Dios! No quiero ni imaginarlo. Aunque el hecho de que se la ocultara a mi madre le inculparía de un modo flagrante. ¿Para qué conservarla si había muerto o es que acaso él sabía que su ataúd se guardaba en la casa?

Un vómito agrio la arrastra al inodoro de cabeza. Ese andamiaje de normalidad de su familia es puro hollín puesto que todos esconden algo. Horrorizada, presente que nadie está libre de culpas.

Se necesita más que un rayo para crear tanta tormenta.

El único lugar sagrado en la aldea de La Constante es una mezcla de ermita e iglesia románica de tres naves y más de un despropósito arquitectónico, pues cuando se desprende una laja emplastan un remiendo de cemento y así lo arreglan. Antes de acudir a ella ha probado a acceder a los documentos del registro en el ayuntamiento, aunque apenas ha escuchado a la secretaria del alcalde que sería para él un placer recibirla dada la amistad que sostiene con su tía Eunice, Alma ha optado por la vía eclesiástica. A su entender, más discreta.

Se ha propuesto no especular más hasta saber qué terreno pisa y para ello necesita recabar información. Si no le explotará la cabeza.

Alma ha pillado al sacerdote limpiando de rosas y hortensias marchitas la parcela que circunda la iglesia y se ha mostrado encantado de contar con una excusa «divina» para apartarse del trabajo terrenal. Rondará los cuarenta años y, con un tono de voz algo amanerado, le ha asegurado que a pesar de estar encargado de la salud espiritual de varias parroquias conoce a los feligreses de todas. Ella se ha presentado, piadosa, sentenciando otra sarta de mentiras a las que ha cogido cierto vicio.

—La paz y recogimiento de esas tierras me hacen sentirme muy cerca del Señor —argumenta—, motivo por el cual deseo compensar al lugar pergeñando unas reseñas de sus personalidades más ilustres que se podrían recopilar en un libro. Empezaré por mi propia familia, los Monteserín.

—Feliz idea, no la he visto antes por la iglesia, ¿verdad?

—Acudo al templo de San Telmo, en El Norte —improvisa—. Hay una imagen de santa Clara a la cual tengo mucha fe.

—Hace bien, pero no desatienda al resto de los santos. ¿En qué puede mi humilde persona serle de ayuda?

—Busco la partida de bautismo, y tristemente de defunción, de una prima mía.

—Que Dios la tenga en su gloria. ¿De qué año hablamos?

—1919 la de nacimiento, defunción... no sabría.

—¡Oh, en la época de don Fermín! Que Dios me perdone, pero dejó más de un entuerto en los papeles del archivo.

Después de un rato de espera en la sacristía, el cura aparece con un pesado libro que compendia varios años.

—Aquí están los nacidos en la comarca, pues somos cabeza de partido, así que tardaremos un tiempo.

Tras un rato de ojear con desgana, el cura da la tarea por perdida.

—Lo lamento pero no registro a nadie con el apellido Monteserín en esa fecha.

—¿Está seguro?

—Ya le digo que el párroco anterior no andaba bien de la memoria.

—Puede que me haya equivocado yo... ¿Y defunción?

—Se recogen en otro tomo. Tendría que traerlo. Aunque si no se ha celebrado una misa, no tiene por qué saberse que ha fallecido un feligrés. La iglesia es santa pero no adivina.

En el *impasse* antes de la vuelta del sacerdote, Alma ha tomado el inventario de registros y ha encontrado el correspondiente al bautismo celebrado el 20 de febrero de 1919 de una tal Cecilia Acebedo Stowe, de madre Cécile Stowe Acebedo y padre desconocido. Al oír al cura, lo ha cerrado de golpe, quejándose de lo infructuosa que está resultando su búsqueda.

—En 1919 no existe nadie con ese nombre —aclara el cura—. ¿Quiere que mire al año siguiente? Por intentarlo.

Le ha sorprendido sopesando su siguiente paso y acepta su propuesta. Al fin y al cabo no pierde nada.

—Aquí tampoco —reconoce el sacerdote, tras dejarse los ojos entre tanta letra—. Usted busca Cecilia, ¿verdad? Lo digo porque sí veo un fallecimiento datado el 18 de mayo de 1920 a nombre de Alma Monteserín. ¿Otra prima suya?

\* \* \*

Tras abandonar la iglesia ha llamado desde el teléfono público a Matilde, a quien siente la necesidad de contarle sus últimas averiguaciones. Lo hace temblando.

—Sorprendente —valora ella—. Propongo otra consulta al archivo de *El Nuevo Norte*, aunque no creo que encontremos ninguna esquel. En cuanto al registro civil, ahí debería personarse usted como familiar directo.

—No sé si tengo fuerzas. Cada paso que doy es más tremebundo.

—Alma —la médium marca una pausa—, tanto Sigfredo como yo hemos meditado lo que voy a ofrecerle: salga de La Constante y véngase a vivir con nosotros. Habrá comprobado lo espaciosa que es nuestra vivienda; una vez aquí podría hacer las consultas que requiera: jueces, abogados...

—No voy a marcharme sin Gabriel. Menos ahora.

—Como desee; recuerde que las únicas presencias a las cuales ha de temer son de carne y hueso.

Al finalizar la charla, solicita hablar con un nuevo número.

—Hermoso regalo el suyo, señorita Gamboa —responde Ismael.

—Echaba de menos escucharte —confiesa; Alma necesita un remanso de seguridad y eso representa ahora él.

—Ten cuidado, sé prudente.

—Llamo desde un teléfono público.

—¡Ah! ¿Cómo resultó el almuerzo de ayer?

—Agradable, pero no soporto a Víctor. Estar juntos es...

A partir de ahí percibe silencio al otro lado del teléfono y se inquieta; una ráfaga de desastre la empequeñece. La sospecha de que él haya cambiado, que no fuese el hombre que sanó sus heridas hace dos días, alimenta un miedo atroz. También la mortifica su mala conciencia por no haber revelado el objetivo real de la comida; sin embargo, ese mundo sobrenatural aún se lo guarda para ella.

—Ahora mismo mando un coche y te instalas en casa o en un hotel, si te parece más oportuno —establece él, pero Alma lo rechaza. Con qué facilidad se puede pasar del infierno a la gloria en el amor, concluye—. ¿Sabes? No me importaría perder pie y caer por el precipicio de tu boca.

La frase hace olvidar cualquier resquicio de desastre a su alrededor. Apenas sale de la tienda, ve que el día ha mudado en un mediodía plúmbeo, y mayo ya no lo parece.

—¿Usted cree que lloverá? —pregunta a la tendera.

—Lo mismo da, que da lo mismo. En Malpaís no nos quitamos el agua de encima.

\* \* \*

Al tiempo que conduce recapitula la visita a la iglesia. Qué esfuerzo ha empleado para que el sacerdote no percibiera cómo le afectaba el modo en que Eunice mancilla la memoria de los muertos.

—Sí, era un familiar —asintió, helada al escuchar el nombre de Alma Monteserín—. ¿Podría ver si en diciembre de 1919 falleció alguien llamado así?

En un manoseado trozo de cuartilla anotó la filiación que acababa de descubrir en el registro de nacimientos —Cecilia Acebedo Stowe— agitada por su intuición, y el religioso tardó menos que un rayo en hacerla crujir de arriba abajo.

—¡Qué barbaridad, qué mal día para morir! El 24 de diciembre se fue al cielo esta santa. ¿Qué era suya?

—En verdad nada —ocultó ella—. Una conocida de la familia.

Por lo que ha descubierto, la hija de Cécile y Ninu quedó ficticiamente enterrada el mismo día del incendio, así que la dicha de criar a una niña que no le pertenecía le duró poco a su tía pues falleció meses después. La vida administra sus propias revanchas.

El coche del maestro se ha cruzado con el Citroën cuando estaban a unos metros de la fachada principal de La Constante. Él ha bajado la ventanilla y ella ha reaccionado igual.

—Habéis terminado pronto hoy.

—Tengo trabajo en la ciudad. —Le nota azorado.

—¿Y te ibas sin despedirte?

—Tu tía dice que nunca le informas de adónde vas. No sabía cuánto tardarías.

—¿Estás bien?

—Claro. Mañana hablamos.

Se han estrechado las manos a través de los cristales y Alma se ha quedado meditando qué tramará ese botarate.

\* \* \*

Apenas abandona la cochera se ha dado cuenta de que Gabriel no estaba donde lo había visto al ir a aparcar y ha tenido una corazonada. La segunda del día. A veces le sucede con él: sentir el peligro, antes de un tropiezo o de un pescozón de Refugio. Alma se aleja de la casa unos metros, los justos como para que, a lo lejos, la cabeza de Albín emerja entre las ramas de los árboles mientras arrastra al pequeño hacia un lugar que, por desgracia, ella conoce. Ha tirado el bolso al aire y ha echado a correr.

En la explanada que se abre ante la fachada trasera, a un lado de las figuras que el jardinero poda y poda sobre el boj, los ha perdido de vista, pero no ha dejado de apretar su ritmo mientras grita el nombre de Gabriel, confiando en que lo escuche. Tiene buen oído. Lo ha comprobado ante el piano; es capaz de registrar el vuelo de una mosca, cómo no va a oír su voz convertida en una promesa de salvación. Cuando alcanza la muralla de maleza que rodea la huerta, comprueba que es difícil adivinar por dónde puede acceder más fácilmente. No importa, con sus brazos, a dentelladas si fuera preciso, se abre paso en esa intrincada maraña de ramas y hojas que a nadie le ha dado por desmochar. Tras un viacrucis de arañazos accede al claro de los frutales, donde descubre a Albín acariciando el rostro del niño.

—¡Gabrieeeeeel! Ven aquí —grita, clavada a varios metros de ellos.

El jardinero agarra por el brazo al crío entumecido.

—No quiere, señorita. Vamos a jugar a un juego muy divertido.

—¡Suéltele!

—Si viene, se lo doy. No es de personas educadas chillar, lo decía su abuela.

Solo cuando está a su altura los garfios de sus dedos se destensan y el crío se desbarata como gelatina sobre plato.

—Vete, Gabriel. Echa a correr y métete en la casa. Ahora voy yo.

El pequeño titubea, antes de empezar a andar hacia el rastrojal. Ella le habría seguido si el jardinero no se lo hubiera impedido, ciñéndola por la espalda. Su aliento es agua corrompida.

—Déjeme ir, Albín. No se meta en más líos.

—Ja, de aquí no sale.

—Le prometo que no diré nada. Me voy a marchar de La Constante y no quiero problemas.

—Mejor, así se lleva un regalito mío.

—¡Es un cerdo!

Alma se remueve entre sus brazos hasta poder escupirle a los ojos. Una, dos veces, y Albín termina soltándola —claro que lo hace—, pero para darle tal bofetada que, tras tambalearse, cae de rodillas. Cuando puede alzar la vista, subiendo un amargor de asco y temor por su garganta, descubre sus manos maniobrando en los botones del pantalón de faena. En segundos se pone de pie, pero tropieza con el capazo de recoger fruta y se vuelve a derrumbar. Ese dolor agudo en el tobillo avisa de que se lo ha torcido.

Albín lleva los pantalones caídos, el calzón a medio bajar, y estalla en una risa tonta alardeando de sus dientes roídos.

—¡Déjeme en paz! Se lo ruego.

—¿Ha visto el limonero qué bonito? A Fabián le hubiera gustado. Un limonero que da naranjas.

—Usted no sabe de la misa la media de mi tío. Ni de él ni de nadie de mi familia, así que... ¡Cállese! —Alma se agarra el tobillo con ambas manos.

—¡Huy que no! A su tío le gustaba beber. Y fornicar con hombres, dígaselo al Mauro, que le sacaba de cada antro de mala muerte hasta que esa mujer le sorbió el seso.

—¿De quién habla?

—No se haga la tonta. Nadie la menciona y todos la conocen. Esa zorra hizo que se volvieran locos por ella. Los tres. Yo lo sabía.

—¿Por qué lo sabía?

—Porque los veía. Albín ve todo. Se mete entre las plantas y oye y ve.

El jardinero ha empezado a sacudirse por encima de la ropa interior. Los lamparones de la tela le hacen escupir una mezcla de saliva y hiel. Mientras decide qué hace con su magullado tobillo, le sigue la corriente.

—¿En estos jardines? ¿Se escondía entre los setos?

—¡No! En los de la casa de la colina, la que se quemó.

—¿Ha estado en Providencia? —Sobre sus cabezas se desparrama el resplandor de un relámpago y el trueno posterior la hace estremecerse aún más.

—Muchas veces, pero la negra me echaba; por eso la odio y cuando viene la muelo a palos. Me pongo una piel de oso encima y la hago correr hasta que se le sale la lengua por la boca.

Acaba de comprenderlo. Alma recuerda la noche que estuvo a punto de quedarse fuera de la casa. No se trataba de ningún animal de lo que María Nieves huía al augurar un peligro, sino del bestia de Albín.

—¿Qué pasó el día del incendio? Se encontraba allí, ¿se acuerda?

—Pregunta mucho. ¿No, señorita?

—Era Nochebuena. Seguro que lo recuerda. ¿Qué pasó ese día?

—Quiere saber quién encendió el fuego, ¿a que sí?

—No fue un accidente, ¿verdad? Usted lo vio.

—¿Qué me da si se lo digo?

La pregunta de Albín es plomo sobre su cerebro. La mole de su cuerpo, una amenaza que acaba de tumbarla sobre la hierba. Alma se esfuerza por pedir auxilio, pero su peso encima no le deja respirar. De repente el hombre yergue la cabeza para, sin explicación, desplomar su cráneo inerte a un lado de su cuello. Sin razonar el motivo, ella trata de echarle a un lado y, al moverlo, ve un mástil que descuella por su espalda y a Mauro detrás.

—¿Está usted bien? —pregunta él con el gesto descompuesto.

—¿Qué... qué ha sucedido? ¿El niño...?

—Anda en la casa.

—Ayúdeme a... levánteme este saco de podredumbre. Iba a abusar de...

—Calle. —Sus respuestas vienen afladas—. ¿Puede ponerse de pie?

Alma siente un líquido caliente descendiendo por su cintura.

—Mauro... ¡¿qué le ha hecho a este hombre?!

El conductor guarda silencio y arrastra al jardinero por las piernas. En cuanto puede mirarla descubre que su falda está manchada de sangre; la espalda de Albin parece un tronco con el hacha clavada pendiente de transformarlo en leña. Alma ahoga un grito, tapándose la cara con las manos.

—¿Puede andar? Dese la vuelta a la falda y si alguien le pregunta diga que es la menstruación.

—¿Qué... está muerto?

—¡Fuera, le digo! De sobra sé cómo se debe barrer la mierda.

Hasta ahora no se ha dado cuenta de que ha empezado a llover.

La convalecencia impuesta por la torcedura se ha prorrogado varios días y Alma transige a duras penas a permanecer quieta una semana desesperante. El trauma tras lo sucedido en la huerta, en cambio, tardará meses en digerirlo. Cierto que el abrazo que le dedicó Gabriel cuando la descubrió cruzando la puerta lo amortiguó bastante. Las líneas de su abstracto rostro ascendieron en una mueca indescifrable y se dio por pagada. Días después, cuando se sintió más segura para descender los escalones sin riesgo a rodar por la escalera, ha tomado al niño de la mano y confinados en el salón de baile, bajo la complicidad del piano, le ha animado a hablar.

—¿Ese señor te hizo algo malo? ¿Alguna vez el jardinero te llevó allí antes?

Gabriel lo niega, mientras interpreta una melodía que se ha aprendido a la primera porque demuestra una retentiva musical admirable. Le tranquiliza no advertir cambios a peor en él.

—Por eso no querías salir al jardín, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde está? —pronuncia sílaba a sílaba, después de sortear su habla todos los obstáculos habidos en su accidentada boca.

—Le hemos echado y no volverá. No tenía respeto. Se comportaba como un niño grande y malo. Gabriel, ¿te acuerdas del día que escribiste una palabra en la ventana?

Gabriel ha seguido deslizándose sus dedos por las teclas con los ojos cerrados.

—Te referías a él, ¿a que sí? Escribiste «*help me*» en el vaho. Me gustó que lo hicieras porque era un mensaje secreto entre los dos. ¿Tengo razón?

El pequeño ha sacudido la cabeza indicando un sí que a Alma le deja mejor sabor que el de haber ganado una batalla.

—¿Me perdonas porque no lo hubiera entendido antes? ¿Porque no hubiese descifrado que cuando mirabas con recelo al jardín te referías a él?

Gabriel ha abierto los ojos, Alma ha descubierto en ellos matices azules, de un azul oscuro como el del Cantábrico, y sus pupilas le han confirmado que no había de qué exculparla.

—Dentro de poco —le ha reconocido más tarde— tú y yo nos vamos a ir de aquí. ¿Te gustaría? —El crío ha extendido su labio inferior y se ha encogido—. ¿Acaso preferirías quedarte? —Él ha prorrogado esa actitud indefinida y su duda ha mellado las tinieblas de Alma; aunque enseguida ha descifrado el motivo—. Cualquier cosa, pero junto a mí, ¿es eso?

Entonces Gabriel se ha echado a reír y ella se ha sentido investida por todas las condecoraciones del mundo.

\* \* \*

Un buen puñado de horas ha dedicado el profesor a atenderla, postrado ante sus pies, realizándole fricciones con linimento Sloan, en un irritante alarde de atenciones.

—Me siento bien, no te preocupes, Víctor.

—Podrías haberte roto la crisma.

—Es una simple torcedura porque no vi un capazo de los jardineros. Solo necesita reposo.

—Acostúmbrate a recibir mimos. Me gusta cuidarte, Alma.

La frase la pronunció al mediodía del martes, al concluir las clases, y un día después de que sus coches se cruzaran en direcciones opuestas tras salir escopetado de La Constante sin motivo aparente. Un día en el que su camisa exhibía en el cuello un rastro de carmín, sustituyendo esta evidencia a cualquier estúpido juego de preguntas y respuestas. Hombres, se dijo Alma.

\* \* \*

El jueves, a la hora del té, se personó en La Constante Matilde precedida por dos cajas de bombones. «Para cada una de las señoras de la casa», adujo con toda intención aprovechando que una de las muchachas la recibía a la entrada, bajo la mirada vigilante de Refugio detrás. Durante la mañana había telefonado interesándose por ella y, al enterarse de su percance, acudió para conocer de primera mano su estado.

—He venido con la intención de llevármela —apuntó a su oído cuando se acercó a saludarla.

Alma estaba recostada en un butacón de la sala grande, sosteniendo su pierna lesionada sobre un escabel, y rechazó la idea. No obstante, la mujer del doctor Costales no pensaba darse por vencida tan pronto y, en cuanto Eunice se acercó a saludar, sacó el tema.

—¿Qué le parecería que su sobrina pasara un tiempo en la clínica hasta su total restablecimiento? Tanto a mi marido como a mí nos encantaría velar por ella. Sabe que le hemos cogido cariño.

—¡Ah! Pues lo que Alma considere conveniente.

—Gracias, de verdad. El tobillo está menos hinchado y... si no apoyo el pie todavía, es por precaución.

Fue tan inquisitiva que la médium no insistió. Tardaron en quedarse solas y aun así intercambiaron confidencias rodeadas de prevención.

—Escúcheme, Matilde.

—No, escúcheme usted a mí porque es una temeridad continuar al lado de una demenciada. Antes de nada debe conocer mis averiguaciones: he acudido a la hemeroteca, y con fecha 25 de diciembre de 1919 se publicó una esquila de Benigno Montesión; pero no he encontrado ninguna mención a Cécile ni a la niña, por lo que lo más plausible es que evitaran cualquier indicio que relacionara ambas muertes. Aunque quizá la esquila la encargara alguien que buscara congraciarse con los Montesión y no su propia familia.

—Lo sospechaba —añadió Alma, hundiéndose en el respaldo.

—En cuanto a mis contactos con el registro civil —aclaró, buscando un papel dentro de su bolso—, le confirmo la existencia de una partida de nacimiento de... leo textualmente —dijo, mirando sus notas—: Cecilia Acebedo Stowe, alumbrada el 16 de febrero de 1919, de madre Cécile Stowe Acebedo y padre desconocido y otra de defunción con fecha 24 de diciembre. Está claro que se encargaron de borrar todo rastro de la pequeña llamada Cecilia antes de bautizarla con el nuevo nombre de Alma. No sé ni cómo han logrado que se la remitieran desde el ayuntamiento de La Constante, por lo que no descarto que su tía sea informada en breve de estas indagaciones.

Alma simuló no haber oído la última parte de la frase.

—Hay algo más, Matilde: estoy segura de que el incendio no fue fortuito.

—¿Pensamos en la misma ejecutora?

—Si no ella con sus propias manos, sí como instigadora. Eunice lo provocó, salvó a la niña y condenó a sus progenitores a perecer en él. Tal era su obsesión por la maternidad que sacrificó a su marido, vengándose de él.

—Necesitaría visitar ese lugar. Podría darnos mucha información.

—¡Usted se pondría las botas allí! Debe de estar lleno de espíritus.

—Entreveo algún motivo más para su apreciación.

—Un día descubrí un conjunto de tumbas dentro de sus lindes; no poseen lápidas ni son pretenciosas. Solo unas cruces. He llegado a la conclusión de que los sirvientes que no se marcharon a ese vergonzante poblado a las afueras se quedaron entre las ruinas y cuando iban muriendo los enterraban allí. La última superviviente es esa anciana de quien les he hablado, María Nieves.

—¿No hay ninguna que insinúe el enterramiento de Cécile?

—No, pero estoy convencida de que sus restos reposan en una de esas tumbas.

La médium enarcó las cejas con perplejidad y abrió sus ojos de búho. Antes de hablar colocó sus manos sobre el tobillo de Alma y un calor reconfortante subió por la pierna hasta expandir su corazón.

—Dígame la verdad: ¿qué le ha pasado para estar así? —indagó.

—Ha muerto un hombre, Matilde.

—¡Válgame Dios!

—No se inquiete. Se lo merecía. Era un... un perturbado que quiso abusar del niño y de mí... pero ya ha acabado. No, no, insistamos en ello porque debe escuchar lo que le voy a contar: ese hombre, a pesar de ser negligente y soez, seguía en La Constante porque estaba al tanto de muchos secretos. Me dijo que Cécile mantuvo relaciones con los tres hermanos. Sabía que Fabián era homosexual y que desde que se enamoró de Cécile dejó de frecuentar los sórdidos ambientes a los cuales estaba acostumbrado.

Matilde estrechó sus manos entre las suyas y una corriente eléctrica circuló de una a otra.

—¿Quién era ese individuo?

—Nadie. No... no, no importa. Un jardinero, un simple jardinero. Lo destacable es que el chófer me ha salvado... porque le ha matado.

—¡Pero eso es un delito!

—Por supuesto. Ahora bien, ignoro cómo debo actuar. Si acudo a la Guardia Civil, ¿qué explico? ¿Lo que sucede aquí? ¿Exactamente qué? Porque si hago inventario de lo que usted y yo hemos visto, mi tía podría asegurar, en su defensa, que sufro alucinaciones creyendo que me persigue el fantasma de un novio y todos refrendarían su versión. Mauro ha sido capaz de clavarle un hacha a un hombre de casi dos metros, pero negaría el crimen. Sería su palabra contra la mía. La de una desequilibrada, que abandona Madrid porque han fallecido su madre y su novio. Como colofón, el cuerpo de Albín nunca aparecerá y habría alguien que aseguraría haberle visto montándose en un tren camino de... qué se yo, ¡Burgos!

—Si no declara el suceso, lo estará encubriendo, Alma.

Ella cruzó los dedos haciendo crujir sus nudillos.

—¿Sabe? No tuve ninguna responsabilidad en lo que le sucedió a Damián, aunque le vi caer a un río, ahogarse, y no lo denuncié.

Matilde estiró el cuello en señal de alerta. Después se puso en pie y se planchó el adusto traje con las palmas antes de concluir.

—Sigfredo apuntaría que «si no hay cadáver, no existe crimen». Es decir, sostenemos un debate moral a causa de una entelequia porque nadie, salvo usted, reconoce que haya un muerto. Dejémoslo reposar. En todo caso, no puede continuar ni un minuto más aquí. Se va a venir conmigo.

—¡No lo entiende, Matilde! Ahora estoy más segura que nunca. Para Mauro soy su salvaguardia, no me atacará. Ahora no. Él para mí es... el guardián de los misterios.



El viernes pudo apoyar el pie sin mayores contratiempos, pero evitó salir al jardín. Lectura, piano, melifluas atenciones del maestro. El sábado, aunque con una venda todavía ciñendo su tobillo, se siente recuperada y, lo que es más importante, reforzada en su arrojo por esclarecer todo.

A media mañana se ha embutido en uno de los pantalones que le confeccionó la modista y, como una niña con coleta, ha merodeado por el jardín.

Toparse con Mauro ha sido una paciente tarea. Al interesarse por él los mozos le han transmitido que llevaba unos días delicado de salud y le habían visto poco el pelo; no obstante, ella, sin flaquear, se ha arrellanado bajo una rosaleta hasta que ha distinguido su cojera a lo lejos.

—No debería estar aquí —ha advertido el chófer.

—Yo estoy bien, ¿y usted?

—Como siempre.

—¿Qué ha hecho con él?

—No sé de qué me habla.

—Claro que sí. Me aburre estar como el gato y el ratón con usted. No pienso desistir, así que no le arriendo las ganancias.

—Déjeme en paz.

—¿Quiere saber de qué hablábamos Albín y yo antes de que llegara el «leñador»?

—¡Cállese! Baje la voz. Tiene demasiada lengua en esa boca.

—De cuánto le gustaba Cécile a mis tíos. A todos —recalca. Alma persigue las pisadas de Mauro—. Sé que los tres se enamoraron de ella. Menudo secreto a voces.

Súbitamente él se ha quedado paralizado y empieza a resoplar.

—Fue la ruina de esta casa. Los enajenó a todos.

—Y a todas —subraya Alma—. En especial a ella, a su señora Eunice.

—¿Qué sabrá usted! Quite de en medio.

—Más de lo que cree. Ella desencadenó el incendio, no me puede engañar. ¿Le mandó a usted? ¿Tuvo también que limpiar su basura? ¿Fue con una lata de queroseno y una caja de fósforos?

—¿Quién le ha mandado meter las narices donde nadie la llama? ¿Eh? ¿Quién? Con lo tranquilos que estábamos antes de que llegara.

—¡La verdad! Usted tiene muchos años para decir mentiras y yo para creérmelas. Solo busco conocer la verdad. Por ejemplo, que Eunice mató a su marido en un ataque de celos. —Alma eleva el tono.

—¡Eso es mentira! ¡Un vil embuste! ¿Usted quiere la verdad? —El conductor escupe gotas amarillentas como la saliva fosilizada en las comisuras de su boca—. Pues tenga verdad y cómasela como pueda: no fue la señora Eunice la culpable, sino... ¡la señorita Lucía! Ella era quien se moría de celos.

Su voz anuncia el estrépito de una catástrofe. Ese runrún sordo que antecede al momento en que la tierra se resquebraja y caen edificios enteros por el agujero de una boca infernal, nacida donde segundos atrás había flores y niños en toboganes; y casas con macetones en las ventanas.

—Miente. —Es lo único que puede hacer quien ve hundirse el pavimento bajo sus pies.

—La verdad nunca gusta. Sí, la señorita Lucía se ponía enferma solo de pensar que su marido también se estuviera acostando con ella. No sería raro, quien se acercaba a esa mujer terminaba en su cama. En la familia pensaban que se la habían quitado de encima la última vez que se marchó a Cuba, pero cuando regresó la víspera de la boda de la señorita, barruntaron lo peor. Parece que estoy viendo la cara de vinagre de la novia; ella sabía que su hermano no era feliz y no la quería cerca de él, pero allí estaba, en el primer banco, junto a su hijo. Los hombres comadrebaban lo guapa que había vuelto y las mujeres se santiguaban perjurando que la había poseído el demonio, pues nadie con cuarenta años podía conservarse así. Las miasmas nos asolaron en esa fecha; las que arrumbaron La Constante y las que enfermaron a buena parte de los invitados, entre ellos don Ventura. El pobre empezó a los pocos días con una fiebre que no bajaba por más remedios que tomase. Doña Eunice nos contaba que a su cuñado le dolían tanto la cuenca de los ojos, los oídos y los riñones que se los hubiera arrancado de cuajo. Después apareció esa tos. «Es la gripe», soltó el médico cuando ya le habían salido aquellas ronchas oscuras en la cara y en el pecho y... el blanco de sus ojos estaba lleno de sangre. «Es la cubana, que ha traído el mal de ojo», rumorearon los demás, y la noticia se corrió a cualquier rincón, de modo que apenas murió su marido se convirtió en una apestada. Nadie quería verla, ni siquiera cruzársela por la calle. Y eso que la buena de doña Eunice no hacía más que desvivirse por ella. Mientras... la zorra se beneficiaba a su marido. «No la dejemos sola», le pinchaba a don Benigno para que la visitara de vez en cuando, y tanto acompañamiento... Los hombres somos idiotas, nos pierde un coño antes que el mejor puñado de pesetas. Y don Carlos, erre que erre. También se ocupaba porque «qué iba a ser de ella si no». ¡Sí! No ponga esa cara como de que no va con usted la cosa —la increpa mientras lanza un par de escupitajos al suelo.

—No le creo, Mauro. No niego que sea cierto algo de lo que cuenta, pero...

—Yo les escuché con estos oídos discutir, muchas veces. Desde que la señorita Lucía se casó y el señor se iba a trabajar a la ciudad, a esos laboratorios, ella se comía las uñas, y cada vez que llegaba tarde, montaba un guirigay. «¿No vendrás de verla? Ni se te ocurra o me tiraré por las escaleras del disgusto». La pobre niña no había hecho más que padecer con su padre, y cuando empieza a levantar cabeza y se casa, se muere su hermano y aquella bruja empieza a dar por culo. Ella encizajaba a doña Eunice, sí, para que las dos tuvieran más fuerza juntas, pero la señora tragaba con lo que su marido dispusiera, y él... se apenaba de la viuda. Doña Lucía fue la culpable del incendio. ¿A que la verdad escuece?

—Mi madre no pudo hacer eso, además vivíamos en Madrid en esas fechas. Usted miente —repite una y otra vez.

—Sé lo que sucedió: yo estaba allí.

La desolación les envuelve. Extrañamente callados, se tantean uno a otro retándose por ver quién arranca a hablar.

—Nochebuena y el menú preparado, sí, pero a las seis de la tarde no había un hombre en esta casa. Adivine dónde sospechaban ellas que los encontrarían. Doña Eunice se encerró a llorar, pero doña Lucía me agarró por las solapas y me advirtió que no tendría una Navidad en paz en mi vida si no la llevaba allí. Y fuimos a Providencia. La noté fuera de sí. Se mordía las uñas, golpeaba la ventanilla... Al llegar, los portones estaban abiertos y conduje el coche hasta el pórtico. No sé qué esperaba ella, porque aunque los dos se la beneficiaran, digo yo que no lo harían a la vez. Allí solo reconocí el coche de don Benigno. Yo no dije nada, pregunté si quería que la acompañara y ella me replicó que para lo que venía se bastaba sola. Ni me acuerdo del tiempo que esperé, pero nada más vi humo salir por las ventanas entré como un poseoso. Aquella casa resultaba un laberinto, un pandemonio de salones y más salones a cada cual con más muebles y más negros limpiándolos. No supe por dónde empezar a buscar a la señorita. Grité su nombre y nada. En la planta de abajo había humo, pero en cuanto empecé a subir era irrespirable. Entonces la encontré sentada, ida, en los escalones de enfrente porque la escalera tenía doble tiro. Hice de tripas corazón y me metí en el infierno; me pegué a la barandilla, sin dejar de toser, y siguiéndola con la mano di con la bajada. La señorita era un ovillo sin voluntad; tiré de ella pero no respondía, así que me la eché al hombro igual que un zurrón. Con ella auestas no sabía dónde pisaba: terminé en el suelo y una viga destrozándome la pierna. Así me quedé cojo. Al final, las Nochebuenas de mi vida se amargaron sin remisión. Cuando logramos salir llegaba un coche; se trataba de don Carlos asegurando que las llamas se distinguían desde la carretera. La cara de la señorita se puso más blanca todavía y don Carlos empezó a interrogarla que quién había dentro.

A medida que prospera su confesión, Mauro ha ido declinando su rabia en aras de cierta aquiescencia con el destino; ella, por el contrario, está a punto de reventar. Solo hay dos formas de encajar lo que ha oído: o lo digiere o lo fermenta. Y Alma lo ha fermentado.

—¡No pienso oír nada más! Lo que cuenta es imposible, mi madre no se encontraba esa noche aquí. Estoy segura —grita, encaminándose hacia la vivienda—. ¡Tía Eunice! ¡Tía Euniiiiiice!

—La señora se halla en su cuarto, ¿sucede algo? —inquire Santa mientras la observa anonadada tras quebrar el silencio de un portazo.

—Nada que a usted le importe.

Alma devora los escalones momentos antes de aporrear ante su alcoba.

—¡Ábrame, tenemos que hablar usted y yo!

—Luego, querida —pronuncia una aniñada voz desde el interior—. Ahora me duele la cabeza.

—Si no la abre, tiro la puerta abajo. —Alma agarra una lámpara y empieza a golpear la madera con el pie de bronce—. ¿Quién estuvo esa Nochebuena en Providencia? Mis padres vivían en Madrid porque yo había nacido una semana antes. ¡Fue usted, a que sí! ¡Eunice, tengo derecho a saberlo!

—¿¿Qué demonios hace??

Refugio llega a la carrera; no necesita aclaraciones, la sola imagen de Alma fuera de sus cabales lo explica todo. Echa mano a la lámpara y, después de un tira y afloja, logra arrebatársela.

—Se lo advertí, la mierda apesta —sentencia—. ¡Y salpica!

—¿Quién inició el incendio? ¡Dígame! ¿Es cierto que fue mi madre? —se quiebra, arrastrando su espalda por la pared hasta quedar sentada sobre el suelo.

En su abandono, Alma destapa la orfandad de quien no discierne las incoherencias de la vida. A su juicio, todo debería ordenarse con pulcra minuciosidad, como su padre medía la distancia entre las fotografías al colocarlas en los álbumes para que conservaran un centímetro entre sí o llevaba la cuenta de los mililitros de los principios de sus recetas. «No pudo ser mi madre», repite en una letanía. El eco del timbre del teléfono, al fondo, es el único elemento racional en esta mañana. Hasta la pedestre voz de Refugio parece sacada de un cuento de terror.

—Siga revolviendo si quiere, pero deje en paz a la bendita que está ahí dentro, porque ha sido de lo mejor en esta familia. La protegeré con mi integridad si fuera preciso. Ella solo se ha preocupado por los demás. Y, para colmo, lo único suyo se lo quitaron.

—¡No era suya! —grita Alma.

Cuando va a replicarle, Refugio descubre a Santa con el rostro lívido a un metro de ellas.

—¿Y tú qué haces ahí, estúpida?

—Discúlpeme, ha llamado un caballero preguntando por la señorita. He subido para avisar, pero como estaban ocupadas... he bajado y él...

—¿¿Y él, queeeeé??

—¡El tenía que colgar! Me encarga que le diga que es urgente que se vean. Le espera en... —Santa mira hacia el techo rogando al cielo no equivocarse en el encargo—  
... el «Camino de los Deseos».

\* \* \*

Faltan pies para bajar las escaleras o sobran peldaños, porque Alma solo pretende acabar cuando antes este disparate, escapar de allí e ir al encuentro de Ismael. Sí, que él se encargue de que alguien empaque sus cosas. No piensa regresar a La Constante. La casa es un sarcófago de muertos vivientes aferrados a su agónico pasado.

Suerte que Matilde no habrá escatimado sus explicaciones, sin ajustarse al mensaje tranquilizador que ella le había recomendado; no, seguro que no se habrá ahorrado detalles y ahora él está decidido a tomar las decisiones que ella pospone en aras de una patética búsqueda.

Alma se monta en el Citroën y pisando a fondo el acelerador cruza las puertas con Elegua vigilándola desde el alto y asciende hasta el desvío de Providencia, dejando el coche junto a las verjas de entrada. No se trata de un acto reflejo, sino que necesita mirar lo que su madre contempló aquel 24 de diciembre cuando, contra toda lógica, se personó allí. El desapego de los últimos años se transforma en una mácula presente desde el principio, pues si el instinto maternal de Lucía era tan endeble como para desprenderse de su hija recién nacida para cometer una locura dejándola a su suerte aquella noche, qué podía esperarse de ella después.

—¿Es cierto lo que dicen de ti, madre? ¿Cómo has resistido una vida siendo responsable de la muerte de tu hermano?

Sobre los hierros de la puerta llora Alma lágrimas tan amargas que al caer tiñen la gravilla del color verdoso de la hiel.

\* \* \*

Cruza la carretera movida por sus ganas de abrazarse a Ismael, un punto de luz convertido en cielo abierto. Nunca le escatimará ni le ocultará nada, ya que los amores sinceros no pueden tolerar mentiras.

En mitad del pinar pronuncia su nombre varias veces, pero piensa que aún no le habrá dado tiempo de llegar y decide descender hacia la cabaña. Alma remonta hacia el porche al llegar, comprueba que las ventanas y las puertas están cerradas, y sentada en la mecedora se despoja de la venda en el tobillo para confirmar que está inflamado. Pasado un rato largo de espera, decide hacerlo junto a la carretera.

Una vez arriba oye un chasquido de ramas cerca del acantilado.

—Ismael, ¿eres tú?

Nadie responde y se aproxima al límite del abismo. Mirándolo piensa que el mar ejerce en las personas una letárgica seducción parecida a la que provoca lo que no se llega a dominar ni a poseer. De esa manera debía concebir Fabián a Cécile.

Tras unos minutos absorta se da la vuelta y ya es incapaz de reaccionar. Ese hombre con una sonrisa absurda no puede ser real y sí una condena.

—Es irónico que nos cueste saludarnos con lo que antes nos costaba despedirnos. ¿No crees? —así suena la primera frase de Damián.

Está convencida de que el círculo invisible que la rodea y del que no puede escapar es el confuso horizonte de un sueño. Lejos de lo real, seguro.

—¿Estás contenta de verme?

—¿Quién es usted? —interroga cuando puede recomponer su voz en algo más sólido que un hilo.

—Tonta, soy yo. Damián.

—No. Damián está muerto.

—¡Ohhh! Entonces me proclamo el hombre de las mil vidas. ¿Lloraste por mí? ¿Mucho?

—¿Qué pretende?

—¡Vamos, Alma! ¿Quién se supone que te ha mandado rosas, cartas o te ha llamado por teléfono? ¿Sufres amnesia o qué?

Las evidencias le llenan de razón, pero desconfía de su propio juicio.

—Vi cómo desapareciste bajo el agua.

—¡Tú lo has dicho! «Desapareciste bajo el agua».

—Ahogado.

—Qué mala memoria —replica, con un gesto burlón—. Soy un magnífico nadador, ¿recuerdas? Nado y buceo en estas aguas desde que era niño. ¿Por qué no en el pozoñoso Manzanares? Reconozco que fue... una broma pesada. —Damián trata de coger sus manos, pero ella las atrinchera en los bolsillos—. ¿Me guardas rencor? ¿Me podrás perdonar algún día?

—Debe de ser una alucinación —balbucea—. Lo que hoy ha sucedido es una... maldita pesadilla.

Damián extiende sus brazos intentando abarcar todo lo que ve.

—Te lo dije, es hermoso Malpaís. Quiero enseñarte la costa hacia el sur, es menos escabrosa pero...

—¿De qué estás hablando? No pienso ir contigo a ningún sitio. ¡No... no me toques! ¡Explícame qué significa esto!

Alma examina al hombre tratando de identificar a ese Damián del cual estuvo enamorada, porque resulta imposible que sean la misma persona.

—Cambiarás de idea. Lo sé. Te contaré algo: un día te vi, en El Norte. En un semáforo. Miré a mi izquierda y te descubrí dentro de un coche, con la cabeza apoyada en la ventanilla. Me pareció... una señal. En serio, no pensaba buscarte. Lo que había hecho representaba un punto y final. Vale, puede que hubiese bebido algo esa noche, pero... me tiré al río consciente, de lo contrario te hubiera lanzado a ti. —La mirada de Alma es una interrogación con punto incluido—. Conocías demasiado bien lo que significaba el amor para mí. Me había empeñado en buscarlo, ¿recuerdas? Yo tengo un... un marco del cual no deben moverse las relaciones perfectas.

Como si fuese un motor calentándose, percibe la ira creciendo en Damián y se aleja un par de metros de la sima.

—Te ajustabas a él hasta que empezaste con tus... tuuuuus manías.

—No eran manías.

—Sí, sí, sí eran manías. Hablando de tu madre todo el tiempo, de... de las dificultades de la farmacia. Estabas triste. Llorabas.

—Compartía contigo mis problemas —le atempera, mientras idea el modo de huir de allí.

—¡No me importaban los problemas! Me interesaba «nuestro amor» y tú lo estropeaste. ¡Tú, tú, tú y solo tú! ¡Por eso no quise acudir a tu cumpleaños, castigándote! Por eso te mentí y dejé que creyeras que seguía hospedado en el Palace; por eso te ocultaba cuando iba y venía de San Sebastián.

—Podíamos haberlo hablado como personas civilizadas.

—¡No, no, no! Quise escarmentarte. Así vivirías con la culpa. Resultó fácil salir del río, aunque con una bronquitis que casi me lleva al hospital. Pero cuando te vi en El Norte... ¡Mierda, cambió todo! Había venido a la ciudad por negocios y ahí estabas tú. De improviso me acordé de tu obsesión por la tierra de tu madre y... ya sabes lo bien que se me da indagar. La casa, tu familia. Seguí a tu coche; saliste de él, te paraste en una farmacia y entraste en una librería. Siempre tan previsible. E ideé jugar un poco contigo... Tu última nota. Me la había guardado en el bolsillo antes de arrojarme al río y sobrevivió al remojón: «Todavía estoy a tiempo de creer en ti. De creer que aparecerás el día menos pensado y lo harás sin mentirme. De creer que me quieres. De creer que me buscas». La recordaba de memoria y cuando el chófer se descuidó, colé mi escrito dentro. Si no lo encontrabas tú, lo haría él. Fue un arrebato.

—¿Y las de mi cuarto? ¿Por qué me mortificabas?

—¡Ah, eso me divertió mucho! En realidad, nunca hubo un plan trazado. He ido actuando tal y como tú me lo inspirabas. Después de verte me pregunté por qué no había funcionado lo nuestro. Y empecé a seguirte. En la ciudad, aquí, descubrí que te gustaba este sitio y al leer el cartel pensé que lo habían hecho para nosotros: «Camino de los Deseos».

—¡Cállate! ¿Tú qué sabrás? Esto es de locos. —Alma respira con dificultad.

—Lo hacía cuando me escapaba de San Sebastián. Descubrí dónde vivías y me dije: «¿Por qué no reconquistarla? Reside junto a su tía, viuda, y con espíritu de alcahueta, seguro. Preséntate allí llevando un ramo de flores y la harás tu aliada». Me gustaba curiosear por la finca sin que me descubrieran, es un paraje formidable. Un domingo tuve la suerte de toparme las puertas de la casa abiertas, así que me colé; deambulé por los cuartos y di con el tuyo. Tu ropa estaba en el armario, reconocí tu abrigo y aspiré tu olor. ¡E inventé la fruslería de los papeles! ¿A que fue original, eh? Cuando me escabullía por el jardín te vi llegar en un coche y estuve a punto de... pero no... no, no me pareció seguro desenmascararme. Todavía no.

—Se trata de un delito. Entrar en una propiedad privada lo es.

—¿Piensas que mi aspecto y mi buen nombre pasarían por un delincuente? ¡No seas cándida! Me habría presentado como el novio de la señorita y... tampoco hubiera mentido. ¡Mmm, escapémonos, Alma! ¿Adónde quieres viajar? ¿Francia, Marruecos, Italia?

—Estás enfermo, Damián.

—No repitas eso más, ¿me oyes? —amenaza, zarandeándola por los hombros—. Dime que no lo vas a volver a hacer. Dímelo. ¡Dímelo!

Resulta imposible que haya amado a ese hombre hasta el delirio, porque lo que hay dentro de su cabeza es un volcán incandescente a punto de derramar su lava.

—Como necesitaba oír tu voz, llamé a la casa. Había marcado varias veces y tú nunca lo cogías. ¡Oh, déjame besarte! Debes de desearte tanto como yo. Cada lágrima tuya era una herida mía. ¿Te acuerdas?

—¿Y el libro de las páginas en blanco?

—¡Ah, el libro! Verás, acudí a las procesiones con mi familia. Quizá en mi fuero interno anhelaba verte, pero no me lo propuse, en serio. Y te descubrí, tan peripuesta. Al ver que te levantabas, te seguí. Después te aceché dentro de la iglesia. No entendía qué hacías allí, ni por qué cuando me acerqué, en lugar de echarte en mis brazos, te caíste redonda. Me quedé con él por saber qué leías y descubrí una novela de las tuyas. Entonces decidí continuar con mis maquinaciones. Se me ocurrió enviártelo incluyendo una carta mía y lo llevé a un encuadernador, a quien pedí que tirara la novela original, pero me da que la llevó a la biblioteca. Hay gente poco cumplidora. ¿Qué final ponemos a nuestro libro, Alma?

\* \* \*

Cuesta concebir que los brazos que la cobijaron sean ahora un territorio hostil del que ansie escapar. Los dos mantienen desde hace rato un forcejeo que les acerca al precipicio. De súbito Damián grita, sus manos se aflojan y sus músculos se desordenan hasta desplomarse. Desconcertada, busca una respuesta para lo que ha sucedido y tras un matorral entrevé un rejujo de piel oscura. ¿Cómo puede acarrear María Nieves un palo de ese tamaño entre sus manos?

—¡Suéltame! Me haces daño —ruega cuando le agarra el tobillo lastimado.

—No, ven conmigo —dice él, después de que María Nieves le golpeará en la espalda.

—¡Estás loco!

—No digas eso. ¿Por qué lo estropeaste todo? Hubiera sido perfecto.

La anciana abandona su escondite arrastrando la estaca y ahora le apalea en las manos. Después cae derrengada, sin aire que llevarse a la boca.

—¡¡Ah!! ¡Me ha roto la mano! Ese demonio, ¿qué clase de cosa es? —escupe sin dejar de reptar.

—¿Hacia dónde vas? Detrás de ti solo tienes una pendiente, Damián.

—Ayúdame, Alma, amor mío. —Está ensangrentado y una mueca de dolor transforma su rostro en una espeluznante máscara—. Si no me sujetas, me voy a caer.

Ella está atendiendo a María Nieves, a un pajarito de huesos como alfileres que le ha salvado la vida desperdiciando la poca de la que dispone. Alma besa ese cráneo cubierto de un pelo tan fuerte que cosquillea sus labios, sus macilentas manos, el pellejo de sus mofletes; y la anciana, en un esfuerzo, alza sus párpados para sonreírle con ojos venidos de muy lejos.

—No puedo dejarle ahí, ¿lo entiende? —le dice—. Aguarde un instante, veré cómo se encuentra él y vuelvo con usted. La cogeré en brazos si no puede andar e iremos a un médico. Conozco uno muy bueno, el mejor; le ayudará a respirar bien otra vez. ¡Ya verá!

Alma deja con suavidad el cuerpo de la anciana sobre unas hojas secas y, con reservas, busca a Damián. En una parte del terreno el corte de la sima no es limpio, posee una doble caída, una suerte de escalón que guarece del abismo. Confía en que se encuentre ahí, pero le llama a gritos sin éxito. Un viento de desastre agita sus cabellos haciéndolos volar en torno a su rostro, impidiéndole la visión. Cuando el aire deriva en una brisa, Damián emerge frente a ella embozado en sangre.

—He logrado subir. Yo solo. Lo que me propongo lo logro, y tú no ibas a ser menos.

—Necesitas un médico, Damián. Estás herido.

—Te necesito a ti. Dime, ¿por qué nos ha pasado esto a nosotros?

—No me toques. No lo hagas o me defenderé —asegura, tomando del suelo una vara. No es el palo de María Nieves pero sí intimidatorio.

Con la estaca entre las manos le fuerza a retroceder, a dar un par de pasos, solo dos... no más que dos, por favor. Pero él se mueve bruscamente, de un lado a otro, sin percatarse de dónde pone el pie, por lo que cualquier mal paso, ese miserable mal paso que le lleva a trastabillarse al abalanzarse sobre ella, le hará tropezar y esta vez sí... caer hacia el abismo.

—¡Dios mío! ¡Damiááán! ¡Nooooo! —no emite voces sino desgarros—. ¡No! ¿Por qué? No, nooooo.

Alma se desploma en el suelo. El cuerpo de Damián sobre las rocas se convierte en una anomalía de un paisaje cuasi perfecto. Piensa en ello cuando lo contempla desde el borde del acantilado; una nimiedad en plena tragedia. Durante un drama siempre se cuele alguna estupidez entre las cavilaciones que avergüenza al ser humano. Tarda en reaccionar una eternidad de minutos baldíos, en comprender que debe informar a la autoridad, ocuparse de María Nieves, contactar con Ismael... Quizá volver a La Constante y reconciliarse con Eunice. O no pisarla jamás. Su mente es un embrollo.

Ha demorado tanto su respuesta que cuando llega al punto en que había dejado a la anciana, ella no está. Grita su nombre. Busca su rastro entre la maleza y al no dar con ella, atraviesa la carretera segura de que, aún arrastrándose, ha retornado a su hogar: a Providencia.

\* \* \*

Los portones de hierro permanecen abiertos de par en par. Alma los cruza. Las cintas rojas de las ceibas se han descolorido y lucen ahora blancas; sobre las ofrendas de sus troncos, hay decenas de pájaros desplomados, cocos abiertos por la mitad y fuentes con merengues.

Un cúmulo de nubes rebeldes se arremolina en el cielo mezquinando el sol. Se precipita el crepúsculo y los abedules negros y amarillos supuran aroma a incienso. De pronto un alarido desgarrar la brisa y congela el graznido de las crías en nidos recién hechos, el rumor del mar que a veces asciende a la solitaria torre, única superviviente del incendio. Alma emprende alerta la subida, no vaya a estar rugiendo alguno de los perros de la finca; que no se los haya encontrado no significa que no carroñeen entre sus ruinas. No obstante, no tiene miedo, a pesar de que a cada paso crezcan los bramidos; el deseo de salvar a la anciana le da seguridad.

Al enfilarse el antepecho de la escalera, se topa con una de esas imágenes indelebles que quedan tatuadas entre recuerdos y obstinadas insisten e insisten... cierra uno los ojos y están ahí.

De María Nieves resta apenas un suspiro. Un hálito desvaneciéndose entre los brazos de una decrepita mujer. Las dos exhaustas sobre la piedra. La viva de rodillas, la agonizante entre sus brazos, pero el estrago en ambas es tanto que podrían intercambiarse. Un último bramido testifica que la anciana acaba de fallecer, pero la mujer se aferra a su pellejo como una loba a sus lobeznos. Alma barrunta que no se ha percatado de su presencia aunque, quizá, el recóndito dolor que implica disipar su único afecto le haya despojado de la cualidad de oír. Se acerca a ella sin importarle que sus pies hagan chascar las chinias a su paso.

El cabello de la mujer lame las losas en ríos entreverados de gris y un color tan impreciso que solo un entendido pincel podría describirlo. Una mancha sobre la piel del brazo induce a sospechar si no estará ella también enferma. En un instante deja de acunar a la anciana y guarda silencio. Ya se ha percatado de que hay alguien más. En la cercanía la mujer no resulta tan vieja, ni su rostro tan hosco cuando lo levanta empapado en lágrimas y dos lagos turbios se clavan en su mirada.

El pasado no está muerto, simplemente reposa. Pero necesita una confirmación.

—¿Cécile? —solo eso puede pronunciar.

No sabría valorar si todavía es bella o no, pues una densa capa de amargura ha retorcido sus rasgos. Pese a ello, distiende los labios en una mueca, al tiempo que ofrece la mano del brazo marcado por el estigma, encubridor de un drama que no cicatriza, y en una palpitante ondulación le ruega que se acerque, por lo que ella acorta la distancia existente entre las dos. La física y la de la contradicción familiar, un iceberg a punto de deshacerse.

Mientras Cécile acomoda el cadáver en su regazo, la bata amarilla que la ciñe se desliza por la piel a la altura de sus muslos, lo suficiente para que Alma reconozca, puñal de flores en su corazón, mariposas reventando sus venas, una idéntica tara oscura a la que lleva ella mirándose veintiséis años. El mismo antojo.

El cordón umbilical que nunca desaparece entre una madre y su hija.

Providencia, 10 de septiembre de 1947

Alma echa un enésimo vistazo a las maletas. Empacar siempre desata cierta melancolía, tanto que ahora comprende las reticencias de su madre cuando se planteó la mudanza de la casa de la colonia. Ordenar, guardar, quedarse con una parte de los objetos, conlleva un desarraigo que sólo se concibe cuando toca suscribirlo.

Pasado el tiempo ha llegado a ser condescendiente con ella. Su existencia se debatía entre el sacrificio y el tormento callado.

En cuanto a Cécile, hasta que logró arrancarle alguna palabra transcurrieron días. Fue arduo. La mujer arrastraba un ajuar de dolor muy aparatoso. Al principio vomitó un atropellado puñado de imágenes a las que Alma tuvo que someter al orden. Jirones de piel se iban junto a ellas. Qué esfuerzo para interpretar la devastación que la había recluso en Providencia durante veintiséis años, prescindiendo de cualquier reproche en sus preguntas.

La vida se articula de un modo capcioso, y no conviene desautorizarla por más que no se alcance a entenderla.

\* \* \*

La instantánea de Lucía golpeando la puerta del dormitorio principal de la mansión fue su primer recuerdo. Al parecer, había recorrido vertiginosamente los salones destruyendo lo que le salía al paso. Su viento huracanado arrasó con la cristalería y la vajilla dispuestas sobre la mesa de Nochebuena. Las soperas de los santos, sacados esa noche de sus furtivos altares, rodaron por el suelo estallando al destaparse la furia de cien infiernos juntos. Los collares, las ofrendas, parecían basura; las velas derramaban su cera encima de los muebles, el aceite de olor dejaba huella allá donde se volcaba. Algunas criadas trataron de reducirla pero ella se escabulló hábilmente, lanzándose escaleras arriba al tiempo que bramaba el nombre de Carlos, mientras las mucamas se rezagaban recogiendo los destrozos.

Cécile explicaba, al rememorar este episodio, que al oír los gritos de su cuñada irrumpió en la galería llevando al pecho a su hija

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué pretendes, Lucía?

—Quiero llevarme a mi marido.

—Él no está ni se le espera. Ve a tu casa y ten la fiesta en paz.

—Si no abres esa puerta la echaré abajo.

—Nadie duerme ahí desde que murió tu hermano.

—¡No te creo! Eres una mentirosa que ha arruinado a los míos. Ventura seguiría vivo si no hubieses vuelto. Trajiste el mal contigo; te contagiarias en el barco o en tu país. Si respiras es porque tu brujería te protege, porque pactas con el mismísimo demonio. Algún día lo pagarás y yo estaré aquí para aplaudirlo.

—La gripe es una epidemia mundial, nadie tuvo la culpa. Unos enfermaron y otros no. Perdí a mi marido, no lo olvides.

—Quien se olvida eres tú, pues tardaste poco en calentar tu cama.

—Regrésate a La Constante, Lucía. Es Nochebuena.

—¡Abre, te lo ordeno! —gritaba, pateando la puerta.

—Sostengo a mi hija en brazos, ¿o no la ves?

—¡Tu bastarda, dirás! ¿Quién es el padre? Necesito saberlo.

—Desde luego no el del hijo que esperas. Por él te pido sensatez. ¿Se aireó la olla podrida que estabas cocinando, verdad?

Aquella Cécile que había llegado de Cuba casi dos años antes, más madura y bella que nunca, mucho más reflexiva, resolvió buscar la llave con tal de calmar a su cuñada; sin embargo en ese lapso Lucía organizó tal algazara que se escuchaba hasta en las cocinas. Ni siquiera se conformó tras levantar las sábanas que envolvían los muebles de un dormitorio en desuso, porque se había obsesionado con hallar rastros de un adulterio fuera como fuese. Aventuraba Cécile que, cuando la creía bajando las escaleras, Lucía debió de enmendar sus pasos regresando para inspeccionar los cuartos de la segunda planta. Entre sus manos llevaría un candelabro.

No obstante por más que Alma demandara precisión en las conversaciones donde se fueron familiarizando la una con la otra, Cécile aportaba poca. Quizá no recordase los detalles o los compuso por deducción, porque cuando descubrió el humo lamiendo los rincones de su dormitorio, ella ya había sucumbido a esa dulce madrugada que representaban los brazos de Ninu, quien estaba dispuesto a pasar la Nochebuena junto a las dos mujeres que más amaba, aunque en La Constante le esperaran otras dos. «Esto es obra de tu hermana —sentenció Cécile entre toses, porque la humareda les acosaba—. No te muevas. La aplacaré sin comprometerte». Al salir de la alcoba, Cécile se dio de bruces con la hecatombe.

Ni aún hoy ha logrado Alma una aclaración definitiva. Puede que fuese ella quien dejase sentada en los peldaños a Lucía, víctima de un *shock*, donde la encontraría Mauro más tarde, mientras buscaba ayuda para frenar un fuego desbocado. Quizá tratase de reanimar a Ninu, débil a causa del dióxido de carbono. Parece probable que en su desesperación se cruzara con Carlos, recién llegado a un abismo incandescente que lo engullía todo. «¡Sal, huye! La niña, ¿dónde está?», gritaría él. «¡Ninu! Tráemelo o moriré de pena», suplicaría Cécile, puesto que de todos sus amores aquel agregaba al afecto adulto la pasión sin medida. O a lo mejor se obcecaba en su hija y, al ir a rescatarla, recibió ese zarpazo que marcó su piel de por vida; y su ánima por las reencarnaciones que le restan.

Alguna vez se le ha escapado que María Nieves los encontró juntos, a una Cécile desfallecida y a un agonizante Ninu, y que sus rezos y sacrificios de nada sirvieron. Cécile comenta esto para, al segundo, desdecirse; no obstante Alma no hurga en una herida que no cauteriza. Lo cierto, porque en ningún caso lo niega, es que claudicó ante una enfermedad sin nombre que cercenó su unión. Cécile no quiso ver a su hija. Cesó de amamantarla. De bañarla. De morder sus rollizos muslos y de besar el antojo que ella también poseía. El olor del bebé le hacía vomitar sangre y llorar humores desconocidos. María Nieves se afanó en cuidarla, orando o maldiciendo a los santos pues le castigaban a repetir la historia, pero ahora sus pechos se habían secado y el escenario era distinto. Una anciana negra no podía criar a una blanca. En la España de 1919, no.

En la órbita de los Monteserín el drama gravitaba en torno a otros ejes. La familia tuvo que organizar el funeral de un muerto por el cual era mejor no indagar; hasta el punto de que la viuda no respondía a la pregunta de: «¿Qué le ha sucedido a su marido, con lo joven que era?», porque se arrastraba por La Constante en un duelo de silencios y horas vacías. Ni siquiera la consolaban las sonrisas de su hija, esa niña de salud quebradiza que engendró seis años antes y cuidaba de modo obsesivo. La coincidencia de llevar las dos el nombre de la abuela, aún desata en Alma escalofríos. ¿Qué compartiría con esa medio hermana? ¿Conocería la criatura lo que sucedía a su alrededor? ¿Llegó a percatarse de la pérdida de su padre? Ella sostiene la esperanza de que pasara los últimos meses, hasta la aniquiladora pulmonía —lo que sucedió, según consta en el archivo eclesiástico, el 18 de mayo de 1920—, aislada de las angustias familiares.

De algún modo está convencida de que esa niña la tutela desde arriba; que la guío a su féretro y la ha estado protegiendo apenas se apeó en la estación de El Norte. Averiguar que no era hija única desencadenó en Alma una celebración intestina por la cual su sangre bullía alborotada de amor, lo mismo que cuando contempla a su sobrino Gabriel. Madre, padre. Hermana. Hermano. Casi lo de menos es si viven o no, pues sus afectos no anidan en el plano terrenal sino en la celeste combinación de una familia nada corriente.

\* \* \*

Cécile se resiste a pronunciarse sobre Lucía porque teme ofender a Alma; sin embargo ella lo pide.

Así ha sabido que los días posteriores al incendio cayó en un estado febril y, cuando al fin pudo ponerse de pie, su aspecto presagiaba lo peor. Aunque se exigió

silencio, entre tanto Carlos se hacía cargo de las honras fúnebres y la tediosa burocracia. Hasta la mañana en que la sentó frente a él. De este modo se lo resumió a Cécile y así debió de suceder, pues el hombre que Alma siempre estimará su padre, era el más honrado y juicioso de los varones.

—¿Qué esconden esos ojos además del duelo por tu hermano?

—Remordimientos.

—¿Y además? Mira que a mí no me engañas.

Lucía se quebró en un llanto que se condensó en el aire para impregnar las paredes de la sala grande, donde todavía habita.

—Lo he perdido —confesó—. Nuestro hijo. No se lo he dicho al médico.

—¿Has sufrido un aborto espontáneo?

—No, sigue dentro. Pero está muerto. Ya no lo siento.

—¡Qué locura! Nos vamos a un sanatorio ahora mismo.

Entre el Hospital Provincial de El Norte, donde recompusieron su salud física, y una clínica administrada por las monjas trinitarias que trataron de aliviar su malestar anímico, Lucía pasó veinte días. Nada más salir tenía una misión muy concreta: acompañar a su marido a una rúbrica que le hería como una mutilación. El 26 de enero de 1920, Lucía Montesión, con algún kilo de más fruto de la medicación y el reposo, posaba antela fachada de Aromas de Malpaís con una fingida placidez. Cualquiera hubiera dicho que su estado de buena esperanza lo propiciaba, pero no esperaba otra cosa que huir de la ciudad. Nunca concebiría otro embarazo, aunque solo la familia sabría su secreto. Qué fácil resulta ahora comprender su aversión por los sanatorios, el porqué de ese miedo patológico a cruzar sus puertas.

Durante el tiempo en que Lucía estuvo ingresada, las dos mujeres de Ninu se volvieron dos piltrafas que no atendían ni a sus hijas. Eunice languidecía de amor y Cécile sucumbió a una calentura que arrumbaba todo alrededor. Fue Carlos quien tuvo que tomar decisiones, que cambiarían el devenir de los Montesión.

—Será por un tiempo, Cécile. Hasta que resuelvas qué hacer —propuso—, si permanecer en España o regresar a tu país. Tu otro hijo también necesita a su madre.

—Él ha tomado su rumbo. La niña me recuerda a su padre; será una tortura cada vez que la mire.

—Es tu hija, piénsalo bien.

—Tan solo quiero morir. Y para hacerlo no es bueno tener hijos cerca.

A veces Cécile lo explica así, despojada del afecto que debe una madre a su hija, pero otras se resquebraja; entonces Alma se reprocha que el perdón no puede producirse desde el escarnio. Este es el motivo por el cual Alma no guarda rencor a Eunice. Su tía trataba de preservar un legado que obligaba a los miembros de la familia a callar.

En cambio qué difícil sujetar las murmuraciones, porque la partida de Lucía careció de una razón de peso. Esto, junto a la muerte de la hija de Eunice y Ninu o un incendio sin aclaración coherente, se convirtieron en sucesos que engrosaban su tremendismo mientras iban hirviendo de boca en boca. Para colmo la existencia de una espectral presencia en Providencia —comadreo que crecía a medida que la servidumbre renunciaba a vivir en la mansión y hablaba más de la cuenta— fue cobrando tintes de leyenda.

A veces vuelve a su memoria la frase que le espetó la tendera la primera vez que visitó la aldea de La Constante y cuyo significado Alma, entonces, no supo desentrañar: «Aquí todo el mundo sabe quién es usted».

—Te enviaré fotos donde comprobarás cómo va creciendo —se comprometió Carlos con la niña entre sus brazos—, pero será a espaldas de Lucía pues mi compromiso resulta irrevocable: desmantelamos nuestra vida con la finalidad de empezar de cero, sin vínculos que enturbien el futuro. Ella criará a tu hija como propia y romperá con sus raíces. Duro sacrificio el de mi mujer, que demuestra lo que se desvivirá por ella.

—No deseo recibir nada.

—Querrás Cécile, porque ninguna madre abdica de serlo. Por lejos que se halle, por muchos hijos que alumbre después, jamás olvida aquel que tuvo. Este será nuestro secreto. Y lo guardarás como has hecho con tantos otros. En la distancia, porque cierta clase de confianzas solo se salvaguardan si nos apoyamos en ella.

La prueba de esta conexión era una taquilla del servicio postal —el apartado de correos 612—, a través de la cual un hombre y una mujer compartían el acontecer de Alma sin que ella se percatara.

Una vez en Madrid, Carlos y Lucía registraron su nacimiento con una fecha elegida al azar y un nombre, eso sí, vestigio de su pasado. Ahora reconoce que prefiere llamarse como su abuela Alma antes que Cecilia, aunque esto enfurruña a Cécile.

En todo caso, qué suerte la suya por haber contado con dos madres.

\* \* \*

Más difícil resultó componer la historia de amor. Puesto que ella se resistía, Alma se vio obligada a mostrarle la carta de Ninu que Cécile enviaría a Carlos creyendo que él sabría mejor qué hacer con ella —probablemente esto sucedió durante la guerra, donde la incertidumbre era el pan nuestro de cada día—, de lo contrario no se la hubiese tropezado dentro de la caja de caudales.

«Nadie mejor que ella te explicará el desierto por el que llegamos a este oasis de paz que eres tú» —leyó Alma y después la obligó a tomar el papel entre sus manos—. Se lo debe a Ninu.

Empezó a regañadientes el relato, que Alma ordenaría después en su diario para entenderlo con coherencia.

Según Cécile, si retornó a tiempo de asistir a la boda de Lucía y Carlos no se debió a la insistencia de su marido ni a los ruegos de su hijo Roberto, convertido en un hombre a punto de ir a la universidad, sino porque así lo sugirieron las predicciones. Los caracoles de los *babalawos* pronosticaron: «Regrese, el hombre la necesita. Revivirán el amor y dará frutos».

Cécile desembarcó en Providencia con la intención de revitalizar el cariño entre Ventura y ella. Nunca sospechó que el propósito de su vuelta fuera acompañarle en la muerte. El muchacho con el que había coincidido en un hotel de Barcelona, el joven uniformado con quien bailó en La Habana, el confiado esposo, se marchó en un quejido. Tras el entierro interpretó que debía quedarse en Malpaís, aunque ignoraba por cuánto tiempo y con qué afán. En su decisión influía que los dos hombres que más había amado yacían allí.

Cécile hizo ondear crespones en los balcones de Providencia y ella se ciñó un luto riguroso, al tiempo que María Nieves montaba los altares en un cuarto que había permanecido cegado los últimos cuatro años. Lo aseó con colonia y agua de ruda; quemó albahaca seca en sus esquinas y volvió a los rezos de antaño. Esta vez imploraba paz de espíritu.

Por entonces los dos hermanos, Lucía y Ninu, convivían en La Constante con sus parejas. Tras su boda Carlos siguió impulsando Aromas de Malpaís, convencido de que el negocio pronto abriría otras puertas que facilitarían la financiación de sus investigaciones sin depender de la dote de su mujer. De vez en cuando se ocupaba de la viuda, desamparada en un país ajeno, e intuía que también lo hacía Ninu, hasta que empezó a maliciar de la relación entre ambos.

—¿Cómo surgió? —indagaba Alma por activa y pasiva, pues a veces Cécile se explayaba en cualquier cosa sin centrarse en lo sustancial.

—Sucedió algunos años antes, después de fallecer Fabián. Él quería saber y acudió a mí.

—¿Saber qué? ¿Sospechaba que...?

—De ninguna manera. Anhelaba conocer si su hermano había alcanzado el reposo donde se encontrara. Buscaba contactar con él.

De este modo se revelaba que lo que el abuelo Ventura sentenció para Ninu en una estación de tren se cumplió punto por punto. Lo irrevocable del destino no le dejaba apaciguar su conciencia: el embarazo de Eunice se malogró semanas después del accidente y él no dejó de arrepentirse por no haber acompañado a sus padres en el coche. Nunca se perdonaría su ausencia en el entierro de Fabián. Nunca disolvió la pátina de culpa sobre un suceso que, de conducir él, quizá no se hubiera desencadenado.

—Solo cuando tú llegaste... —reconoció Cécile por fin—, dejó de sufrir.

A partir de la tarde de esta declaración, Cécile no paró. Alma presintió que el dolor estrangulado durante años por una sucesión de embates, a cual más agudo, se escapaba por una garganta que no aguantaba más.

Ninu se había acercado a ella con el objeto de restañar su herida y rogar el perdón a sus muertos. Conocía su aptitud para comunicarse con ellos, un «don» que entre la familia era un motivo de burla hacia su cuñada, pero que él admiraba. «No se van del todo», aseguró ella, y a partir de aquí franquearon el corazón del otro.

Cécile arrastraba también su propia culpa.

Un atardecer, a la semana del accidente de Fabián, María Nieves entró en el torreón donde ella solía recluirse y depositó sobre el escritorio unos folios unidos mediante un cordel.

—¿Qué es eso, vieja? —preguntó Cécile.

—Estaba entre las sábanas. Cubierto de pétalos negros.

—¿Qué sábanas?

—Las de tu cama. Allí donde el señorito y tú conjurabais vuestro credo.

—¿A qué has ido a la cabaña? Voy a mandarla derruir.

—¡No! Ese hombre sigue allí —advirtió María Nieves.

—No pienso volver a pisarla jamás.

—Ni falta. Yo cuidaré de ella. Es su última voluntad —insistió, acercándole el montón de papel.

—¿De qué hablas si tú no sabes leer?

—Lo hago con otros ojos. Cuidalo, ya que no supiste en vida.

La anciana salió flotando de la habitación y Cécile se acercó a unas hojas cuyos bordes se abarquillaban a causa de la humedad. El título en la primera página le hizo estremecerse: «La rosa amarilla».

Con los ojos a los que aludía María Nieves se descubrieron Ninu y Cécile. Él, tras la mujer hedonista y rebelde, reconoció a la niña obsesionada con su madre; ella se topó con un hombre sensible, intuitivo y decidido. Esa mezcla la enamoró sin remedio.

Pero la rectitud de Ninu socavaba su moral, pues no soportaba traicionar a su esposa, y su reconcome terminó enfermándole. Los días que cayó en cama devinieron en un calvario. A la incertidumbre de lo que le deparara su salud se unía la imposibilidad de verse, aunque Cécile le hiciera visitas protocolarias. Una de las veces, Eunice la condujo a la sala grande y frente a un café compartió una confidencia que la dobló por la mitad.

—Estoy embarazada otra vez. Dios nos ha recompensado con un hijo.

—Bendiciones, cuñada. Me alegra que mis rezos contribuyeran a vuestra alegría.

Salió de La Constante desencajada y resuelta a desaparecer. De inmediato excusó un telegrama de su padre y apresuró un viaje a Cuba. Esto sucedió a principios del verano de 1914 y Europa se abrasaba en una guerra. Hasta la boda de Lucía y Carlos —en la primavera de 1918—, no retornó a Malpaís, tiempo en el que sepultó su amor y cuidó de su padre. Ventura acudió en su busca varias veces, con y sin su hijo, pues no entendía ni el desaire que hacía a su familia, ni el odio que había cogido a España. Providencia, la ensoñación caribeña, desmayaba en un acantilado del Cantábrico sin su dueña.

—¿Por qué no regresó con su marido? —se interesó Alma.

—El amor es una lumbre imposible de perpetuar encendida. A veces renace de las brasas. Otras ni con la mejor leña revive. El cuerpo tiene un apetito y el espíritu otro. El hombre que sacia uno, no alimenta al otro.

—¿Y si alguno lo hiciera?

—Difícil.

—¿Si supiera cómo satisfacer las dos hambres?

—Entonces no codiciarás otro sitio más que sus brazos. Aunque se arrugue como un pergamino y su boca ande sin dientes, seguirás sintiendo ganas de besarla.

A Alma le turbó esta confesión pues la había oído antes. Damián solía defender algo parecido, por lo que puede que no estuviera desencaminado en su idea del amor. El problema es que él ignoraba cómo atenderlo.

\* \* \*

Hablan y hablan y no terminan. Es imposible simplificar una vida por más palabras que uno emplee.

En ocasiones, distingue en su voz los arrullos de las caracolas que relataba Fabián, los azules del mar de Providencia. El aroma de la guayaba madura. Y Alma la mira hipnotizada. «Madre, llévame a tu tierra. Muéstrame las tumbas de los abuelos y colmémoslas de flores. Descúbreme La Bonita, esa hacienda donde empezaste a ser tú. Enterremos los huesos de María Nieves donde el sol los acaricie cada atardecer. Madre, te exijo los abrazos que no me has dado en años», rumia, muda, mientras la oye desmenuzar su historia.

El mismo día de la boda de sus padres —pues así los continúa llamando, en un arbitrio que adjudica al idioma el sentido que ella quiere otorgarle—, mientras Ninu jugaba a ser fotógrafo profesional, sus miradas traslucían una fiebre para la que carecían de antídoto. Él, cumplidos los saludos de rigor, la inmortalizó flirteando con su boa de plumas y ella se dejó amar a través de un objetivo. En este reencuentro nada les frenó; ni siquiera la enfermedad de Ventura, ni su fallecimiento.

Semanas después, Cécile interpretó qué habían vaticinado los caracoles en verdad —«Regrese, el hombre la necesita. Revivirán el amor y dará frutos»—: el oráculo no se refería a Ventura, sino a Ninu. Cuando le tuvo frente a ella, se apretó la barriga con sus manos y anunció feliz: «Vamos a ser padres».

Sin embargo muy pronto la alegría de esta noticia sería arrinconada por los interrogantes: ¿cómo justificaría su embarazo siendo viuda?, ¿a quién adjudicarían la paternidad? Todos los dedos señalarían a Ninu. La solución pasaba por enclaustrarse en Providencia durante la gestación para que nadie advirtiera sus cambios físicos. Una vez diese a luz, emprendería un viaje y volvería con su retoño, asegurando que lo había adoptado al encontrárselo abandonado en mitad de la calle. Ella era lo suficientemente extravagante para esa locura y mil peores. Por otra parte, las mujeres de su edad no se quedaban embarazadas, de manera que tampoco sospecharían.

El parto de Alma la debilitó mucho y dado que se reconocía incapaz de viajar, fingió hacerlo sin salir de Providencia. Sin embargo a esas alturas los chismes empezaban a rondarles. La adopción de una niña era poco creíble, a pesar de haber realizado los trámites legales y eclesiásticos pertinentes. Quien más o quien menos aseguraba haberla reconocido en las inmediaciones del pueblo, o de la ciudad, o incluso en los portones de la finca, arreglando sus ofrendas. Los Montesión trataron de no dar pábulo a la rumorología y siguieron apoyando a la viuda de Ventura, el primero Carlos, que a final de verano de 1919 supo que iba a ser padre.

Lucía llevaba meses esperándolo. Dios escribía torcido, pero alguna letra le mandaba.

Las primeras semanas de embarazo dejaron un rastro de vómitos, insomnio y después somnolencia; además de padecer unas digestiones terribles y una aversión al sexo, lo que provocó que se distanciara de su marido. Esto forjó un glaciar entre los dos y un abismo de miedo en ella. ¿Y si nunca más volvían las ganas de amarle? ¿Y si él se hartaba de dormir con un trozo de carne helada? ¿Buscaría a otra mujer, andaría con prostitutas? Fue inevitable que se dispararan los celos hacia su cuñada; cada vez que Carlos la visitaba, ella fantaseaba lo peor. Por si fuera poco le contrarió saber que cuidaba de un bebé adoptado. ¿Y si lo hubiese tenido ella? Si la niña pertenecía a su sangre, el padre ¿quién era?

A veces Lucía lloraba durante horas y otras caía en una irascibilidad que la llevaba a discutir con todo el mundo. En ese caldo fue macerándose su mortal desafuero la noche del 24 de diciembre de 1919.

\* \* \*

Alma piensa en lo que le queda por conocer de Cécile según desciende las escaleras y cruza el recibidor de la residencia.

Los glifos que tanto le impactaron cuando los vio por primera vez son borrones a su espalda colgando de las paredes.

*«Los lazos que unen el alma al cuerpo solo se cortan poco a poco».*

*«Cada sabio posee su propio sistema».*

«La unión libre y fortuita de los sexos es el estado natural».

Citas de algún enigmático libro de Cécile enmarcadas con los dibujos que ella había colgado en su santuario, como otros anotan en una pizarra la tabla del cinco.

En el pórtico se ajusta la rebeca antes de recostarse contra una de las columnas. Lo que daría por fumarse un pitillo. De repente siente un soplo en el cuello que le desata un escalofrío; a continuación unos labios acarician su piel. No desea girarse, le gusta tanto lo que ve frente a ella que no desvía su mirada.

—Lo ha vuelto a hacer —dice una voz a su oído.

—¿El qué? —pregunta ella.

—La lagartija. La ha triturado después de dejarla achicharrarse al sol.

—A ti, ¿qué más te da?

—¿Te parece normal que un niño aprenda esas cosas?

Alma se echa a reír, para después estremecerse al apreciar unas manos sobre su vientre. Las abraza, emocionada. Tanto amor va a reventarle por dentro.

—¿Se mueve? —pregunta él.

—Todavía es pronto, bobo.

—¿Sabes lo que me ha dicho? Quiere ser médico para ayudar a otros niños.

—Cierto.

—¿Gabriel también te lo había contado?

—No. Pero sé que esa será su vida. Como intuyo tantas cosas.

—Cada vez te pareces más a tu madre, señora Velarde.

Qué bella suena esa palabra, piensa, mientras observa la estampa formada por Cécile, con su larga trenza bosquejando su espalda, y un niño que es un hombrecito. Retozan en la explanada verde de Providencia. Poco a poco, la mansión va adoptando una apariencia decente.

A escasos metros de ella se sitúan una abuela y su nieto. Madre y sobrino. A su lado, su esposo. En su interior, un hijo. Alrededor, alas invisibles de mariposa, aletean ellos: Fabián, Ninu, Lucía, Carlos, Ventura... Los suyos.

«Nadie está solo», aseveró Matilde la primera vez que conversaron. Podría repetirlo cada vez que se encuentran —lo que sucede a menudo ya que, desde que se conocieron, la médium y Cécile mantienen una alianza muy singular— y siempre ponderaría lo acertada de su apreciación.

—¡Vaya! Mira qué nubarrones se aproximan desde el mar —constata Ismael, sin dejar de abrazarla—. Habrá que pensar en volver a la ciudad. Esta tarde va a caer una buena.

—Qué nos importa, amor. Mientras llueva.

FIN



## AGRADECIMIENTOS

Si cada libro lleva aparejado un viaje, este implica un recorrido solitario y descarnado al nudo gordiano de uno mismo. No podría haberse consumado de otro modo.

La novela rastrea la pérdida y resurrección de unos personajes que hubieran sentido igual aquí o en Kuala Lumpur, porque la exigencia de asomarse al alma es común en cualquier rincón del planeta. Por tanto mi primer agradecimiento es para quienes habéis alentado esta introspección, alejándoos sin dejar de velar por mí. A mi familia y amigos, inquietos cuando mis llamadas se demoraban demasiado.

A Beatriz Raymí, quien me habló del *I Ching*. Ya somos hermanas hasta el final.

Gracias a las confidencias de Ángel Jiménez en un avión. No las olvido. Y a Mercedes Valdeón por revelarme sus destrezas y compartirlas conmigo. Gran inspiradora a la hora de pergeñar a Matilde. Muero por ver esas nebulosas blancas algún día.

A Elisa Romero, interprete del cosmos con una mirada nueva. Benditas nuestras charlas repletas de planetas y nodos. El diabólico Saturno nos juntó.

Agradezco a Diana Patiño la inspiración y a Jesús E. Acosta sus testimonios sobre la otra Cuba. Y descubrirme todo eso que él y yo sabemos.

A Beny Díaz-Ovejero, por enseñarme la gran distancia que existe entre amar con locura y enloquecer por amor.

Al equipo de BAU por las horas de letras y emociones. En especial, a María.

Gracias Miryam Galaz, lectora inocente, editora sabuesa. Ahora sé por qué los autores te mencionan en sus textos.

Y gracias a J., porque sabes leer y leerme entre líneas. El mejor motivo.

Primavera de 2015. Con Neptuno en Piscis,  
dispuesto a fluir.

[1] Allan Kardec, *Qué es el espiritismo* (1859).







[51](#) Encantado de conocerte, Gabriel. Mi nombre es Ismael. Espero que llegemos a ser buenos amigos como para que me aceptes estas golosinas. ¿Cuántos años tienes?









*Mientras llueva*  
Teresa Viejo Jiménez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta, 2015

© de la imagen de la portada, Laurence Winram/Trevillion Images

© Teresa Viejo Jiménez, 2015

© de la ilustración de la página 8: CalderónSTUDIO  
Los números de las páginas se refieren a la edición en papel (*n. del e.*)

© Espasa Libros, S. L. U., 2015  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2015

ISBN: 978-84-670-4528-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.  
[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)